

A young man and woman are shown in profile, facing each other and nearly kissing. They are standing in a field of purple lavender plants. The man is wearing a light grey t-shirt and blue jeans. The woman is wearing a colorful plaid shirt and blue jeans. The background is a soft-focus landscape with a clear sky.

neo

LLÉVAME
★ A ★
CUALQUIER
LUGAR

ALICE KELLEN

LLÉVAME
★ A ★
CUALQUIER
LUGAR

ALICE KELLEN

Plataforma
Editorial



Primera edición en esta colección: septiembre 2014

© Alice Kellen, 2014

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2014

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

Depósito legal: B. 19280-2014

ISBN: 978-84-16096-87-9

Adaptación de cubierta: Alberto Gebé

Composición: Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo

Agradecimientos

A mis abuelos.
Gracias por cuidarme.

★ 1 ★

Léane

Me sudaban las manos, tenía el estómago revuelto y notaba un ligero temblor que se extendía por mis piernas, como si éstas fuesen de gelatina.

Jamás me había sentido tan nerviosa. Probablemente, estaba a punto de sufrir un ataque de ansiedad.

Respiré hondo repetidas veces, intentando alejar mis temores.

Había bastantes alumnos reunidos en el salón de actos de la universidad y todos ellos tenían el mismo objetivo: participar en el concurso convocado por la cadena local de la televisión del condado de Berkshire.

Cada cuatro años –como si de unas olimpiadas se tratase–, la cadena Princett colaboraba con la Universidad de Reading, dirigiendo y organizando el concurso Joven Promesa.

Podían presentarse al casting inicial los alumnos de todos los cursos matriculados en Periodismo en la universidad. En la primera criba, que era exactamente donde me encontraba, se elegía a los seis participantes que formarían parte del concurso. Durante el año universitario, exactamente hasta marzo, los seis afortunados se batirían en duelo realizando reportajes como locutores, que se emitirían en directo a través del canal online del campus.

¿Cómo ganar? Conquistando al público.

Los reportajes se publicarían en la página web de la universidad y los alumnos tendrían unas horas para votar a sus favoritos, lo que daría como resultado a los dos finalistas tras varias rondas de eliminación. Eso sí, afortunadamente, el ganador definitivo sería decisión de los jueces. Sin embargo, para conseguir llegar a participar en el último reportaje era obvio que había que caerle en gracia al público. Así funcionaba también la audiencia en la vida real.

El succulento premio era poder trabajar durante uno de los meses de verano en la cadena Princett. A pesar de que consistía en cubrir un puesto de becario –nunca estaba de más aprender a preparar cafés o reorganizar el papeleo de tus superiores–, era una oportunidad única, porque no se trataba de una cadena secundaria más, sino de una de las más conocidas e importantes del país, que habitualmente lideraba las audiencias. Esa beca te daba la oportunidad de conocer desde dentro cómo funcionaba una cadena de televisión, conseguir valiosos contactos y, todavía más importante, tener experiencia en el sector para poder trazar la primera línea del currículum.

Como extra, aunque para muchos quedase relegado a un segundo plano, se añadía al premio una atrayente cantidad en metálico para invertir en nuestros estudios. Y desgraciadamente, para mí era casi lo más importante.

Años atrás, ganar el concurso había sido crucial para muchos locutores que terminaron ocupando puestos privilegiados e importantes. Hacerse con el galardón Joven Promesa abría muchas puertas. De hecho, una de mis periodistas preferidas, Linda Carry, se había alzado vencedora en el año 2001 y ahora presentaba y dirigía uno de los programas de debate más interesantes de la parrilla televisiva.

En el salón de actos de la universidad, llegaron a congregarse alrededor de cincuenta alumnos para presentarse al casting. Todos estábamos de pie, formando una perfecta fila india, a la espera de que el evento comenzase.

En la primera hilera de butacas estaban sentados los colaboradores de la cadena que se encargarían, poco después, de elegir a los seis participantes; entre los jueces se incluía también el famoso presentador estrella de la cadena Princett, Owen Gabsen. Observé con atención cómo se acomodaban en los asientos y preparaban algunos papeles para tomar notas, antes de desviar la mirada para centrarme en mis compañeros.

La mayoría parecía compartir mi nerviosismo. Qué bien. Intenté distinguir algún rostro familiar, pero apenas había alumnos de primero, pues casi todos eran de cursos más avanzados. Una pequeña ventaja que a mí no me favorecía, ya que tendrían más experiencia.

Cuando Owen Gabsen se levantó de una de las butacas y subió al escenario, logró acaparar la atención de los alumnos. Los murmullos se silenciaron rápidamente, dando paso a un inquietante silencio. El famoso presentador dirigió el micrófono hacia sus labios sin prisa y sonrió de un modo estúpidamente encantador antes de hablar.

—Supongo que muchos me conoceréis por presentar las noticias de la noche en la cadena Princett. —Cogió mucho aire de golpe y fingió sentirse abrumado por la emoción. Luego miró nuevamente al público y, cuando volvió a hablar, advertí el leve eco de su voz, que parecía golpear contra las paredes del salón de actos—. Pero hoy quiero dirigirme a vosotros como uno más. Hace unos años, también estaba ahí abajo, mirando de reojo a un escenario que me aterrorizaba, a la espera de realizar el primer casting de mi vida.

Intentaba mostrarse cercano, quería que nos sintiésemos identificados con él. Pestañeó en exceso, fingiendo estar conmovido; Owen Gabsen sabía qué gesto debía utilizar en cada momento, como si estuviese representando una coreografía ensayada mil veces. Habitualmente vestía riguroso traje de chaqueta, pero para la ocasión había optado por unos pantalones color caqui y una camiseta informal. No me gustaba como presentador, pero debía admitir que actuar se le daba genial.

—Sabéis lo que ocurrió al final, ¿verdad? Gané el concurso. —Sonrió con satisfacción. Tenía una dentadura tan blanca que parecía inhumana—. Es una experiencia inigualable. Un trampolín laboral. —Señaló con un dedo al público y lo movió de un lado a otro, abarcando el perímetro del salón de actos—. Todos tenéis la oportunidad de ganar. ¡Dejad atrás los nervios, subid al escenario y demostrad lo que sois capaces de hacer!

Una entusiasta tanda de aplausos retumbó en las paredes del salón de actos. Los estudiantes estaban sumamente emocionados tras el discurso, sentimiento que no compartía. Me pregunté cuántos de mis compañeros se habían presentado al casting solo para poder ver al presentador en vivo y en directo.

No me gustaba Owen Gabsen, su mirada era siempre esquiva. Era conocido no solo por presentar las noticias de la noche, sino también por sus escarceos con jóvenes famosas y por protagonizar portadas en conocidas revistas del corazón. Su vida privada había sido el verdadero motivo de la audiencia.

Cuando él volvió a sentarse, sin más preámbulos, el jurado le indicó al primer alumno de la fila que subiese al escenario. Guardamos silencio absoluto.

Observé al joven delgado que se dirigía hacia el micrófono con cautela. Se colocó con el dedo meñique las enormes gafas redondas que acaparaban la atención sobre su rostro y comenzó a informar sobre un asesinato cometido cerca del centro de Londres, a plena luz del día.

Tras la primera prueba, el escenario fue ocupado por un alumno tras otro hasta que la longitud de la fila, donde me encontraba, disminuyó. Algunos estudiantes tartamudeaban, se trababan o repetían en exceso ciertas palabras; probablemente serían descalificados por ello. Distinguí rápidamente a los que más destacaban. Una chica menuda de voz dulce parecía haber seducido al jurado con su inocencia, a pesar de que se mostraba nerviosa. Mark Dabbent, a quien conocía de la clase de Literatura –aunque cursaba segundo, había repetido esa asignatura–, hizo un reportaje sobre una fábrica de ositos de peluche y encandiló al público con comentarios graciosos.

Cuando llegó mi turno, exhalé despacio. Ascendí con una lentitud preocupante los escalones que llevaban al escenario. Quería huir. Durante unos instantes, me convencí de que presentarme al concurso había sido una mala idea. Casi me obligué a caminar, porque mis piernas no parecían querer hacerlo por inercia.

Centré la mirada en el micrófono, evitando así enfrentarme al jurado. Percibía decenas de ojos clavados en mí evaluándome con detenimiento, exactamente como yo había hecho con mis compañeros minutos atrás. Intenté dejar atrás la inseguridad que me abrazaba e imaginé que estaba sola en mi habitación, ensayando. Cogí el micrófono y sonreí.

–París, la ciudad del amor, de la moda, del arte, del turismo... Sí, supongo que todos os hacéis una idea de cómo es París e imagino que, en estos momentos, estaréis recreando mentalmente la torre Eiffel o los famosos museos. –Hice una pausa y cogí mucho aire de golpe, obligándome a seguir respirando–. Pero, dejando a un lado los típicos lugares turísticos, los parisinos escondemos muchos más secretos... –Les mostré una sonrisa misteriosa–. ¿Sabíais que en París existe un Museo de Vampiros? –Un silencio sepulcral se adueñó del salón de actos. Me temblaron las piernas. Inspiré hondo y sonreí de nuevo–. Sí, no es broma, somos así de raritos. –Casi como si fuese un milagro, comencé a oír algunas risas que me infundieron ánimo–. También fundamos el *Micromusée du Service des Objets Trouvés*, un museo que alberga desde hace más de doscientos años objetos perdidos por los turistas, o el Museo de las Falsificaciones, donde se exhiben productos originales junto a sus imitaciones. Sé lo que estáis pensando: es un poco extraño. No voy a negarlo. –Percibí que gran parte del jurado sonreía abiertamente, entre ellos Owen Gabsen–. En definitiva, a los parisinos nos encantan los museos. Si os animáis a visitar la ciudad algún día, no podéis dejar escapar la oportunidad de ver algunos de los más curiosos, como el Museo de la Brujería, el del

Rompecabezas, el de los Sacacorchos o, si os van las emociones fuertes, el Museo de los Caramelos Haribo, que seguro que no os dejará indiferentes –apunté, risueña y más tranquila tras ver la positiva reacción del público–. Les ha informado Léane Bouvier, desveladora profesional de los secretos que se esconden en la ciudad de París –concluí, dándole un toque diferente a la típica coletilla que debíamos utilizar para finalizar los reportajes.

Al terminar, respiré hondo. Cuando miré hacia el grupo del jurado, la mayoría continuaba manteniendo una pequeña sonrisa en los labios; quise pensar que aquello era una buena señal. Mientras bajaba los escalones del escenario y avanzaba hacia el grupo de alumnos que ya habían realizado su presentación, rememoré mi actuación.

No me había trabado o equivocado ni una sola vez. Había utilizado un tono claro y lineal a la par que cercano y con un toque informal. Como en un principio me había preocupado que mi acento francés se notase y pudiese desagradarlos, había decidido potenciar en el reportaje el hecho de que era extranjera para que todo, mi voz, el tema, etcétera, estuviese relacionado de algún modo. Y aunque quizá el argumento era un tanto raro, me había parecido más original que comentar los típicos lugares, que, probablemente, casi todos los presentes conocerían.

Agité las manos, como si de ese modo fuese a expulsar el nerviosismo y la energía negativa que se apoderaban de mí. Ya estaba hecho, no había vuelta atrás.

Alcé la vista hacia el escenario, al tiempo que el siguiente estudiante caminaba con despreocupación hacia el centro, preparándose para dar su noticia. Tenía el cabello oscuro, ligeramente despeinado, y vestía de un modo informal, pero andaba con cierta elegancia. Sonrió cuando sus dedos rozaron el micrófono. No era una sonrisa inocente. Era una de esas provocadoras sonrisas ladeadas e, inmediatamente, advertí que algunas chicas a mi alrededor comenzaban a susurrar entre ellas. *Pathétique*.

En cuanto empezó a hablar, conquistó al público y probablemente también al jurado. Tenía una voz profunda, algo ronca, y su inglés era clásico, con ese típico acento refinado característico de ciertas zonas del país. No se mantenía quieto en el escenario, como sí habíamos hecho todos los demás, sino que caminaba de un lado a otro con seguridad y soltura. Cuando terminó el reportaje, mostró otra irresistible sonrisa e, inconscientemente, puse los ojos en blanco. Bien. Vale. Era insultantemente guapo, pero ¿acaso no era triste que utilizase sus encantos físicos para destacar entre los demás? Ligeramente molesta, miré a varias de las concursantes y advertí que la gran mayoría

llevaban ajustadas camisetas que dejaban a la vista pronunciados escotes. *Touchée*. Empecé a sentirme como miembro de una especie en extinción.

A pesar de que al finalizar mi actuación me había sentido bastante satisfecha, cuando el casting concluyó y el jurado se reunió para deliberar sus elecciones, me convencí de que no formaría parte de los seis seleccionados; era más fácil prepararme para lo peor y luego alegrarme en caso de que hubiese suerte. Mark Dabbent apoyó una mano en mi brazo, llamando mi atención.

—¿Nerviosa?

—Como todos, supongo. —Me encogí de hombros—. Tu reportaje ha sido genial. Muy divertido.

—Gracias. —Sonrió con sinceridad—. Pero, si alguien tiene posibilidades de ganar, sin duda eres tú.

Bufé, incrédula.

—En serio, el acento te da un punto extra. —Entrecerró los ojos—. Además, tienes una vocecita encantadora.

Dejamos de hablar cuando el jurado comenzó a ponerse en pie. Me sorprendió que tomaran la decisión tan rápido; no era un buen augurio. Se dirigieron hacia nosotros y Owen Gabsen volvió a convertirse en el centro de atención cuando habló.

—Antes de dar los nombres de los seis estudiantes seleccionados, quiero felicitar a todos los presentes —dijo—. El nivel ha sido muy alto desde el principio. Es un honor para mí y para mis compañeros poder descubrir el talento que tenéis.

Dejando a un lado las palabras de consuelo, Owen clavó la mirada en el papel que sostenía en las manos.

—Los nombres de los seleccionados son: Marlenne Nipton, Susan Faith, Mark Dabbent, Blake Lakker...

El joven que tanto había destacado sobre el escenario gracias a sus encantos físicos, arrancando suspiros por parte de algunas chicas, dio un paso al frente rompiendo la fila.

—Es Blake Lekker —lo corrigió, sin el menor tono de duda en la voz.

Owen Gabsen frunció el ceño, molesto por la interrupción.

—Como sea, Blake Lekker. —Tosió, aclarándose la garganta—. Léane Bouvier y Nina Clarson.

Solté todo el aire que había contenido, respirando al fin tranquila. Quise gritar de emoción, saltar felizmente o bailar alguna danza ridícula, pero por supuesto me contuve

como todos los demás y apenas me moví unos centímetros. Permanecí clavada en el suelo como una fría estatua, con la mirada fija en los integrantes de la cadena. Sonreí tímidamente, pero luego me sentí algo alicaída por los alumnos no seleccionados, que comenzaron a abandonar el salón de actos.

Dos de las chicas ganadoras, que al parecer también eran amigas, se acercaron a felicitarme.

–Me llamo Marlenne –dijo la más bajita. Era la joven que tenía una voz angelical.

–Yo Léane –respondí, notando las palabras espesas, como si todavía me costase pronunciar adecuadamente a causa de los nervios–. Encantada.

Miré a su amiga Susan, dispuesta a presentarme, pero, antes de que pudiese hacerlo, Nina Clarson se interpuso entre nosotras. Alzó los brazos hacia mí, gesticulando en exceso con las manos, algo que habitualmente me sacaba de quicio.

–¡Me ha encantado tu actuación, Léane! Eres muy mona. –Apoyó sus dedos en mi hombro, adueñándose de una confianza que no le había dado–. ¿De dónde eres?

–París, Francia –dije de forma automática. Había respondido infinidad de veces a esa pregunta durante el cursillo de verano de la universidad, en el que casi todos éramos extranjeros.

–Oh, qué envidia –sonrió–, ¡adoro la ciudad del amor!

En cuanto Owen Gabsen se acercó a nosotros, Nina me dio la espalda dispuesta a aprovechar la oportunidad para charlar con él.

Miré a mi alrededor y advertí que los alumnos que no habían sido elegidos ya habían abandonado el salón de actos. Me sobresalté al notar una mano rozando delicadamente mi cintura. Di un paso hacia atrás, apartándome súbitamente, como si el contacto quemase.

Blake Lekker sonrió.

–Enhorabuena –dijo secamente.

–Lo mismo digo.

Durante más tiempo del adecuado, Blake me miró fijamente. Estaba a punto de decir algo que lograra romper el incómodo silencio, cuando él dio media vuelta y empezó a hablar con Marlenne.

Me situé al lado de Mark, dado que era el único finalista al que conocía. Una mujer que había formado parte del jurado se acercó a nosotros y nos entregó unas carpetas de color azul.

—Supongo que estaréis al tanto de cómo funciona el concurso —dijo—. Si tenéis alguna duda, encontraréis un informe detallado dentro de las carpetas, así como las fechas y el horario de los reportajes que debéis realizar —especificó—. Os recuerdo que se emitirán en directo a través del canal online de la universidad y que, dependiendo de las votaciones recibidas, tras cada tanda se descalificará a dos participantes, que deberán abandonar el concurso.

No parecía emocionarla la idea de explicarnos los detalles; se mostraba desganada y fruncía los labios constantemente. Aclaró que iríamos acompañados por un cámara y un programador informático para grabar los reportajes y que no había opción de repetir la toma en caso de que saliese mal. Hizo hincapié en el elevado coste que suponía un directo.

—... tal como acordamos con el consejo de la universidad, el concurso finalizará en marzo para que no suponga un problema de cara a los exámenes finales —nos recordó—. Cada mes se realizará un reportaje. Y cada tanda eliminatoria consta de dos reportajes, a excepción de la última, lo cual significa que en diciembre habrá cuatro participantes y, por ende, en febrero quedarán los dos finalistas. —Suspiró sonoramente—. La final será en marzo. Ese reportaje será improvisado, no os daremos un tema en concreto sobre el que tratar. Y como sabéis, el ganador será elegido por nosotros, los jueces.

Se presionó con los dedos el puente de la nariz y cerró los ojos durante unos segundos, como si estuviese intentando recordar algo importante.

—Ah, sí, necesitamos vuestros datos completos —añadió, rebuscando en su carpeta hasta que dio con los papeles indicados—. Es de crucial importancia que el teléfono que facilitéis esté operativo.

Nos indicaron que, en cuanto terminásemos de rellenar el formulario con los datos correspondientes, podíamos marcharnos; así que, después de firmar, me guardé el bolígrafo en el bolso, me despedí rápidamente de los demás y salí casi corriendo del salón de actos, como si me persiguiese una manada de osos. Estaba eufórica.

Agradecí el viento que soplaba, revolviéndome el cabello y despejando mi mente. Respiré hondo, sintiéndome satisfecha conmigo misma, y comencé a caminar a paso raudo por las inmediaciones de uno de los tres campus repartidos por la zona estudiantil de la ciudad. Empezaba a oscurecer, pero todavía había bastante gente deambulando por las calles de piedra que recorrían la Universidad de Reading.

Reading se encontraba dentro del condado de Berkshire, en Inglaterra, a medio camino entre Londres y Oxford. Albergaba alrededor de quince mil estudiantes de diferentes nacionalidades, razón por la cual a menudo la denominaban «ciudad universitaria».

Llegué a Reading, junto a mi mejor amiga Lissa, a principios de julio con la intención de aprovechar el periodo vacacional para instalarnos en la residencia. Así podríamos acudir al curso que ofrecía la universidad para alumnos extranjeros y conocer mejor la ciudad.

Casi todos los alumnos de primer año –especialmente si no eran ingleses– convivían en las numerosas residencias que había en los tres campus universitarios. En resumidas cuentas, significaba que tenías que compartir habitación con otros compañeros, ser puntual con el horario de comidas si no querías quedarte con el estómago vacío y sociabilizar más de lo deseado.

Los estudiantes que llevaban un par de años en la universidad solían abandonar la residencia en busca de libertad. Alquilaban pisos compartidos si podían permitírselo económicamente e incluso habitaciones sueltas.

Seguí caminando por el campus universitario, que estaba repleto de jardines cuya viveza contrastaba con los caminos peatonales y los edificios contruidos en piedra. Me dirigí hacia uno de los jardines y, tras sacar el móvil del bolsillo del pantalón, me senté sobre el césped con las piernas cruzadas. Advertí que mi padre me había enviado nuevamente uno de sus filosóficos mensajes. O como él solía decir, cito textualmente: «Palabras llenas de inspiración». Desde que había abandonado París para acudir a la universidad a principios de verano, se había convertido en una costumbre diaria.

«El éxito consiste en vencer el temor al fracaso», Charles Augustin Sainte-Beuve.

Sonreí en cuanto terminé de leer el mensaje y marqué a toda prisa el número de mi casa.

–Hola, cielo –respondió mi madre al otro lado de la línea–, ¿cómo ha ido el día?, ¿qué has comido? Me preocupa que la comida del comedor no sea sana...

–¡Mamá, me han seleccionado para el concurso!

–Cariño, ¡eso es... maravilloso! –Oí cómo llamaba a mi padre a gritos para contarle la noticia–. Estamos orgullosos de ti.

No pude evitar sonreír.

—Tendrás que explicarme dónde puedo ver los reportajes —dijo—. Ya sabes que el Sr. Internet y yo no nos llevamos demasiado bien.

Les relaté a mis padres cómo había sido mi actuación, lo que sentí sobre el escenario frente a todos los estudiantes, el proceso de selección y las primeras impresiones de los otros cinco finalistas. Mientras contaba lo ocurrido detalladamente, mamá reía de vez en cuando con cierto nerviosismo; por el tono de su voz, notaba que intentaba disimular lo mucho que la emocionaba la noticia. Quizá pensaba que, si se contenía, disminuiría la presión que aquel acontecimiento significaba para mí.

El único propósito de mis padres, desde que tenía uso de razón, era que fuese a la universidad. Ellos eran artistas, cada uno a su manera, y valoraban la cultura como pocos más lo hacían.

Mamá era pintora. Había estudiado Economía en la universidad, pero dejar a un lado su pasión para sumergirse en un montón de papeles repletos de números estaba descartado. Ella necesitaba pintar. Y nosotros necesitábamos ver cómo lo hacía.

Aunque no era un trabajo bien valorado —al menos, no económicamente—, no existía nada más gratificante que verla con su bata blanca, repleta de coloridas manchas de pintura, moviéndose ajetreada como un colibrí por su pequeño estudio con una brocha en la mano. Me encantaba sentarme en el sofá que había al fondo de la habitación, bajo el ventanal tras el que se dibujaba París, para observar ensimismada cómo pintaba un cuadro tras otro. La inspiración le llegaba a trompicones, pues mamá no era especialmente constante, pero cuando eso ocurría entraba en un maravilloso estado creativo. Se le iluminaban los ojos y éstos se tornaban ligeramente acuosos, casi como si fuese a llorar por la emoción contenida. Un rubor rosado se propagaba por sus mejillas y era incapaz de oír o ver nada de lo que ocurría a su alrededor, como si el mundo entero se hubiese congelado para ella.

Vendía algunos cuadros. Cada vez más, probablemente por el efecto producido por el boca a boca de sus fieles clientes. Sin embargo, seguía sin ser suficiente —en especial si comparábamos las ganancias con el salario medio—, pero tanto mi padre como yo teníamos la certeza de que algún día sería reconocida como una gran artista.

Papá, por el contrario, sí tenía un trabajo estable. Y además era el trabajo de sus sueños. Desde hacía más de quince años, ocupaba un puesto en una escuela de adultos como profesor de Literatura. Le entusiasmaba que personas que habían dejado atrás su juventud todavía mantuviesen la mente abierta y con ganas de aprender. Era una labor

gratificante. Salía de casa a las ocho de la mañana con una sonrisa radiante en los labios. Y cuando regresaba, contra todo pronóstico, esa sonrisa no había disminuido, sino que era todavía más amplia.

Mis padres se conocieron en la feria cultural independiente que se organizaba anualmente en la ciudad. Ella presidía una pequeña caseta, junto a otros pintores poco reconocidos, donde exponían sus cuadros. Papá era un visitante más a la espera de pasar un día agradable en la transitada feria.

Él se quedó totalmente prendado de uno de los cuadros de mi madre y se decidió a comprarlo, aunque para ello tuviese que gastarse los ahorros de todo un año. Cuando él pagó y ella fue a devolverle el cambio, sus dedos se rozaron y... ya está. Así fue su historia de amor. Increíble, pero cierto. Dos años después, me trajeron al mundo.

Decidieron llamarme Léane porque etimológicamente el nombre proviene de «leona». Les gustó que fuese un símbolo de fuerza y coraje. Nunca me he interesado demasiado por el significado de los nombres, pero mis padres le dan mucho valor a ese tipo de cosas, que a mí suelen parecerme poco relevantes.

Gracias al esfuerzo de mis padres, asistí desde pequeña a un colegio bilingüe. Obtener el certificado de uso de inglés como primera lengua era una gran ventaja para, más tarde, introducirme en el mundo laboral. Cuando, el pasado año, convocaron las becas para acudir a una universidad extranjera de habla inglesa, no me lo pensé dos veces. Una parte de mí quería alejarse de todo aquello que tan bien conocía, como si, de ese modo, pudiese probarme a mí misma, descubrir si era capaz de valerme sola... frente al resto del mundo; era como una especie de reto personal. Y por supuesto, también lo consideraba un gran avance a nivel académico.

Siempre me había preocupado por mis calificaciones, no solo porque quería compensar todo lo que mis padres habían hecho por mí –por decirlo de un modo poco elegante, en casa no sobraba ni un céntimo–, sino porque realmente me importaba.

Me había interesado por el periodismo desde pequeña, había participado en todos los diarios escolares desde primaria e incluso en algunas revistas online, y me encantaba ver las noticias, contrastar datos, comparar diferentes puntos de vista, documentarme e intentar aprender de forma autodidacta. Tenía la certeza de que sin información, en todos los sentidos, no somos nada. Y aunque me encantaba el programa de debate de Linda Carry, mi verdadera inspiración había sido, sin duda, Angélique Deville.

Había sido una periodista francesa bastante conocida, pero no fue hasta que la secuestraron en Afganistán junto a tres personas más cuando su rostro comenzó a acaparar todas las televisiones del país y las portadas de los periódicos. Poco a poco, conforme fue pasando el tiempo sin que se diesen a conocer nuevas noticias, cayó en el olvido y pasó a ser algo secundario, hasta que, dos años más tarde y para sorpresa de todos, logró escapar e informar a las autoridades de dónde estaban los otros tres rehenes.

No fue el hecho de que consiguiese huir y salvarse lo que más me impresionó de Angélique Deville. Lo que verdaderamente me deslumbró fue que, apenas cuatro meses después de aquel final feliz, regresó a Afganistán antes de que se consiguiese derrocar al gobierno talibán y continuó informando a los espectadores de lo que allí ocurría, sacando a relucir la pobreza y la miseria de la situación que se vivía en el país, como si el secuestro que había sufrido hubiese sido solo una piedra en el camino para ella.

Ese día, a pesar de que por aquel entonces todavía era muy pequeña, supe definitivamente que en el futuro quería ser periodista.

Ahora era finalista del concurso.

Y tenía que ganar.

★ 2 ★ Blake

Mientras caminaba por la calle Castle, rememoré las actuaciones de los otros cinco finalistas. Estaba seguro de que el bromista, Mark, me daría problemas. Nina, como media universidad bien sabía, no era de fiar, y a las otras chicas apenas las conocía.

Me preocupaba Léane y su ridículo acento francés. Cautivaba. Llamaba demasiado la atención. Tenía un mal presentimiento sobre ella.

No recordaba haberla visto anteriormente por la universidad, así que supuse que era de primer año. Los estudiantes recién llegados siempre solían ser temerosos. Se sentían vulnerables ante las novedades que les presentaba la vida universitaria, pero Léane no se mostraba así. Si se había sentido nerviosa, había sido ocultar sus emociones para que nadie se percatase de ello.

Metí las manos en los bolsillos de la chaqueta.

No había demasiada gente por las calles de Reading porque era casi la hora de la cena, de modo que caminé por la calzada sin tener que esquivar las bicicletas que habitualmente recorrían la ciudad, el medio de transporte más común entre los estudiantes. Conocía Reading bastante bien, no solo porque cursaba tercer año de carrera y llevaba mucho tiempo asentado allí, sino porque me había criado en una urbanización de Romford, una pequeña ciudad cercana a la capital, Londres.

Asistir a esa universidad, y el hecho de que mi padre me regalase un coche tras cumplir los dieciocho, me permitía visitar habitualmente a mamá y a Emma, mi hermana pequeña, ya que Romford estaba a unos ciento veinte kilómetros de Reading.

La mayoría de las viviendas de la ciudad son del estilo reina Ana, pequeñas casas de ladrillo rojo unifamiliares, normalmente de dos plantas o más. Me gustaba Reading, su estética, su estilo de vida... Había numerosos pubs y lugares de ocio –entre otras cosas, albergaba uno de los festivales musicales más conocidos del mundo, el Reading Festival–. Además era, probablemente, el centro de negocios más significativo del

sudeste de Inglaterra, aparte de Londres, y la mayoría de las compañías importantes de Gran Bretaña tenían su sede en la ciudad, lo cual era una ventaja a la hora de realizar las prácticas al finalizar la carrera y poder optar a un puesto en el departamento de comunicación de una gran empresa.

Dejé de caminar tras distinguir el bar Sahara a lo lejos. Saqué el móvil del bolsillo y respiré hondo. Hablar con mi madre, en ocasiones, era complicado. Había momentos de calma que, sin previo aviso, se transformaban en tormentas bajo las que no podía caminar. Mejor dicho: no sabía hacerlo.

—Mamá, ¿cómo estás? —Apoyé el hombro sobre el cristal del escaparate de una tienda de electrodomésticos.

—Genial, cariño. —Tosió—. ¿Qué tal ha ido el concurso?

—Lo cierto es que bien.

—¿Significa que vas a participar?

—Sí. —Sonreí, aunque ella no pudiese verme.

—¡Es fantástico! Me alegro mucho, Blake. —Hizo una pausa y advertí que estaba bebiendo agua—. Lo celebraremos cuando vengas este fin de semana.

—Claro. —Asentí con la cabeza—. Díselo a Emma.

—La hará muy feliz —dijo—. Pero ¡no quiero que dejes de lado los estudios por culpa del concurso! Y recuerda planchar la ropa; es importante, Blake, no me canso de repetírtelo.

—Lo sé, mamá.

Puse los ojos en blanco. ¿Por qué siempre le preocupaba tanto que no planchase la ropa? Solo tenía que estirla un poco... y punto. Todos lo hacíamos, no era el único. Cuando iba a casa, mamá solía evaluar mi ropa al detalle en busca de arrugas que alisar a toda prisa, como si el destino de mi vida dependiese de ello.

—Voy a llamar a tu padre para contarle la noticia. —Exhaló un suspiro, seguido de un silencio incómodo—. Le gustará saberlo.

—Tengo que colgar, mamá. —Bajé la mirada hasta clavar los ojos en mis zapatillas deportivas, como si temiese mirar a mi alrededor—. He quedado con unos amigos.

—Vale, cariño. Pásalo bien.

Respiré hondo cuando colgué.

Odiaba siquiera el simple hecho de que lo nombrase. Era humillante para ella; no comprendía cómo podía mantener una relación cordial con él después de todo lo ocurrido.

Llevaba dos años sin hablar con mi padre, justo desde el verano en que hice la inscripción para la universidad. Robert Lekker se había separado de mi madre cuando ella descubrió que él la engañaba. Tras aquello, ni siquiera había dicho un «lo siento» o un «cometí un error». «Perdóname.» No. En absoluto. Todavía recuerdo la bronca monumental que mis padres tuvieron ese día, en la cocina de casa. Le pedí a mi hermana pequeña que subiese a su habitación, con la esperanza de que no escuchase los gritos de ambos, y me quedé junto a la puerta a la espera de que él rogase que lo perdonara. Pero nunca ocurrió. Lo único que mi padre dijo fue: «Esto no funciona. No está funcionando. Voy a estar a tu lado en todo lo que necesites, pero creo que cada cual debería seguir su camino».

Tras aquellas palabras hubo un silencio que se me antojó eterno. Después, mamá contestó.

«Ya lo sé, Robert. Lo sé. Tendremos que hablar con los chicos...»

«¿Puedo abrazarte?», preguntó él.

«Sí, claro que sí.»

Eso había sido todo. Un matrimonio terminado con cuatro frases cortas y sin sentido. Nunca logré entenderlo, pero, pasado cierto tiempo, dejé de intentarlo. Ya no me importaba comprender por qué a ella no le cabreaba la situación, ni tampoco por qué él era un gilipollas.

Mi padre y yo siempre habíamos estado muy unidos, hasta que me enteré de lo que había hecho. Desde ese instante, supe que no volvería a verlo del mismo modo, independientemente de la incomprensible reacción de mi madre ante lo ocurrido. Me había pasado la vida idolatrándolo, quizá por eso la caída del pedestal fue tan brusca. Odiaba que mi padre fuese el causante del dolor de mamá, de la ansiedad de Emma, de la separación familiar... Porque en líneas generales, de un modo u otro, todo era por su culpa.

Tras el divorcio, él se mudó a Nueva York para trabajar como socio activo en una gran empresa de abogados.

No sé qué me molestó más, si el hecho de que traicionase a mi madre o que huyese como un cobarde. Probablemente, ambas cosas.

El día que subió a ese avión, rumbo a Nueva York, fue la última vez que hablamos. Mientras observaba cómo caminaba hacia la puerta de embarque, con su típico andar

despreocupado, sentí que algo se rompía dentro de mí. Y no quise hacer nada por repararlo, estaba bien así.

Nunca volví a cogerle el teléfono, a pesar de que seguía llamándome semanalmente. No creía que lo mereciese. En cambio, tanto mi madre como Emma continuaban manteniendo el contacto con él e incluso mi hermana había pasado un mes en Nueva York, durante los dos últimos veranos. Jamás le reproché nada a ella; respetaba su decisión. Entendía que para Emma hubiese sido complicado decirle «adiós» a su padre, aunque para mí fue una decisión sumamente fácil. Demasiado fácil, en realidad. Y no me arrepentía en absoluto.

A veces, cuando mi padre llamaba y yo dejaba que el móvil vibrase hasta que él colgaba, lo imaginaba sentado en su elegante despacho con las piernas cruzadas sobre una mesa de madera de roble y el teléfono pegado a la oreja, mientras observaba por el gigantesco ventanal de su despacho los rascacielos colindantes que se alzaban hacia el cielo azul de Nueva York.

Negué con la cabeza, desprendiéndome con ese simple gesto de todos mis problemas. Cuando entré en el bar Sahara, divisé a mis amigos en una de las mesas del fondo. Pedí una cerveza en la barra mientras percibía de reojo cómo Ryder levantaba una mano, señalándome antes de gritar:

—¿ERES FINALISTA?

Algunos clientes del bar lo miraron cuando alzó la voz. Cogí la cerveza de la barra y me acomodé en la única silla que quedaba libre alrededor de la mesa.

—¿Eres finalista? —repitió.

—Sí, claro que sí. —Me dejé caer sobre el respaldo de la silla—. Pero no hace falta que lo anuncies a gritos.

—Enhorabuena, Blake. —Adam apoyó su mano en mi hombro.

—Prometo que, si terminas ganando y te haces famoso como Owen Gabsen, iré a los platós de televisión para hablar de ti y sacar tajada —comentó Ryder entre risas.

No me gustó que me comparase con Owen Gabsen; ese tío era idiota.

Bebí un trago de cerveza.

—¿Quiénes son los demás finalistas? —preguntó Kristen, el nuevo ligue de Ryder. Tanto ella como su amiga, a la cual no conocía, me miraron interesadas.

—Un tal Mark Dabbent, de segundo curso, que va de gracioso —respondí con una mueca de asco—. Otras dos chicas de cuarto, la víbora de Nina Clarson...

–Oh, qué horror, odio a Nina –comentó la joven que no conocía, interrumpiéndome.

–Y Léane Bouvier, que debe de ser de primer año porque no la había visto antes.

Kristen frunció los labios.

–Conozco a Léane. El otro día fue a uno de los entrenamientos de fútbol con una amiga; al parecer, tiene un lío con Nathan.

–¿Y quién es Nathan? –pregunté, e interesado me incliné ligeramente hacia delante, apoyando los brazos en la mesa. Kristen se sacudió el cabello rubio hacia atrás con orgullo, tras lograr captar mi atención.

–Es un chico estadounidense de primer año que ha sido admitido en el club de fútbol de Reading; en realidad, solo está en la universidad por la beca deportiva –explicó–. Debieron de conocerse durante el verano, en el cursillo para alumnos extranjeros.

–Él no parece demasiado interesado –añadió su amiga–. Quiero decir, no sé si están saliendo o no, pero a Nathan se lo ha visto en muchas fiestas y corre el rumor de que ha tenido algún que otro desliz.

Durante una fracción de segundo, me compadecí de Léane. Sin embargo, gran parte de la culpa era de ella. ¿A quién se le ocurría intentar atarse en la universidad? Menos aún durante el primer año. Todo el mundo quiere experimentar en la universidad, pasarlo bien, no tener responsabilidades ni problemas... Es lo lógico.

Sonreí con fingida timidez y clavé mi mirada en la amiga de Kristen.

–¿Cómo has dicho que te llamabas?

–No lo he dicho –respondió pícaro–. Puedes llamarme Sand.

Terminé de beber lo poco que quedaba de mi cerveza e hice el amago de levantarme.

–¿Queréis que continuemos la charla en casa? Está a solo dos manzanas de aquí y ofrecemos cerveza gratis –dije, sin meditarlo siquiera.

Las dos chicas asintieron encantadas y Ryder se mostró emocionado mientras pagábamos la cuenta. Sin embargo, Adam puso los ojos en blanco, seguramente molesto ante la perspectiva de pasar otra noche en vela.

Sin hablar demasiado por el camino, nos dirigimos hacia la casa que compartíamos los tres. Habíamos pasado el primer año en la residencia, pues al principio era complicado encontrar una vivienda en la que sentirse cómodo cuando apenas conocías a nadie. Sin embargo, al año siguiente, los tres tomamos la decisión de mudarnos. Pagando el alquiler entre todos, salía casi al mismo precio que la carcelaria residencia. Y no era comparable

el nivel de libertad que ahora presidía nuestras vidas. En resumen: hacíamos lo que queríamos, como y cuando nos apetecía.

Convivir con Adam era sencillo. A pesar de que a simple vista podía parecer que tenía más cosas en común con Ryder, no era cierto. Adam era mi mejor amigo, el único en quien confiaría en los momentos difíciles; era una persona con los pies en la tierra, tranquilo e inteligente. Siempre mantenía la calma ante cualquier circunstancia. Sabía afrontar las cosas; admiraba eso de él.

Ryder era, en pocas palabras, un puto desastre.

Pero, eso sí, no existía nadie tan divertido como él. Con Ryder había pasado noches increíbles. Estaba completamente loco. Era un genio del caos.

Cuando llegamos a la puerta de casa, le pedí a Adam las llaves, puesto que las mías las había perdido el fin de semana anterior en una fiesta de la que apenas recordaba nada.

–Se las dejé a Ryder porque no encontraba las tuyas –dijo, encogiéndose de hombros.

–Pues dame las llaves, Ryder.

Extendí una mano hacia él, a la espera. Ryder rebuscó en los bolsillos de sus pantalones durante más de un minuto, terminando con mi paciencia.

–No las tengo. –Se palmeó también los bolsillos del trasero–. No sé dónde las he metido... Qué mierda.

–¡Joder, Ryder, eran mis llaves! –exclamó Adam, enfadado.

–¡Te juro que no las he perdido por ahí! –Extendió las manos en alto–. Creo que he olvidado cogerlas, eso es todo.

–¿Eso es todo? –repetí–. No podemos entrar, y en el último año hemos llamado tantas veces al cerrajero que, en breve, podrá comprarse un puto Mercedes gracias a nosotros.

–Eh, tú no digas nada, perdiste tus llaves esta semana.

Touché. Respiré hondo e intenté tranquilizarme mientras Adam se sentaba en uno de los escalones de la entrada principal. Las dos chicas nos miraban en silencio, manteniendo los brazos cruzados; no parecían sentirse especialmente cómodas.

–Voy a ver si hemos dejado alguna ventana abierta.

–Te acompaño –dijo Ryder.

Bordeamos la estructura por la derecha; era una casa de ladrillos rojos que tenía dos plantas y estaba rodeada por una pequeña porción de césped que rara vez se regaba. Cuando alcé la vista, descubrí que la ventana del cuarto de baño estaba ligeramente entreabierta.

Francamente, no era la primera vez que teníamos que entrar en nuestra propia casa como si fuésemos a robar. A decir verdad, ni siquiera era la segunda vez.

–Agáchate, voy a subir –le dije a Ryder.

Se situó de cuclillas frente a mí, permitiendo que colocase los pies sobre sus hombros, e intenté sostenerme, asiendo con la punta de los dedos el poco relieve que tenían los ladrillos rojos de la fachada. Ryder se levantó poco a poco, hasta que logré alcanzar una tubería y conseguí mantener el equilibrio. Él rió como si la situación tuviese algo de divertida.

–Ya casi llego –le indiqué.

Estiré una mano todo lo posible hasta alcanzar la ventana. Logré apoyarme en el alféizar, la abrí completamente y entré en el cuarto de baño.

El suelo estaba repleto de ropa sucia, toallas todavía húmedas, y había agua acumulada en el lavabo tras un afeitado. Botes de todo tipo estaban dispersos por la habitación: gomina, gel, champú, desodorantes... Abrí el armario blanco del baño, saqué la cesta de la ropa y fui guardando ahí todos los trastos que encontraba a mi paso, por si acaso alguna de las chicas decidía ir al servicio.

Cuando bajé las escaleras, descubrí que las habitaciones de la planta inferior también se encontraban en un estado caótico. Oí golpes en la puerta, de modo que me encogí de hombros ante el desastre que inundaba la casa y abrí para que pudiesen entrar.

Kristen parecía conocer bien la vivienda, seguramente porque Ryder la había traído anteriormente. Sand miró con expectación a su alrededor.

–Bonita casa –dijo mientras inspeccionaba el perímetro manteniendo el ceño fruncido–. Pero ¿por qué está todo lleno de plantas?

–Son de Adam –respondí de forma automática–. Lo apasiona la botánica.

Unas arrugas se dibujaron en la frente de Adam, pero mantuvo la boca cerrada mientras se dirigía hacia la cocina. Regresó al comedor minutos después, con un refresco en la mano, y le pidió a Kristen que se levantase del sofá porque ésta se había sentado encima de sus apuntes.

–Voy a terminar el trabajo de comunicación –dijo.

–¿Ahora? –Alcé una ceja–. No hay que entregarlo hasta la próxima semana. Tómate una cerveza. Relájate.

Adam negó con la cabeza, desdeñando mi sugerencia, antes de desaparecer en su habitación y dar un sonoro e innecesario portazo. Mi hermana solía actuar de un modo

similar cuando estaba enfadada. Tras convivir durante dos años con Adam, había llegado a la conclusión de que él tenía un lado femenino.

Encendí el televisor al tiempo que Ryder sacaba unas cervezas y las dejaba sobre la mesa auxiliar, frente al sofá donde estábamos sentados. Sand fingió que no tenía suficiente espacio en el sofá y colocó su pierna derecha sobre las mías, sin siquiera molestarse en preguntar. Me obligué a no apartarla, que era lo que realmente me apetecía hacer.

—¿No tenéis vasos? —preguntó Kristen, tras abrir su lata de cerveza.

—Sí tenemos, pero no nos gusta fregar —le aclaré.

Ryder rió ante mi respuesta y después comenzaron a hablar de un programa de televisión que nunca había visto. Sentía la pierna adormecida. Apenas escuchaba lo que decían; por alguna razón me inquietaba la actitud de Adam. No era extremadamente sociable, pero solía ser simpático, así que no era habitual que se comportase de aquel modo tan... extraño. Me moví con incomodidad a la espera de que la chica captase la indirecta y dejase de apoyar su rodilla sobre mi pierna.

—Vuestro amigo es un poco raro —comentó Sand. Bebió un trago de cerveza y señaló las numerosas plantas que invadían el comedor—. ¿Por qué tiene tantas plantas? ¿Es un obseso o algo así?

Ryder me miró sin saber demasiado bien qué decir. Suspiré hondo.

—No están tan mal.

—Si tú lo dices... —La chica puso los ojos en blanco.

Punto final. Me levanté del sofá, dejando que la pierna de Sand cayese por inercia, y realicé «el gesto» para que Ryder se percatase. «El gesto» consistía en masajearse ligeramente el lóbulo de la oreja y significaba que había llegado la hora de despedir a nuestras invitadas.

—Esto... Adam no se encuentra bien, así que... será mejor que dejemos la fiesta para otro día —dijo Ryder. Mentía francamente mal.

—Pero ¡si solo ha pasado media hora! —Kristen lo miró con los ojos muy abiertos.

Sin más preámbulos, me despedí de ambas y me dirigí a la habitación de Adam, dejando a Ryder con el marrón de deshacerse de ellas, porque al fin y al cabo eran sus invitadas, independientemente de que él fuese un anfitrión de mierda.

La habitación de Adam no tenía ni una sola planta, básicamente porque a él no le gustaban. La botánica tan solo me apasionaba a mí. Me fascinaba como pocas cosas lo

hacían; ¿no era increíble que de una simple semilla, más un poco de agua y tierra, pudiese surgir una nueva vida?

En nuestra casa había alrededor de cincuenta plantas: enredaderas que trepaban por los redondeados pilares del comedor e incluso por la barandilla de la escalera, flores de todos los colores imaginables, plantas colgantes cuyas ramas caían desde estanterías elevadas...

Tiempo atrás, mi madre había sido una de las mejores decoradoras de jardines de toda la ciudad. Me había enseñado todo lo que sabía sobre las plantas. Dedicaba gran parte de mi tiempo libre a podarlas dándoles forma, regalarlas –no era nada fácil, cada planta necesitaba una cantidad concreta de agua–, trasplantarlas... Era una afición que me mantenía ocupado; me ayudaba a no pensar en nada y a dejar la mente en blanco.

Sin embargo, era un incordio que todo el mundo preguntase sobre las plantas en cuanto ponían un pie en casa. ¿Qué narices les importaba? No me gustaba dar explicaciones, de modo que el año anterior había hecho una apuesta con Adam que él terminó perdiendo. Desde entonces, siempre lo señalaba directamente cuando alguien me interrogaba sobre el exceso de vegetación y él estaba obligado a mantener la boca cerrada.

Prefería proteger mi intimidad, me sentía más cómodo así.

–¿Qué quieres, Blake? –preguntó Adam, sacándome de mi ensimismamiento–. No pienso salir, tengo que terminar el trabajo.

–Ya se han marchado.

Me dejé caer sobre su cama con los brazos cruzados detrás de la cabeza y la vista fija en el techo. Advertí que Adam se movía tras escuchar el ligero chirrido que producía la silla de ruedas del escritorio.

–No hacía falta que se fueran, es solo que... últimamente me agobian tantas visitas de gente desconocida.

–¿Por qué? –Me incorporé, apoyándome sobre un codo–. ¿Estás enamorado?, ¿crees que vas a suspender?, ¿te ha bajado la regla...? Vamos, sea lo que sea, puedes contármelo.

Adam no rió ante mis palabras como pensé que haría. Dejó caer sobre la mesa el bolígrafo que sostenía en las manos y suspiró de un modo melodramático, como si estuviese reviviendo la tragedia de Romeo y Julieta.

—Estoy cansado de hacer siempre lo mismo. —Se mordió la uña del pulgar, con la vista clavada en el suelo—. Es como un *déjà vu* constante. Salimos, conocemos a unas chicas, vienen a casa...

—¿Cuál es el punto que te desagrade exactamente? —pregunté—. A mí me parece un plan cojonudo en general. No me molestaría repetirlo durante... el resto de mi vida, por ejemplo.

—Empieza a ser aburrido, Blake.

—¿Te aburres de nosotros?

Tragué saliva despacio. Por extraño que pudiese parecer, siempre me había asustado perder a las pocas —poquísimas— personas que apreciaba. No creía poder soportar que alguien de mi entorno se alejase a causa de mi forma de ser; eso tiraría por tierra todo lo que había construido durante veintiún años... A mí mismo. Y tristemente, era todo cuanto tenía o podía ofrecer. No había nada más.

—No, claro que no —enfaticó, negando con la cabeza también—. En realidad, esta noche me habría apetecido salir a celebrar que has quedado finalista. Nosotros tres, sin compañía.

Era posible que Adam tuviese razón.

Sonreí aliviado tras su respuesta.

—¿Qué te parece si salimos ahora mismo? Todavía son las nueve, podemos ir a Oceans. Y sigo siendo finalista. —Sonreí.

—Sí. —Adam se inclinó para coger un lápiz del suelo y después me miró por encima del hombro—. Al final lo has conseguido, ¿eh?

Cogí la bola de cristal que reposaba sobre la mesita de noche y le di la vuelta dos veces, hasta que pequeños copos de nieve comenzaron a deslizarse sobre el pingüino que vivía allí dentro. Se la había regalado su hermana pequeña el año anterior por Navidad. Era una niña encantadora y adoraba a Adam, como si éste fuese una especie de semidiós. Cuando venía a casa a visitarlo con sus padres, siempre solía jugar con mis plantas, simulando que sus muñecas se encontraban en medio de una selva amazónica, y, a pesar de que solía arrancar hojas y ramas por simple placer, yo le permitía hacerlo, probablemente porque había algo en ella que me recordaba a Emma cuando era pequeña.

Me pregunté si seguiría idolatrando tanto a Adam cuando se hiciese mayor. Clavé mis ojos en él unos instantes, antes de volver a contemplar el hipnótico movimiento de los copos de nieve.

—Sí, supongo que lo he conseguido... —Suspiré hondo.

Estaba ilusionado por el concurso, aunque no lo demostrase abiertamente. Ya casi empezaba a fantasear e imaginarme cómo sería mi futuro, presentando algún programa de debate, algo intenso, algo que me permitiese darles caña a los invitados, como hacía Charles Ridson en *Su turno de palabra*, uno de mis espacios televisivos preferidos. Me atraían las guerras que solo podían ser ganadas a base de palabras, de ingenio, de fuerza mental... Y en parte, también me atraía demostrarle a mi padre que había elegido la opción correcta, que cursando Periodismo era justo donde debía estar en esos momentos, porque, muy en el fondo, sabía que él siempre había esperado y anhelado que siguiese sus pasos y me convirtiese en un aburrido abogado trajeado. No sé qué me apetecía más, si ganar el concurso para abrirme camino en el mundo de la televisión o para demostrarle que, durante toda su vida, se había equivocado conmigo.

Adam se levantó de la silla y estiró los brazos en alto con los ojos abiertos. Después sonrió.

—Está bien, ¡salgamos un rato! —dijo más animado—. Pero, antes, prométeme que no nos dejarás tirados en cuanto te cruces con una tía.

—Lo juro —aseguré con inocencia.

—Vale. —Se inclinó sobre la mesa y guardó los apuntes en una carpeta, antes de cerrarla—. Coméntaselo a Ryder, a ver qué dice.

En realidad, los dos sabíamos qué diría. Desde que lo conocía, Ryder jamás había rechazado un plan, era una especie de sacrilegio para él.

Me levanté de la cama y me dispuse a salir de la habitación, pero antes de cerrar la puerta me volví hacia él y señalé su camiseta amarilla, donde podía leerse: «Estoy orgulloso de ser un friki».

—Romperé el trato de esta noche si sales a la calle con esa camiseta.

—¿Qué tiene de malo? —Adam frunció el ceño.

—Ser friki tiene su encanto solo cuando no vas anunciándolo por ahí.

★ 3 ★ Léane

Con sumo cuidado, extendí una capa de pintura de color morado sobre la uña del dedo índice. Me apasionaban los pintaúñas de todos los colores, a excepción del negro y el rojo.

Mi aversión por el rojo era algo personal.

Sin embargo, con respecto al color negro, era un asunto bastante obvio. ¿Qué cosas positivas simbolizaba? Casi ninguna.

Años atrás, cuando era pequeña, mi madre había pintado un terrorífico cuadro donde se representaba un oscuro bosque. El color que más predominaba era el negro, pero también había detalles en rojo, ya que los troncos de los árboles parecían llorar sangre. Me asustaba tanto aquella obra que empecé a tener pesadillas. Y a pesar de que nunca supe explicarle por qué me atemorizaba, finalmente mamá no esperó a que algún cliente se decidiese a comprarlo y terminó regalándolo. En cuanto el cuadro salió por la puerta de casa, volví a soñar con luminosos bosques encantados, repletos de hadas y simpáticos conejitos blancos.

Tristemente, no había heredado la faceta artística de mi madre, pero pintarme las uñas me parecía una actividad muy relajante. Requería concentración si lo hacía adecuadamente. Me mantenía ocupada alrededor de veinte minutos –si decidía incluir dibujos, podía alargarse más de una hora–. Dependiendo de mi estado de ánimo me decantaba por un color u otro. En esa ocasión elegí el morado, un color que me infundía calma y tranquilidad.

Hacía apenas una semana que el curso había dado comienzo y había estado muy ocupada preparándome para el casting del concurso Joven Promesa. Redacté más de doce reportajes que acabé desechando, razón por la que apenas había salido del recinto universitario. Era la primera noche que íbamos a pasar un buen rato fuera de los muros de la residencia.

Durante el verano, salimos en muchas ocasiones. Recorrimos la ciudad, paseamos por las calles de Reading haciendo miles de fotografías, como si fuésemos turistas; conocimos los bares más transitados, visitamos algunos museos y monumentos famosos... Todo era bastante diferente, dado que apenas había alumnos, a excepción de los que asistían al curso para estudiantes extranjeros.

Pero, sin duda, lo más destacable de aquel verano había sido conocer a Nathan. Era un chico estadounidense que vivía cerca de Texas y que había sido admitido en la Universidad de Reading gracias a una beca deportiva, dado que era toda una promesa futbolística. Pasaba el día hablando de regates, goles, posiciones estratégicas...

Era una verdadera lástima que yo odiase el fútbol.

No era un odio profundo por razones concretas, sino un odio de no-entiendo-qué-hacen-detrás-de-un-balón.

Por suerte, Nathan tenía otras facetas interesantes. Era gracioso –le encantaba contar chistes, aunque a menudo se repetía– y me gustaba su marcado acento y su forma de vestir formal. Tenía una sonrisa inocente y siempre llevaba el cabello peinado a la perfección.

El único problema era que, tras más de un mes saliendo, todavía no sabía cómo calificar nuestra relación. Entendía que hubiera sido infantil que Nathan me dijese: «Léane, ¿quieres ser mi novia? Estoy locamente enamorado de ti...». Bien, aceptaba que ese tipo de declaraciones estaban fuera de lugar, no teníamos diez años. Es más, probablemente huiría despavorida si él llegase a pronunciar esas palabras. Sin embargo, hubiese sido interesante que, cuando la gente me preguntase qué relación tenía con Nathan, pudiese responder algo concreto. Nunca sabía decir si era un amigo, un amigo con derechos o un novio. Él jamás me había presentado ante sus nuevas amistades diciendo «Chicos, ésta es mi novia». No. Nathan simplemente comentaba «Eh, chicos, os presento a Léane».

Lissa abrió de golpe la puerta de la habitación, asustándome y provocando que el pincel se saliese del perímetro de la uña.

–¡Mierda! Pásame el quitaesmalte.

–¡Léane, son las nueve y veinte! –se quejó, antes de darme el frasco y un trozo de algodón.

–Ya lo sé –respondí–. No me pongas más nerviosa, ya me estresa bastante ir a esa fiesta... sabes que odio las multitudes. Preferiría un plan más tranquilo.

—No te preocupes, estarás conmigo. —Se sentó junto a mí, en la cama—. Y también van Rachel, Nathan, Zandra, Sadie...

Fruncí el ceño mientras guardaba el pintaúñas en el neceser. Mantuve las manos en alto, para no fastidiar de nuevo la manicura, y me miré en el espejo. Llevaba un ajustado vestido azul oscuro que contrastaba con mi cabello rubio. Había pasado gran parte de la tarde probándome ropa y finalmente el modelo elegido seguía sin convencerme.

—¡Estás estupenda! Venga, vámonos.

Cogí un abrigo del armario, a pesar de que sabía que sería una de las pocas chicas que llevaría uno. No estaba dispuesta a morir por hipotermia. Por algún motivo mágico, las chicas inglesas tenían una temperatura corporal especial, gracias a la cual podían permitirse el lujo de llevar vestidos veraniegos en pleno invierno o tumbarse medio desnudas sobre el césped en cuanto salía un mísero rayo de sol. Era algo que seguía sin comprender.

Cuando terminé de abrocharme el último botón, suspiré con resignación y metí un paquete de caramelos M&M en mi bolso, antes de salir de la habitación. Adoraba esos caramelos. La vida sería infinitamente más amarga si no existiesen M&M. Era adicta a ellos.

Salimos del recinto de la residencia cinco minutos después y continuamos caminando calle abajo, tan solo acompañadas por el sonido de nuestros tacones repiqueteando sobre la acera. Lissa me cogió del brazo y sonrió emocionada.

—¡Todavía no puedo creer que seas finalista! Ya verás, vamos a celebrarlo por todo lo alto.

Conocía a Lissa Leveque desde que tenía uso de razón. Siempre habíamos ido juntas al colegio bilingüe de Francia e incluso nuestros padres eran buenos amigos. En cuanto supo que me habían concedido la beca universitaria, creó un estratégico plan para que sus padres le permitiesen estudiar en la misma universidad que yo.

Primero se centró en convencerlos de lo importante que era no perder contacto con el inglés, asegurándoles que el idioma se olvidaba con el paso del tiempo.

Después alegó que la experiencia la haría madurar y que, si la dejaban ir, sus notas globales no bajarían del notable. También colgó fotografías de la Universidad de Reading en las paredes de su habitación, asegurando que funcionaría como publicidad subliminal.

Por último, juró que se comportaría como una monja de clausura.

Finalmente, sus padres aceptaron.

Los padres de Lissa eran dos personas encantadoras, pero tenían serios problemas de control sobre sus dos hijas. A menudo, mi amiga se agobiaba ante la extenuante presión que ejercían sobre ella. A pesar de que había cumplido los dieciocho, solían tratarla como si fuese una niña de doce años. La llamaban constantemente e incluso, de vez en cuando, también querían hablar conmigo para investigar más a fondo si las cosas iban bien. Generalmente, su padre me interrogaba sobre los chicos y emitía un suspiro de alivio en cuanto le respondía que Lissa no estaba saliendo con nadie; como si el hecho de que algo así pudiese ocurrir fuese para él peor que una catástrofe nuclear.

De modo que ahí estábamos, en Reading, una ciudad que me había gustado más de lo esperado, caminando hacia la discoteca Oceans, donde nos esperaban los pocos estudiantes con los que habíamos entablado relación.

La puerta de Oceans estaba custodiada por dos tipos enormes, vestidos de negro de los pies a la cabeza, que nos dejaron pasar tras cobrarnos la entrada y revisar nuestras identificaciones, para comprobar que ambas éramos mayores de edad.

En el interior, luces de diversos colores trazaban destellos intermitentes alrededor de la primera sala de la discoteca; el brillo que emergía de los focos se entremezclaba con las sombras de los estudiantes que bailaban sin descanso, moviendo sus cuerpos al son de la música. Sonaba una canción tecno con un ritmo constante y repetitivo, capaz de martillear cualquier mente sana. Dentro del edificio hacía calor. Muchísimo calor. Era una especie de sauna gigantesca.

—¿Te apetece una copa?

Sin esperar respuesta por mi parte, Lissa me cogió de la mano y caminamos juntas hasta la barra. A pesar de que la zona donde servían las bebidas estaba apenas a unos metros de distancia, tardamos más de cinco minutos en llegar hasta allí; no era tarea sencilla hacerse un hueco entre la gente.

La barra estaba completamente rodeada, como si allí acabase de cometerse un asesinato y los jóvenes hubiesen decidido cercarla a modo de cordón policial. El problema surgía porque los clientes decidían tomarse sus copas alrededor del reducido espacio, impidiendo que los demás pudiésemos pedir una bebida.

—Abran paso, por favor —repetía Lissa una vez tras otra, sin ningún atisbo de vergüenza—. Sí, ¿me dejas pasar? *Merci!, obrigado!, mahalo!*

Nos situamos en una esquina de la barra, donde solo quedaban dos personas delante de la cola. Comencé a mirar a mi alrededor, preguntándome dónde estaría Nathan; no solo habíamos quedado con él esa noche, sino también con Rachel, que era nuestra compañera de habitación, y con Zandra y Sadie, dos chicas que habíamos conocido durante una clase de documentación e información.

—¿Puedo pasar? —continuó preguntando Lissa.

—No —contestó un chico; luego me miró y sonrió de un modo estúpido—. ¿Qué tal la noche, Léane?

Pronunció mi nombre mal. Arrastró las palabras como con desgana, hasta el punto de situar el acento en la última vocal.

Lissa lo señaló con desdén.

—¿Conoces a este idiota?

Blake Lekker nos miró impasible. Parecía divertirlo la situación, de modo que continuó acaparando la barra con el brazo derecho apoyado sobre la repisa de madera. El chico que estaba a su lado dejó caer una mano sobre su hombro.

—Vamos, Blake, déjalas pasar —dijo el joven.

Tenía el cabello ligeramente cobrizo y unos ojos grandes y expresivos. Había algo en él que emanaba tranquilidad.

Blake puso los ojos en blanco, pero luego se hizo a un lado sin dejar de sonreír. Cuando dio un paso atrás, noté que se tambaleaba. Me incliné sobre Lissa para susurrarle al oído.

—Es uno de los finalistas y...

Dejé de hablar cuando su amigo se presentó ante nosotras diciendo que se llamaba Adam. Mientras Lissa conversaba animadamente con él, aproveché la ocasión para acercarme un poco más a mi objetivo y logré tocar con la punta de los dedos la ansiada barra de la discoteca. Era casi un milagro. Definitivamente, Dios me amaba.

Agité las manos en alto, esforzándome por llamar la atención de alguna camarera.

—¿Qué te sirvo? —preguntó una joven que llevaba el cabello teñido de un estridente tono rosa.

—¡Dos cervezas! —grité con alegría, antes de tenderle los tickets de la entrada de la discoteca para canjear el descuento que ofrecían del cuarenta por ciento, aplicable a la primera bebida.

Cuando conseguí tener una cerveza en cada mano, me sentí orgullosa de mí misma, como si acabase de escalar el Everest. Me di la vuelta, dispuesta a escapar de aquella sala atestada de gente, pero Blake Lekker se interpuso en mi camino.

–Sabes que vas a perder, ¿verdad?

–¿Cómo dices?

Mantuve el ceño fruncido ante la incómoda situación. Giré la cabeza y advertí que Lissa continuaba hablando con Adam; se mostraba realmente entusiasmada y gesticulaba en exceso con las manos. Ambos se habían alejado de nosotros. *Brilliant*.

–Digo que vas a perder el concurso. Es una pena –dijo, y luego las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba. Cuando habló de nuevo, su sonrisa se tornó ligeramente lasciva y el sonido de su voz fue más ronco de lo habitual–. Aunque, si quieres, puedo consolarte cuando eso suceda.

Intenté no sonrojarme, tras advertir las intenciones que escondían sus palabras.

–¿Estás borracho?

–Es posible. –Se encogió de hombros y trató de quitarme una cerveza de las manos, como si fuese de su propiedad. En cualquier otra situación se la habría ofrecido, pero no después de pasar una odisea para conseguir pedir en la barra y, como extra, soportar el molesto timbre de su voz hilando frases sin sentido.

–Ya veo que bebes a dos manos –farfulló Blake.

–Es para olvidar las tonterías que estás diciendo. –Y con un movimiento sutil aparté las cervezas de su alcance retirando el brazo hacia atrás–. ¿Por qué no te compras una?

–Es agradable compartir, Léane –respondió entrecerrando los ojos–. Y ya que compartimos las ganas de ganar el concurso, deberíamos añadir también una cerveza. Es más, ahora que lo pienso, tú y yo podríamos compartir momentos muy interesantes.

Sus últimas palabras fueron apenas un susurro. Me pregunté si era otra especie de insinuación o si estaba empezando a delirar. Busqué rápidamente con la mirada a Lissa, que cada vez se alejaba más de nosotros mientras charlaba animada con el tal Adam.

Cuando volví a clavar los ojos en el idiota que tenía delante, advertí que alzaba la vista hacia el techo de la discoteca, que era negro y liso en su totalidad. Lo observó con detenimiento durante unos instantes, ladeando la cabeza. Seguí su mirada, intentando descubrir qué era lo que llamaba su atención. Allí no había nada fuera de lo normal.

–¿Qué se supone que estás mirando? –pregunté finalmente.

–El techo –respondió casi de un modo irascible, como si la respuesta fuese totalmente lógica.

–Deberías dejar de beber –le aconsejé.

–Sí. –Sonrió de lado–. Y tú deberías dejar de ser tan aburrida. Relájate, chica.

Cuando pasé por su lado, me contuve para no darle un codazo. Interrumpí la «fantástica» conversación que Lissa mantenía con Adam y le rogué que nos marchásemos en busca de nuestros amigos.

–¿Tan pronto? ¡Queda toda la noche por delante! –se quejó.

Adam me mostró una sonrisa gigantesca, como si así fuese a conseguir retenerme allí. No, de ninguna manera.

–Por eso mismo –recalqué–. Tenéis muchas horas por delante para seguir conociéndoos, pero ahora necesito que encontremos al grupo –expliqué, hablando casi a gritos por culpa del elevado volumen de la música. No pensaba quedarme ahí plantada, haciendo bulto entre ambos, siendo un incordio.

El chico no dejaba de sonreír. No sé qué es lo que le parecía tan gracioso, yo no conseguía pillar el chiste.

–Tu amiga tiene razón. –Ladeó la cabeza, mirando a Lissa–. Podemos vernos dentro de un rato. Blake está en su momento de máximo apogeo y yo soy su niñera particular; será mejor que lo vigile de cerca.

Lissa soltó una brusca carcajada, como si Adam fuese el tipo más divertido del mundo, al nivel de un cómico profesional. Me esforcé por no revelar ningún gesto que delatase la incomodidad que comenzaba a sentir. Para empezar, relacionarme con desconocidos no era mi punto fuerte, y menos aún, ser testigo del idilio que comenzaba a forjarse frente a mis narices. Sopesé la idea de clavar la vista en el techo de la discoteca, tal como hacía Blake, porque era mucho mejor que contemplar cómo Adam y Lissa coqueteaban con la mirada.

Finalmente, ella sacó el teléfono móvil y le pidió su número con total naturalidad, sin un atisbo de vergüenza. Y a pesar de la oscuridad del lugar, pude advertir cómo él se sonrojaba. *Quel amour*.

Cuando ya estaba a punto de darme por vencida, ambos se despidieron y, sin más interrupciones, logramos avanzar entre el gentío y dirigirnos hacia otra sala mucho más tranquila, donde sonaba música de los ochenta. Suspiré aliviada cuando la canción tecno se tornó casi inaudible.

—Lissa, sé que ese tipo parece inofensivo, pero ve con cuidado. No me da confianza que sea amigo de Blake.

—Se llama Adam —puntualizó ella—. Y es majó.

Puse los ojos en blanco, pero, cuando distinguí en alto la mano de Rachel, cambié rápidamente de actitud. Mientras nos acercábamos, busqué con la mirada a Nathan hasta que logré encontrarlo. Estaba bailando con una chica morena. Una-chica-que-no-era-yo. *Logiquement.*

Respiré hondo. No quería comportarme como una paranoica, pero es que... ¿no era lamentable que no pudiese saber si ese chico era mi novio o, por el contrario, estaba libre para todas las demás?

—¡Pensábamos que no llegaríais nunca! —gritó Rachel, al tiempo que saludábamos a Zandra y Sadie.

Rachel comenzó a bailar como si se hubiese vuelto loca tras encontrarnos, danzaba de un lado a otro moviendo las caderas al son de la música. Miré de reojo a Nathan, que se había alejado más del grupo y no se había percatado de nuestra llegada, puesto que seguía divirtiéndose con la desconocida. Volví a centrar la vista en Rachel. No sería yo quien le dijese a Nathan: «Hola, estoy aquí, ¿puedes dignarte saludarme? *Merci!*».

Bebí un trago largo de cerveza y opté por fingir que no me importaba ser completamente ignorada. Rachel cogió mi mano y me tiró hacia ella mientras continuaba sacudiéndose al compás de la música. Intenté imitar sus movimientos. Pasados unos primeros instantes de vergüenza y timidez, empecé a divertirme de verdad, a pesar de que había perdido de vista a Nathan. Tanto Lissa como Zandra se unieron a nosotras formando un pequeño círculo en la pista de baile mientras Sadie, algo más alejada, hablaba con un chico.

Meses atrás, cuando descubrimos que debíamos compartir la habitación de la residencia con otra chica, entramos en estado de pánico. Nos preocupaba no conectar con nuestra nueva compañera y habíamos pasado el verano, durante el curso para extranjeros, imaginando cómo sería ella. Sin embargo, tras conocer a Rachel en octubre, todas nuestras dudas desaparecieron. Fue algo así como una amistad a primera vista.

Rachel vivía en el sur de Inglaterra, en concreto en Leeds. Era realmente encantadora. Pasase lo que pasase, siempre estaba sonriendo y lograba contagiar ese optimismo que la caracterizaba a los demás.

Solía bailar constantemente. Y también cantaba. A menudo, mientras se duchaba, oíamos sus conciertos particulares desde la habitación. Sentía absoluta fascinación por David Bowie y alegraba nuestras mañanas cuando comenzaba a tararear: «*There's a starman waiting in the sky. He'd like to come and meet us, but he thinks he'd blow our minds. There's a starman waiting in the sky...*».

En la pista de baile, empezó a sonar una balada de Scorpions y un chico muy alto y excesivamente delgado logró introducirse en nuestro círculo y bailó la canción con nosotras. Nos partíamos de risa. Él fingía que tenía un micrófono en las manos y, tras cantarle a Lissa parte de la canción, se acercó a mí.

Justo en ese instante noté cómo unas manos me rodeaban la cintura por la espalda.

—Ya creía que no vendrías. —Sentí su aliento cálido en la nuca y me separé del grupo de las chicas.

Nathan me miraba sonriente. No me sorprendió que pareciese feliz, teniendo en cuenta lo fantásticamente bien que se lo había pasado junto a la otra chica. Estaba sudado y durante unos instantes la idea de tocarlo me dio repelús. Tiró de mi mano hacia él, hasta que choqué contra su pecho de un modo brusco, y luego me besó.

El beso sabía salado, como a sudor. Me separé de Nathan en cuanto tuve oportunidad.

—Te he visto bailando con una chica y no quería interrumpir —dije con un tono neutro, intentando sonar casual, como si estuviese hablándole del tiempo atmosférico.

—Léane, cariño, tú puedes interrumpirme cuando quieras.

—Eh, ¿gracias?

Odiaba la palabra «cariño». Me sonaba falsa, forzada y ridícula. Yo nunca la usaba, aunque solía fingir que no me molestaba cuando alguien me llamaba así.

Seguía notando el desagradable sabor salado del beso de Nathan, de modo que busqué en mi bolso hasta dar con el paquete de M&M. Cogí una bolita azul de chocolate con leche y me la metí en la boca. Mejor, mucho mejor.

—¿Vamos a pedir algo?

—Ya me he bebido una cerveza, pero te acompaño —respondí.

Nathan entrelazó sus dedos con los míos, antes de comenzar a caminar hacia la sala de música tecno; volver a ese lugar era una tortura lenta y dolorosa. La sala de los ochenta estaba casi vacía, pero aun así podrían haberse dignado poner allí también un servicio de bebidas.

Intentábamos avanzar entre la multitud cuando una chica tropezó frente a mí y me tiró encima su cubata. Genial. Estaba completamente empapada. Creí que la noche no podría empeorar más, pero entonces distinguí a Nathan riéndose mientras me miraba. Sí, sí podía empeorar.

—¿Te parece gracioso?

—Lo siento, cariño. —Se tapó la boca con la mano para disimular otra estúpida risita.

La chica que me había tirado el cubata había desaparecido sin siquiera disculparse. Conseguí encontrar en mi bolso un paquete de pañuelos y me sequé el cuello y la zona del escote como buenamente pude. Cuando terminé y volví a alzar la vista, Nathan tenía a tres chicas a su alrededor que habían aparecido de la nada, como setas misteriosas, y le hablaban entre risas.

Distinguí algunas frases estúpidas al azar:

—Hiciste un regate sensacional, ¡me volví loca cuando marcaste aquel gol!

—Te queda mejor el flequillo así, peinado hacia un lado. —Mientras, ya de paso, aprovechaba para pasarle la mano por el cabello y recalcar todavía más lo mucho que le gustaba, por si alguno de los presentes no nos habíamos percatado de ello.

—Por supuesto, nosotras vamos a todos los partidos, llueva o nieve. —Seguido de una carcajada irritante.

Contemplé la escena en silencio. A él parecía agraderle que aquel grupo de chicas le acorralase e idolatrase. A mí me agradaba lo mismo que ser engullida por un tiburón blanco, pero ¿importaba acaso? Ni siquiera sabía si era su novia.

Aguanté un minuto más, allí de pie como una pánfila, hasta que me hice un hueco entre las jóvenes para llegar hasta Nathan. Sonreí falsamente, fingiendo que no me importaba el hecho de haberme convertido en un espantapájaros, sin vida ni corazón ni nadie que me hiciese caso, en medio de la discoteca.

—Creo que es hora de que me marche —le comenté a Nathan.

—Pero ¡si la noche acaba de empezar! —protestó—. Vamos, Léane, será divertido...

Una de las chicas que nos rodeaban me miró con tal asco que me pregunté si tendría algo raro en la cara y no era consciente de ello.

—Me han tirado un cubata encima —le recordé.

—Tampoco es para tanto. —Me evaluó de los pies a la cabeza con una mirada rápida—. Yo te veo muy bien.

Me planteé el hecho de pedirme otra cerveza para poder derramársela a él por encima y comprobar si realmente carecía de importancia sentir cómo la ropa se pegaba a la piel casi con desesperación. Respiré hondo.

—Tú puedes quedarte —dije de mala gana—. Llamaré a Lissa.

Sonrió.

—Eres la mejor.

Se acercó y me besó de nuevo. Al parecer, no era consciente de que en esos momentos fantaseaba con asesinarlo de un modo lento y cruel. Giré sobre mis talones y, sin despedirme de Nathan, comencé a caminar decidida hacia la puerta de salida como si ésta fuese la luz al final de un túnel infernal. La joven de la recepción se ofreció a ponerme un sello de la discoteca por si deseaba regresar y deseché su ofrecimiento sin disminuir la velocidad de mis pasos. Pedí mi chaqueta en el guardarropa y agradecí lo cálida que era. Cuando salí al exterior, me sentí profundamente aliviada.

El aire frío de la noche logró calmarme. Había bastante gente en la acera porque dentro de la discoteca no se permitía fumar. Saqué mi paquete de M&M y me comí una bolita verde mientras llamaba a Lissa.

—¿Dónde estás?

—No te oigo bien —dije. Su voz era casi inaudible a causa del elevado volumen de la música—. Quiero volver a la residencia. Tú quédate, puedo coger un taxi.

—Voy contigo. ¿Dónde estás?

—Fuera. Te espero en la puerta.

Antes siquiera de que pudiese colgar, advertí que una mano intrusa pretendía quitarme mi paquete de caramelos. Cuando descubrí quién era el ladrón, puse los ojos en blanco. Ésa sí era definitivamente una noche horrible.

—¿Tampoco puedes permitirte unos caramelos?

Guardé los M&M en mi bolso para que no lograra alcanzarlos. Blake me miró sonriente. Un chico rubio, seguramente otro de sus amigos, estaba apoyado en la pared y nos observaba risueño mientras se fumaba un cigarro y tirabuzones de humo ondeaban sobre su cabeza.

—He bebido demasiado, necesito un poco de azúcar —dijo.

Blake Lekker se sacudió el pelo con despreocupación y algunos mechones negros se deslizaron por su frente. Lo miré de arriba abajo. Tenía unos brazos bien torneados, era alto, y los vaqueros que llevaba parecían haber sido hechos a medida, pero, siendo justa,

en la universidad había infinidad de chicos dignos de mirar, así que no entendía la fama que Blake tenía entre las chicas... Hasta que alcé la mirada hacia su rostro y descubrí dos cosas.

En primer lugar, los sitios cerrados no le sentaban nada bien, porque hasta el momento no había advertido que tenía unas pestañas largas y negras que enmarcaban los ojos verdes más impactantes que había visto jamás. Y, en segundo lugar, esos impresionantes ojos estaban mirando fijamente mi escote.

Ante su indiscreción, me llevé las manos al pecho en un acto reflejo.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Tú también estabas mirándome. —Se encogió de hombros. Al parecer, lo apasionaba encogerse de hombros, como si las situaciones que desencadenaban sus actos no tuviesen nada que ver con él.

—Al menos podrías disimular un poco —protesté.

—¿Me das un caramelo?

Tardé unos segundos en decidir si estaba burlándose de mí o si su comportamiento se debía al alcohol. La imagen de Blake Lekker caminando con elegancia sobre el escenario mientras realizaba su reportaje empezaba a distorsionarse.

Reprimiendo un suspiro, saqué el paquete de caramelos de mi bolso y automáticamente él extendió la palma de su mano hacia mí.

—¿Prometes que me dejarás en paz?

—*Oui* —respondió sonriente.

Le dirigí una mirada asesina. No me hizo ninguna gracia su afirmación en francés.

Dejé caer sobre su mano cuatro bolitas rojas. Él las observó con detenimiento.

—¿Por qué todas son rojas? —preguntó. Encima tenía el descaro de quejarse.

—Son las únicas que no me gustan.

Se metió uno de los caramelos en la boca y sonrió.

—Todas saben igual, solo se diferencian por el colorante.

—Lo sé.

Encontré en el paquete otras tres bolitas rojas y se las di, mientras divisaba a Lissa saliendo por la puerta de la discoteca con expresión de preocupación. Cogió mi mano en cuanto me alcanzó.

—¿Ha ocurrido algo, Léane?, ¿no estabas con Nathan?

–¿Quién es Nathan? –preguntó Blake con los ojos entrecerrados, sin dejar de zamparse un caramelo tras otro. Ambas lo ignoramos.

–Simplemente quiero volver a la residencia –dije–. Me he agobiado y estoy cansada.

–Está bien, vamos.

Le di la espalda a Blake, sin tomarme la molestia de despedirme, y avancé junto a Lissa calle abajo. Ella comenzó a contarme todo lo que había hablado con Adam. Y me relajó escuchar su cálida y familiar voz mientras caminábamos.

★ 4 ★

Blake

Mientras saboreaba el último caramelo rojo, observé cómo Léane se alejaba calle abajo. Poco después, me giré lentamente e intenté caminar hacia Adam y Ryder, que me miraban divertidos. Las luces de las farolas alineadas en la acera se distorsionaban a mi alrededor. Exhalé hondo y logré dar un paso al frente. No sé por qué, mentalmente repetía la frase «Esto es un pequeño paso para el hombre, pero un gran salto para la humanidad». Mis piernas se movían tan sumamente despacio que tenía la sensación de estar flotando en la luna; había vuelto a beber demasiado. Mi hígado gritaba: «Blake, tenemos un problema».

Noté la mano de Adam palmeándome la espalda.

—Es hora de volver a casa, amigo —dijo.

—¿Queréis que intente conducir? Últimamente saco buena puntuación en ese juego de carreras de la videoconsola...

Ryder emitió una sonora carcajada; probablemente él también había bebido más de la cuenta.

—Será mejor que conduzca yo —se ofreció Adam.

—¡Quedémonos un poco más! —pidió Ryder.

—Es un milagro que logréis manteneros en pie. —Adam nos señaló—. Nos vamos.

Ryder ni siquiera insistió. Caminamos dos manzanas hasta llegar al lugar donde había aparcado el coche horas atrás. Adam me pidió las llaves y, en cuanto abrió el coche, me dejé caer sobre el asiento del copiloto. Ryder, directamente, optó por tumbarse en la parte de atrás.

Quince minutos después llegamos a casa. Tanto Ryder como yo nos dirigimos hacia la cocina. Abrí la puerta de la nevera y recibí la luz del frigorífico como si fuese un destello divino. Comer tras una noche de fiesta era casi una especie de ritual.

Metimos una pizza en el horno y nos sentamos a la mesa de la cocina. Adam se asomó por la puerta vestido con un pijama de color crema del que solíamos burlarnos, ya que era casi idéntico al que usan los pacientes en los hospitales.

–Me voy a la cama –bostezó.

–¡Descansa, tío!

Ryder revisó los mensajes de su móvil sin demasiado interés. Soltó una carcajada poco después y me dio el teléfono para que pudiese ver qué le había parecido tan gracioso. Mientras él sacaba la pizza del horno, leí el mensaje con cierta dificultad: «No pienso volver a entrar en esa selva hasta que me pidas perdón por echarme la otra noche. Y tampoco quiero ver a tus amigos. Llámame YA».

–Se comporta como si fuese tu novia. –Dejé el móvil sobre la mesa y cogí un trozo de pizza.

–Kristen está loca. Le dije desde el principio que no quería nada serio con ella.

–Así son las mujeres. –Hice una pausa para dar otro bocado y saboreé el queso fundido–. Siempre intentan manipularnos. Ve con cuidado, creo que quiere cazarte.

–Sí. –Ryder frunció el ceño–. No pienso acabar como Adam.

Cuando cursábamos primer año en la universidad, Adam comenzó a salir con Katie Heder y estuvieron juntos alrededor de tres meses, hasta que ella le dijo algo así como: «Estoy agobiándome, es mi primer año en la universidad y antes de mantener una relación estable quiero... experimentar y probar cosas nuevas, ya sabes». Adam estuvo bastante jodido tras la ruptura y decidió que tampoco quería nada serio con ninguna chica, así que tuvo algún que otro lío poco importante.

Sin embargo, durante el segundo año, volvió a enamorarse –lo de enamorarse Adam lo llevaba en los genes, era casi inevitable–. En esa ocasión, la afortunada fue Shui Naoko, una estudiante japonesa. Salieron durante siete meses. Shui medio vivía en nuestra casa, no había forma de echarla –probamos todo tipo de técnicas, desde indirectas sutiles, pasando por hacerle pequeñas putadas, hasta terminar paseándonos desnudos por el comedor. Pero ni por ésas–. Se adueñó de nuestra comida, tardaba horas en ducharse e incluso intentó cambiar la decoración de la casa porque odiaba a mis queridas plantas.

Finalmente, ella lo dejó por otro.

–¿En qué piensas? –preguntó Ryder tras coger el último trozo de pizza.

–En nada. –Negué con la cabeza–. Solo espero que Adam tenga más cuidado este año.

Me levanté de la mesa. Me sentía cansado y tenía sueño. Tras despedirme de Ryder, subí a mi habitación y me tumbé sobre la cama sin siquiera desvestirme.

Antes de dormirme, como acostumbraba hacer desde que tenía uso de razón, taché el día que correspondía en el calendario que colgaba sobre la pared de la cama. La cruz no salió perfecta, pero el significado era lo importante: un día menos.

Me dolía la garganta. Tragué saliva despacio, notando una especie de quemazón. Segundos después, logré abrir los ojos, pero los cerré de nuevo rápidamente tras advertir los rayos de sol que penetraban por la ventana de la habitación. Me di la vuelta en la cama con la esperanza de dormir un poco más.

Juré que no volvería a beber nunca más. Solía prometerlo a menudo, pero en esa ocasión iba en serio. Tenía la boca tan seca que al final me levanté de la cama para poder beber agua.

Adam estaba sentado a la mesa de la cocina y comía tostadas con mantequilla de cacahuete. La cocina estaba ordenada; había recogido y fregado los platos que dejamos la noche anterior. Cogí agua fría de la nevera y me bebí casi media botella de golpe.

–Me duele la cabeza –me quejé, frotándome las sienes con las manos.

–¿Y eso te sorprende? –Sonrió tímidamente.

Me senté a la mesa, frente a él. Intenté robarle una tostada, pero, antes de que pudiese hacerlo, Adam me dio un manotazo en la mano.

–En la nevera tienes el cacahuete –sentenció con firmeza, como hubiese hecho mi madre.

Me levanté con resignación para preparar unas tostadas.

–No controlas, Blake, ése es tu problema. –Adam habló con la boca llena.

–¿A qué te refieres? –Sin dejar de untar la crema de cacahuete sobre el pan, lo miré por encima del hombro. Cambié el peso del cuerpo de una pierna a otra; me dolía cada centímetro de mi ser como si la noche anterior hubiese corrido una maratón.

–Anoche ni siquiera podías conducir.

–Lo importante es que lo pasamos bien. Además, cumplí mi promesa y no me acerqué a ninguna tía. –Sonreí con inocencia.

–Sí. –Se levantó y dejó el plato en el fregadero—. Especialmente si exceptuamos que te encontraste con una de las finalistas. No sé qué le dijiste, pero creo que nada bueno.

La imagen de Léane acudió a mi mente. Trazos dispersos de la noche anterior comenzaron a volverse más uniformes. Ella enfundada en un vestido azul, cuyo escote había llamado mi atención. Una apuesta de cervezas junto a otros compañeros de tercero. Bolitas rojas de caramelos deslizándose una tras otra sobre la palma de mi mano. Una superficie negra y lisa, el techo de la discoteca. Y luces, muchas luces de diferentes tonalidades que se entremezclaban en la oscuridad...

—¿Por qué piensas eso? —pregunté. Adam, que estaba a punto de salir de la cocina, apoyó una mano sobre el marco de la puerta.

—Le mostraste tu lado más simpático —explicó con sarcasmo.

Me encogí de hombros. Ya lo superaría; así podría ir decidiendo contra quién no enfrentarse en el concurso. No creía que ella fuese una competencia real, no parecía ser demasiado espabilada, pero por si acaso...

En silencio, observé ensimismado la valla de casa a través de la ventana de la cocina. Pensé en los caramelos y me pregunté por qué Léane no quería comerse los que eran de color rojo. Menuda chorrada. Emití un leve bufido, a pesar de que no había nadie en la cocina que pudiese oírme.

Léane era bastante normal físicamente, pero me gustaba su rostro aniñado, irradiaba inocencia. Nunca me habían agradado las facciones marcadas ni las caras excesivamente llamativas. Tenía el cabello largo y de un tono rubio ceniza; no estaba seguro de si sus ojos eran castaños.

La primera vez que la había escuchado hablar, durante el casting del concurso, me había desagradado su acento francés. No porque fuese horrible, sino porque era un punto a su favor. Cuando pronunciaba las palabras, especialmente si lo hacía despacio, sonaba de un modo sensual.

Era una ventaja injusta.

Yo era un tío, joder, no podía fingir que tenía voz de línea erótica.

De todos modos, dudaba que Léane pudiese soportar la presión compitiendo contra estudiantes que tenían mucha más experiencia que ella. Además, por ende, conocíamos a más gente y eso influía en las votaciones.

Después de ducharme, me sentí mucho más relajado y con la mente despejada, aunque seguía estando cansado. Me acomodé en el sofá junto a Ryder y Adam, que estaban

jugando a un videojuego de guerra.

—Oye, ¿tú le has comprado algo a Sarah? —preguntó Ryder.

Mierda. Había olvidado que esa tarde era su cumpleaños e íbamos a celebrarlo con una merienda en el campus. Negué con la cabeza. Hacer regalos no era mi punto fuerte, nunca solía acertar con los detalles.

Sarah era mi única amiga. No tenía demasiada confianza con ella, a decir verdad, pero me parecía divertida, inteligente y, lo más importante, no me atraía en lo más mínimo físicamente. Manteníamos una relación cordial desde primero, siempre habíamos ido con el mismo grupo y me sentí un poco culpable por haber olvidado su cumpleaños.

—¿Por qué no cortamos algunas de tus flores y le regalamos un ramo?

—Ni de coña. —Alcé un dedo—. Por encima de mi cadáver.

—¿Qué hacemos entonces?

—No lo sé, llama a los demás y di que participamos en el regalo conjunto.

Ryder dejó de mirar la pantalla del televisor y sonrió lentamente dando a entender que una idea maquiavélica acababa de recorrer su mente como una estrella fugaz.

—¡Ya lo sé! Prepararé una tarta de cumpleaños.

—No, tío.

—¿Por qué?

—Eso no sería un regalo, sino un castigo cruel.

Adam apagó la videoconsola y la pantalla se quedó de color azul.

—Olvidé deciros que no iré al cumpleaños. —Se llevó las manos al estómago—. No me encuentro bien.

Ambos lo evaluamos en silencio. Cada fibra de su cuerpo, cada gesto de su rostro o, mejor dicho, el fuerte intento por no mostrar ninguna expresión, me indicó que Adam estaba mintiendo. Opté por no inmiscuirme en sus asuntos y no hice ninguna pregunta, aunque me moría de ganas por saber qué demonios estaba escondiendo.

Alrededor de las cinco de la tarde, nos marchamos al cumpleaños de Sarah.

Ryder había logrado hacer una especie de tarta, tras investigar sobre el tema en internet. No tenía intención de probarla. Por fuera podía parecer normal, pero por dentro era una bomba de relojería. Los únicos ingredientes que había utilizado eran azúcar, agua, harina y un tarro entero de canela. Delicioso.

No quise utilizar el coche para ir a la residencia, donde Sarah vivía, porque era complicado estacionar en esa zona. Cogimos el autobús para ir hasta allí y avanzamos

caminando por el recinto universitario. Ryder sacó la cajetilla de tabaco del bolsillo del pantalón y se encendió un cigarro.

A lo lejos, se extendían varios edificios contruidos en piedra, rodeados de un enorme jardín repleto de césped. Había numerosos alumnos tumbados sobre la hierba, aprovechando la relajante tarde de sábado y los escasos rayos de sol que pronto desaparecerían, dando paso al encapotado cielo que habitualmente presidía la ciudad.

Cuando llegamos a la entrada principal, nos encontramos con varios compañeros de clase. Jack me saludó dándome una fuerte palmada en la espalda y mi cuerpo se sacudió, dolorido; todavía no me había recuperado de la pasada noche.

Algunas chicas del grupo, junto a Sarah, bajaron poco después. Todas llevaban en las manos platos cubiertos con papel de aluminio y supuse que escondían la merienda que habían preparado.

Nos acomodamos sobre el césped, apenas a unos metros de distancia de la puerta principal de la residencia. Formamos un pequeño círculo, colocando los platos en medio para que estuviesen al alcance de todos.

Si había algo que valoraba de las mujeres era lo detallistas que podían llegar a ser. Entre todas habían preparado la merienda, un pastel de cumpleaños decente –a diferencia del de Ryder–, e incluso le habían comprado regalos.

–¡Me encantan! –gritó Sarah, tras desenvolver uno de los regalos. Manteniendo los ojos cerrados, abrazó unos zapatos rojos de tacón–. ¡Muchas gracias!

Ladeé la cabeza, con la vista fija en la superficie brillante de los zapatos... ¿Por qué demonios Léane no se comía las bolitas rojas? Probablemente era una estupidez, pero la urgencia de averiguar la razón se tornaba más apremiante.

Cuando Sarah terminó de desenvolver los regalos, empezamos a comer. Apenas probé bocado, todavía tenía el estómago revuelto. Varios compañeros tuvieron que escupir tras degustar el pastel de Ryder y él se mostró tan apenado que me dieron ganas de consolarlo.

Aprovechando que todos hablaban animadamente, me acerqué a Sarah para susurrarle al oído.

–¿Sabes si Léane Bouvier vive en tu residencia?

Sarah frunció el ceño, como si en un principio no supiese de quién estaba hablando, pero poco después sonrió.

–¿Te refieres a una de tus rivales del concurso?

Presioné los labios, divertido, y alcé un dedo a modo de advertencia.

—No es un rival digno para mí —protesté—. De hecho, hasta me da pena enfrentarme a ella. El nivel está muy desequilibrado; pobre cría. —Sarah se esforzó por no reír, a pesar de que me miraba con los ojos entornados—. Pero sí, me refiero a ella.

—¿Y por qué quieres saberlo? —me observó con cautela, tras engullir una patata frita—. Oye, parece una buena chica, no es tu tipo Blake.

—Muy graciosa —repliqué—. Solo quiero hablar con ella de unos asuntos relacionados con el concurso. —Le mostré mi sonrisa más inocente.

—Está bien. —Puso los ojos en blanco—. Sí está en mi residencia, creo que en la habitación veintiocho. O no, espera, quizá sea la veintiséis. —Se rascó el mentón pensativa, antes de volver a mirarme—. No, no, definitivamente es la veintiocho, sí.

Me levanté y me sacudí los restos de césped de los pantalones vaqueros. Ryder alzó la vista para mirarme.

—Ahora vuelvo —le dije—. Tengo que hacer una cosa.

Atravesé los jardines del campus que me separaban de la residencia y entré por la puerta principal. Subí los escalones lentamente, casi jadeando; ansiaba meterme de nuevo en la cama y descansar, no pensaba salir esa noche. Recorrí el pasillo de la tercera planta y golpeé con los nudillos la puerta de la habitación veintiocho.

Sinceramente, no sabía qué cojones estaba haciendo allí.

Lo único que me interesaba de Léane era averiguar el misterio de los caramelos rojos.

Cuando ella abrió la puerta, me miró confundida.

Llevaba el cabello rubio despeinado y recogido en una especie de moño. Vestía un pijama de verano con un colorido estampado; el pantalón corto dejaba al descubierto sus piernas y no pude, o no quise, evitar bajar la mirada.

—¿Qué haces aquí?

—Estaba de paso. —Le mostré mi sonrisa más encantadora—. ¿Me dejas entrar?

Sin darle tiempo a contestar, me colé en la habitación. Manteniendo el ceño fruncido, ella empujó la puerta con el pie hasta cerrarla y sostuvo los brazos en alto como si alguien estuviese apuntándole con una pistola.

—¿Qué te pasa en las manos?

—Me he pintado las uñas y el esmalte todavía no está seco —respondió ariscamente.

La habitación tenía el mismo tamaño que la que yo había alquilado durante el primer año, cuando viví en la residencia. Cada una de las tres camas estaba acompañada por un

escritorio y, al fondo, había una puerta que conducía a un baño minúsculo.

Varios peluches descansaban sobre una de las camas. Para romper el hielo, me propuse comentar algo gracioso sobre ello, pero advertí que Léane apartaba con el codo un oso azul y se sentaba sobre la colcha. La cama ridícula era de ella. Intenté no reír.

Se frotó el párpado con el codo, ladeando la cabeza.

—¿Qué haces?

—Se me ha metido algo en el ojo.

—Déjame ver.

Me incliné hacia ella, apenas a unos centímetros de distancia de su rostro, y observé con atención su ojo izquierdo. Definitivamente, eran castaños; de un color miel, dulces.

Un intenso aroma a vainilla me embargó. En cuanto encontré el problema, me aparté de Léane.

—Era una pestaña. —Sacudí los dedos deshaciéndome de ella.

—¿No sabes que tienes que pedir un deseo?

La miré fijamente y Léane se ruborizó de un modo encantador.

—¿Te avergüenzas por la tontería que acabas de decir? —pregunté burlón.

Se levantó de la cama de un modo brusco y extendí un brazo, impidiéndole avanzar. Sonreí de lado y bajé la mirada hacia su rostro.

—No me avergüenzo —respondió molesta—. Pero tu presencia me incomoda.

Descendí la mano hasta dejarla caer en su cadera y, cuando me incliné ligeramente hacia ella, retrocedió con torpeza dando un pequeño saltito hacia atrás que me hizo reír. A decir verdad, era bastante graciosa.

—Hueles bien —admití—. A vainilla, ¿verdad? O quizá coco...

—¿Te estás insinuando o algo así? —Me miró dubitativa, pero luego su expresión se tornó seria—. Tengo novio, por cierto.

—Lo sé. —Sonreí—. Si consideras que esto es una posible insinuación... todavía tienes mucho que aprender, chica.

Me volví y comencé a ojear su escritorio con cierto desinterés, como si estuviese viendo una exposición de arte sumamente soporífera. Todo era demasiado colorido: pequeñas libretas en cuyas cubiertas había escritos mensajes estúpidos como «Sonríe, hoy es un buen día», bolígrafos con purpurina, *post-it* fluorescentes, diminutas pinzas rosas que, probablemente, no servían para sujetar nada, e incluso, por sorprendente que

pudiese parecer, una mariposa de plástico con las alas extendidas pegada en la pared del fondo.

–Eres bastante insufrible, ¿nunca te lo ha dicho nadie?

–Puede que alguien lo haya comentado de pasada. –Me encogí de hombros.

Oí cómo Léane suspiraba hondo.

–No sé por qué has venido, pero tengo cosas importantes que hacer...

La miré por encima del hombro.

–¿Como pintarte las uñas?

–Por ejemplo. –Asintió con la cabeza.

Exhalé despacio y aparté la vista de su escritorio, antes de que me subiese el azúcar.

–Necesito saber por qué no te comes los caramelos rojos –expliqué serio, como si estuviese en mi legítimo derecho de saberlo.

Léane arrugó la frente.

–¿Y a ti qué te importa? No pienso decírtelo.

–¿Es por algún tipo de trauma infantil? –inquirí, sin dar mi brazo a torcer.

Puso los ojos en blanco y, con largas zancadas, avanzó hasta la puerta de la habitación y la abrió, invitándome a salir.

–Márchate, Blake –me pidió–. En serio, estoy ocupada.

Acepté su sugerencia y caminé hacia la puerta.

–Sí, será mejor que dediques tu tiempo a ensayar para el concurso –le aconsejé–. Te hace falta; al menos para igualar el nivel de los demás. Suerte con eso.

Léane cerró la puerta dando un ruidoso portazo que resonó en el pasillo de la residencia. Negué con la cabeza sin dejar de sonreír. Qué mal carácter.

Llegué a tiempo para ver a Sarah soplar las velas y cantar *Cumpleaños feliz* junto a los demás. Deseché la idea de comer tarta y regresamos a casa temprano. Ryder entró primero y, mientras dejaba las llaves en la repisa del vestíbulo, lo oí vociferar.

–¡Qué cabrón, tío!, ¡nos has mentido!

Cuando avancé hasta el comedor, advertí que Adam estaba sentado a la mesa, rodeado de apuntes, junto a una chica que me resultaba familiar: la amiga de Léane. Al parecer, ambos estaban estudiando.

Adam escondió el rostro entre las manos, seguramente avergonzado por nuestra interrupción y la reacción de Ryder. Por el contrario, ella sonrió.

—Me llamo Lissa —dijo, tendiéndome la mano con firmeza—. Espero que tu idiotez de anoche fuese temporal.

Parpadeé confuso.

Adam me dirigió una mirada asesina; parecía que estaba retándome para ver si me atrevía a contestarle. Presioné los labios con fuerza, aguantando las ganas. Él comenzó a recoger los libros y a meterlos dentro de una mochila.

—¿Te parece bien que continuemos en la biblioteca?

—Claro. —Lissa le dedicó una sonrisa no apta para diabéticos.

Ella se colocó el asa de la mochila sobre el hombro derecho, pero Adam se ofreció rápidamente a llevarla como si fuese un burro de carga y Lissa aceptó gustosa. Qué escena más patética.

En cuanto se marcharon, Ryder se llevó dos dedos a la boca y fingió que vomitaba. El gesto me hizo reír.

—Nos ha mentido por una tía —protestó—. Dijo que estaba enfermo...

—¿Crees que eso es lo peor? —Palmeé su espalda y lo miré divertido—. Lo peor es que hay más de quince mil estudiantes en esta ciudad y él tenía que fijarse en la mejor amiga de una de mis contrincantes. Cojonudo. —Suspiré—. Felicidades, Adam, esta vez te has lucido —concluí irónico, aunque él ya no pudiese escucharme.

★ 5 ★ Léane

Me senté sobre el bordillo de la acera, frente a la puerta principal de la universidad, a la espera de que llegasen los demás. Nota mental: debía dejar de ser siempre tan puntual. Era una costumbre que ya traía conmigo al llegar a Reading.

Era viernes 26 de octubre, el día elegido por los organizadores del concurso para realizar el primer reportaje en directo. Quitó las gomas de la carpeta azul que sostenía en las manos y revisé por cuarta vez las instrucciones dadas en la nota informativa:

El primer reportaje en directo se llevará a cabo el día 26 de octubre a las 17:00 horas en el centro de Reading. En dicho reportaje se deberá dar a conocer la ciudad al público de un modo atractivo, pero manteniendo un tono formal.

El equipo de la cadena Princett recogerá a los seis finalistas en la puerta C de la universidad a las 16:00.

El sitio era correcto, la hora era correcta, el día era correcto... Todo estaba bien, así que no tenía de qué preocuparme. Respiré hondo una y otra vez, cogiendo mucho aire de golpe y soltándolo despacio.

Los nervios se manifestaban en forma de pinchazos en mi estómago y no me sentía preparada para realizar un reportaje en directo porque sabía que no tenía un buen día; en realidad, toda la semana había sido horrible.

Echaba de menos a mis padres, especialmente por las noches. Hubiese aceptado gustosa que me arropasen en la cama, como cuando era pequeña, y que me hiciesen sentir segura. Adoraba la sensación de calma que me producía siempre su presencia; estaba convencida de que mientras ellos estuviesen cerca nunca podría ocurrirme nada malo, como si ambos fuesen una especie de superhéroes invencibles. Sabía que, a mis dieciocho años, era un pensamiento estúpido e infantil, pero lo sentía así. Mis padres emanaban una energía positiva que me llenaba de fuerza. Y ese vacío no podía compensarse con llamadas telefónicas ni mensajes de texto; no era lo mismo.

Además, me sentía sola, especialmente desde que Lissa había empezado a salir con Adam. Según ella, tan solo estaban conociéndose, pero solía quedar con él casi a diario, con la excusa de que estudiaban juntos y Adam, al cursar tercero, la ayudaba con las cosas que no comprendía.

Lissa dijo que le gustó desde el primer momento, cuando lo conoció en la discoteca unas semanas atrás. Supuestamente, a él le había ocurrido lo mismo. ¿En serio la gente tenía flechazos como quien coge un resfriado? Por descontado, a mí Cupido me odiaba profundamente, porque mi relación con Nathan seguía tan estancada como siempre.

El lunes me pidió que acudiese a ver su entrenamiento y tuve que hacer grandes esfuerzos para no dormirme en la grada; había descubierto que el fútbol causaba una extraña sensación soporífera en mí.

El día anterior quedamos para ir a tomar un refresco a una conocida tienda de zumos que estaba cerca del campus. Él pareció aburrirse cuando comencé a contarle todas mis inquietudes relacionadas con el concurso. Es más, ni siquiera intentó disimular lo poco que le interesaba el tema. Tras confesarle lo insegura que me sentía y que no creía ser capaz de hacer el reportaje, a sabiendas de que un montón de alumnos estarían viéndolo, había esperado que él dijese algo como «Deja de preocuparte, Léane, seguro que lo harás bien». Pero no lo hizo. Estaba demasiado ocupado jugueteando con la pajita del zumo, haciéndola girar una y otra vez entre los dedos, y sus labios permanecieron sellados.

Así que, en cierto modo, solo me tenía a mí misma. Y eso resultaba un tanto aterrador, teniendo en cuenta que debía ganar el concurso, después de tanto dinero invertido en ir a Inglaterra, después de tantas horas de estudio, después de tanto... tanto esfuerzo por parte de mis padres. La presión que sentía me envolvía, provocando que todo se magnificase y complicase todavía más.

Lo único bueno de las últimas semanas fue no toparme con Blake en ningún momento. Tras su inquietante visita a mi habitación, no había vuelto a verlo. No es que fuese una gran noticia por la que debiese lanzar confeti de colores al aire, pero al menos era algo.

Me quité un peso de encima cuando vi a Marlenne y Susan saliendo del recinto universitario y acercándose a mí. Vale, eso significaba que no me había equivocado y estaba en el lugar correcto.

—¿Cómo va todo, Léane? —La voz dulce de Marlenne era realmente inconfundible. Me levanté, sacudí mis vaqueros con las manos y me aparté el cabello de la cara antes de

saludarlas a ambas.

–¡Me va a dar un infarto! –Susan caminó de un lado a otro, con una mano en la cabeza, mientras Marlenne la miraba divertida—. En serio, no creo que pueda hacerlo.

–Todos podemos hacerlo –dijo, intentando animarla.

–No todos, Léane, no te equivoques –puntualizó Nina Clarson cuando apareció por la calle de la derecha. Miró a Susan—. Si no estás preparada, mejor retírate ahora y no hagas perder tiempo a los productores de la cadena; ¿sabes cuánto cuesta un directo?

–¡Déjala en paz! –Marlenne se enfrentó a ella—. Todas estamos nerviosas, es lo normal.

Un taxi paró a un lado de la calle y Mark Dabbent bajó del vehículo. Dejó caer las manos sobre mis hombros y me sacudió animado.

–¡Ha llegado el día!

Justo en ese instante, una furgoneta blanca que llevaba dibujado en el lateral el logotipo de la cadena Princett estacionó frente a nosotros. Contuve la respiración. El chico que conducía no debía de tener más de treinta años, llevaba rastas en el pelo y, tras abrir la puerta del vehículo, le dio una última calada a su cigarro antes de tirarlo al suelo y aplastarlo con la suela de la zapatilla.

–¿Sois los finalistas? –preguntó sin demasiado interés.

–Sí. –Mark le ofreció la mano como saludo, pero el chico de la cadena se limitó a ignorar su gesto y se encendió otro cigarro.

Por el contrario, el joven que iba en el asiento del copiloto sí nos saludó uno a uno y se presentó como Gael. Nos explicó que era ingeniero de telecomunicaciones y que se encargaría de la programación del reportaje en directo.

–¿Y él quién es? –preguntó Nina, señalando con desdén al otro colaborador.

–El cámara que grabará vuestros adorables reportajes –respondió el aludido con cierto retintín, y sopló hacia nosotros el humo de su cigarrillo—. Llamadme Jaden.

–¿No eran seis chiquillos? –preguntó Gael.

Jaden nos contó, señalándonos con el dedo uno a uno como si fuésemos niños de preescolar y estuviésemos a punto de hacer una excursión al zoo. El bolsillo del pantalón comenzó a vibrarme, saqué el móvil y descolgué el teléfono.

–¿Diga?

–¿Cómo va eso, Léane? –El estúpido tono de su voz era inconfundible, casi como un sello de identidad—. ¿Te importa decirles a los colaboradores que acudo por mi cuenta?

Merci.

Blake colgó sin darme tiempo a pronunciar ni una sola palabra. Con resignación, les expliqué a Jaden y Gael lo que me había dicho; a ellos no pareció importarles la decisión tomada por Blake. Debía de ser el único inglés del mundo que osaba ser impuntual. Si algo había aprendido durante el poco tiempo que llevaba viviendo en Inglaterra era que allí el hecho de llegar cinco minutos tarde se consideraba una gran falta de respeto.

Gael nos abrió la puerta trasera de la furgoneta e indicó que entrásemos mientras encendía la luz del techo. Había dos bancos, uno a cada lado del vehículo. Me senté junto a Mark. En el suelo de la furgoneta descansaba un maletín que parecía ser la funda de un ordenador y otra bolsa negra mucho más grande. Observé a mi alrededor e inmediatamente me pregunté si aquello era ilegal. Seguramente sí. Mi inquietud aumentó cuando advertí los cinturones deshilachados que colgaban a ambos lados del asiento; no estaba segura de que funcionasen, pero me abroché el mío por si acaso.

Jaden se volvió hacia nosotros, acomodado en el asiento del conductor, y nos guiñó un ojo antes de arrancar el motor e incorporarse a la carretera.

Me hundí en el asiento. Seguía sin acostumbrarme al hecho de que los ingleses condujesen por la izquierda. No tenía ningún tipo de lógica, más allá de intentar mostrarse diferentes o especiales frente al resto del mundo, como si dijese: «Eh, miradnos, nosotros molamos más, hacemos las cosas al revés, no somos borregos».

—No sabía que conocieses a Blake —me dijo Mark, provocando que apartase a un lado mis reflexiones sobre la conducción.

—Y no lo hago.

—Entonces, ¿por qué tiene tu teléfono?

Ésa era una buena pregunta.

Deduje que se lo habría dado Lissa.

Jaden le pitó a un coche y sacó la cabeza por la ventanilla vociferando mil improperios. Cuando logró calmarse tras el percance, comenzó a hablar de arañas.

Nos dijo que tenía un terrario en su casa repleto de diferentes arañas, dado que eran su pasión. Explicó cómo eran las glándulas venenosas que tenían en los quelíceros y de qué modo paralizaban a sus presas; después detalló cómo le habían picado en varias ocasiones y se recreó en los efectos que causaban.

—Ahora me he apuntado a un curso de aracnología —concluyó sonriente.

—Suenas divertido —contestó Mark inseguro.

–Lo es. –Tosió tras atragantarse con el humo de un cigarro, y me pregunté cuántos paquetes se fumaría al día–. Deberíais hacer un reportaje sobre las arañas. Molaría que te cagas.

Nina arrugó la nariz, mostrando una expresión de asco. Ella era casi tan repelente como Blake. De hecho, hacían buena pareja.

No había demasiado tráfico en Reading porque gran parte de los habitantes eran estudiantes y eran pocos los que podían permitirse un coche.

Aparcamos en la entrada de una calle peatonal y, cuando Gael nos abrió la puerta trasera, fuimos bajando mientras ellos cogían el equipo que necesitaban para la grabación.

Nos miramos entre nosotros con cierto nerviosismo y los seguimos cuando comenzaron a caminar por la calle peatonal hasta llegar a una pequeña plaza; el suelo era de piedra y estaba rodeada por numerosos edificios de ladrillo rojo que tenían aspecto de ser bastante antiguos. En medio de la plaza había una fuente coronada por la figura de una mujer semidesnuda que sostenía en las manos un jarrón, de donde emanaba el agua. Alrededor había dos cafeterías, una cervecería que estaba cerrada y una tienda de antigüedades que llamó mi atención. Las pocas personas que había en la calle ocupaban las terrazas de las cafeterías.

Gael abrió y colocó una mesa desplegable e instaló encima un ordenador portátil. Mientras tanto, Jaden sacó diferentes piezas de la cámara y comenzó a montarla con parsimonia. Observé ensimismada cómo lo preparaban todo, hasta que me desconcentré al distinguir a Blake a lo lejos, caminando hacia el grupo.

Se había vestido de un modo formal que no solía ser habitual en él; llevaba unos pantalones vaqueros y una impecable camisa blanca. Aparentaba más de veintiún años. Sus pasos desprendían tal seguridad en sí mismo que, durante unos instantes, me sentí como una de las arañas de Jaden: pequeña e insignificante.

–Esto está casi listo... –comentó Gael, sin dejar de mirar la pantalla del ordenador–. ¿Quién es el valiente que quiere empezar?

–Yo lo haré –dijo Blake. Jaden se volvió hacia él.

–Ya era hora de que llegaras, chaval.

–Sí, siento el retraso. –Se colocó bien los puños de la camisa–. De todos modos, normalmente acudiré por mi cuenta.

—Como quieras. —Jaden mantuvo el cigarro entre los labios mientras terminaba de ajustar la cámara sobre el trípode, con los ojos entrecerrados a causa del molesto humo.

Cuando Blake me sonrió, evité su mirada fijando la vista en la estatua de la fuente, concentrándome en cómo el agua caía sin cesar. Intenté no pensar en nada, dejar la mente en blanco, ser un espectro que observaba todo aquello desde lejos... Quería creer que todo saldría bien, pero la idea de que personas desconocidas me viesen en directo me revolvió el estómago. ¿Y si terminaba vomitando? Seguro que eso no me daría más puntos.

Los reportajes se realizaban los viernes por la tarde precisamente porque terminaban las clases; de ese modo, los estudiantes podían verlos por el canal online de la universidad, desde internet o reuniéndose en las salas comunitarias de las residencias. Era consciente de que la mayoría del alumnado estaría tomando cervezas en algún local y el concurso les importaría bien poco o incluso ni sabrían de su existencia; pero, aun así, seguro que otros muchos decidirían verlo, quizá por puro aburrimiento. Me desquiciaba la idea de cometer un error y que el desternillante vídeo corriese después como la pólvora por todo el campus.

Era importante que a los estudiantes les gustase el reportaje, pues al fin y al cabo serían ellos quienes luego votarían a su preferido en la página web de la universidad. Y nunca se me había dado demasiado bien contentar a las multitudes.

Antes de que nadie más pudiese hacerlo, me acerqué a Gael para decirle que quería ser la siguiente en salir. Pensé que sería mejor terminar cuanto antes con esa tortura. Fuese bien o mal, me quitaría un peso de encima.

Había empezado a ensayar aquel reportaje desde la misma noche en la que supe que había sido seleccionada como finalista, presa de la ansiedad y el terror por temer no poder estar a la altura de mis compañeros, que, obviamente, tenían más nivel. No sé cuántas veces había visto por internet los programas de Linda Carry, puede que alrededor de unas mil (sin exagerar), hasta el punto de que me sabía el guión de memoria. Me gustaba la faceta cercana que esa periodista mostraba siempre hacia el público y los invitados. Me había recreado en cada cosa que hacía: cómo movía las manos, siempre sin alzarlas demasiado ni producir movimientos bruscos; cómo conseguía que su rostro se volviese imperturbable frente a los acontecimientos, aunque no por ello resultaba frío... Y esa sonrisa permanente en sus labios, que dominaba a la

perfección: ni demasiado amplia ni tan pequeña como para dejar lugar a dudas, sencillamente un amago agradable que transmitía confianza.

Sin embargo, por mucho que estudiase a mis presentadores preferidos, seguía sintiéndome un tanto estúpida cuando recitaba mi reportaje frente al espejo, como si no fuese yo misma, sino otra persona con un gran parecido físico a mí que me devolvía una mirada insegura.

Tomé una gran bocanada de aire, convenciéndome de que todas las horas que había pasado ensayando aquel reportaje no podían haber sido en balde. Contemplé cómo Gael conectaba el cable del micrófono a su ordenador y tecleaba con soltura algo que no llegué a leer y que, seguramente, sería una introducción antes de que los directos comenzasen. Luego le tendió el micrófono a Blake, que lo sujetó con la mano derecha con seguridad. Jaden le indicó cómo debía colocarse frente a la cámara, justo delante de la fuente. El resto de los concursantes también observaban la escena casi con temor, probablemente pensando que en breve ellos serían los que ocuparían el lugar de Blake. Daba vértigo.

Susan parecía a punto de sufrir un ataque de ansiedad y Marlenne intentaba tranquilizarla; Nina se limpió una uña con parsimonia y Mark mantuvo la mirada fija en Blake casi de un modo desafiante.

—¿Estás preparado? —le preguntó Jaden, con un ojo puesto en la cámara.

—Sí, cuando quieras.

Gael alzó tres dedos y fue bajándolos uno a uno, indicándole cuándo debía entrar en escena.

Cada palabra que pronunciaban sus labios provocaba que lo odiase un poco más. ¿Por qué parecía tan seguro de sí mismo?, ¿por qué no le temblaban las manos?, ¿por qué lo hacía tan... bien?

Advertí que había sido mala idea salir en segundo lugar, porque inconscientemente todo el mundo me compararía con él y debía admitir que estaba dejando el listón muy alto, casi inalcanzable.

Estaba entrando en un estado cercano a la histeria. Caminé de un lado a otro mientras buscaba en mi bolso el paquete de M&M. Necesitaba urgentemente un caramelo, necesitaba-urgentemente-un-caramelo-o-moriría.

Toda la bolsita de plástico estaba repleta de detestables bolitas rojas. Me había comido las demás y no quedaban de otros colores. ¿Cómo no había previsto algo así? Enfadada

conmigo misma, sacudí el paquete y numerosas bolitas rojas cayeron al suelo. Rebusqué en el fondo, con la esperanza de que quedase alguna de otro color; continué caminando mientras hurgaba con las manos en el paquete de caramelos a la desesperada, como si acabase de transformarme en una loca psicópata. Entonces noté algo resbaladizo bajo el pie derecho, y ladeé el cuerpo hacia un costado intentando mantener el equilibrio, pero finalmente tropecé, caí al suelo, mi otro pie se enredó en un cable y me golpeé la mejilla derecha contra la fría piedra del suelo.

—¡Has desenchufado el sonido! —gritó Gael.

Oh-Dios-mío.

Escuché a Jaden decirle a Blake que continuase hablando como si no ocurriese nada mientras Gael intentaba desenredarme el cable del pie. Cuando lo consiguió, me incorporé y noté que tenía la vista borrosa y los ojos acuosos; estaba a punto de llorar delante de todo el mundo. Si las lágrimas terminaban escapando de las comisuras de mis ojos, habría tocado fondo definitivamente. En aquellos momentos, era un cúmulo de nervios, confusión y ansiedad.

Gael volvió a conectar el cable del micrófono. Tanto Mark como Marlenne se acercaron y ella me rodeó por los hombros.

—¿Estás bien? —me preguntó Mark en susurros, para no entorpecer más la grabación.

Asentí, mintiendo. Notaba una quemazón palpitante en la mejilla derecha tras el golpe, pero lo peor era el hecho de sentirme terriblemente mal conmigo misma por haber arruinado el reportaje de Blake.

Marlenne sacó un pañuelo de su bolso, me lo enseñó y sonrió con dulzura.

—Voy a limpiarte la mejilla, tienes un poco de sangre.

Blake terminó su reportaje mientras Marlenne me limpiaba la herida, provocándome un terrible escozor. Mark se ofreció voluntario para salir en segundo lugar y darme tiempo para que pudiese recuperarme. En cuanto Susan reclamó a su amiga para comentarle por décima vez consecutiva lo nerviosa que estaba, respiré hondo, me tranquilicé —en la medida de lo posible— y aproveché para acercarme a hablar con Blake.

Se había alejado del grupo y permanecía apoyado en la pared de un edificio, cuya pintura estaba ligeramente desconchada. Mantenía la vista clavada en el cielo, como si estuviese observando algo sumamente interesante que solo él podía percibir. Mis pasos, mientras caminaba, resonaban sobre la fría piedra del suelo de la plaza.

–Lo siento mucho, de verdad –dije, y continué hablando ante su silencio–. Ha sido un accidente, estaba buscando un caramelo y... tropecé.

Blake me miró de un modo tan aterrador que temí por mi vida. Tragué saliva despacio, ignorando el nudo que me cerraba la garganta.

–Lo siento –repetí, sin saber muy bien qué más podía decir.

–Yo también siento mucho todo lo que va a ocurrirte de ahora en adelante. –Cada una de sus palabras parecía materializarse en una daga afilada–. No tienes ni idea de con quién te has topado. Vigila cada paso que des, porque mi único propósito va a ser hacer de tu existencia un infierno. –Su sonrisa podía calificarse de muchas formas, pero alegre no era una de ellas. Di un paso hacia atrás, cohibida–. Y te aseguro que se me da genial ser un cabrón. Es mi especialidad.

Parpadeé desconcertada.

Quise creer que estaba demasiado cabreado para ser plenamente consciente de lo que decía. Había sido una mala idea comentar el tema en caliente, lo mejor hubiese sido esperar a que se calmase para abordar la situación desde otra perspectiva.

–Ha sido un accidente y te he dicho que lo siento.

–Lo has hecho a propósito –sentenció. Sentí que el verde de sus ojos se encendía más y más por momentos–. Has saboteado mi reportaje. Y ahora, atente a las consecuencias.

Comenzó a caminar hacia donde se encontraba el grupo y al pasar por mi lado aprovechó para darme un pequeño codazo. Me pilló tan desprevenida que me faltó poco para caer al suelo de nuevo.

No podía creer que pensase que lo había hecho a propósito. Alcé la vista y distinguí a Nina a lo lejos dirigiéndome una mirada malévola que me dio escalofríos.

Mark terminó su reportaje sonriendo frente a la cámara de Jaden. Le dije a Gael que estaba preparada para hacer mi directo a continuación. Por alguna misteriosa razón, tras el enfrentamiento con Blake, había conseguido dejar atrás los nervios, que dieron paso a la rabia. Me situé frente a Jaden y cogí el micrófono que me tendía Gael.

Alisé mi cabello con la punta de los dedos y carraspeé para afinar la voz. Gael alzó los tres dedos y, cuando bajó el último de ellos, mostré la mejor de mis sonrisas.

Comencé a hablar utilizando un tono de voz claro y lineal. Pronuncié algunas palabras con emoción y énfasis para dar a entender lo fascinante que me parecía la ciudad en la que me encontraba.

—... pero, sobre todo, cabe destacar la conocida Universidad de Reading. No solo es una de las mejores universidades, sino que además sus aulas son un ejemplo de diversidad. Miles de alumnos extranjeros logran integrarse con facilidad, gracias a los cursos de verano que ofrece la universidad, donde se reivindica que todos debemos tener las mismas oportunidades.

De nuevo sonreí hacia la cámara con afectación, dando a entender que yo también formaba parte de ese grupo de alumnos extranjeros que había conseguido hacerse un hueco en la universidad. Finalmente, me despedí diciendo «Les ha informado Léane Bouvier» y mantuve una expresión seria hasta que Gael cortó la grabación.

Cuando terminé me sentí aliviada, más ligera, más segura. Por increíble que pudiese parecer, todo había ido bien. La única complicación había sido evitar desviar mis ojos hacia Blake durante el reportaje; no era sencillo mantenerse serena y concentrada mientras alguien me miraba de un modo casi aterrador. Parecía estar planificando algo terrible.

★ 6 ★

Blake

Cuando monté en el coche, dejé caer la cabeza sobre el volante. Respiré hondo e intenté recuperar la tranquilidad que acababa de perder por culpa de Léane.

A primera vista parecía una chica dulce e inocente. Ahora sabía que no lo era.

Mientras hacía el reportaje podía distinguir ligeramente sus movimientos. Había ido directa hacia el cable; prácticamente se lanzó sobre éste para desconectarlo. Me había saboteado.

Justo cuando colocaba bien el espejo retrovisor del coche, dispuesto a largarme de allí cuanto antes, sonó la melodía de los Rolling Stones que llevaba como tono en el móvil. Descolgué tras ver el nombre de mi hermana parpadeando en la pantalla.

–Hola, Emma.

–¿Cómo ha ido el concurso?

–Preferiría no hablar de eso. –Me froté los párpados lentamente–. ¿Qué tal estás tú?

Tras unos instantes de silencio, Emma habló.

–He suspendido el primer parcial de matemáticas –confesó–. Mamá está muy enfadada.

Mascullé entre dientes, molesto.

–¿No puedes ser un poco más responsable?

–¿Cómo puedes decirme justamente tú algo así? –preguntó alzando la voz. Escuché su respiración entrecortada y, cuando habló de nuevo, lo hizo más calmada–. Mamá ha empezado a hablar sobre el futuro y ya sabes lo que ocurre cuando hace eso. –Hubo un tenso momento de silencio–. Quiere contratar a una profesora particular para que me dé clases.

–Me parece bien.

Observé ensimismado la calzada por donde cruzaban varios transeúntes.

–¿Cuándo vendrás a visitarnos?

–El fin de semana.

–Vale. –Suspiró de nuevo–. Odio que no estés aquí, es todo más complicado.

–Lo sé, Emma. –Me mordí el labio inferior, pensativo–. Es una putada que tengas que pasar por esto tú sola, pero te prometo que todo volverá a la normalidad pronto.

–Ajá –respondió desanimada–. Tengo que colgar, ha llegado mi amiga Sam.

–De acuerdo. Pásalo bien.

Lancé el móvil sobre el asiento del copiloto con desgana.

Emma solo tenía dieciséis años, pero parecía más mayor; no físicamente, sino mentalmente. Solía mostrarse siempre reflexiva, y un aura de negatividad rodeaba cada uno de sus pensamientos. Jamás veía el vaso medio lleno, siempre se aferraba a la peor opción. Quizá era el único modo que encontraba para sentirse protegida.

Era la persona que más quería en este mundo. Mi debilidad. Estaba seguro de que, hiciese lo que hiciese, jamás podría darle la espalda.

La había visto nacer. No literalmente, pero casi. Antes siquiera de que llegase al mundo, ya hablaba con ella; le contaba historias acercando mucho mi cabeza a la enorme barriga de mamá. Cuando Emma nació... tuve ciertos problemas de celos; era tan adorable que siempre acaparaba toda la atención. Sin embargo, pasado un tiempo, comencé a compartir mis juguetes con ella e incluso, en ocasiones especiales, la dejaba entrar en mi habitación.

La mejor época que recuerdo junto a Emma fue cuando ella tenía ocho años. Me adoraba, me seguía a todas partes e imitaba hasta mi forma de hablar. Era un problema importante que yo tuviese la costumbre de pronunciar la muletilla «joder, qué mierda» cada vez que algo me desagradaba, o al menos así lo corroboraron varios partes del colegio de Emma que llegaron a casa. Por aquel entonces, yo tenía trece años y entre los colegas quedaba guay soltar tacos aunque no viniesen a cuento. Mis padres se esforzaron en vano por erradicar esta costumbre.

Había pasado muchas horas jugando con Emma a la videoconsola –recuerdo sufrir mucho con un juego de caballitos saltarines que era una bazofia–, e incluso soporté ver tropecientas veces las mismas películas de Disney, a pesar de que era una tortura lenta y dolorosa.

Pero un día todo se rompió. No sé qué ocurrió o qué cambió, pero estuvo directamente relacionado con el divorcio de mis padres. Fue como si Emma abriese los ojos de golpe y advirtiese que yo no era la persona que ella creía tener enfrente.

Dejó de idolatrarme, empezó a tomar sus propias decisiones, y todas ellas eran contrarias a las mías. Fue una transformación tan rápida que ni siquiera pude intentar frenarla.

Seguíamos estando unidos, pero no del mismo modo. Ahora había un muro que nos separaba, y cuando intentaba acercarme a ella me golpeaba contra éste una y otra vez. No sabía cómo derribarlo.

Solté el volante de golpe cuando descubrí que lo sujetaba con más fuerza de la necesaria; tenía los nudillos blancos. Encendí la radio del coche, sintonicé una cadena de música actual y subí el volumen al máximo antes de incorporarme a la carretera y dejar atrás mis pensamientos, anclados en el asfalto.

Al llegar a casa entré en el comedor y me encontré a Adam y Lissa sentados en el sofá. Puse los ojos en blanco al descubrir que estaban viendo la película *Lo que el viento se llevó*. No creí que nadie pudiese caer tan bajo por una chica, pero Adam lo había logrado.

Lissa se volvió en cuanto me vio entrar, arrugó la frente y me miró con asco. Me abstuve siquiera de saludarlos y me encerré en mi habitación.

Incliné el cuello hacia ambos lados, intentando relajar los hombros. Cogí la botella de agua que estaba sobre el escritorio y comencé a regar las plantas. Cuando empecé a sentirme más calmado, encendí el ordenador y entré en la página web de la universidad. Accedí al anuncio del concurso que estaba en la columna lateral y se abrió una nueva ventana donde aparecían en miniatura los seis vídeos. Me estiré hacia atrás en la silla del escritorio mientras veía la repetición de mi actuación.

Al principio parecía seguro de mí mismo, sonreía sin esfuerzo, hablaba con tranquilidad dejando unos instantes de silencio entre palabra y palabra... pero de pronto el sonido desapareció, y a pesar de que movía los labios no se oía nada. Mis ojos abandonaron la cámara –cuando miré a Léane en el suelo– e incluso, mostrando un claro gesto de enfado, llegué a tensar la mandíbula. Después, dirigí de nuevo la mirada hacia el espectador y, unos segundos más tarde, mi voz volvió a oírse. Finalicé el reportaje más nervioso de lo habitual. Ese chico con inseguridades que la cámara enfocaba no era yo. De ninguna manera.

Durante la siguiente hora me torturé revisando una y otra vez las actuaciones de los otros finalistas. Mark continuaba otorgando a sus reportajes un tono cómico que me sacaba de quicio y Marlenne también destacaba porque parecía simpática ante la cámara.

Sin embargo, Nina se mostraba fría y altiva, y a Susan le fallaban los nervios. Pero, sin duda, el mejor reportaje era el de Léane.

Léane era dulce e inocente –solo en apariencia, claro está– y parecía tener un aura a su alrededor de... no sé, ¿armonía? Su encantador acento francés le daba el toque perfecto al reportaje.

Bajé la pantalla del ordenador cuando escuché que llamaban a la puerta. Sin esperar respuesta, Adam asomó la cabeza y crucé los dedos con la esperanza de que Lissa no estuviese tras él, porque después de ver tres veces seguidas el reportaje de Léane mi paciencia estaba bajo mínimos. Afortunadamente, Adam estaba solo. Entró en la habitación sin decir nada y se sentó en mi cama.

–Ya me he enterado de lo que ha pasado con el sonido en el reportaje –dijo–. Léane ha llamado a Lissa.

–Dime que no estás aquí porque tu novia te ha obligado a que hables conmigo –respondí a la defensiva–. En serio, acepto que seas fan de *Lo que el viento se llevó* o mierdas similares, pero, por favor, guárdate un poco de dignidad. Nunca viene mal tener reservas.

Adam frunció el ceño, molesto.

–No está tan mal, Scarlett O’Hara tiene sus momentos.

Fijó la vista en el suelo; estaba seguro de que odiaba esa película, pero no quería reconocerlo.

–En realidad, hemos estado hablando sobre los problemas que tenéis Léane y tú –comenzó a decir con cierta cautela–. Y hemos llegado a la conclusión de que no queremos formar parte de lo que sea que os traéis entre manos. Es decir, apañaos como queráis.

–Sabia decisión. –Me froté las manos con incomodidad–. ¿Tanto te importa esa tal Lissa? Deberías tomártelo con calma, después de las experiencias que has tenido...

–Sí, nos estamos conociendo. –Sonrió más animado–. Pero ella es genial, en serio, Blake.

Asentí y evité suspirar con pesadez.

Cogí un rotulador, me incliné sobre el calendario que colgaba en la pared y taché otro día más dibujando una cruz sobre el cuadrado correspondiente.

–Por cierto, el martes de la próxima semana es mi cumpleaños –dijo Adam–. No tenía intención de celebrarlo, pero al final he pensado que una cena tranquila no estaría nada

mal.

—De acuerdo. —Me encogí de hombros—. Si es lo que quieres...

—Sí, mañana por la noche sería perfecto. —Tosió de un modo extraño—. Lissa me ha recomendado un restaurante francés que está por la zona sur.

—¿Significa eso que ella irá a tu cumpleaños? —pregunté, y me obligué a contar hasta diez para tomarme las cosas con más calma. Había leído eso en algún libro de filosofía zen o algo así.

—Claro. —Se rascó la nuca con parsimonia y me miró de reojo—. Y ahora que lo dices, Léane también vendrá con ella, lógico.

¿Lógico?, ¿era lógico que Léane asistiese al cumpleaños de mi mejor amigo? No, desde luego que no. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... Esa mierda de contar no servía para nada. Cojonudo. Fijé la vista en el techo de la habitación e intenté encontrar un piloto rojo parpadeante.

—Esto es una cámara oculta, ¿verdad? —pregunté—. ¿Un nuevo programa de la MTV? Adam se puso en pie.

—Quiero que te comportes mañana por la noche. —Continuó hablando con una tranquilidad exasperante—. Es importante para mí.

Salió de la habitación con calma, al parecer sin advertir que tenía la mandíbula tan tensa que hasta notaba un ligero dolor.

* * *

En octubre todavía no hacía demasiado frío, pero empezaba a oscurecer temprano y los árboles que delineaban las calles de Reading abandonaban el color verde que los caracterizaba en verano para dar paso al otoño. Era la estación que menos me gustaba del año, no solo porque provocaba que las plantas perdiesen toda su viveza, sino porque se me antojaba melancólica.

Durante gran parte del año, el cielo de Reading se transformaba en una cúpula gris, sin vida, sin color. Lloviznaba constantemente y un desfile de paraguas se abría paso por las calles de la ciudad. Me había acostumbrado al clima; no conocía otro, en realidad. Cuando era pequeño, solía preguntarle a mi padre sobre el sol; era algo que me obsesionaba. «¿Por qué casi nunca viene el sol a Romford, papá?», cuestionaba. Y él siempre contestaba: «Creo que el sol está ahora en España. Ten paciencia, Blake, ya llegará aquí; el sol no puede estar en todas partes».

Tiempo después, comprendí que el sol había decidido jubilarse en España y que pocas veces se dejaba caer por Gran Bretaña. Supe entonces que tendría que ir en su busca; estaba convencido de que, en un futuro no muy lejano, viviría en un lugar cálido donde el cielo fuese azul. Completamente azul, sin ninguna nube a la vista.

—Son las siete y veinte. —Alcé el brazo y le mostré a Adam el reloj en mi muñeca para que pudiese comprobar por sí mismo qué hora era.

—Tú tienes la culpa —contestó—. Te pedí que fuésemos a recogerlas en coche. Probablemente han perdido el autobús.

No pensaba permitir que esa cría metiese un solo pie en mi coche, todavía tenía algo de dignidad, así que me había negado en rotundo cuando Adam propuso que fuésemos a buscarlas a la residencia. Tenían piernas, podían caminar, moverse un poco... y todas esas cosas.

Estábamos los tres sentados en la parada del autobús, frente al restaurante donde Adam quería celebrar su cumpleaños. Ni siquiera había invitado a otros amigos del grupo, porque, según afirmó, pretendía que fuese una «cena íntima». Yo había intentado explicárselo varias veces, pero se resistía a entender que el concepto de intimidad contrastaba con el hecho de invitar a dos desconocidas, que encima se tomaban la libertad de llegar tarde, como si fuesen damas de una corte real o algo así.

Ya eran las siete y media cuando un autobús frenó en la parada y las puertas de éste se abrieron con un chirrido. Tanto Lissa como Léane bajaron las escaleras del vehículo con una lentitud pasmosa. Los tres nos pusimos en pie. Saludé a Lissa con desgana, luego me acerqué a Léane y le di un pequeño codazo en el brazo. No me importó la mirada asesina que Adam me dedicó, era demasiado tentador como para intentar evitarlo.

—¡Uy, lo siento! Me he tropezado —dije burlón—. Ha sido sin querer. Ya sabes, son cosas que pasan.

Léane entrecerró los ojos al mirarme, pero se volvió rápidamente y cruzó la calle para alcanzar a su inseparable amiga. Lissa llevaba un paquete de regalo en las manos y, mientras caminaban, los tacones de ambas resonaban al golpear sobre el asfalto. Odiaba profundamente el repetitivo sonido que producían los tacones de las mujeres, siempre me había desagradado.

La entrada del restaurante era bastante original. En la parte superior se alzaba un cartel donde letras azules trazaban el nombre del local: Lumières du Théâtre.

Cuando entramos en el restaurante, un hombre que llevaba una absurda boina negra nos acompañó hasta nuestra mesa. El interior del local parecía realmente un teatro, no solo por los sillones acolchados de color granate, sino por la tenue luz ambiental y los carteles de obras antiguas que vestían las paredes de ladrillo.

Léane se sentó a mi lado porque los demás habían ocupado las otras sillas que rodeaban la mesa.

–Ryder, ¿me cambias el sitio? –le pregunté.

–Claro –accedió, levantándose de inmediato.

Mientras me acomodaba en el otro extremo de la mesa, observé de reojo cómo Léane fruncía el ceño. No entendía por qué usaba siempre el mismo gesto para mostrar enfado; era bastante desagradable ver su frente fruncirse en un montón de pequeñas arrugas.

–No tengo ninguna enfermedad contagiosa –protestó ella con indignación.

Desdoblé mi servilleta de tela con parsimonia, antes de mirarla y encogerme de hombros.

–Prefiero prevenir, por si acaso tus manos también tropiezan involuntariamente y terminas clavándome un tenedor o algo peor.

–¡Leamos la carta! –exclamó Adam alzando la voz y rompiendo el tenso momento.

«*Ratatouille*, *quenelle*, crepe salado, degustación de quesos, *kouglof*, chucrut, degustación de foie gras, *quiche lorraine*, confit de pato...»

–Joder, no entiendo nada. –Ryder se frotó el mentón, confundido.

Cerré la carta con un golpe seco.

–¿Cuál es la traducción de «hamburguesa con queso y patatas»? –pregunté.

–No estamos en un McDonald's –contestó Léane, sin levantar la vista de su carta.

–Podemos preguntarle a la camarera si pueden hacerte una hamburguesa –añadió Lissa, en un forzado intento por mostrarse amable.

–Yo me pido lo mismo que Blake –concluyó Ryder, antes de centrar la mirada en su móvil.

Minutos después, la camarera accedió a preparar dos hamburguesas con patatas fritas. Adam escogió una *quiche lorraine* y ellas pidieron unos crepes salados. Cuando la camarera se marchó, Adam rompió el incómodo silencio que reinaba en la mesa preguntándole a Léane su opinión sobre Reading.

–Me gusta bastante, es un sitio tranquilo, pero sigo echando de menos París. –Miró a Lissa con nostalgia–. Tenéis que visitar la ciudad, es realmente impresionante: la

catedral de Notre Dame, la torre Eiffel...

—¿Te refieres a ese amasijo de hierros que abandonaron tras la Exposición de 1889?

Si Léane hubiese tenido poderes especiales estilo rayos láser, me habría matado en ese mismo instante. Presioné los labios procurando no sonreír; la cena estaba siendo más divertida de lo esperado. No sé por qué, sacarla de quicio me parecía una actividad muy entretenida.

—Eres un ignorante. Infórmate mejor antes de hablar y quedar en ridículo.

—Cada cual tiene una opinión... —comenzó a decir Adam, alzando las manos como si así fuese a lograr calmar los ánimos—. Estas cosas pasan, no discutáis.

Léane parecía verdaderamente indignada por mi inocente comentario sobre esos hierros que representaban el amor. Empujó su silla hacia atrás, haciéndola chirriar al arrastrarla sin delicadeza por el suelo del local.

—Si me disculpáis —dijo—, tengo que ir al servicio.

Observé atentamente cómo su figura desaparecía al girar la esquina del extremo del restaurante.

—Yo también necesito ir al servicio —comenté, apoyando ambas manos sobre la mesa y levantándome.

Adam me dirigió una severa mirada de advertencia y luego prosiguió hablando con Lissa. Ryder bien podría no haber acudido al cumpleaños, porque llevaba toda la noche abducido por su móvil.

Caminé decidido hacia la zona de los servicios. Ignoré el cartel donde se leía «*messieurs*» y entré en el de «*dames*», abriendo la puerta de golpe.

Léane estaba inclinada sobre el espejo, que ocupaba toda la pared, retocándose el brillo de labios. Solté una carcajada y ella me miró a través del espejo.

—¿A quién intentas impresionar? —pregunté—. Adam está pillado, Ryder te ignora y yo no te tocaría ni aunque mi vida dependiese de ello.

Ella guardó el brillo de labios en su bolso, antes de volverse hacia mí con cierta brusquedad.

—Me arreglo para mí misma, idiota.

—Déjame dudarle, conozco bien a las mujeres.

Léane puso los ojos en blanco mientras presionaba con más fuerza de la necesaria el botón del dispensador de jabón, casi aporreándolo, como si estuviese descargando toda su rabia contra el pobre cubículo de plástico. Después, comenzó a lavarse las manos.

—Blake, creo que te lo dejé claro el otro día: estoy saliendo con alguien. —Cogió papel y se secó las manos—. Sé que te parecerá sorprendente, pero no me interesas y no me preocupo por mi aspecto para tratar de impresionarte. —Tras secarse las manos, hizo una bola con el papel, la lanzó y encestó en la papelería. Pestañeeé sorprendido y ella me miró—. Asiente con la cabeza si has logrado entender todo lo que he dicho.

No pude asentir con la cabeza, pues estaba demasiado ocupado riéndome a carcajadas.

—Tienes una imaginación desbordante, Léane. Apuesto que llegarás lejos como reportera de prensa rosa, donde está bien visto inventarse historias y sabotear a la competencia.

—¿Cuántas veces tengo que repetirte que no lo hice a propósito?

—Me trae sin cuidado si fue intencionado o no —puntalicé—. Lo importante es que arruinaste mi reportaje y probablemente eso influirá en las votaciones.

—Lo dudo —se cruzó de brazos—; seguro que tu harén de féminas te vota incondicionalmente.

—Sí, puede que tengas razón. —Sonreí y no sé por qué mi afirmación pareció molestarla; casi creí ver que empezaba a sufrir un tic en el ojo izquierdo—. Es una lástima que tú no tengas un club de fans.

—Claro, porque, a diferencia de ti, lo que sí tengo es dignidad —contestó furiosa—. Y no intento conseguir votos por otros medios.

Fruncí el ceño mientras caminaba hacia los lavabos dando dos grandes zancadas.

—No digas eso, nena —bromeé—. Los programas de prensa rosa tienen mucho público. Seguro que esos espectadores, ansiosos de cotilleos y basura, estarán deseando darte una oportunidad.

Pude ver a cámara lenta cómo su rostro enrojecía, no de vergüenza, sino de rabia.

Abrí el grifo y me enjuagué las manos, antes de sacudirlas frente a Léane, salpicando su rostro con pequeñas gotas de agua. Sonreí, satisfecho tras mi impulso.

—Oh, lo siento, ¡ha sido sin querer! —exclamé, imitando su voz aguda.

—¡Estás agotando mi paciencia! —gritó. Imitando mis movimientos, juntó las manos bajo el grifo que tenía enfrente y me lanzó encima una cantidad de agua considerable.

A partir de ese instante, olvidé que tenía veintiún años y empecé a comportarme como un crío de diez. Ambos dejamos atrás cualquier indicio de civilización mientras continuábamos lanzándonos agua y, más tarde, bolas de papel que terminaron formando una pasta resbaladiza sobre el suelo del servicio.

—¡Ahora sí pienso ganar el concurso cueste lo que cueste! —chilló ella, tras tropezar y sujetarse en la pila para no caer, haciéndome reír—. Te juro que te sabotearé de verdad si es necesario.

Hice una bola con un trozo de papel, la dejé bajo el chorro del grifo para que se llenase de agua y luego se la lancé. Acerté de pleno en el moño alto que coronaba su cabeza. Genial, triple para mí.

Léane corrió hacia los compartimentos de los servicios y salió sujetando en alto una escobilla del váter. Me apuntó con el arma y retrocedí hasta que mi espalda chocó contra los azulejos de la pared. Justo en ese instante, se abrió la puerta del servicio y el hombre de la ridícula boina nos miró a los dos con los ojos muy abiertos, como si nunca hubiese visto nada igual.

Comprendía su sorpresa.

El cabello de Léane, que horas atrás había estado recogido en un elegante moño, se disparaba en todas direcciones dándole aspecto de loca psicópata, y ambos estábamos empapados. El suelo estaba ligeramente encharcado y repleto de papel mojado, y los espejos, totalmente salpicados de agua. El toque final de la memorable escena era que ella todavía sostenía en alto la escobilla del váter.

Léane balbuceó en un vano intento por explicarse, pero, antes de que pudiese decir ninguna palabra coherente, el hombre se le adelantó.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

—Estaba así cuando llegamos. —Me encogí de hombros con indiferencia.

★ 7 ★

Léane

El recepcionista nos permitió volver a nuestra mesa tras echarnos una pequeña bronca que tardaría tiempo en olvidar. Por el contrario, a Blake la situación le pareció divertida, porque no dejaba de sonreír como un idiota.

Antes de comenzar a recorrer el pasillo del restaurante, me escurrí la camiseta con las manos mientras distinguía a lo lejos la mirada atónita de Lissa. Intenté caminar con dignidad y, cuando nos sentamos a la mesa, todos –incluido Ryder, que apartó la vista de su teléfono móvil– nos evaluaron con cautela. Adam tosió, aclarándose la garganta antes de hablar.

–¿Qué ha ocurrido?

–Ha estallado una tubería en los servicios –contestó Blake, sin dejar entrever ningún atisbo de duda.

Me miró con complicidad y deduje que, por razones desconocidas, no quería dar detalles de lo que verdaderamente había pasado. Adam puso los ojos en blanco, dando a entender que ninguno de los tres iba a creer la farsa de la tubería, obviamente.

–¿Qué tienes en el pelo?

Lissa se inclinó hacia mí y me quitó un trozo de papel mojado mientras una mueca de asco cruzaba su rostro. Comencé a retirar las numerosas horquillas que, horas atrás, había usado para sostener un sofisticado moño y me dejé el pelo suelto.

En silencio, empecé a comer mi crepe salada.

Me sentía ridícula cenando tranquilamente en un elegante restaurante al tiempo que notaba el peso de la ropa empapada sobre el cuerpo. Por el contrario, a Blake no parecía preocuparlo.

Observé con cierta indignación cómo devoraba su hamburguesa sin hacer uso de cubiertos. Masticaba enérgicamente y me sorprendió descubrir que incluso ser testigo del rítmico movimiento de su mandíbula lograba irritarme. Como punto extra, de vez en

cuando también se dedicaba a mascullar cosas incomprensibles con la boca llena. Pura elegancia, vamos.

Blake tenía serios problemas. No solo porque a nivel personal era un ser inestable, egocéntrico y vengativo, sino porque además intuía que toda esa seguridad en sí mismo que parecía irradiar era una mera fachada.

Él necesitaba ganar, tener el control y anteponerse a las situaciones. Era incapaz de competir como un buen concursante y aceptar como tal que existía la posibilidad de perder. Estaba segura de que, incluso antes de presentarse al casting de selección, Blake se había convencido de que ganaría el concurso. Nunca parecía dejar nada al azar. *Jamais*. Y su actitud me molestaba excesivamente; era como una mosca pesada que no dejaba de zumbear a mi alrededor, sacando lo peor de mí.

Tras el espectáculo que habíamos ofrecido en los servicios del restaurante, nos dimos una especie de tregua durante el resto de la cena. Nos relataron cómo era el Reading Festival y lo bien que se lo pasaron acudiendo a los conciertos los años anteriores.

Durante un corto periodo de tiempo, Blake se comportó como un ser humano normal. Comía sus patatas fritas –cogiéndolas con los dedos y evitando tocar los cubiertos bajo ningún concepto, como si éstos quemasen–, mientras explicaba animado que durante el pasado festival había perdido a sus amigos en medio de la multitud e, incapaz de encontrarlos de nuevo porque no llevaba el móvil, terminó disfrutando de la noche con un grupo de jóvenes que resultaron ser policías infiltrados.

–Disimulaban muy bien que estaban de servicio. Uno de ellos se bebió más de ocho cervezas y me rogó que saliésemos juntos de fiesta en otra ocasión.

Lissa rió animada cuando Blake terminó de contar la anécdota del festival. Era incapaz de predecir cuánto tiempo duraría la tregua entre nosotros, pero en cierto momento de la noche dejé de preocuparme. Disfruté de mi crepe salada y me relajé, apoyando la espalda sobre el respaldo de la silla. Llevaba toda la noche en tensión; notaba la rigidez que se había apoderado de mi cuerpo, como si hubiese estado preparada y alerta para encararme con él ante el mínimo contratiempo.

Miré el móvil cuando éste vibró sobre la mesa. Mi padre insistía en enviarme constantemente frases filosóficas. Leí malhumorada su último mensaje:

«Nadie puede hacer el bien en un espacio de su vida mientras hace daño en otro. La vida es un todo indivisible», Mahatma Gandhi.

Claro, claro.

Era fácil decirlo para Gandhi, que no había tenido el placer de conocer a Blake. Si así hubiese sido, probablemente el curso de la historia no habría sido el mismo. Todos mis sentimientos bondadosos se esfumaban en cuanto mi mirada chocaba con esos ojos verdes. Papá no estaba fino a la hora de inspirarme con sus frases.

Sin embargo, a pesar de que todavía seguía molesta tras lo ocurrido en los servicios, la velada prosiguió sin que aconteciese ningún otro percance. Tras terminar de cenar, una camarera sirvió la tarta de cumpleaños. Era de chocolate, mi debilidad número uno.

En cuanto la depositó sobre la mesa, comenzamos a cantar *Cumpleaños feliz* y aplaudimos al terminar, a excepción de Ryder, que aprovechó el momento de celebración para silbar animado, llamando así la atención del resto de los clientes, como si inundar los servicios no hubiese sido un espectáculo suficientemente jugoso para el público. Pues ahí tenían más.

Adam sopló las velas y sonrió. Parecía realmente feliz.

Mientras Ryder cortaba la tarta de cumpleaños en porciones, Lissa le entregó a Adam su regalo. El paquete era de un tamaño considerable y estaba envuelto en papel color dorado con reflejos metalizados, todo ello aderezado por una cinta roja semitransparente que coronaba la caja con un vistoso lazo.

No me ilusionaba especialmente la idea de que Lissa comenzase a salir con Adam, teniendo en cuenta que su mejor amigo ansiaba aplastar mis sueños, pero intuía que Adam era una buena persona; a pesar de que averiguar por qué apreciaba a Blake era un misterio que, probablemente, carecía de una respuesta lógica.

Dejando a un lado mis prejuicios, no había podido evitar ayudar a Lissa con el regalo. Envolver regalos era una de mis pasiones. No solo porque me emocionaba la idea de que, más tarde, alguien abriese la caja con ilusión, sino porque me encantaba decorar el paquete.

Cuando advertí que Adam estaba a punto de rasgar el papel de regalo sin antes percatarse de los pequeños detalles, le arrebaté el paquete de las manos mientras reparaba en la dubitativa mirada que Lissa me dirigía.

—Mira, el papel cambia de color —dije, al tiempo que giraba el regalo en diferentes ángulos—. Dependiendo de la luz, si lo mueves, se ve de un color u otro, ¿lo notas?

Adam parpadeó confuso, pero finalmente asintió sin demasiado interés.

Le devolví el regalo y él forzó una sonrisa.

—Ah, qué guay —respondió.

Tanto Blake como Ryder estallaron en una sonora carcajada que provocó que me avergonzase de nuevo cuando una señora de la mesa de enfrente se volvió para mirarlos.

—¿Es una broma? —preguntó Ryder sin dejar de reír.

Blake habló antes de que pudiese responder.

—¿Qué más lleva esa caja?, ¿purpurina de colores, estrellitas brillantes y nubes de algodón?

—¡Blake! —exclamó Adam a modo de advertencia al tiempo que rasgaba el papel de regalo.

Blake fijó su mirada en mí con tal intensidad que me hizo estremecer, y durante unos instantes sentí que me hundía en el verde de sus ojos. Me recordaba a menta, a manzanas, a hierba recién cortada. Y también a hosquedad, frialdad y algo sin vida, como si albergase dentro de él a dos personas muy diferentes entre sí.

—Es como si intentases provocarme a propósito —dijo, inclinándose un poco sobre la mesa, como si así fuese a conseguir intimidarme.

—Me da igual lo que pienses de mí —declaré—. Si quiero hablar sobre envoltorios brillantes, lo hago. Y punto.

—¡Eh, chicos, mirad qué pasada! —exclamó Adam, poniendo fin a la discusión.

Mostró un oso azul de peluche de un tamaño considerable que casi dejó en shock a sus amigos, pero luego sacó una caja fina y rectangular que Blake le arrebató rápidamente de las manos y alzó con delicadeza, manteniendo los ojos muy abiertos. Ryder incluso se levantó de la silla para acercarse a su inseparable amigo y admirar más de cerca la estúpida caja que simplemente era un juego de videoconsola.

—¡Es el juego nuevo! —Ryder se llevó las manos a la cabeza—. Pero ¡si todavía no ha salido a la venta!

—¿Cómo demonios lo has conseguido? —exigió saber Blake.

Centraron su atención en Lissa. Ella sonrió con orgullo antes de hablar.

—Mi padre es el director de la sucursal de Francia de una distribuidora de videojuegos. Se lo pedí y me lo envió —explicó, cruzando las manos sobre la mesa.

—¿Por qué no comentaste eso antes? Te habría tratado de otro modo —bromeó Blake, dedicándole una de sus encantadoras sonrisas—. ¿Te he dicho que fui yo quien animó a Adam para que saliese contigo?

Todos reímos ante su comentario. Terminamos de comernos la tarta de chocolate mientras ellos hablaban sin cesar sobre el famoso juego. Yo apenas entendía nada de lo

que decían, solo era capaz de distinguir palabras sueltas como «racha de bajas», «modo Zombis», «AK-47» y «granadas cegadoras». En resumen, la conversación era cualquier cosa menos interesante.

Apenas media hora después, pagamos la cuenta –evité mirar al empleado que nos había encontrado en los servicios, presa de la vergüenza– y abandonamos el restaurante.

Lissa me asió del brazo cuando el semáforo se puso en verde.

–¿Qué opinas de que pase la noche en casa de Adam?

–Me parece bien. –Fruncí el ceño tras percatarme de un detalle–. ¿Significa eso que debo volver sola en autobús?

–¡No, claro que no! –Lissa me apretó el brazo con más fuerza–. No dejaría que te fueses sola a estas horas. Blake te llevará a casa.

–¿Qué?

Dejé de caminar y me crucé de brazos en actitud defensiva.

–Por favor, Léane. Es el cumpleaños de Adam. –Me miró suplicante–. Además, la cena no ha ido tan mal... a excepción de lo que, sepa solo Dios, haya ocurrido en los servicios.

Suspiré hondo.

–¿A Blake le parece bien?

–¡Por supuesto!

Ante la falsedad de la sonrisa de Lissa, me volví para mirar a Blake.

Parecía realmente enfadado. Adam apoyó la mano derecha en su hombro en actitud calmada, mientras él fruncía el ceño y le mostraba una mueca de asco, como si la idea de que tocara su coche fuese el peor de los calvarios.

Un minuto después, junto a los demás, estaba dentro del vehículo, acomodada en uno de los asientos traseros.

Antes de introducir la llave en el contacto, Blake me dirigió una mirada asesina a través del espejo retrovisor. Lo hizo con tal intensidad que logró que me encogiese en mi asiento.

Arrancó el coche. Ryder, sentado en el asiento del copiloto, encendió la radio y subió el volumen hasta tal punto que, por momentos, creí que me estallarían los tímpanos. Mientras avanzábamos por las calles de Reading, advertí de reojo cómo Adam cogía a Lissa de la mano mientras susurraban entre ellos.

Mi primer impulso era opinar que ambos eran sumamente empalagosos; apenas hacía unas semanas que se conocían y ya parecían declararse amor eterno.

Mi segundo impulso era admitir que me hubiese encantado tener algo así con Nathan. Contradictorio, sí.

Seguía sin saber en qué consistía mi relación con Nathan. Me gustaba, pero no sentía un nudo en la garganta cuando lo veía, ni me estremecía si su mano tocaba la mía ni anhelaba sus llamadas... Y estaba segura de que Lissa sí sentía todo aquello con Adam; casi podía palpar su emoción cuando hablaba de él.

Sumida en mis pensamientos, apenas fui consciente del trayecto en coche cuando Blake estacionó en doble fila, frente a una casa de dos plantas recubierta por los típicos ladrillos rojos que adornaban gran parte de las fachadas de la ciudad.

Los tres se despidieron antes de bajar del coche y, de forma repentina, reparé en que me había quedado a solas con Blake. ¡Puff!, fue como si todos se disolviesen de golpe y alguien hubiese hecho estallar con la punta de un alfiler la burbuja en la que me había refugiado. Sintíendome descolocada por la situación, permanecí en el asiento trasero sin moverme y guardé silencio.

Sin apagar el motor del coche, Blake se volvió y me miró por encima del hombro.

—¿Crees que soy tu chófer o algo así? Ven delante.

No rechisté. Me quité el cinturón de seguridad y accedí a sentarme en el asiento del copiloto. Tenía miedo por lo que podía llegar a suceder. Era la primera vez que estábamos a solas tras el percance durante el reportaje. Me mantuve en silencio.

Blake comenzó a conducir.

La tensión era tal que creí que, si extendía las manos, podría palparla.

Él frenó cuando un semáforo se puso en rojo, ladeó la cabeza y su mirada recorrió mi cuerpo de los pies a la cabeza hasta que nuestros ojos chocaron. Los latidos de mi corazón dejaron atrás su ritmo habitual y se tornaron más rápidos.

—¿Nerviosa?

—No, ¿acaso debería estarlo?

La comisura de sus labios se alzó ligeramente, pero no contestó. Cuando el semáforo cambió de rojo a verde, centró la vista nuevamente en la carretera.

Tras otros angustiosos minutos de silencio, habló y su voz sonó más ronca de lo habitual.

—¿Sabes por qué accedí a llevarte a la residencia?

—Sorpréndeme. —Puse los ojos en blanco, pero él no se dio cuenta de ello.

—Porque quiero probar ese juego nuevo que Lissa acaba de regalarle a Adam y él ha amenazado con no dejarme hacerlo a menos que te llevase —explicó con calma.

Podía distinguir un atisbo de diversión en su voz que me mantenía alerta. Segundos después, abandonó la carretera, confirmando mis sospechas. Estacionó el coche en el lado izquierdo de la acera y apagó el motor.

Observé el perímetro con atención. No tenía ni la más remota idea de dónde estábamos. Iba a morir. Iba a morir en un lugar... desconocido y, probablemente, mis padres tendrían que hacer un sinfín de papeleo para recuperar mi cuerpo y mamá... mamá nunca volvería a pintar nada colorido y todo sería negro y rojo, rojo y negro...

—¡Hemos llegado! —Blake sonrió de lado e interrumpió mis caóticas alucinaciones—. Ya puedes bajar del coche.

—Pero ¿qué dices? ¡Esto no es la residencia! —Miré de nuevo a mi alrededor—. ¿Dónde demonios estamos?

—¿Y a mí qué me cuentas? —Se recostó sobre el asiento del coche—. No es mi problema.

—¿Eres consciente de que Adam te matará si se entera de esto?

—¿Y cómo va a enterarse? —Alzó una ceja—. Simplemente le diré que discutimos, te entró una pataleta, paré en un semáforo en rojo, te bajaste corriendo del coche como una loca y te perdí de vista. —Me miró con suficiencia—. No negarás que es bastante creíble.

Me sentía absolutamente aterrorizada. A lo lejos se extendía una calle repleta de casas adosadas de ladrillos rojos, exactamente igual que todas las demás malditas calles de esa ciudad. No tenía ni idea de dónde me encontraba; apenas conocía el recinto universitario y la zona del centro. Respiré hondo e intenté parecer calmada ante los ojos de Blake. No iba a darle la satisfacción de mostrar mi nerviosismo.

Me temblaban las manos cuando abrí la puerta del copiloto y el aire frío de la noche penetró en el interior del coche. Saqué una pierna del vehículo, apoyando el tacón con decisión sobre la acera, y, antes de salir finalmente del coche, me volví hacia Blake.

—Buenas noches, idiota.

Cerré la puerta del copiloto con toda la fuerza que pude, comencé a caminar calle abajo y observé de reojo cómo el coche de Blake se alejaba hasta desaparecer de mi vista. Justo en ese instante, cuando advertí que él no sería testigo de ello, me derrumbé.

★ 8 ★

Blake

Mierda, mierda, mierda.

¿Por qué Léane conseguía siempre complicar las cosas?

Esperaba que patalease, que gritase mil improperios e incluso que me rogase, pero, contra todo pronóstico, ella había bajado del coche felizmente. Estúpida cría... En realidad solo pretendía divertirme un rato, no tenía intención de abandonarla en medio de la nada en plena madrugada.

Golpeé el volante con rabia antes de arrancar el coche. Di una vuelta completa a la manzana y regresé al lugar donde la había visto por última vez. No había rastro de ella. Maldiciendo entre dientes, bajé del coche y comencé a caminar por la acera en línea recta.

La noche no era demasiado fría, pero la humedad daba la sensación de calar hasta los huesos; el manto que cubría el cielo estaba completamente pintado de negro, no había estrellas ni tampoco se vislumbraba el resplandor de la luna; tan solo las farolas alineadas sobre el borde de la acera iluminaban las calles de la ciudad. Empezaría a llover de un momento a otro, lo notaba en el ambiente.

Continué caminando a un paso más rápido, advirtiéndome que un pequeño nudo se formaba en mi garganta. ¿Dónde demonios se había metido Léane? Si le ocurría algo...

Al llegar a la esquina de la calle, giré hacia la izquierda y vislumbré al fin su inconfundible cabellera rubia entre las sombras de la noche. Estaba sentada sobre el escalón de un portal, con las piernas juntas ladeadas hacia la derecha y el rostro escondido entre las manos.

Frené en seco cuando escuché un primer sollozo.

Léane estaba llorando.

Había visto llorar a mi madre incontables veces cuando mis padres se divorciaron. Ella estaba enfadada, repleta de rabia, frustración y odio, de modo que simplemente

lloraba. Carecía de sentido optar por lamentarse, en vez de enfrentarse a lo ocurrido. No entendía qué se conseguía con ello.

No recordaba la última vez que yo había llorado, debía de ser muy pequeño. Mientras observaba a Léane en silencio, durante unos instantes de debilidad me pregunté qué se sentiría al notar los ojos húmedos y, más tarde, apreciar lágrimas recorriendo la piel en silencio. Debía de ser sumamente raro...

Respiré hondo y me propuse armarme de paciencia. Léane sollozó más fuerte y percibí una sensación extraña, una especie de vuelco en el estómago que me incomodaba; probablemente fuese remordimiento. No soportaba la idea de pensar que ella lloraba por mi culpa.

—Eh, estoy aquí —dije, hablando en voz baja—. Vamos, te llevo a la residencia.

—¡Márchate! No quiero que me veas así.

Puse los ojos en blanco. ¿Por qué me ocurrían a mí ese tipo de situaciones? Solo había sido una pequeña inocentada, no era para tanto.

Finalmente me senté a su lado, sobre el escalón del portal. Léane continuó manteniendo el rostro escondido entre las manos.

—¿No crees que estás exagerando un poco? Solo era una broma, no pensaba dejarte aquí.

Mis palabras parecieron enfadarla todavía más, pero, gracias a ello, logré que alzase la cabeza y me dedicase una mirada repleta de odio. Me fijé en el surco negro de rímel que recorría sus mejillas.

—¿No es para tanto? —repitió mis palabras elevando el tono de voz—. ¡Creí que te habías ido! ¡Tengo el móvil sin batería, no llevo dinero suficiente para coger un taxi y no sé en qué lugar estamos para localizar un maldito autobús a estas horas!

Suspiré hondo y me levanté despacio.

—Oye, ya te he pedido perdón, ¿qué más quieres?

—¡No me has pedido perdón!

—¡Claro que sí, he vuelto a por ti!

—Eso no es pedir perdón —puntualizó alzando un dedo.

Le tendí la mano con la esperanza de que ese gesto en son de paz fuese suficiente para ella. Tras unos segundos de tenso silencio, finalmente aceptó mi mano. Su piel era cálida y suave, tenía un tacto agradable... Y, joder, ¿en qué narices estaban pensando?

Molesto conmigo mismo, estiré su mano con tanta fuerza para ponerla en pie que Léane tropezó con sus tacones y chocó contra mi pecho; un mechón de su cabello rubio me rozó la barbilla y, cuando comencé a distinguir el dulce aroma de su colonia de vainilla, me aparté bruscamente de ella.

–¿Por qué usas tacones si no sabes caminar con ellos? –pregunté a la defensiva. Después comencé a andar calle abajo, hacia el coche.

La sensación al tenerla tan cerca de mí había sido electrizante. Y extraña. Demasiado extraña.

–Sé caminar con ellos, a menos que me levanten como si fuese un saco de arena.

A partir de ese momento ninguno de los dos volvimos a pronunciar palabra alguna, realizamos todo el trayecto en coche sumidos en un silencio violento, hasta que estacioné cerca de la puerta de la residencia y ella murmuró casi un inaudible adiós antes de salir del vehículo.

Durante el camino de regreso, bajé las ventanillas del coche, a pesar de que empezaba a chispear. Esperaba que el aroma a vainilla de su colonia, que lo impregnaba todo a su paso, desapareciese definitivamente. A ser posible, para siempre.

Noviembre transcurrió con tranquilidad.

Me centré en las clases, comencé a estudiar para los exámenes y preparé el siguiente reportaje con esmero, cuidando todos los detalles minuciosamente. Era de vital importancia, puesto que tras el próximo directo se descalificaría a dos concursantes, y después del desastre durante el primer reportaje no podía permitirme dejar nada al azar. Quizá de ese modo pudiese sonar artificioso, pero prefería que así fuese antes que cometer errores de nuevo.

Una de mis asignaturas optativas preferidas era la de Periodismo Deportivo. Y su profesor, el señor Takker, sabía cualquier cosa –lo que fuese– relacionada con el deporte. Un miércoles, al terminar la clase y a pesar de que mi siguiente reportaje no tenía relación con su asignatura, le pregunté si podíamos echarle un vistazo juntos; me fiaba de su criterio. Estuvimos alrededor de media hora sentados a la mesa de su despacho y me corrigió algunos fallos. De modo que, en relación a la siguiente convocatoria del concurso, no podía tener más seguridad en mí mismo. Estaba convencido de que era un reportaje perfecto.

La relación de Adam con Lissa llegó a un punto de calma. Pasado el primer mes de enamoramiento desmesurado, ambos comenzaron a actuar con normalidad. Era como si todo aquel tiempo hubiesen estado de viaje en un mundo paralelo lleno de arcoíris y, gracias a Dios, acabasen de regresar, poniendo fin a sus románticas vacaciones.

Adam volvía a salir con nosotros de vez en cuando, a pesar de que Lissa continuaba pasando los fines de semana en nuestra casa, así como ciertas tardes esporádicas. Como punto positivo a destacar en su defensa, apreciaba que ambos se encerrasen en la habitación de Adam a modo de búnker, pues eso me libraba de tener que verla a todas horas. Además, otro detalle a tener en cuenta era que Lissa solía hacer la compra y traer bastante comida todos los viernes, algo que no hacían las otras novias que Adam había tenido. Tanto Ryder como yo agradecíamos que no engullese nuestra comida.

El mes de noviembre fue tranquilo no solo porque me centré en los estudios y en el concurso, sino también porque apenas vi a Léane.

Según había entendido por ciertos comentarios de Lissa, básicamente no salía de la biblioteca y pasaba los días, incluidos sábados y domingos, estudiando sin descanso. Es decir, que su vida era un muermo.

Me había cruzado con ella en tres o cuatro ocasiones, por los pasillos del edificio de comunicación. Ninguno de los dos hizo siquiera el amago de saludar al otro. En otra ocasión, la vi en el bar Queen tomando algo con otras chicas de primero, sentada a una de las mesas del fondo. Cuando pasé por su lado, fingí no haberla visto.

Por momentos, incluso llegué a pensar que la echaba de menos. No a ella en sí, sino nuestra rivalidad. Me motivaba tener un reto constante con Léane, lograba mantenerme ocupado. Y eso era algo que necesitaba casi con desesperación.

Odiaba los vacíos en mi mente. La sensación de no tener nada que hacer provocaba que me plantease asuntos con los que no quería tratar. La calma carcomía mis pensamientos. Siempre buscaba una distracción que me alejase de mis demonios. No ignoraba los problemas, simplemente los apartaba a un lado, manteniendo una plena confianza en que se resolverían; sabía que así sería, tan solo debía esperar, ser paciente y conservar el optimismo contra cualquier pronóstico.

Estiré las piernas bajo el pupitre, hasta rozar con los pies a la compañera que tenía delante. Sarah se volvió con el ceño fruncido.

—Deja de incordiar, Blake.

—Hecho, pero préstame un bolígrafo —pedí—; el mío se ha quedado sin tinta.

Volví a encoger las piernas, al tiempo que Sarah me tendía un moderno bolígrafo de color rosa. Comencé a intentar tomar apuntes, pero siempre me había resultado compleja la tarea de entender qué estaba diciendo el profesor mientras anotaba sus palabras. Era como si algo en mi cerebro chocase, impidiendo que pudiese concentrarme.

—¿Tiene purpurina rosa? —pregunté, inspeccionando el bolígrafo tras escribir algunas frases. Ryder se inclinó sobre mis apuntes.

—Sí. —Bostezó—. Mola.

Proseguí tomando notas, intentando ignorar el estridente color fucsia que inundaba mi libreta. Cuando la clase terminó, decidimos tomar un café durante la hora libre que teníamos antes de que comenzase la siguiente clase. Fuimos todo el grupo a una cafetería cercana a la universidad que siempre estaba atestada de gente.

—Esta tarde es el concurso, ¿no? —preguntó Sarah, tras sentarse a mi lado ante la mesa.

—Sí. —Señalé a los siete compañeros que me rodeaban—. Recordad votarme.

—Claro, tengo una alarma en el móvil con la fecha de todos los directos —explicó Ryder con orgullo.

—El concurso consta de cinco reportajes en total. ¿Tu mente no es capaz de memorizar algo tan simple? —Sarah rió. Siempre solía atacar a Ryder, aunque nunca supo responderme por qué lo hacía; sospechaba que había algo en la esencia cavernícola de mi amigo que a ella la atraía.

—Prefiero prevenir.

Adam cruzó las manos sobre la mesa.

—Yo te votaré desde Londres.

—Tardabas en recordárnoslo. —Puse los ojos en blanco, pero luego sonreí con sinceridad.

Adam había reservado habitación en una pensión de Londres durante dos noches para pasar allí el fin de semana con Lissa. Ella todavía no había visitado la capital, de modo que él se había propuesto hacer de guía turístico. Todo muy romántico.

—¿Alguien tiene apuntes decentes de Marketing? —preguntó Brooke sin dejar de remover su café con leche.

—No —respondimos casi todos al unísono.

—Genial.

Durante las siguientes horas de clase, los relojes parecían haberse congelado. Estaba ansioso por realizar el reportaje y quitarme ese peso de encima. Estaría mucho más

tranquilo cuando todo terminase. Presentía que no me descalificarían, casi podría haberlo asegurado, de modo que, antes siquiera de que llegase al lugar desde donde se retransmitía el directo, ya había acordado con Ryder y otros compañeros que celebraríamos la victoria en un local del centro que acababa de inaugurarse esa misma semana.

Por la tarde, me relajé regando todas las plantas que había en casa –excepto tres, que solo necesitaban agua una vez al mes–. No era nada fácil recordar el mantenimiento que requería cada una. Las plantas eran caprichosas y muy sensibles y muy... como las mujeres, básicamente.

Me llevó bastante tiempo podar un arbusto que compré dos semanas atrás; poco a poco dejó de tener una forma redondeada y se volvió alargado, con más fuerza. También quité de las plantas las flores que se habían secado, para sanearlas, y coloqué bien las ramas de las enredaderas para que creciesen en la dirección correcta. Cuando terminé, advertí que era casi la hora.

El reportaje se desarrollaba frente al Centro Europeo de Meteorología, que tenía su sede en Reading, y como era de suponer el tema a tratar era el tiempo atmosférico. Acudí hasta allí en mi propio coche con diez minutos de antelación y esperé pacientemente hasta que llegaron los demás.

Gael, el programador informático, estuvo a punto de estrellar la furgoneta de la cadena de televisión contra mi coche. Jaden me palmeó el hombro cuando salió del vehículo y me pidió que lo ayudase a transportar la cámara mientras los demás bajaban de la furgoneta.

Léane me miró de reojo y después comenzó a caminar con determinación hacia la puerta del centro de meteorología, mientras Mark Dabbent le contaba algo que la hacía reír. Ese tío era medio idiota.

Cuando todos nos situamos en el lugar adecuado, tanto Gael como Jaden comenzaron a montar el equipo con parsimonia, como si el tiempo fuese gratis. Solo pensaba en terminar y, más concretamente, en celebrarlo a lo grande más tarde.

Marlenne intentaba calmar a su amiga, para no variar. Casi podía oír a varios metros de distancia cómo Susan Faith hiperventilaba.

En cuanto Gael anunció que todo estaba listo, me adelanté y pedí salir en primer lugar. A Mark Dabbent no pareció agraderle la idea; abrió la boca como si fuese a protestar por la situación, pero pareció arrepentirse y se hizo a un lado para dejarme pasar.

Me situé exactamente tras el Centro Europeo de Meteorología y sostuve el micrófono con la mano derecha. Recorrí con la vista el cable que lo unía al ordenador advirtiéndole que, en esa ocasión, difícilmente alguien podría desconectarlo sin llamar demasiado la atención. Toda precaución era poca. Los demás concursantes guardaron silencio absoluto cuando Jaden me indicó que podía comenzar.

En vez de informar del tiempo en sí, enfoqué el reportaje de forma diferente, explicando las funciones del Centro Europeo de Meteorología, alabando el trabajo realizado por la institución y comentando las modernas instalaciones de las que hacía uso.

Tras pronunciar las últimas palabras, «Les ha informado Blake Lekker», supe, modestia aparte, que iba a ganar.

Como había esperado, Mark Dabbent, Susan Faith y Nina Clarson abordaron sus reportajes comentando el tiempo meteorológico de la ciudad, de modo que todos fueron bastante repetitivos, a pesar de que Mark fingió que lo arrastraba la fuerza descomunal de una ráfaga de viento inexistente.

Mientras Léane se preparaba para salir en directo, contemplé con atención cada uno de sus movimientos. Solía apartarse constantemente el cabello del rostro, incluso cuando no parecía molestarla, casi lo hacía como un acto reflejo y, si movía las manos, se escuchaba el tintinear de varias pulseras o algo similar. No dejé de mirarla en ningún momento y, de algún modo, presentía que Léane era consciente de ello; cuando finalmente reunió el valor para clavar sus ojos en los míos, por primera vez durante casi todo el mes, noté que se ruborizaba. Mi atención parecía incomodarla, así que la observé con más intensidad.

Se aclaró la garganta y Jaden le indicó, alzando tres dedos y bajándolos uno a uno, que podía comenzar con el reportaje.

Léane no solo habló del tiempo en Reading, sino que comparó los datos actuales con otros más antiguos, enfocando el tema hacia los posibles efectos del cambio climático.

Era una gran idea, lástima que no me gustase perder.

Pensé en comenzar a cantar la canción de unos dibujos animados que solía acudir a mi mente con bastante frecuencia, y que decía algo así: «Oliver, Benji, los magos de balón. Benji, Oliver, sueños de campeón. ¡Oliver, Benji, el fútbol es su pasióóóón!»; pero finalmente deseché la idea, a pesar de que me tentaba divertirme un rato, ya que era demasiado descarado hacer aquello y no quería que me descalificaran del concurso.

Opté por fingir un ataque de tos. Práctico y fácil.

Comencé a toser despacio, llevándome la mano a la boca como si intentase evitarlo. Luego aumenté el ritmo y, en vez de alejarme de allí para no estropear el reportaje de Léane, me acerqué hacia ella todo lo que pude. Gael dejó de mirar la pantalla de su ordenador, donde se retransmitía la imagen de Léane y, sacudiendo una mano hacia atrás, me indicó que me apartase de allí. No lo hice.

Podía distinguir cómo Léane cambiaba el peso de su cuerpo de un pie a otro, presa del nerviosismo y la desconcentración. Procuró terminar el reportaje lo mejor posible a pesar de que, gracias a mí, su voz sería poco audible. Cuando le tendió el micrófono a Marlenne, me acerqué a ella.

—¿No tendrás una botella de agua? —me señalé la garganta—. Como has podido comprobar, estoy fatal.

Léane me fulminó con la mirada.

★ 9 ★

Léane

—¿Por qué no intentas ganar por méritos propios? —Lo señalé, haciendo un esfuerzo sobrehumano por controlar la rabia que me sacudía y procurando no elevar demasiado la voz para evitar estropear también el reportaje de Marlenne. A fin de cuentas, ella no tenía la culpa de que Blake fuese gilipollas. A secas.

—¿Consideras «méritos propios» desconectar cables?

Alcé las manos con impotencia y luego las dejé caer, consciente de que Blake era la persona más testaruda que había conocido; por mucho que lo intentase, él nunca comprendería que lo ocurrido en el primer reportaje había sido un accidente. Su diminuto cerebro era incapaz de aceptarlo.

No se le puede enseñar a un gato a escribir, no se le puede exigir a un perro que vuele utilizando las orejas a modo de alas, ni, por ende, albergar la esperanza de que Blake consiga entender algo, por sencillo y simple que sea. Su mente no era una esponja, sino una pared de acero que se encargaba de no permitir que penetrase ningún tipo de información útil. Así eran las cosas, no había más.

—No pienso dialogar contigo —bufé, hastiada—. Es perder el tiempo.

Blake sonrió felizmente, como si mis palabras no tuviesen nada que ver con él.

—Suerte con los resultados de esta noche —dijo, antes de dirigirse hacia su coche y marcharse, sin siquiera despedirse del equipo y los demás compañeros.

Durante el camino de regreso, me senté junto a Mark en la furgoneta. Me sugirió que hablase con los organizadores del concurso sobre lo que estaba ocurriendo con Blake —al parecer, todos se habían percatado de su falsa tos—, y le dije que lo pensaría.

No quería chivarme como haría una cría, buscando que alguien me protegiese. Esperaba que, tras vengarse, esa disputa llegase a su fin. Era un empate, ¿no? Por lógica matemática estábamos en paz.

Había esquivado a Blake durante todo el mes. Apenas nos habíamos cruzado en unas cuantas ocasiones y no hubo siquiera un triste saludo. Cada vez que Lissa me había propuesto estudiar en casa de Adam con ella o ir a tomar un café, había rechazado la oferta si él también acudía.

Lo mejor era que no estuviésemos bajo el mismo techo en ningún momento; de lo contrario, saltaban chispas.

Había comprobado que existía una especie de electricidad entre nosotros. Era una electricidad negativa. Blake lograba sacar lo peor de mí. Si existía en mi interior un trasfondo oscuro, frío y egoísta, él conseguía que esos sentimientos ocultos estallasen y se mostrasen con toda su fuerza.

No había nada bueno en él.

Era superficial, egocéntrico, avaricioso, rencoroso e inestable.

¿Su nivel de sensibilidad? Sencillamente inexistente.

Cuando llegué a la residencia, varias compañeras de primero que charlaban en el vestíbulo común me felicitaron, asegurándome que el reportaje había sido genial. Quise poner los ojos en blanco, dado que sabía que Blake lo había fastidiado todo. Por pura educación, cambié de opinión antes de hacerlo y simplemente mostré un amago de sonrisa, antes de subir a trompicones las escaleras, dispuesta a esconderme del resto del mundo para siempre; y no, no estaba dramatizando.

Rachel permaneció toda la tarde conmigo en la habitación a la espera de que, unas horas después, se hiciesen públicos los resultados del concurso a través de la página web de la universidad.

Le hice la manicura mientras hablábamos de todo un poco. Pensé en encender el ordenador para ver de nuevo el reportaje, pero deseché rápidamente la idea; no quería torturarme más de lo necesario.

Intentando matar el tiempo, me duché, recogí la habitación y reorganicé el minúsculo armario, clasificando la ropa por colores.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó Rachel observando el armario, tras salir del servicio—. Los resultados deben de estar al caer, ¡enciende el ordenador! Y si sigues clasificada, que sé que ocurrirá, saldremos a celebrarlo.

—No, estoy agotada —me excusé mientras enchufaba el cargador de mi portátil.

Entré en la página web de la universidad y descubrí, con cierta desilusión, que todavía no habían actualizado ninguna noticia.

—Zandra y Sadie han quedado con otras chicas de primero para ir a un local nuevo; deberíamos acudir con ellas ganés o no.

Lo último que me apetecía era salir. La simple idea de vestirme y caminar después hasta el local, con el frío que hacía, me daba muchísima pereza.

—Lo único que me apetece es dormir —dije, tirada en la cama y con la vista clavada en el techo de la habitación. No sé qué tenían de especiales los techos, probablemente el hecho de mirar una superficie lisa donde nada podía distraerte, pero empezaba a pillarle el punto—. Supongo que, si lo del concurso no funciona, siempre puedo intentar buscar un trabajo de media jornada. —Suspiré hondo—. O no ir a casa durante los meses de verano y encontrar algo durante esas fechas... —añadí muy a mi pesar.

Rachel jugueteó con el atrapasueños que unas semanas atrás había colgado sobre su cama, alegando que no dejaba de tener pesadillas. Era azul y marrón, y delicadas plumas ondeaban movidas por el viento que penetraba por la ventana.

—No deberías preocuparte tanto, Léane. Lo has hecho muy bien en ambos reportajes, de verdad.

Durante la siguiente media hora, actualicé la página web alrededor de un millón de veces, hasta el punto de que temí colapsar los servidores. Ya casi había desistido, cuando vi mi nombre, junto a otros tres, en primer plano, trazado con letras grandes y en mayúsculas.

Seguía clasificada.

Apenas expresé emoción alguna, mientras Rachel daba saltos de alegría a mi alrededor, porque me costaba creer que el público me hubiese votado tras el desastre del segundo reportaje. Para mi sorpresa, Blake también estaba entre los elegidos, así como Marlenne Nipton y Mark Dabbent.

Tanto Susan Faith como Nina Clarson habían sido descalificadas.

Busqué por la página web el porcentaje de las votaciones, pero no encontré datos de ningún tipo; al parecer, no querían indicar quién iba aventajado. Pensé que la presión por ganar el concurso disminuiría en cuanto supiese que había conseguido pasar a la siguiente fase, pero no fue así. Por el contrario, se tornó más acuciante porque, en cierto modo, la posibilidad de ganar parecía más real, más cercana... casi, casi podía tocarla con la punta de los dedos. Era más que consciente de lo mucho que necesitaba esa beca;

no estaba dispuesta a que mi padre tuviese que trabajar horas extra o a que mi madre se viese obligada a dejar a un lado la pintura y regresar a una oficina...

Mi móvil comenzó a sonar y la canción *Boom* de Anjulie logró que dejase atrás todas mis preocupaciones. Tan solo habían pasado un par de minutos desde que se habían hecho públicos los resultados, pero todo el mundo parecía estar ya enterado de ello. Lissa me felicitó emocionada desde Londres; explicó que hacía un par de horas que habían llegado y dio numerosos detalles del largo paseo que dieron por el centro.

Nathan llamó poco después.

–Eh, campeona, ¡felicidades! –dijo animado–. ¿Te apetece celebrarlo?

–No me apetece salir, ¿quieres venir aquí? –le pregunté–. Podemos comprar algo, cenar en la habitación y ver una película.

–En realidad he quedado con los chicos, vamos a ir a ese local nuevo que...

–... abrió la semana pasada –terminé su frase sin demasiado interés–. Sí, lo sé, está en boca de todo el mundo.

–¿Seguro que no quieres venir?

–Seguro.

–Está bien, podemos vernos el domingo, creo que por la tarde tengo un hueco libre.

«Un hueco libre», repetí la frase mentalmente. Sonaba como si estuviese concertando una cita con mi médico de cabecera.

–Mañana es sábado –le recordé.

–Sí, pero tengo partido –se apresuró a decir–. Ven a verme, me gusta que me animes.

–Lo pensaré –mentí–. Pásalo bien, Nathan.

Él se despidió y colgó.

Si esperaba que perdiese otra espléndida mañana de sábado para ir a ver un partido, tenía mucha fe en mí.

No solo odiaba el hecho de sentarme en una grada fría durante más de una hora, sino que la idea de animarlo me resultaba patética. Si seguía por ese camino, terminaría vestida con una falda de cuatro centímetros de largo y unos pompones en las manos que se sacudirían al ritmo de mis saltitos. Y no era algo que formase parte de mis expectativas para el futuro.

Rachel comenzó a prepararse para salir. Se probó tres modelos diferentes y desfiló frente a mí pidiéndome que puntuase cada uno de ellos del uno al diez. Finalmente me

decanté por el conjunto de unos pantalones negros pitillo con un corsé granate que quitaba la respiración, casi literalmente.

Le abroché la espalda del corsé, estirando con fuerza de cada uno de los hilos, que terminé atando a la altura de su nuca.

—¿Estás segura de que puedes caminar? —le pregunté preocupada.

—Sí. —Se movió despacio por la habitación—. Pero dudo que pueda agacharme; espero que no se me caiga nada al suelo, porque tendré que darlo por perdido.

Reí algo más animada y la ayudé a ponerse los zapatos de tacón, puesto que era cierto que apenas podía inclinarse. Me miró sonriente cuando estuvo lista.

—¿Por qué no quieres venir? — me preguntó—. ¿Es porque no está Lissa?

—No, claro que no.

Hasta cierto punto, Rachel había dado en el clavo.

Tenía reparos en salir con ella a solas, a pesar de que llevábamos unos meses compartiendo habitación e íbamos conociéndonos más. Temía que me abandonase durante la noche en medio del local o algo similar. Siempre había detestado la idea de quedarme sola en un antro; nunca sabía qué hacer, en qué dirección mirar, y me molestaba que se acercasen desconocidos a charlar conmigo. Era una situación tremendamente incómoda.

—Yo apenas conozco a las otras chicas —dijo—. ¡Vamos, ánimo!

Ella advirtió que empezaba a dudar.

—No me separaré de ti, lo prometo —añadió, como si pudiese leer mis pensamientos.

—Está bien.

Rachel aplaudió cuando accedí.

Me vestí a toda prisa con un vestido azul y cogí la chaqueta que más abrigaba, con la esperanza de combatir el frío nocturno. Cuando salimos a la calle, me arrepentí de no haberme agenciado también guantes y bufanda, a pesar de lo ridículo que habría sido el conjunto.

—¿Dónde está ese famoso local? —le pregunté.

—Se llama Kiss, está un poco lejos, tendremos que coger un taxi.

Suspiré hondo. No quería ni pararme a contar la cantidad de dinero que había malgastado en taxis. Uno de mis principales propósitos de año nuevo iba a ser aprenderme de memoria toda la guía de autobuses y empezar a situarme correctamente en cualquier punto de la ciudad.

Tras el trayecto en taxi, entramos en el local y descubrí que no era para tanto. Se trataba de un antro pequeño; había una barra larguísima en un extremo, iluminada por luces azules que brillaban con demasiada intensidad. De lo alto del techo colgaban telarañas simuladas, fabricadas con cuerdas, que resultaban poco logradas y parecían fuera de contexto frente al resto de la decoración minimalista y más moderna. Todo el mundo estaba de pie, dado que no había ni un solo taburete frente a la barra principal.

Para colmo, nada más entrar, reconocí el inconfundible cabello negro de Blake. Estaba segura de que podía advertir la corriente eléctrica que se desencadenaba cuando él estaba cerca, como si un aura de negatividad lo envolviese todo, incluida a mí misma.

Cogí a Rachel de la mano, guiándola hacia el extremo opuesto de donde él se encontraba, con la intención de que no llegase a verme. No había nada que me apeteciese menos esa noche que iniciar otra batalla campal entre nosotros. Ya ni siquiera me interesaba ganarle, tan solo me conformaba con huir.

Por desgracia, pude ver claramente cómo su amigo Ryder me señalaba con el dedo índice sin ningún tipo de disimulo y, poco después, Blake se volvía para mirarme. Sonrió. No era una sonrisa amable, era del estilo «soy idiota sin remedio». Una chica morena estaba susurrándole algo al oído, pero, contra todo pronóstico, él la ignoró descaradamente cuando la hizo a un lado y comenzó a caminar hacia mí. Oh, demonios, ¿por qué Dios me castigaba sin descanso?

No-quería-discutir-con-él, era lo último que necesitaba. Casi a la desesperada, intenté avanzar más rápido entre el gentío, dando un par de codazos, hasta que noté su mano presionando mi hombro y me obligué a girarme. No había escapatoria. Me dije que así debía de sentirse un inocente cervatillo cuando está correteando por un prado y, sin previo aviso, aparece el cazador dispuesto a convertirlo en su presa. Ciertamente, no era una sensación agradable.

–Di rápido todo lo que quieras decir, porque tengo prisa –farfullé de mala gana.

–Solo quería felicitarte.

Lo miré con incredulidad. Llevaba una ajustada camiseta negra que no solo quitaba la respiración, sino que provocaba que el verde de sus ojos pareciese más intenso ante el contraste. Me obligué a no bajar la vista de nuevo hacia su torso, a pesar de que era casi una necesidad vital para cualquier mujer con ojos. No quería darle esa satisfacción.

–Si te hubiesen descalificado, el concurso habría sido más aburrido. Y ya sabes lo mucho que nos divertimos juntos –añadió con ironía, estropeando cualquier atisbo de

felicitación sincera.

Casi podía oír el rechinar de mis dientes. Cerré los ojos, respiré despacio y procuré encontrar la calma que él siempre lograba arrebatarme; debía aprender a gestionar mis emociones.

Entonces oí que Rachel dejaba escapar un gemido de sorpresa y, cuando intenté darme la vuelta, ella se interpuso en mi camino.

—¿Qué ocurre?

—¡Nada! —respondió con demasiado ímpetu. Parecía muy nerviosa.

Ignorando por completo a Blake y a su inseparable amigo, conseguí que Rachel se apartase, alcé la cabeza y entonces lo vi.

Nathan estaba casi frente a mí, apenas a unos metros de distancia, besando a una chica. No era un beso tímido o inseguro, era pasional, como si intentasen devorarse el uno al otro. Cuando ella se apartó el cabello del rostro, la reconocí. Nathan estaba besando a Sadie.

Me quedé petrificada observando la escena. Comencé a notar que algunas compañeras de primero advertían mi presencia y me miraban con lástima. Eso fue, por encima de todo lo demás, lo que más me molestó e hirió.

Cuando percibí que me temblaban las piernas, me di la vuelta dispuesta a marcharme de aquel antro infernal a toda prisa. Caminé a trompicones, sintiéndome ligeramente mareada, como si no supiese demasiado bien dónde me encontraba. Reparé en que Rachel me seguía, me di la vuelta y extendí las manos entre nosotras como si así pudiese marcar una distancia prudencial entre ambas.

—Necesito estar sola —le dije. Hice un gran esfuerzo por no llorar delante de ella; notaba un leve escozor en los ojos que se volvía más intenso a cada minuto que pasaba.

—No pienso dejar que te marches sola.

—Cogeré un taxi e iré a la residencia —le expliqué, parpadeando en exceso. Empezaba a ver borroso, como si todo estuviese pintado con unas acuarelas demasiado acuosas. Pero no, no iba a llorar, no lo haría. Me negaba a animar más el espectáculo que Nathan había desencadenado.

—Pero, Léane...

—En serio, en estos momentos no quiero ver a nadie —supliqué—. Por favor...

Temí haber herido sus sentimientos, pero no soportaba la idea de escuchar los típicos consejos estilo «En una semana lo habrás olvidado» o «Es un idiota, no te merece...», ni

mucho menos recibir miradas de lástima. Si Lissa hubiese estado allí esa noche, todo habría sido mucho más fácil; ella me conocía como nadie más lo hacía y sabía que no era la primera vez que me ocurría algo... similar. Era como si el mundo se esforzase por resquebrajar la tela de confianza que había ido tejiendo sobre mí misma y por sacar a la luz una y otra vez todos los miedos e inseguridades que me acechaban.

Casi corrí hacia la salida del local, deseando huir de todas aquellas miradas curiosas o apenadas. Cuando logré salir, me despojé de los incómodos zapatos de tacón con torpeza y caminé descalza por la acera, alejándome todavía más de la puerta principal. Respiré hondo y dejé que las lágrimas que había estado conteniendo se liberasen al fin y comenzasen su recorrido por mis mejillas hasta llegar a ninguna parte. Había empezado a lloviznar, pero no me importó.

Apenas un minuto después, oí unos pasos a mi espalda. Me enjuagué las lágrimas con el dorso de la mano derecha y me volví, sospechando que Rachel había ignorado mis súplicas, pero me equivocaba.

Era Blake.

★ 10 ★

Blake

Léane se dio la vuelta lentamente. Tenía los ojos enrojecidos, el rímel se escurría por sus mejillas a causa de las lágrimas y la lluvia, y mantenía los labios apretados. No sabría explicar con palabras qué sucedió entonces, pero podría jurar que oí un leve clic en mi corazón, como si éste se cerrase... o se abriese... Quise decir algo estúpido, algo hiriente, algo cargado de sarcasmo que lograra desquiciarla todavía más. Para eso había salido de aquel antro, ¿no?

Pues no. Por extraño que pudiese parecer en mí, no logré hilar ninguna frase irónica en mi cabeza ni articular una sola palabra. Lo que sí conseguí hacer fue acercarme a Léane, extender despacio los brazos y abrazarla. Ella escondió su rostro en mi cuello, sin dejar de temblar ni sollozar.

Mientras estuvimos allí abrazados, bajo la oscuridad de la noche, pensé en mil formas diferentes de torturar lentamente a Nathan, e incluso dudé sobre si debía entrar de nuevo en el antro y montar un espectáculo. Por alguna misteriosa razón, no podía dejar de pensar en mi hermana Emma. ¿Qué haría yo si algún día ella se cruzaba con un idiota similar?, ¿cómo reaccionaría si le hiciesen daño...? No estaba seguro de que pudiese... controlarme.

Unos minutos después, advertí que Léane había dejado de tiritar. Me sentía inquieto e inseguro; mis manos, presionando su espalda, se me antojaban extrañas y su cuerpo contra el mío parecía pequeño e indefenso... Respiré hondo y ladeé la cabeza hasta que mis labios casi rozaron su oreja.

—Vámonos de aquí —le susurré—. Te llevaré a la residencia.

Léane colocó ambas manos sobre mi pecho y me empujó unos centímetros hacia atrás.

—¡No, Blake! —Sollozó de nuevo, pero no apartó la mirada—. ¿Por qué estás aquí?

—No lo sé —respondí con sinceridad.

—¿Es para poder burlarte de mí mañana? —preguntó, alzando la voz—. ¿Es por pena?

Suspiré hondo. Joder, qué mierda. Yo también tenía curiosidad por saber qué demonios hacía allí, pero no tenía ni idea. Simplemente estaba, ¿no era eso suficiente?

Me acerqué a Léane de nuevo, dando un paso al frente.

—Prometo que no me burlaré de lo ocurrido esta noche, pero deja que te lleve a la residencia —le pedí—. No es por ti, es por mí. Quiero dormir tranquilo esta noche, todavía tengo algo de conciencia.

Pareció dudar y, durante unos segundos, nos retamos en silencio con la mirada, hasta que ella apartó sus ojos de los míos.

—Está bien —accedió mientras se limpiaba las mejillas con las manos.

Esperé mientras volvía a ponerse los tacones, y después caminamos en silencio por las calles de la ciudad hasta llegar al lugar donde horas atrás había aparcado el coche. Antes de arrancar el motor, le mandé un mensaje a Ryder diciéndole que volviese en taxi a casa; no estaba seguro de querer regresar al local tras dejar a Léane en la residencia.

Mientras conducía, ninguno de los dos habló. Ella mantenía la cabeza apoyada contra el cristal de la ventanilla y su rostro carecía de expresión, como si se hubiese puesto una máscara para ocultarme sus emociones. Y, durante unos instantes, me pregunté qué estaría sintiendo.

Quise decir algo que pudiese animarla, pero presentía que mantenerme callado era la mejor opción. Afrontar momentos delicados no era uno de mis puntos fuertes.

Ser testigo de dolor, dolor de verdad, me aterraba como nada más lo hacía.

Cada célula de mi cuerpo me pedía huir cuando me enfrentaba al lamento de otra persona. Desde que tenía uso de razón, había aprendido a esquivar cualquier situación que fuese mínimamente complicada; fingía que no ocurría o me convencía de que era algo pasajero. Y luego me esforzaba por olvidarlo todo.

Al estacionar el coche frente a la puerta principal de la residencia, respiré aliviado. Esperé pacientemente a que Léane bajase del coche, pero no lo hizo.

—Ya hemos llegado —dije—. ¿Qué ocurre?

Giró el rostro hacia mí y descubrí que volvía a llorar. ¿Qué pretendía lograr con ello? Observé con cautela el brillo sutil de sus lágrimas, valorando el posible significado de cada una de ellas.

—Espera, creo que tengo pañuelos de papel por aquí. —Me incliné hacia Léane para abrir la guantera, rozando su rodilla con el codo—. Ten.

Ella lo aceptó y se limpió el rostro con una lentitud preocupante. Una parte de mí, la más fuerte, tan solo deseaba marcharse de una vez por todas, dejar atrás a Léane e ignorar su dolor.

—Todo el mundo lo ha visto y volverán a la residencia en cuanto acabe la fiesta. — Escondió el rostro entre las manos, como si la idea de mirarme la avergonzase—. No quiero entrar.

—¿Por qué me has hecho traerte hasta aquí, entonces?

—Me lo has propuesto tú. Y no tengo ningún otro lugar a donde ir.

—Vas a tener que enfrentarte a él de todos modos, ya sea esta noche, mañana o la semana que viene. Lo sabes, ¿verdad? No puedes evitarlo.

—Lo sé...

—Puedo acompañarte a tu habitación, si quieres —propuse, intentando mantener la calma.

—¿No podríamos ir a algún otro lugar? No sé, quizá a un bar o un parque solitario... a cualquier sitio.

Eché la cabeza hacia atrás, apoyándola sobre el mullido respaldo del asiento del coche, y me mordí el labio inferior, indeciso, mientras Léane me miraba de reojo.

—Bien. —Suspiré—. Hagamos un pacto.

—¿Qué clase de pacto?

—Finjamos durante esta noche que nos llevamos bien —dije—. Pero mañana todo volverá a ser como siempre.

—Vale. —Léane sonrió por primera vez aquella noche.

Puse el coche en marcha de nuevo.

—Iremos a mi casa, ¿de acuerdo? Puedes dormir en la habitación de Adam.

Ella asintió y permaneció el resto del trayecto en silencio, jugueteando con la punta de los dedos con las coloridas pulseras que colgaban de su muñeca derecha. Cuando aparqué frente a la casa, y antes de que bajase del coche, dejó caer su mano en mi hombro y sonrió de nuevo antes de hablar.

—Gracias, Blake.

—No hay de qué.

—Lo digo en serio —me aseguré.

Al bajar del coche, volvió a quitarse los tacones. La miré por encima del hombro con curiosidad.

–¿Por qué vas descalza?

–Me hacen daño –respondió al tiempo que subía los tres escalones de la entrada.

–Entonces, ¿por qué los usas?

–Son bonitos, supongo. –Miró los tacones sin mucho interés y luego clavó sus ojos en mí–. Ya, ya lo sé, no tiene mucho sentido. Creo que a partir de ahora usaré más a menudo zapatillas de deporte.

Encendí la luz cuando entramos en la casa y avancé por el pasillo mientras Léane se quedaba rezagada observando la estancia con curiosidad. El hecho de que ella analizase el lugar donde vivía me hacía sentir incómodo, como si estuviese hurgando en mi intimidad.

–Dios mío, ¡cuántas plantas! –exclamó. Luego extendió los dedos lentamente y rozó con la punta de éstos una enredadera que trepaba por un pilar hasta llegar al techo. Sus uñas, pintadas de color rosa chicle, contrastaban con las hojas verdes–. Son todas preciosas, no imaginaba que vuestra casa sería así.

La observé en silencio, todavía con las llaves en la mano, mientras ella acariciaba delicadamente los pétalos de una flor amarilla; luego se inclinó para ver más de cerca un cactus de diversos colores.

–Ésta me gusta, es alegre –dijo, señalando una flor morada con motas azules–. Así que, por lo que veo, os gusta la botánica.

–En realidad, solo me gusta a mí.

No supe por qué le había confesado aquello, cuando habitualmente decía que todas las plantas eran de Adam. Léane me miró fijamente y apreció un brillo fugaz en sus ojos castaños; luego sonrió.

–Es genial.

–¿Quieres comer algo? –pregunté, cambiando de tema.

–Sí, estaría bien. –Asintió lentamente con la cabeza–. Aunque ¿podría antes lavarme la cara, al menos?

Intenté no reírme, pero no lo conseguí.

–Puedes ducharte, será lo mejor. Supongo que tus pies no estarán muy limpios –puntualicé, señalando los zapatos de tacón que todavía llevaba en la mano–. Además, pareces un mapache por el rímel y...

–Ya lo he pillado –me interrumpió Léane frunciendo el ceño. No pareció que le agradase ser comparada con un mapache. A mí esos animales me parecían la mar de

graciosos.

–Está bien, puedo dejarte algo de ropa limpia –dije–. El baño está arriba, la primera puerta a la derecha.

–Vale, gracias.

Léane desapareció escaleras arriba segundos después. Dejé las llaves sobre la repisa de la entrada y me quité la chaqueta. Me estaba comportando como un auténtico estúpido, era totalmente consciente de ello.

No tenía por costumbre llevar a chicas a pasar la noche en mi casa sin una clara intención, esa intención pasaba por mi cama y, sin lugar a dudas, con Léane no ocurriría tal intención.

Subí a mi habitación y encontré en el armario un pijama limpio de color azul oscuro que me venía algo pequeño. Después fui hasta el baño y abrí la puerta de éste; fue entonces cuando oí un grito desgarrador, tan histérico como el de la película *Psicosis*.

–¡Fuera! –chilló, al tiempo que cogió la cortina de la ducha e intentó taparse con ella–. ¡Sal de aquí, maldita sea!

–¡Joder! –exclamé asombrado.

Salí del baño y cerré la puerta de nuevo, apoyé el hombro sobre la pared e intenté, en vano, no sonreír. Advertí que el corazón me latía acelerado.

–¿Se puede saber qué haces ya desnuda? –pregunté, sin dejar de sonreír.

–¿Es que tú te duchas con la ropa puesta?

–No, pero si alguien me dice que va a traerme ropa limpia, tengo la costumbre de no dedicarle un *striptease*. Llámame raro.

–¡No sé en qué estaba pensando! Creí que la dejarías fuera. Además, lo normal es llamar antes de entrar –gritó tras la puerta. Luego se mantuvo unos instantes en silencio antes de proseguir–. Solo... prométeme que olvidarás lo que acabas de ver, de algún modo... mágico o algo así.

Sonreí todavía más.

Desde el instante en que la vi, había hecho copias de seguridad de la imagen de Léane desnuda por todo mi cerebro. Básicamente, esas imágenes ocupaban ahora toda mi capacidad mental. Era incapaz de pensar en nada más.

–Créeme, no voy a poder olvidarlo –reconocí–. Es más, puede que lo rememore a menudo antes de irme a dormir...

Oí a Léane gritar de nuevo y golpear algo.

—¿Estás destrozando el baño?

—¡No! ¡Me he caído! —explicó, haciéndome reír de nuevo—. Simplemente deja la ropa frente a la puerta y vete, ¿de acuerdo?

—Está bien. O, si lo prefieres, te ayudo con lo que sea que estés haciendo.

—¡Márchate!

—Tú te lo pierdes.

Bajé a la cocina y me propuse preparar algo para comer; tenía hambre a pesar de que era la una de la madrugada. Sacudí la cabeza mientras abría la nevera, saqué una pizza cuatro quesos y la metí en el horno.

Me senté en la silla blanca de la mesa de la cocina, mientras observaba a través del cristal cómo se horneaba la pizza.

Pensé en lo dolida que parecía Léane tras ver al tal Nathan besar a la otra chica, pensé en las lágrimas que surcaban sus mejillas, en su cuerpo tembloroso... pero por encima de todos aquellos sentimientos tan puros y emotivos, con una gran diferencia en cuanto a tiempo de recreación, pensé en ella desnuda.

El trazado de su silueta era exactamente como a mí me gustaba, rozando la perfección, con una ligera curvatura que diferenciaba la cintura de las caderas y luego se pronunciaba más al llegar a la zona del trasero. No tenía los pechos demasiado grandes, estaba seguro de que cabían perfectamente en mis manos. Es más, casi parecía evidente que habían sido creados por y para estar en mis manos.

Extendí las manos frente a mí, sopesando el volumen que ocuparían entre mis dedos.

—¿Qué estás haciendo?

Léane se sentó a la mesa sin dejar de mirarme. Bajé las manos de golpe sobre mi regazo y sonreí con inocencia.

«Estaba calculando, en base al volumen y la distancia de X e Y en condiciones de presión atmosférica normal y un grado de humedad relativa del setenta por ciento... cómo son de grandes tus pechos.»

—Leía las líneas de la mano —respondí finalmente.

—Ah, ¿sí? —Extendió sus manos sobre la mesa blanca de la cocina—. ¿Qué dicen las mías?

Reprimiendo un suspiro, toqué sus manos con resignación. Tracé la línea más larga con la punta del dedo índice, haciéndole cosquillas.

—Esta línea augura que vas a vivir muchos años, pero esta otra especifica que no te irá demasiado bien en el tema profesional, especialmente si sigues presentándote a concursos.

—¿En serio? Suena muy creíble —ironizó, poniendo los ojos en blanco. Después sonrió.

—Sí, claro. —Le dediqué una mirada traviesa—. La línea del amor dice que lo mejor es que te centres en relaciones de una sola noche.

Léane apartó las manos hasta posarlas de nuevo en sus rodillas. Tras la ducha, llevaba el cabello recogido en una coleta alta mal hecha, de donde escapaban algunos mechones lacios de cabello rubio, y no había ni rastro de maquillaje en su rostro. Me gustaba al natural, parecía más inocente. Como era de esperar, el pijama le venía grande; era extraño verla con mi ropa, se me antojaba demasiado íntimo.

—Blake, ¿por qué me has ayudado? —me preguntó—. Tu reputación es bastante peor que la de Nathan, seguro que has avergonzado a docenas de chicas.

Me levanté, apagué el horno y saqué la pizza. Luego la coloqué sobre la mesa y comencé a cortarla en trozos.

—Eso no es cierto.

—Pues todo el mundo lo dice —comentó con indiferencia, mientras intentaba coger un trozo de pizza—. ¡Ay, quema!

—¡Qué raro! ¡Si la he sacado del horno hace ya... ah, sí, un segundo!

—¿Por qué crees que no eres como Nathan? —insistió, haciendo caso omiso de mi comentario—. Yo no sabía el significado real del adjetivo «idiota» hasta que te conocí hace un par de meses.

—Muy graciosa.

Comimos un trozo de pizza en silencio, después me levanté a por dos vasos de agua y le tendí uno a ella. Crucé las manos sobre la mesa.

—La diferencia entre ambos es que yo siempre dejo las cosas claras desde el principio. El secreto está en la comunicación. Si me apetece un lío de una noche, lo digo —expliqué—. Respeto a la otra persona implicada; se supone que ambos somos adultos y tenemos los mismos intereses.

—¿Y si quieres algo más serio?

Me encogí de hombros.

—Supongo que lo diría. Lo cierto es que todavía no se ha dado el caso.

—¿Lo dices de verdad?, ¿nunca has tenido novia?

—¡Qué demonios! Estoy en la universidad, quiero disfrutar de la vida, de la libertad...
—Bajé la mirada y tamborileé con los dedos sobre la mesa—. Bueno, en realidad sí tuve alguna novia, pero era joven, fue hace muchos años. Ni siquiera nos acostamos, así que supongo que no cuenta.

Léane abrió mucho los ojos, como si acabase de cometer un pecado sin precedentes.

—¿Estás de broma? —Arqueó una ceja, incrédula—. ¿Si no hay sexo no es nada serio?, ¿es una regla general para todos los hombres...?

—No lo sé, ¿por qué lo preguntas?

Léane se frotó las manos y evitó mi mirada con cierto nerviosismo; parecía incómoda. Y en ese momento, sin saber exactamente cómo, supe en qué estaba pensando.

—¿Intentas decirme que no te has acostado con Nathan? —Me incliné sobre la mesa, acortando la distancia que nos separaba.

—Es probable... —susurró, con la mirada fija en la superficie blanca de la mesa.

Sonreí despacio, casi a cámara lenta, asimilando sus palabras. Léane me miró indecisa, como si estuviese sopesando mi reacción.

—Así que llevas tiempo sin darte una alegría... Eso explica por qué siempre estás de tan mal humor. —Ladeé la cabeza, sin apartar mis ojos de los suyos—. Si quieres podemos solucionarlo. Ahora, por ejemplo.

—¡No sigas por ese camino...! —exclamó ruborizándose, y arrastró la silla hacia atrás para levantarse de la mesa—. Pasar la noche aquí ha sido una mala idea. La peor que he tomado en toda mi vida, probablemente.

Me levanté también y me acerqué hasta ella, que permanecía quieta en medio de la cocina, como si hubiese entrado en un ataque de pánico. No sé por qué me entusiasmaba tanto la idea de intimidarla, pero era realmente estimulante.

—¿... una mala idea porque tienes miedo de lo que pueda llegar a suceder? —le susurré al oído. Después le dediqué una mirada traviesa y me propuse controlar mis instintos más primitivos—. Me gustaría seguir profundizando en este tema, y nunca mejor dicho, pero creo que has tenido suficiente acción por hoy.

—Me haces parecer patética —protestó, presionando los labios. Luego siguió mis pasos hacia el comedor.

—¿Por qué?, ¿por ser virgen?

—¡No soy virgen, idiota!

Dejé de caminar en seco y me volví hacia Léane, que me miraba con una mezcla de timidez y rabia. Esa afirmación me hizo imaginarme mil escenas diferentes, todas ellas perversas. En ese instante supe que nuestra relación habría sido diferente si no se hubiese entrometido en mi camino, porque cada gesto, cada centímetro de su piel... me llamaba a gritos.

Me senté en el sofá y ella se acomodó a mi lado, poniendo cierta distancia entre nosotros.

—¿No quieres ir a dormir? —le pregunté.

—No creo que pueda dormir mucho —bufó—. ¿Sabes qué es lo peor de todo? Lo peor es que apenas me ha dolido el engaño de Nathan. En realidad, no sé por qué estábamos «juntos» si no teníamos nada en común. —Permaneció unos segundos en silencio, ausente, con la mirada fija en una planta—. Lo que más daño me ha hecho ha sido la humillación pública, que todo el mundo fuese partícipe de lo que ocurría, como si interpretásemos una obra de teatro dramática para todos los espectadores.

—Ya no estás en el instituto, Léane —dije—. Se supone que no somos críos y que no debe importarnos lo que los demás opinen. Simplemente, disfruta de la vida.

—Es difícil, no soy tan fuerte. —Cogió un almohadón de color marrón, que hacía juego con la tela del sofá, y lo apretó entre los brazos—. Además, a ti también te importa lo que piense la gente.

—No es cierto.

—Entonces, ¿por qué les dices a todas que las plantas son de Adam?

Parpadeé confuso, volviéndome más hacia ella, hasta que mi rodilla rozó su pierna.

—¿Cómo sabes eso?

—Lissa medio vive aquí, es mi fuente de información.

Puse los ojos en blanco.

—¿Por qué me has dicho a mí la verdad? —insistió.

—Quizá porque lo que tú pienses de mí me importa una mierda.

—Tan elegante como siempre, señor Lekker.

—Gracias.

Suspiré hondo y me recosté despreocupadamente sobre el brazo del sofá, inclinando la cabeza para mirarla.

—De todas formas, se supone que el que ha quedado como un idiota esta noche delante de media universidad ha sido él, no tú —aclaré. Por alguna misteriosa razón, no me

gustaba ser testigo de su sufrimiento.

Escondió el rostro bajo el almohadón, como una niña de cinco años, antes de mirarme de nuevo.

—No quiero volver a la residencia, ni tampoco ir a clase —gimoteó—. Solo me apetece volver a casa, con mis padres...

Tragué saliva, nervioso, antes de incorporarme en el sofá. Aparté la vista de ella, pues no estaba seguro de lo que debía decir para animar la situación.

—Los echas de menos, ¿verdad?

Léane asintió. Le palmeé la espalda, como hubiese hecho con Adam o Ryder si se encontrasen en una situación similar. Quizá lo hice con demasiado ímpetu, porque Léane se balanceó adelante y atrás al compás de mis palmadas de aliento.

—¿Qué haces? —Me miró confusa.

—Joder, no lo sé. Intento... animarte, creo.

Y entonces, casi como si fuese un milagro, Léane sonrió. Y luego emitió una carcajada dulce, que pareció llenar la habitación. Sonreí también.

—Me alegra que no decidieses estudiar Psicología —dijo, y rió con más fuerza—. Se te da mejor Periodismo, desde luego.

—Gracias, dime algo que no sepa ya.

Léane sacó un paquete de caramelos M&M de su bolso e introdujo una bolita azul en su boca. Observé cómo sus labios se movían lentamente mientras saboreaba el caramelo.

—Pues pienso hacerlo. —Me apuntó con un dedo; ahora parecía divertida—. Por ejemplo, te diré que, cuando estás haciendo un reportaje en directo, siempre usas los mismos gestos, como si lo tuvieses ensayado; pareces un robot. Personalmente creo que a los espectadores les gusta ver que somos humanos, te falta naturalidad.

Excusez-moi, Mademoiselle? El hecho de que se atreviese a darme un consejo podría haberme cabreado, pero, por el contrario, me pareció muy gracioso que tuviese el descaro de decírmelo directamente a la cara. Además, era un consejo estúpido, ¿qué culpa tenía yo de ser tan perfecto que parecía un robot? Eso era obra de la naturaleza.

—Te estás tomando muchas confianzas —le advertí—. Ya que estamos confesándonos ciertas verdades, voy a darte también un consejo para tus próximos reportajes.

—Ilústrame, Blake.

—Deja de fingir que eres una mosquita muerta bondadosa, adorable y dulce; a los espectadores les molesta que los engañen —dije—. Frente a la cámara, te comportas como

una pequeña niña inocente. Y se nota que exageras el acento francés cuando estás en directo, queda demasiado obvio.

Léane abrió la boca, mirándome indignada.

—¿Eso piensas? ¡No es cierto! —me reprochó—. Es todo lo contrario, creía que mi acento sería un impedimento de cara al concurso...

—¿Cómo no iba a gustarle al público? Cuando hablas sueñas como la típica chica que atiende llamadas eróticas.

Arqueó las cejas y permaneció unos instantes mirándome, con los labios entreabiertos, como si su cerebro fuese incapaz de procesar mis palabras.

—¿Has dicho lo que creo que has dicho?

—No te hagas la inocente —le espeté—. Siempre alargas las *ges*, exageras las *eses*... Lo haces mucho más excesivo que cuando no estás grabando.

Disfruté viendo cómo sus mejillas se tornaban lentamente de un color rosado, hasta que el teléfono comenzó a vibrar dentro del bolsillo de mis vaqueros.

Era mi hermana Emma. Descolgué mientras me levantaba y caminé hacia la cocina.

—Hola, ¿va todo bien?

—Sí, no te asustes. Solo llamaba porque no podía dormir... y me apetecía hablar contigo —dijo en susurros—. Me he levantado para ver la televisión, he visto que estaban emitiendo esa película rara de Brad Pitt que tanto te gusta y me he acordado de ti.

Una vez que estuve en la cocina, abrí la ventana, permitiendo que el viento gélido de la noche penetrase en la estancia, y apoyé el codo sobre el alféizar. Se oía el cantar de algunos grillos, pero a un volumen mucho más bajo que en Romford, el lugar donde había crecido.

—¿*El club de la lucha*?

—Sí. —Suspiró hondo—. Por cierto, esta tarde me llamó papá. Me pidió que te dijese que te ha visto en el concurso y que... que está orgulloso de ti —dijo.

Sí, ya, claro, seguro que estaba orgulloso... Me lo habría creído de no conocerlo tan bien.

—Ajá... —asentí distraído. Evité mostrarle lo mucho que me incomodaban sus palabras.

★ 11 ★

Léane

Hice un esfuerzo por dejar de pensar en mi supuesto acento sensual e intenté escuchar la conversación que Blake mantenía por teléfono cuando regresó al comedor. Caminaba de un lado a otro, moviéndose por la habitación, sin poder mantenerse quieto.

–Claro, perfecto, podemos comer juntos el sábado de la próxima semana –dijo, luego escuchó pacientemente lo que respondía la persona al otro lado del teléfono y volvió a hablar–. Yo también te echo de menos.

Observé en silencio cómo Blake colgaba el teléfono y se acomodaba de nuevo en el sofá. Ignorando mi presencia, encendió el televisor con el mando a distancia e hizo zapping.

–¿A quién echas de menos?

–¿Y a ti qué te importa? –Me miró por encima del hombro.

Bueno, tanto como importarme... pero me moría de curiosidad. Me mordí el labio inferior con indecisión, antes de armarme de valor para seguir indagando.

–¿No decías que no estabas interesado en mantener una relación seria? –le pregunté–. Echar de menos a alguien sí es serio.

Blake apagó el televisor y dejó el mando sobre la mesa auxiliar del comedor, se volvió hacia mí y de nuevo su rodilla me rozó la pierna. No sé si lo hacía a propósito, pero conseguía ponerme nerviosa.

Describir a Blake era realmente difícil, su proximidad siempre lograba intimidarme. Tenía unos felinos ojos verdes, imposibles de evitar, que me miraban de un modo ligeramente perverso, como si fuese un manjar que él deseaba devorar. Y viéndolo de esta forma, comprendía el furor que podía causar entre la población femenina, especialmente porque parecía peligroso y, como bien sé, a las mujeres nos apasiona la idea de que alguien nos rompa el corazón.

Blake era perfecto para cumplir tal función –la de aplastar corazones inocentes–. Sin duda, era una buena opción, porque al menos disfrutabas de «las vistas» antes de que todo terminase de un modo dramático.

Varios mechones de cabello negro se deslizaron por su frente cuandoladeó la cabeza.

–¿Yo he dicho que no quería nada serio? –Arrugó la frente, fingiendo estar confuso. Y digo fingiendo, porque de sus ojos parecían saltar chispas, como si fuese totalmente consciente de lo que estaba haciendo–. En tal caso estaría refiriéndome, de forma concreta, a que nunca querría nada serio con alguien como tú. Ya sabes, una tía que tiene ositos de peluche en la cama, que usa envoltorios que cambian de color... acojona.

Me incliné hacia atrás, hasta que mi espalda tocó el brazo del sofá, procurando alejarme de él. Pronto me di cuenta de que era una misión casi imposible, dado que cada vez se acercaba más y más... No sabía por qué, pero tenía la boca seca. Tosí, aclarándome la garganta.

–Tranquilo, no te tocaría ni con un palo –respondí con más brusquedad de lo esperado. Después me expresé de nuevo con un tono neutro–. Entonces... ¿hablabas con una especie de... novia?

Blake sonrió burlón, parecía divertirlo la situación. ¿Qué situación? Pues no sé, pero el ambiente había cambiado, el silencio a nuestro alrededor parecía poder cortarse, su mirada era más fría, más calculadora, más intensa... Apreté con fuerza el almohadón, que, tras su acercamiento, era lo único que se interponía entre nuestros cuerpos. Y en serio, estaba casi segura de que mi temperatura corporal acababa de dispararse porque, de pronto, tenía muchísimo calor. ¿Habría encendido la calefacción sin que me diese cuenta? Me pregunté si resultaría demasiado obvio que comenzase a abanicarme con la carpeta que reposaba sobre la mesilla.

–¿Estás celosa? –me preguntó, sonriendo de lado. Y anoté mentalmente la idea de que ese tipo de perversas sonrisas deberían estar prohibidas por ley. Era justo. Era coherente.

–¡No, claro que no! –exclamé, alzando la voz más de lo normal–. ¿Crees que me importa lo que hagas con tu vida?

–Eso parece.

Reí con indiferencia, pero dejé de hacerlo cuando noté que Blake se acercó todavía más, hasta el punto de que casi podía sentir su aliento cálido en mi rostro y sus misteriosos ojos estaban tan cerca que podía ver en ellos un prado infinito de hierba recién cortada, enmarcado por sus gruesas pestañas negras. Presioné, por cuarta vez

consecutiva, el almohadón que sostenía entre los dedos tras advertir que el corazón me latía atropelladamente. Y me estremecí cuando descubrí el cítrico y agradable aroma que Blake desprendía.

Casi como si él fuese consciente de cada una de mis reacciones, sus ojos descendieron hasta posarse en mis labios, y, por alguna ilógica razón, la idea de que rompiese los escasos centímetros que separaban su boca de la mía me resultó sumamente tentadora.

Pero no me besó. No.

«Perfecto, Léane, porque eso es exactamente lo que tenía que ocurrir. No besos. No acercamientos. No Blake.»

Canté victoria demasiado pronto porque, dejándome totalmente descolocada –y omitiendo el hecho de que no podía mover ni un solo músculo de mi cuerpo, como si estuviese petrificada–, Blake me dedicó otra de sus sonrisas ilegales, instantes antes de que su mano se posase en mi cintura con decisión y sus labios me rozasen el lóbulo de la oreja. El contacto fue tan leve que me pregunté si era real o fruto de mi imaginación.

Incapaz de reaccionar ante el cúmulo de estimulantes sensaciones, que desplazaban a un lado cualquier atisbo de sentido común, cerré los ojos con fuerza cuando sentí su aliento cálido en mi cuello, a la espera de notar también el tacto de sus labios sobre mi piel... porque la lentitud de los movimientos de Blake era desesperante e inconcebible y, y, y...

Y no pude seguir pensando en la impaciencia que me envolvía, porque justo en ese instante oí el sonido de una cerradura girando y, a continuación, el ruido de la puerta cerrándose tras un par de pisadas. Abrí los ojos de golpe, descubriendo que Blake me miraba fijamente, como si fuese un animal en peligro de extinción o algo similar. Parecía confuso; esta vez el sentimiento era real y recíproco. Tras unos eternos e incómodos segundos, se volvió hacia su compañero de piso.

–Eh, hola –saludó Ryder. Cuando descubrió mi presencia, arrugó la frente y nos miró con desconcierto. Después, como si su mente fuese una bombilla de bajo consumo al límite de su capacidad, sonrió lentamente–. ¿Interrumpo algo?

–No –respondió Blake, tajante–. Se queda a dormir esta noche.

–Vale, perfecto.

Ryder nos miró como si ambos fuésemos unos perturbados en pleno estado de locura, después se encogió de hombros y se dirigió hacia su habitación subiendo las escaleras.

–Será mejor que nos acostemos, es tarde.

Asentí. Me ruboricé ante el segundo significado de la frase «nos acostemos»; después advertí que Blake se mostraba serio y cauteloso y que, sin lugar a dudas, no había dicho aquello con otro sentido que no fuese meramente el de dormir. Así pues ¿qué demonios me pasaba en la cabeza?

Mi ex novio –ex amigo, ex lío, o simple gilipollas, como prefería llamarlo de ahora en adelante– acababa de traicionarme, colocándome unos bonitos cuernos sobre la cabeza. Y ahí estaba yo, como una pánfila, preguntándome estúpidamente si mi mayor enemigo, desde que puse un pie en esa universidad, estaba proponiéndome que nos acostásemos.

Definitivamente, deliraba.

Blake me acompañó hasta la habitación de Adam, que, para mi sorpresa, parecía sacada de una revista de decoración. Todo estaba en orden: los libros perfectamente apilados en la mesa, no había ropa sobre la cama ni polvo en las estanterías.

–Si quieres sábanas limpias, puedo buscar un par.

–No hace falta. –Sonreí y me senté en la cama–. Está bien así.

–Vale. Buenas noches. –Asió el pomo de la puerta y la entornó.

–Lo mismo digo.

Me acomodé en la cama, tapándome con las mantas hasta la barbilla y ahuecando la almohada con las manos porque era demasiado voluminosa para mi gusto.

Apenas hacía un minuto que Blake se había marchado cuando éste volvió a entrar en la habitación y me miró con los ojos entornados y una sonrisa burlona.

–Sospecho que sé con qué soñaré esta noche.

–¿Crees que me interesa? –resoplé; empezaba a sentirme hastiada. Fuera de cuestión, necesitaba descansar.

–Es posible. –Chasqueó la lengua y apoyó la cadera contra el marco de la puerta–. Soñaré que estoy en casa, pasando una noche aburrida, y de pronto se me ocurre ir al servicio y me encuentro allí a una chica rubia desnuda, ¡fíjate tú qué cosas, ¿eh?! Tengo una imaginación desbordante.

Tosí, sintiéndome nerviosa de nuevo.

–Entonces la chica te gritará horrorizada, pidiéndote que te largues.

–No, lo cierto es que no –me corrigió–. Creo que en mi sueño la chica rubia sugerirá que nos duchemos juntos.

–Tu novia debe de estar orgullosa de ti.

—Supongo que sí, lo estaría si la tuviese, pero no es el caso. —Sonrió y comenzó a dar unos golpecitos sobre la madera del marco con la punta de los dedos, sacándome de mis casillas—. De todos modos, ha sido interesante ver tu reacción.

—¿Qué reacción? —pregunté, pero luego me arrepentí y suspiré hondo—. Da igual. Ahora, si no te importa, quiero dormir.

Dio un paso hacia atrás y rozó con la mano el pomo de la puerta.

—Sí, será mejor que descanses —dijo, sin dejar de sonreír—. Recuerda que mañana termina nuestra tregua.

—Estoy deseándolo —farfullé, dándome la vuelta en la cama.

Cuando estuve completamente segura de que Blake se había marchado, exhalé todo el aire que había contenido e intenté relajarme, pero me fue imposible. ¿Por qué me aliviaba saber que no tenía novia? Él era... exasperante, la mayor parte del tiempo.

Esa noche había tenido sus momentos; definitivamente Blake tenía un trasfondo oculto. Se había comportado como una persona normal, a excepción del hecho de que me había visto desnuda, lo cual era bastante perturbador. ¿Por qué Nathan no había ido en mi busca después de lo que había hecho?, ¿por qué Blake sí había corrido tras de mí?

No es que quisiese que Nathan se disculpase... porque el daño estaba hecho o, mejor dicho, el ridículo vivido era irreversible. Pero me habría encantado verlo salir por esa puerta, correr hacia él hecha un mar de lágrimas, como siempre ocurre en las películas románticas, y gritarle con voz de loca lo miserable que era, delante de todo el mundo, porque, siendo una película, la gente habría salido del local para asistir al fatal desenlace. Al menos, si hubiese sido así, me habría desahogado.

Aquella noche soñé que me encontraba en un baile de máscaras, los hombres cogían a las damas del codo y parecían de otra época, sonaba música de violín de fondo y los asistentes sonreían.

Yo llevaba un vestido amarillo pálido con canacán, de modo que apenas podía caminar. Cogí la zona baja del vestido con la punta de los dedos, intentando así no tropezar, y avancé asustada entre el gentío. Por alguna misteriosa razón, las plumas, las máscaras y los trajes antiguos me aterrorizaban. Empecé a sudar, presentía que algo horrible iba a ocurrir.

Entonces comenzaron a oírse pequeñas risas, que parecían enlatadas, y poco a poco se fueron transformando en carcajadas que resonaban en mis oídos. Varios dedos me

señalaron con desdén. ¿Se reían de mí? Agaché la cabeza hasta mirarme las manos. Llevaba las uñas pintadas de un color negro brillante.

Cuando alcé de nuevo el rostro vi en el centro de la sala a un joven enmascarado besando a una chica. Las risas continuaron aumentando a mi alrededor y sentí que me encontraba en medio de un huracán. Entonces él rompió el beso, se volvió y me miró. Lentamente se quitó la máscara roja y reconocí sus ojos verdes y su sonrisa perversa. La chica que lo besaba instantes atrás deslizó su lengua por el cuello de Blake sin que éste apartase la mirada de mí; deseaba correr, pero no podía moverme, estaba totalmente paralizada...

Y entonces sentí algo frío sobre mi rostro, algo... húmedo.

Desperté con la cara empapada. Tosí, atragantada por el agua que había tragado, e intenté averiguar dónde estaba.

—¡Ya era hora!

Blake dejó un vaso de cristal, ahora vacío, sobre la mesita de noche y abrió las ventanas de la habitación permitiendo que penetrase el viento gélido propio del invierno en Reading.

—¿Te has vuelto completamente loco? —grité, cuando conseguí salir del estado de shock.

—He intentado despertarte dos veces amablemente, pero me lo has puesto difícil —dijo—. La tregua que teníamos ha terminado, no estás en el maldito cuento de *La Bella Durmiente*, es hora de levantarse.

Bostecé. Me incorporé lentamente en la cama, a propósito, con la intención de terminar con su paciencia. Volví a bostezar. Estiré la espalda, alzando los brazos. Luego cogí la manta y me acurruqué de nuevo bajo ella.

—¿Qué haces? —preguntó, irritado.

—Hace demasiado frío, no pienso salir de aquí. Culpa tuya por abrir las ventanas.

Blake cerró las ventanas con un golpe seco y de un modo tan brusco que me hizo dar un pequeño salto en la cama a causa del susto.

—Ahora ya puede levantarse la señorita de los ronquidos.

—¿De qué estás hablando? —pregunté, incorporándome al fin.

—Hablo de que, mientras duermes, roncas como un camionero con resaca.

—¡No es cierto! —chillé con indignación.

Blake sonrió con suficiencia mientras sacaba el móvil del bolsillo de su pantalón. Presionó la pantalla táctil un par de veces y finalmente me mostró un vídeo donde salía yo durmiendo y... roncando.

–¡Borra eso ahora mismo!

–Ni por todo el oro del mundo. –Se guardó el móvil–. Es mi seguro de vida. Si en algún momento tienes la menor oportunidad de ganar el concurso, cosa que dudo, lo distribuiré por internet. A tus fans les encantará conocerte un poco más.

Di un salto hasta levantarme de la cama y situarme frente a él.

–Ayer dijiste que no te burlarías de mí ni utilizarías trapos sucios...

–¿Eres consciente de que ayer no es hoy? –Me miró con indiferencia–. Supéralo, la vida continúa.

Salió de la habitación, dejándome completamente consternada. No podía ser la misma persona que la pasada noche. Eso, o bien actuaba como un profesional. Es más, quizá todo había sido una trampa desde el primer momento; posiblemente planeaba utilizar todo aquello que le había contado... ¡Dios mío!, ¡lloriqueé delante de él!, ¡me había visto desnuda!, ¡y le di detalles concisos sobre mis relaciones sexuales!

Salí de la habitación corriendo, como si estuviese dentro de una película de terror donde al final se descubre que Blake es el asesino. Seguí escaleras arriba, donde todavía estaba mi ropa tras la ducha de la pasada noche, y me cambié a toda velocidad. Cuando bajé al comedor, advertí que allí no había nadie. Abrí la puerta de la calle, dispuesta a escapar de aquel infierno, cuando las vi sobre la mesa del recibidor, relucientes, casi gritando mi nombre: «Léane, llévanos contigo».

Sin pensar en lo que estaba haciendo, cogí las llaves del coche de Blake.

Caminé varias calles con los incómodos zapatos de tacón que me había puesto la noche anterior y el vestido azul, sintiéndome ridícula. Verdaderamente, varios transeúntes me miraron con descaro, como si fuese una joven fuera de lugar. Cuando llegué a una avenida amplia y transitada, esperé hasta que pasó un taxi y subí.

–A la residencia de estudiantes número B, por favor –le indiqué.

Mientras el taxista conducía en silencio por las calles de Reading, me quedé ensimismada mirando las llaves que todavía estaban en mis manos. Blake iba a matarme después de eso. Pero no me importaban las consecuencias, realmente merecía un castigo

porque, si bien la pasada noche parecía conservar algún atisbo de sensibilidad, por la mañana volvía a ser el mismo idiota egocéntrico de siempre.

Cuando llegué a la residencia, me di una ducha y me puse el pijama antes de dejarme caer sobre la cama. Era sábado, hacía frío y solo me apetecía vagar. Encendí el portátil y empecé a ver los últimos capítulos de *Gossip Girl* en francés, porque me había acostumbrado a las voces de los dobladores. Busqué el paquete de caramelos en mi bolso y devoré múltiples M&M, mientras disfrutaba de las ocurrencias de Blair Waldorf.

Tras ver tres capítulos seguidos, rodé sobre la cama hasta alcanzar el móvil y lo puse a cargar poco antes de encenderlo. Me sorprendió la cantidad de llamadas perdidas y mensajes desesperados que encontré. Al parecer, Rachel salió de la discoteca minutos después, a pesar de mi insistencia, y al no encontrarme allí ni, media hora más tarde, en la residencia, entró en estado de pánico, de modo que alertó a media residencia de mi desaparición, incluida Lissa.

Leí el último mensaje que ésta me había enviado, alrededor de las cinco de la madrugada: «Por la mañana volveremos a Reading, espero que estés bien, ¡por favor, avisa si lees esto!».

Llamé a Lissa de inmediato.

—¿Léane?, ¿eres tú? —gimoteó.

—¡Claro que sí! —afirmé—. Estoy bien, no te preocupes, tan solo pasé la noche fuera, esto es un malentendido, ¡no se te ocurra volver aquí hasta el domingo!

—Pe-pero Rachel me ha contado lo que ocurrió con Nathan. Puedo volver a Londres otro fin de semana. Además, ya estábamos a punto de salir del hostel —dijo.

—¡Estoy perfectamente, de verdad! —insistí.

Lissa permaneció en silencio durante unos segundos; parecía dudar.

—¿Se puede saber dónde has pasado la noche?

—Yo... —me aclaré la garganta—, conocí a un mendigo bastante simpático... ¡me fui a un hotel...! ¡Estuve con Blake! No estuve con él en un sentido raro ni nada similar... dormí en la habitación de Adam, simplemente —farfullé atropelladamente, pues las palabras parecían encadenarse unas con otras.

—¿Es una broma?

—No —le aseguré—. Mañana te lo explicaré todo, no tiene importancia.

Tuve que convencer a Lissa, durante cinco minutos más, de que no cancelase su fin de semana romántico.

Cuando colgué, leí el mensaje que papá me había enviado. No pude evitar poner los ojos en blanco.

«La razón no me ha enseñado nada. Todo lo que sé me ha sido dado por el corazón», Leon Tolstói.

Estuve a punto de llamarlo para discutir acaloradamente el significado de esa frase. En primer lugar, y sin ir demasiado lejos, la razón me había enseñado cosas realmente valiosas, como, por ejemplo, que jamás volvería a acercarme a ningún tío. *Je promets*.

Durante el resto de la mañana, ordené la habitación, organicé la ropa sucia para llevarla más tarde a la lavandería, y finalmente me quité el esmalte rosa porque si algo había aprendido de la fatídica noche anterior era, sin duda, que la vida no es de color rosa. Y mucho menos, de color rosa chicle.

Escogí un esmalte apagado, triste y pesimista que hiciese juego con mi fantástico estado de ánimo. Lentamente, extendí el esmalte gris por cada una de mis uñas. No era un color gris con purpurina o *glitter* ni un tono plateado, era un gris feo y sin vida.

Durante el resto de la tarde dormité, hasta que Rachel llegó a la habitación y se lanzó sobre mí con los brazos extendidos.

—¿Dónde te habías metido, Léane? —gritó—. ¡Estaba muy preocupada!

—Me quedé en casa de Blake —respondí cuando me soltó—. Simplemente me sentía ridícula, no quería ver a nadie. Siento haberte preocupado, debí avisar.

—Sí, ¡debiste hacerlo! —Frunció el ceño, pero luego su gesto se ablandó—. Así que en casa de Blake, ¿eh? ¿No dijiste que no querías ver a nadie?

—En realidad, él es como nadie para mí —farfullé de mala gana.

Rachel se tumbó sobre mi cama y luego me miró por encima del hombro.

—Lamento lo de Nathan, es idiota. Y ella también.

—Sí, bueno, supongo que son cosas que pasan —dije, intentando aparentar despreocupación.

—Está bien, si no quieres hablar de ello, podemos ver una película.

—Me parece perfecto.

Cuando Lissa llegó a la habitación de la residencia el domingo al mediodía, llevaba entre las manos un sinfín de apuntes, libros e incluso un paquete de regalo. Lo dejó todo en el suelo y me abrazó como si llevásemos varios meses sin vernos.

—Me he sentido tan culpable este fin de semana... —susurró—. Siento no haber estado aquí cuando más me necesitabas.

—Deja de decir tonterías, no es culpa tuya.

Cuando nos acomodamos sobre la cama de Lissa, Rachel se sentó frente a nosotras, en una de las sillas del escritorio.

No tenía mucha confianza con Rachel, apenas hacía unos meses que nos conocíamos, pero no me incomodaba su presencia. Ella parecía sincera, como si en realidad le importasen mis sentimientos.

—¡Te juro que como me cruce con Nathan...! Dios, pienso matarlo —exclamó Lissa, mientras se despojaba de los guantes azules de lana, a juego con el gorro que todavía abrigaba su cabeza.

¿Por qué teníamos que hablar de lo ocurrido? Yo prefería fingir que nada había pasado. Era masoquista recordar la situación una vez tras otra. Una de las razones por las que me había sentido cómoda con Blake la noche del viernes fue porque a él le importaba un bledo el desenlace de mi relación con Nathan; apenas hablamos de ello y Blake no sacó el tema a relucir en ningún momento. En el fondo, le estaba agradecida.

—Lo pasado, pasado está —respondí con seguridad.

Lissa intercambió una mirada dubitativa con Rachel.

—¿No quieres despotricar contra él, al menos?

—No. —Sonreí de un modo falso y luego extendí las manos frente a ella—. Mira mi nueva manicura, ¿qué te parece este tono gris mierda?

Lissa parpadeó, confundida.

—¿Debo suponer que todavía intentas reflejar tu estado de ánimo a través de tus uñas?

—¡Por supuesto! —respondí con entusiasmo—. Y como ahora mi vida es claramente una mierda, pensé que este color sería ideal.

Lissa arrugó la frente en un primer momento, pero luego aflojó el gesto y me miró con pena, detalle que logró desquiciarme.

—¿Por qué me miras así? Tengo razones para pensar que el mundo es de color gris. Siempre me sale todo mal, lo sabes mejor que nadie —me quejé—. Quiero decir, la vida es injusta, tú ni siquiera querías encontrar novio, decías que deseabas pasar unos años alocados en la universidad y, de buenas a primeras, te topas con un chico tan absolutamente perfecto, adorable y bondadoso que podría ser el representante de Naciones Unidas y no me sorprendería en absoluto.

No había terminado de pronunciar la última palabra cuando advertí lo horriblemente egoísta que estaba siendo. Tuve ganas de darme cabezazos contra la pared; debería haber contado hasta diez antes de soltar toda aquella estupidez.

Por primera vez en mi vida desde que nos conocíamos, me pregunté si estaba celosa de Lissa. Probablemente sí. Era extraño advertir el punto de envidia que ella despertaba en mí; provocaba que me sintiese como la peor persona del mundo.

Noté cómo se me humedecían lentamente los ojos e intenté pestañear repetidamente para evitar llorar, pero no lo logré. No lloraba por el idiota de Nathan, sino por lo egoísta que estaba siendo y por ese atisbo de envidia que había crecido en mi interior; era sombrío.

Lissa me abrazó, mostrándose inmune a mis últimas palabras. Esa chica valía su peso en oro.

—No quiero que vuelvas a pensar estupideces así, nunca más —dijo, y vi cómo Rachel asentía—. Es cierto que encontré a Adam, justo cuando no buscaba a nadie, pero tú tienes muchas cosas que a mí me gustaría conseguir algún día. Todos nos sentimos incompletos de algún modo.

—¿A qué te refieres? —Cogí un pañuelo y me soné la nariz—. Yo no me siento... del todo incompleta, pero me gustaría poder entender cómo funciona el cerebro de los hombres, para saber de qué modo comportarme y no terminar siempre sintiéndome ridícula —detallé—. Ya sabes lo que ocurrió con Benoît, es como si estuviese maldita. La gente siempre se queja cuando alguien corta una relación a través de un mensaje de móvil o un correo electrónico, ¿verdad? —Ambas asintieron—. Pues a mí, por el contrario, me hubiese parecido genial. Es perfecto. Nadie se entera, excepto la persona que tiene que hacerlo. Y no hay drama ni espectáculo... tan solo un poco de soledad.

—Eso son tonterías, Léane. —Lissa sacudió las manos en alto, como si estuviese expulsando todas mis reflexiones bien lejos—. Comprender a los hombres está sobrevalorado. Entiendo cómo te sientes y, créeme, me hubiese encantado haber estado allí para darle una paliza a Nathan, pero lo verdaderamente importante son otras cosas, como el hecho de que has entrado en la convocatoria de un concurso que puede cambiar tu futuro, ¡y solo estás en el primer año de carrera! —dijo—. Sabes exactamente lo que quieres hacer con tu vida, cosa que admiro de ti porque, francamente, no tengo ni idea de qué haré cuando termine la universidad y eso es algo desquiciante, a veces creo que ni siquiera me conozco a mí misma.

–Tú quieres ser escritora –le recordé.

–Sí, no..., no lo sé, realmente no tengo las cosas claras –dijo–. Además, tienes unos padres increíbles que confían en ti a ciegas. Mi madre, cada vez que hablamos por teléfono, sigue preguntándome si me cambio de ropa interior todos los días; piensa que tengo cinco años, es horrible.

Reímos las tres a carcajadas. Rachel alzó un dedo, antes de hablar.

–Y lo más importante, has dormido con Blake y eso sí me mata de envidia.

Bufé.

–No he dormido con Blake, sino en su casa. Y más concretamente, en la habitación de Adam –recalqué.

Lissa se levantó de un salto de la cama, con los ojos abiertos de par en par.

–¡Hablando del tío más insoportable de esta universidad! –Corrió hacia la puerta de la entrada, donde había dejado los montones de papeles al llegar–. Antes de venir aquí, he pasado con Adam por su casa, porque tenía allí todos mis apuntes, y Blake me ha dado esto para ti.

Lissa me tendió una caja cuadrada envuelta en papel de regalo rojo. Alcé una ceja, con escepticismo. Debía de ser un error. Observé con atención el misterioso paquete: estaba mal envuelto, con las puntas arrugadas y cinta adhesiva de sobra como para envolver un armario de dos metros. Era tan imperfecto que, definitivamente, tenía que ser de Blake.

–¿A qué esperas? –preguntó Rachel, casi quitándomelo de las manos–. ¡Blake Lekker te ha enviado un regalo!, ¡qué mono es! ¡Ábrelo!

–Eso, ábrelo de una vez –la apoyó Lissa–. Y después, a ser posible, cuéntanos por qué pasaste la noche con él. Llevo dándole vueltas desde ayer y es como intentar descubrir quién es el asesino en la primera página de una novela de Agatha Christie.

Rasgué el papel con las uñas. Dentro había una caja de color marrón que era bastante fea. Quité la tapa con cuidado, mientras Rachel y Lissa acercaban sus cabezas hasta ver el contenido.

–¿Qué demonios ha ocurrido entre vosotros? –exigió saber Lissa.

–¡No ha pasado nada!, ¡no entiendo por qué envía... esto!

Saqué una flor recién cortada. Era la misma flor que el viernes había tocado, aquella de la que comenté que me gustaba porque era alegre; tenía motas negras sobre un fondo azulado, era preciosa.

En el interior de la caja había también un sobre y una caja de bombones.

Por más que intenté descifrar qué significaba todo aquello, no logré dar con ninguna razón lógica. Era... raro, especialmente porque el sábado por la mañana había vuelto a comportarse como un gilipollas.

Exhalé despacio, con el sobre cerrado todavía entre las manos, al recordar que le había quitado las llaves del coche. Me sentía terriblemente culpable. Pensé que, seguramente, no se percataría de ello hasta que llegase el fin de semana y se propusiese salir por la noche. Era casi imposible que utilizase también el coche para asistir diariamente a la universidad, ya que era más probable ganar la lotería que estacionar cerca del recinto universitario por las mañanas.

—Adam suele venir a la universidad en autobús, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué lo preguntas? —Lissa me estudió con cautela.

Sacudí una mano en alto.

—Simple curiosidad. —Sonreí—. Podéis coger bombones, si queréis.

Todos eran de chocolate negro, el que menos me gustaba, así que cogí tan solo uno y le tendí la caja a Rachel.

Todavía tenía la oportunidad de arreglar el asunto de las llaves. Tenía cinco días para encontrar una excusa convincente, ir a su casa y volver a dejarlas sobre la repisa de la entrada. Quizá podría pasar por allí y fingir que me había perdido o decirle a Lissa que no entendía algún tema de los apuntes y sugerirle que Adam me lo explicase. Mejor aún, le diría la verdad a Lissa sobre el robo de las llaves y le pediría que las devolviese ella.

Rachel también cogió un bombón, le tendió la caja a Lissa y ésta la inspeccionó con cautela.

—Me sorprende que Blake sea tan detallista —comentó.

—A mí también —puntualicé, llevándome el bombón a la boca.

—¿No te parece todo un poco raro...? —Lissa me miró con el ceño fruncido—. Nunca creí que una persona sin corazón pudiese llegar a enamorarse, pero debes de haberle calado hondo.

Quise contestar, pero no pude hacerlo. Inconscientemente, miré a Rachel y descubrí que se encontraba en el mismo estado que yo. Casi como si pudiésemos comunicarnos telepáticamente, ambas nos levantamos al mismo tiempo y corrimos hacia el servicio. Escupí el bombón sobre el lavabo, gesto que Rachel imitó de inmediato, y saqué la lengua, intentando sofocar el calor que se extendía por mi garganta. Sentía que me ardía la boca y, aunque había oído en alguna parte que el agua no era la mejor solución en

estos casos, abrí el grifo del lavabo y bebí como si me fuese la vida en ello; la quemazón era de tal calibre que temía no poder volver a hablar jamás. Y ciertamente necesitaba mis facultades lingüísticas para poder gritarle a Blake lo imbécil que era.

Rachel me dio un codazo, indicándome que me hiciese a un lado porque ella también quería beber agua. Corrí por la habitación con la lengua fuera hasta alcanzar mi bolso mientras Lissa nos miraba estupefacta. Saqué el paquete de M&M y me metí un puñado de caramelos en la boca, quitando con prisas las dos bolitas rojas que se habían colado. Mastiqué enérgicamente y tragué. Advertí que la sensación de ardor desaparecía lentamente.

–¡Maldito cabrón! –grité, histérica.

–¿Qué les pasa a los bombones?

Rachel salió en aquel momento del baño, con los ojos empañados a causa de la intensa quemazón. Cogí la caja de bombones y le señalé a Lissa la parte del eslogan donde ponía: «Rellenos de un licor de cerezas que hará las delicias del paladar».

–El muy cerdo ha rellenado los bombones de picante –expliqué–. Picante puro.

–Pero... ¿cómo narices...? –Lissa cogió un bombón y lo inspeccionó cuidadosamente.

El corazón me latía a mil por hora. Estaba a punto de sufrir un ataque de histeria. Me incliné en la cama y abrí el sobre rompiendo el papel de un modo brusco. Blake tenía una caligrafía impoluta, detalle que me desquició todavía más, si es que eso era humanamente posible, ya que bullía tanta rabia en mi interior que estaba al borde de palmarla por combustión instantánea.

Querida Léane:

Espero que estés pasando un día agradable y estimulante... pensando en mí.

Yo también pienso en ti, como puedes ver, ya sabes que soy un chico sensible. Que conste que cortar esa flor fue una decisión difícil; era una de mis preferidas, pero luego pensé que conquistar a una dama como tú requería una acción arriesgada.

Espero que disfrutes los bombones. Sospecho que te gustarán. Son como tú, dulces por fuera y explosivos por dentro. Deliciosos. Y muy... dulces.

PD: Siento que el envoltorio de regalo sea un simple papel rojo. Pregunté en la papelería por envoltorios mágicos que cambian de color y, no sé por qué, me dieron la tarjeta de visita de un psicólogo.

Con cariño,

Blake.

Exhalé despacio una, dos, tres... hasta cuatro veces, intentando mantener la calma. Quería gritar, necesitaba correr o romper algo. Me planteé la posibilidad de comenzar a

comportarme como una pirada, sacando la ropa del armario, rompiendo apuntes y finalmente lanzando la lamparita de noche por la ventana y resquebrajando el reluciente cristal.

No, no, no.

Tenía-que-tranquilizarme.

Y casi como si fuese un regalo del cielo, un tentador pensamiento me envolvió momentáneamente, infundiéndome la calma que había perdido. Ese pensamiento tenía mucho que ver con unas brillantes llaves que descansaban en el interior de mi bolso.

★ 12 ★

Blake

La siguiente semana fue sumamente... estimulante.

No volví a ver a Léane desde el sábado por la mañana, tras haberse marchado de casa sin siquiera despedirse –a eso se le llama tener poca educación–. Cuando advertí que se había ido, busqué las llaves del coche para seguirla y, en caso de dar con ella, llevarla a la residencia.

Al final no salí en su busca porque no logré encontrar las llaves del coche. Honestamente, no le di importancia. Perder llaves era un don que tenía.

Medité la idea de caminar tras ella, pero surgieron tres inconvenientes:

- 1) Todavía llevaba el pijama, hacía frío y vestirme me daba pereza.
- 2) No me gusta caminar. Y mucho menos, caminar detrás de una chica impertinente.
- 3) Ese fin de semana daban puntos dobles en el *Call of Duty*, y dejar pasar la oportunidad de subir de nivel era casi denunciabile.

De modo que sí, preferí no ir tras ella para poder jugar a la videoconsola con Ryder. El asunto de los puntos dobles era tan tentador que incluso decidimos no salir de fiesta el sábado por la noche y, como resultado, el domingo por la mañana ambos nos despertamos temprano.

Hacía semanas que no disfrutaba de una mañana de domingo. Desayunamos juntos y le expliqué a Ryder lo ocurrido con Léane, pero omití ciertos detalles. Prefería guardar el recuerdo de Léane desnuda solo para mí, era así de egoísta.

Cuando le comenté que nuestra tregua había terminado la mañana del sábado y le relaté que la había despertado tirándole un vaso de agua a la cara, a Ryder se le ocurrió la fantástica idea de los bombones.

Ryder debería haber estudiado Publicidad. Es un tío muy creativo.

Pasamos toda la mañana del domingo inyectando dosis de picante líquido en el interior de los bombones. Era una actividad bastante entretenida, la verdad.

Cuando terminamos –creo que estuvimos varias horas «trabajando» sobre la mesa de la cocina–, Ryder se marchó porque había quedado con una chica. Fue entonces cuando, sentado en el sofá sintiéndome aburrido, vi la flor. Recordé sus dedos acariciando los pétalos azules con delicadeza, apenas rozando la superficie, como si tuviese miedo de dañarla. Entonces me acerqué hasta la planta y estuve más de cinco minutos mirándola fijamente hasta que, finalmente, decidí cortarla.

Metí la flor en la caja, junto a los bombones, y terminé de escribir la carta justo cuando llegaron Adam y Lissa, tras disfrutar de su empalagoso fin de semana romántico en Londres. Después, le pedí a su amiga que le entregase el paquete e intenté evitar todas las preguntas que me hizo.

Por la tarde medité bastante sobre el asunto de los bombones. ¿Era un error por mi parte?, ¿había ido demasiado lejos? Tras la noche del viernes, me sentía ¿confuso? Lo había pasado... bien. Incluso hubo un momento, cuando estábamos en el sofá justo antes de que Ryder llegase, en que pensé, pensé que iba a... No lo sé, no sé qué narices pensé en realidad. Nada bueno. Nada apropiado. Si me hubiese dejado llevar por mis instintos más primitivos, seguramente la habría tumbado sobre la mesa y le habría arrancado la ropa. Porque, cuando estaba cerca de ella –demasiado cerca, probablemente–, el aroma a vainilla que desprendía parecía envolverlo todo a su paso y nublar me los sentidos, hasta el punto de exterminar las pocas neuronas que me quedaban.

Afortunadamente, Ryder había interrumpido el momento. Le estaba agradecido. Me había librado de cometer un tremendo error.

Sin embargo, la «manipuladora vainilla» no se había disipado todavía porque, cuando antes de irnos a dormir le dije que soñaría con ella, no había sido una broma. Al menos, no exactamente.

Soñé con Léane.

El escenario no era el cuarto de baño, sino mi habitación. El argumento, en cambio, sí era el mismo y, al menos en mi sueño, era jodidamente perfecto.

El sueño se repitió, con ciertas variaciones, la noche del sábado. No tenía ni la más remota idea de por qué me ocurría aquello. Era como una especie de maldición innmerecida. Había miles de chicas en la universidad, era ridículo que mi mente solo quisiese pensar en una de ellas. A modo de venganza personal contra las estúpidas

decisiones que estaba tomando mi cerebro (que iba por libre), la idea de Ryder de los bombones me pareció perfecta. Quería que todo volviese a la normalidad cuanto antes. Probablemente necesitaba un desahogo con alguna otra chica. El dichoso concurso me había absorbido demasiado durante los últimos meses, impidiéndome pensar en nada más.

Y tal como había previsto, las cosas volvieron a su cauce.

El lunes, Léane me mandó un mensaje de texto que decía:

«Son muy brillantes.»

No respondí.

El martes llegó otro mensaje:

«Es genial abrir cosas con ellas. ¿Hay algo que tú no puedas abrir, Blake?»

Tampoco respondí en esta ocasión. Me pilló en un bar, por la tarde, tomándome una cerveza con Ryder y unas amigas; así que la ignoré de nuevo. Ese día debí de acabar con su paciencia, o bien ella advirtió que no estaba con ánimos para jugar, así que su siguiente mensaje, el jueves, fue algo más claro y concreto:

«Tengo las malditas llaves de tu coche, que, por si no lo sabes, son brillantes y abren cosas. Despídete de ellas. Y a propósito, para la próxima vez, recuerda que no me gusta el chocolate negro. Siempre lo prefiero con leche. Chocolate-con-leche. Imbécil».

Leí tres veces el mensaje. Podrían haberme dicho que unos alienígenas acababan de conquistar el planeta tierra y hubiese estado menos sorprendido. Sencillamente, no era posible. Joder. ¡Me había robado las llaves del coche! Le había dado toda mi confianza, dejándole pasar la noche en mi casa... era como una pequeña delincuente.

No era un genio de las matemáticas, pero hice rápidamente un cálculo mental y advertí, asombrado, que me había robado las llaves el sábado por la mañana, o sea, antes de que a Ryder se le ocurriese la broma de los bombones.

«Arpía sin corazón» fue la frase más agradable que acudió a mi mente en esos momentos.

—¿Ocurre algo? —me preguntó la chica con la que había estado coqueteando en la cafetería. Era consciente de que era el desahogo que necesitaba para dejar de soñar con Léane. Se llamaba Shayla, Sheila, Shaina... o algo similar. Me dije que debía averiguarlo cuanto antes si quería seguir progresando con ella, pero, por desgracia, mi mente estaba en otro lugar y su nombre me importaba más bien nada.

Ryder, pendiente del camarero, me miró por encima del hombro.

—No, nada. —Le sonreí con inocencia.

—¿De quién es el mensaje que te ha llegado? —Ryder se recostó sobre el respaldo de la silla y me miró divertido, como si realmente estuviese al tanto de lo que estaba ocurriendo. Hombre, no tenía ni pajolera idea de que estaba a punto de explotar.

Presioné los labios con fuerza, antes de mostrar un intento de sonrisa amable y mirar a Shayla, Sheila o Shaina.

—Un amigo. —Suspiré dramáticamente—. Quería avisarme de que este fin de semana hay una maratón solidaria. Sabe que siempre me apunto a cualquier causa benéfica.

La joven dejó escapar un «ohhh» que fue realmente conmovedor, pero no lo suficiente como para retenerme allí ni un segundo más. Aparté delicadamente la mano de la chica, que descansaba sobre mi rodilla, y sentí ganas de darme a mí mismo un puñetazo por lo idiota que estaba siendo. Según el código masculino que Ryder y yo habíamos pactado tres años atrás, dejar pasar una oportunidad así era un delito. Pero tenía que salir del establecimiento cuanto antes porque no lograba quitarme de la cabeza la imagen de Léane sujetando mis llaves, balanceándolas suavemente entre sus dedos. En mi imaginación, las llaves eran el único accesorio que ella llevaba encima, claro está. Mis hormonas no entendían adecuadamente el hecho de que estaba cabreado con ella, era como intentar explicarle a un niño un problema de física cuántica.

Cuando escapé de allí, respiré hondo, intentando recuperar la calma perdida, y llamé a Léane.

—¡Hola, Blake, qué sorpresa!

Me sorprendió el tono despreocupado de su voz. ¿Desde cuándo era tan fría? Era como si hubiese creado un monstruo. Presioné los labios con fuerza, tratando de contener lo que realmente me apetecía decirle; por el contrario, preferí fingir que me divertía la situación.

—Sí, llamaba para disculparme por los bombones. La próxima vez te enviaré unos de chocolate con leche, aunque no sé si esos los rellenan de... licor de cerezas —dije con aparente amabilidad—. Espero que el detalle de la flor contrarrestase mi pequeño error.

—¡Me encantó! Era preciosa, Blake —contestó con alegría—. Lástima que ya no exista. Olía bien, mientras ardía en la papelera. La carta quiso acompañarla en su viaje al más allá.

Me esforcé por no reír. Era un asunto serio, joder.

–Hagamos un trato, Léane –propuse–. Te ofrezco pasar otra noche conmigo, a cambio de que me devuelvas mis llaves, ¿qué opinas? No está mal, ¿eh?

Ella emitió una sonora carcajada.

–Qué divertido eres, Blake –contestó risueña y terminando con mi paciencia.

–¿En serio? Gracias –musité irónico–. Tú también parecías divertirme la otra noche. Especialmente, unos segundos antes de que Ryder llegase. Te noté bastante... receptiva.

–Eres un capullo –siseó.

Bien. Vale. El juego había acabado.

–¿Qué es lo que quieres?

–Me apetece verte suplicar, simplemente.

–¿Cómo dices?

–Suplícame, ruégame, arrástrate un poco –explicó–. Ah, y lo más importante, pídemme perdón por todo lo que me has hecho durante los últimos meses. Especialmente, por el hecho de que tu cerebro nunca haya podido comprender que todo comenzó con un simple accidente.

Y sin decir nada más, colgó.

Me apoyé sobre el cristal de la cafetería. Soplaban un viento gélido que arrastraba las hojas a su paso y, a pesar de que todavía era media tarde, ya había anochecido. No había luna.

Mis opciones eran escasas. El sábado había quedado con Emma y, sin lugar a dudas, ella era mi prioridad principal; no pensaba faltar a la cita. Por otra parte, mi padre tenía la otra copia de las llaves del coche. Decidió quedárselas tras regalarme el coche, lo cual servía de bien poco teniendo en cuenta que no solo no nos hablábamos, sino que ni siquiera vivíamos en el mismo continente.

Mi última opción era no ir a clase al día siguiente, llamar al seguro, hacer todo el papeleo... pero tenía una práctica a la que no podía faltar, ya que puntuaba para el examen.

Aquella noche, ni siquiera cené. Alrededor de las ocho llamó papá, como siempre, puntual a su cita con el buzón de voz. En esta ocasión, me molesté en observar atentamente cómo su nombre parecía vibrar en la pantalla del móvil, hasta que se dio por vencido y la pantalla volvió a teñirse de negro.

No pude evitar preguntarme hasta cuándo seguiría llamando. Llevaba dos años haciéndolo. Y por lo tanto, yo llevaba dos años sin cogerle el teléfono. Casi se había convertido en una especie de tradición.

Intentando dejar a un lado cualquier pensamiento que tuviese que ver con mi padre, ojeé mi estantería llena de guías de viaje y elegí *París*. Tumbado en la cama, con un brazo tras la cabeza y el otro sosteniendo el libro, comencé a sentir que una tristeza se extendía lentamente en mi interior. No tenía nada que ver con Léane, era algo más allá, más lejano, algo que parecía reclamarme pero que no podía aceptar. Yo no estaba allí.

Estaba en el concurso, en salir por las noches, en las clases, en jugar a la videoconsola, en conocer gente nueva, en discutir con Léane... pero no allí. Me incomodaba que se adueñase de mí un sentimiento de culpabilidad. Nada iba a cambiar, porque nada iba a pasar.

Tiré la guía de viaje a un lado y cogí el teléfono, que descansaba sobre la mesita de noche, para llamar a mi madre.

—Hola, cariño —respondió—. Justo ahora acabamos de cenar, se nos ha hecho tarde. Iba a llamarte.

—¿Qué habéis cenado?

Me recosté en la cama, cobijado entre las mantas, y cerré los ojos. Tan solo quería escuchar el timbre de su voz, era un sonido dulce y reconfortante.

—He hecho puré de patatas con zanahoria. Ya sabes que a tu hermana le encanta.

—Sí.

—¿Estás bien, cariño?, ¿quieres que hablemos?

—Ya estamos hablando, mamá.

—Me refería a hablar de algo... más.

—No —dije secamente—. Todo va bien, no hay nada de que hablar.

—Blake, no quiero presionarte, pero...

—Lo haces. Me presionas todo el tiempo —le reproché—. Eres tú la que no entiende cómo funcionan las cosas. Nada va a cambiar, como siempre. Lo sabes. No es la primera vez.

—Vale, hijo, dejemos el tema. —La oí suspirar—. ¿Nos vemos el sábado?

—Sí, iré con Emma a comer al restaurante de la carretera. Luego pasaré la tarde en casa, ¿te parece bien?

–Claro, cariño –dijo con dulzura–. Compraré para merendar esas galletas que te gustan.

–Gracias, mamá.

Me di la vuelta en la cama, hasta quedar tumbado boca arriba.

–Nos vemos el sábado, entonces.

Asentí, sin contestar con palabras, como si ella pudiese verme. Luego exhalé despacio.

–Sabes que te quiero, ¿verdad? –le pregunté, dejando entrever un atisbo de duda.

No estaba realmente seguro de que lo supiese. Iba a casa todas las semanas para verlas a ambas, siempre encontraba un hueco el domingo o cualquier tarde durante la semana; me gustaba pasar tiempo con ellas, no lo hacía como una obligación. Intentaba ser cariñoso, aceptaba los eternos abrazos de mamá, pero aun así no acostumbraba decirle las palabras «te quiero». Pronunciarlas se me antojaba muy difícil, me sentía vacío por dentro cuando las decía, como si me estuviesen arrebatando esos sentimientos.

–Claro que lo sé, Blake –dijo casi en un susurro–. Yo también te quiero, no sabes cuánto.

Oí el atisbo de un sollozo y luego colgó. Pensé en llamarla de nuevo, quería hacerlo en realidad, pero me fue imposible. Era más fácil esconderme bajo las mantas y fingir que todo iba bien.

El viernes solo pensé en las llaves del coche. Tal como Léane decía, eran brillantes, abrían cosas y, lo más importante, eran mías. Pasé las clases contando los minutos, a la espera de que terminasen cuanto antes, con la intención de ir a la residencia de Léane y exigirle, sin juegos ni tonterías, que me devolviese mis llaves.

Cuando caminaba por uno de los pasillos, tras salir de la clase del profesor Riddle, distinguí a Nathan en una esquina, riendo despreocupadamente con un colega. No sé si se notó demasiado que estaba deseando borrarle esa estúpida sonrisa de la cara, pero me sorprendió que Adam me cogiese del codo y comenzase a hablarme con la clara intención de distraerme.

–Esta noche iremos a Queen, nos apetece algo tranquilo –dijo–. Vendrán también Léane y Rachel, ¿te apuntas?

–No. Paso.

Giramos a la izquierda y perdí de vista a ese idiota.

Lástima. Darle un puñetazo hubiese sido sumamente agradable.

–¿Te ocurre algo?

–Claro que no.

–Estás tenso, tío. –Adam se encogió de hombros.

Fruncí los labios, molesto.

–Estoy genial –protesté.

Salimos al exterior del recinto universitario y caminamos por el medio del césped, esquivando así a los alumnos que se congregaban en la calzada peatonal. Suspiré hastiado y miré a Adam de reojo.

–Está bien, iré esta noche a Queen –dije finalmente, tras descartar la idea de ir a la residencia. Adam tenía razón: estaba demasiado tenso como para hacerle una visita a Léane en esos momentos y no quería empeorar más las cosas–. Tengo un asunto pendiente que arreglar.

–¿Cogeremos un taxi?

Adam, tan correcto y educado siempre, no pudo evitar desternillarse de risa.

–¿Te parece gracioso que hayan entrado a robar en nuestra casa?

Ante el aumento de sus risas, avancé más rápido, saliendo del recinto universitario y dejándolo atrás. En mi opinión no tenía ni puta gracia.

–Eh, espera. –Adam dejó caer su mano sobre mi hombro–. La parada del autobús está hacia el otro lado.

–Me apetece caminar.

–Lo siento, tío, prometo que no volveré a reírme –dijo–. Acordé con Lissa que no nos inmiscuiríamos en vuestros asuntos, y eso es lo que pienso hacer. Ha sido un momento de debilidad.

–¿Vienes conmigo o coges el autobús? –pregunté, algo más tranquilo.

–Te acompaño.

Subí la cremallera de la chaqueta hasta arriba y escondí las manos en los bolsillos, intentando así protegerme del frío invernal, antes de comenzar a caminar por las calles de la ciudad.

★ 13 ★

Léane

Hacía más de un día que había hablado con Blake y éste todavía no había vuelto a llamarme para pedirme perdón o... suplicarme. Cuando Lissa me contó que esa noche vendría con nosotras a Queen, comprendí que debía esconder las llaves en un lugar seguro. Y así lo hice, con la ayuda de Rachel, justo antes de que la universidad cerrase al caer la tarde del viernes. Era perfecto. El idiota de Blake tenía hasta el lunes para disculparse; de lo contrario, alguien las encontraría.

Me apetecía pasar una noche tranquila, sin arreglarme para salir, simplemente tomando algo y hablando. Era justo lo que necesitaba.

Me vestí con unos vaqueros, botas planas y cómodas, y un grueso jersey blanco de lana. Llevaba las uñas pintadas de un color marrón oscuro bastante desagradable.

Rachel entró en la habitación, con el correo entre las manos.

—Ten, ésta es para ti —dijo, tendiéndome una carta.

La dirección del remitente era la de mi propia casa, en París. Arrugué la frente, extrañada. Mis padres solían llamar por teléfono todos los días, pero no me enviaban cartas.

Abrí el sobre despacio, sin rasgar el papel. En el interior había un billete de avión y una nota escrita por mamá; reconocí perfectamente su caligrafía irregular. Contuve el aliento, esperanzada.

¡Sorpresa, cariño!

Sé que papá te comentó hace unas semanas que lo mejor sería que pasases las Navidades en Inglaterra, para no incrementar más los gastos que conlleva la universidad, pero... ¡hemos decidido tirar la casa por la ventana y que pases las Navidades en casa! Te echamos muchísimo de menos, Léane, ¿no sabes las ganas que tenemos de verte!

Eso sí, el vuelo sale desde el aeropuerto de Londres, era mucho más económico así.

Te quiero.

Mamá.

Me senté en la silla del escritorio y releí la carta de nuevo, sin poder dejar de sonreír.

Cuando mis padres me habían dicho que debía pasar en Reading las Navidades, no había podido evitar desilusionarme. Entendía los problemas económicos, mi beca solo cubría un sesenta por ciento de los gastos universitarios. Lo peor no era el gasto del billete de avión en sí, sino que se seguía pagando el servicio de habitación y de comedor en la universidad durante esos días, incluso aunque no disfrutase de él. Y era como tirar el dinero directamente a la basura.

Había hablado con Lissa del asunto, e incluso con Rachel de pasada, de modo que teníamos en mente salir de la residencia el próximo año. El problema no era en sí el precio de la habitación, sino lo caro que era el servicio de comidas. Ahorraríamos mucho alquilando un piso económico y haciendo nosotras mismas la compra.

Me volví hacia Rachel, ya que Lissa todavía no había llegado.

—¡Pasaré en casa las Navidades!

—¡Genial! Yo también, mi padre vendrá a recogerme en coche. —Sonrió—. Voy a darme una ducha.

Cuando Rachel desapareció en el cuarto de baño, cogí el quitaesmalte y eliminé ese color oscuro y horrible de mis uñas. Luego comencé a pintarlas nuevamente, con un tono verde brillante repleto de purpurina. Al fin y al cabo, para mí ya era Navidad.

Dos horas después, las tres hacíamos cola en la fila del comedor de la universidad, sosteniendo nuestras bandejas con pesadez. Si algo caracterizaba a aquel país era que, bajo cualquier circunstancia, todos respetaban los turnos y jamás intentaban saltárselos, independientemente de las horas que tuviesen que pasar de pie formando una perfecta cola. Estaba segura de que, en caso de declararse una guerra nuclear, los ingleses permanecerían en la fila, sin inmutarse ni exaltarse.

Cuando Lissa descubrió el menú del día, comenzó a protestar alzando la voz, porque era la tercera vez durante la semana que servían puré de patatas.

—¿Acaso en este país no saben hacer otra cosa?

Varios estudiantes más, que aguardaban su turno en la fila, se giraron para mirarla. Ella se sacudió el cabello hacia atrás con orgullo. Pretendía decirle que se cortase un poco cuando sentí que alguien pasaba por mi lado y me daba un codazo intencionado, sin lugar a dudas.

—Oh, disculpa, no te había visto. —Sadie sonrió falsamente y Zandra, a su lado, agachó la cabeza fijando la vista en el suelo del comedor.

Llevaba toda la semana intentando esquivar tanto a Sadie como a Nathan. Durante las clases, acompañada por Rachel y Lissa, me había escondido al fondo de las aulas, como si pretendiese fundirme con las sombras porque lo último que deseaba era un encontronazo con ellos. Ya no me sentía tan avergonzada por lo sucedido –tan solo quedaban resquicios de humillación–; sin embargo, aunque normalmente solía mantener la calma, mi paciencia tenía un límite.

Correspondí a la falsa sonrisa de Sadie, justo mientras dejaba mi bandeja sobre la barra y abría la botella pequeña para darle un trago de agua. Bebí con tranquilidad, sin apartar en ningún momento mis ojos de los de Sadie, a pesar de inclinar la cabeza hacia atrás para tragar. Sentía las miradas dubitativas a mi alrededor, como si estuviesen a la espera de mi reacción.

Lissa me cogió del codo.

–¿Estás bien, Léane?

–Claro, ¿por qué no iba a estarlo? –Sonreí animada. Entonces me volví hacia la derecha, justo donde estaba Sadie, fingí que tropezaba y volqué media botella de agua sobre su suéter–. Oh, disculpa, ha sido sin querer.

Zandra, su inseparable amiga, no pudo evitar reír por lo bajo ante la atónita mirada de Sadie. Y entonces, mientras algunos estudiantes de primer año se percataban de la escena y nos miraban con curiosidad, como si llevasen meses siendo espectadores de nuestro culebrón particular y deseando presenciar tal desenlace, observé por el rabillo del ojo que el idiota –conocido como Nathan, según su partida de nacimiento– se levantaba de una de las mesas del comedor y se acercaba a paso rápido hacia nosotras.

Me incomodaba que más de la mitad de los estudiantes nos mirasen atentamente. Cierto era que algunos de ellos continuaban entretenidos conversando sin dejar de comer o con la vista fija en sus bandejas, pero comencé a distinguir que otros se daban codazos o susurraban entre ellos, y durante un instante imaginé qué cosas podrían estar diciéndose, algo así como: «Eh, ahí está el trío que el pasado viernes la lió en el nuevo local. La cornuda le ha tirado agua a la nueva chica del deportista...». Sonaba tremendamente bien.

Respiré hondo, la mano cálida de Rachel sobre mi hombro realmente me reconfortaba. No-iba-a-desmayarme. Debía seguir manteniéndome en pie, mirando a Sadie con la cabeza alta. Apreté los puños con fuerza, sintiéndome indignada cuando Nathan se posicionó frente a mí y rodeó con su brazo la cintura de Sadie. Durante unos segundos,

sin saber por qué, deseé que Blake estuviese allí, a pesar de que, probablemente, se habría posicionado en el lado contrario.

—¿Qué crees que estás haciendo, Léane? —Nathan se inclinó hacia mí, hablando en voz baja—. Le has tirado agua a Sadie en medio del comedor, estás montando un espectáculo.

—¿Cómo dices? —pregunté, atónita. Me sorprendió especialmente la parte de «montar un espectáculo», teniendo en cuenta que él había provocado esa situación.

Lissa dio un paso al frente con determinación.

—Ya lo mato yo, Léane.

Pero, antes de que Lissa pudiese acabar con Nathan, sin razón aparente, comencé a reír. Al principio fue una risita casi inaudible, pero poco a poco se transformó en tal carcajada que tuve que sujetarme el estómago con las manos.

Tanto Nathan como Sadie me miraban con la boca abierta, asombrados.

Ciertamente, por mi parte también estaba sorprendida. No entendía por qué reaccionaba así, solo sabía que no podía parar, que me apetecía reír y llorar al mismo tiempo...

—Será mejor que nos vayamos directamente a Queen —dijo Rachel, también riendo tras contagiarse por mi risa.

Nathan sacudió la cabeza como si sintiese lástima de mí. Y con ese simple gesto logró que dejase de reír y me sintiese furiosa de nuevo. Abrí otra vez la botella de agua y sacudí los restos que quedaban por encima de él.

—¿Cómo te atreves? —Sadie abrió mucho los ojos—. Estás loca.

Rachel me arrastró hacia la salida. Había empezado a reír de nuevo. No podía parar. Era como si estuviese drogada, totalmente fuera de control.

Cuando el viento de la noche rozó mi rostro, cerré los ojos, exhalé despacio y sonreí, mientras dejaba escapar otra tanda de risitas tontas. Todo ese tiempo había necesitado hacer algo después de lo que había ocurrido en la discoteca. Sí, quizá no era la mejor opción quedar como una demente en medio del comedor de la residencia, pero me daba absolutamente igual.

No quería esconderme más, ni intentar evitarlos en los pasillos u oír mal a los profesores por sentarme al fondo; era ridículo. Daba igual si me miraban o cuchicheaban sobre mí. Me sentía más libre, más ligera, más... feliz.

—Ha sido raro, pero genial —dijo Lissa, mientras salíamos del recinto.

–Sí, ¡me ha encantado la cara que ha puesto Nathan! –Rachel sacó brillo de labios del bolso y se lo aplicó con delicadeza–. Es tan patético...

Rachel tenía razón. Tras todo lo ocurrido, me costaba recordar qué cualidades había visto en Nathan para que éste me hubiese gustado. No solo no podía mantener con él una conversación durante más de veinte minutos –y eso era todo un logro para su diminuto cerebro–, sino que, además, ni siquiera me parecía guapo.

Medité sobre lo que consideraba atractivo y las dos partes en las que se dividía mi cerebro, una enfocada a las emociones y la otra al razonamiento, parecieron librar una batalla épica. Ganó el Señor Emociones y, muy a mi pesar, la imagen de Blake apareció en mi mente. Recordé sus ojos verdes, el cabello negro ligeramente despeinado, la varonil mandíbula cuadrada, su sonrisa traviesa... Era irremediablemente sexy y opinar lo contrario significaba mentirme a mí misma. Negué con la cabeza, procurando que su rostro no se apoderase de todos mis pensamientos.

Comenzamos a caminar entre risas y bromas, recordando una y otra vez lo que acababa de ocurrir, hasta llegar al local Queen.

Había estado varias veces en aquel lugar, tomando café con Lissa y con algunas chicas de primero. Me gustaba la decoración de aspecto antiguo; los sillones granates que rodeaban las mesas formando un semicírculo, los cuadros viejos que colgaban de las paredes, la máquina de música al fondo y la madera oscura que resaltaba la barra y el mobiliario.

Nos acomodamos en una de las mesas y pedimos hamburguesas con patatas para cenar, ya que, básicamente, era lo único que ofrecían en la carta. Media hora después, justo cuando habíamos empezado a comer el postre, llegaron Adam y Blake.

Casi me sobresalté al verlo. Tras lo ocurrido en el comedor de la residencia me había olvidado por completo del asunto de las llaves. Tragué saliva despacio, mientras Blake se sentaba frente a mí, al lado de Rachel, sin dejar de mirarme de forma inquisitiva al tiempo que cruzaba las manos sobre la mesa; notaba a leguas la tensión en sus hombros, en su mandíbula y en cada uno de sus movimientos. Mientras Lissa le relataba a Adam lo ocurrido en el comedor, disfruté de la última cucharada de la deliciosa mousse de chocolate que nos habían servido de postre y le sonreí a Blake con inocencia.

–Estaba riquísima –dije–, deberías probarla.

Blake sonrió de lado, pero la sonrisa se perdió a medio camino y no llegó a sus ojos.

—No tienes a la suerte. Se me ocurren muchas ideas perversas relacionadas con el chocolate, ¿sabes que es un afrodisíaco?

Bajé la mirada tras advertir que Rachel, sentada al lado de Blake, lo había escuchado. Ella intentó disimular una pequeña sonrisa y continuó hablando con Adam, fingiendo no enterarse de nada. Blake se volvió hacia Lissa, dedicándole toda su atención cuando empezó a explicar la escena en la que Nathan intervenía para defender a Sadie.

Si no fuese porque Blake me demostraba constantemente lo mucho que me detestaba, hubiese jurado que le importaba de verdad mi discusión con Nathan en el comedor de la residencia.

Cuando Lissa terminó de relatar todo lo ocurrido, Blake se volvió hacia mí.

—Ya era hora de que comenzases a repartir tu odio entre más personas.

—¡Tú te tienes merecido una buena parte! —exclamó Rachel antes de que yo pudiese responder—. Que sepas que también probé los bombones.

Blake rió despreocupado e incluso, a mi derecha, oí una leve risita por parte de Adam, que, rápidamente, quedó ahogada tras el codazo que Lissa le asestó.

—No te lo tomes a mal, Rachel. —Él se relajó en el asiento—. Son daños colaterales.

Ella se cruzó de brazos, enfurruñada, y él mostró un atisbo de remordimiento.

—Piensa que al menos os divertisteis quemando cosas —añadió.

Oh, no, mierda.

—¿Quemando cosas?, ¿de qué estás hablando?

Con la esperanza de que Rachel no terminase arruinando mi pequeña —e inocente— mentira (dado que la flor era demasiado bonita y en realidad la había colocado en un vaso con agua sobre mi escritorio), me incliné sobre el asiento e intenté darle una patadita de atención a mi compañera de habitación. El resultado fue más fuerte del esperado e indudablemente equivocado.

—¡Ay! —Blake gritó y miró bajo la mesa antes de fijar la vista de nuevo en mí—. ¿Acabas de darme una patada?

Todos los presentes se quedaron en silencio. Por un lado, era algo bueno, ya que la conversación sobre quemar cosas enviadas por Blake parecía haber llegado a su fin. Por otra parte, debía responder algo rápido porque notaba que comenzaba a ruborizarme, de modo que opté por mostrarme despreocupada. Me encogí de hombros, apoyé un codo sobre la mesa con indiferencia, extendí una mano y me miré las uñas con atención.

—Sí, simplemente... me apetecía pegarte un poco.

Blake parpadeó confuso y aprecié cómo su expresión recorría un corto camino que comenzaba en la «calle Asombro» y terminaba en la «avenida Enfado». Ya no parecía divertirlo la entretenida velada. Mostrándose más serio que nunca, se levantó de la mesa, se alisó el suéter antes de ponerse la chaqueta y me apuntó con el dedo.

—Nos vamos —dijo con rotundidad—. Necesito mis llaves para mañana.

—¿Adónde os marcháis? —preguntó Lissa indignada, al ver que también me ponía en pie—. Pero ¡si casi acabamos de llegar!

—Sí. —Adam miró su reloj de pulsera—. Todavía son las ocho.

—Perfecto. Cuanto antes terminemos, mejor —concluyó Blake.

—¿Piensas dejarme de sujeta velas? —se quejó Rachel.

Sin decir nada más, Blake comenzó a caminar hacia la puerta de salida. Miré a mis amigas, agarré el asa del bolso con fuerza y me encogí de hombros a modo de disculpa, segundos antes de seguirlo.

En el exterior hacía frío. Me tapé los labios con el grueso cuello del suéter de lana, desdoblándolo, y escondí las manos en los bolsillos de la chaqueta. Blake permaneció quieto en el borde de la acera, extendiendo el brazo cada vez que un taxi pasaba. Me miró por encima del hombro cuando advirtió que estaba tras él.

—¿Tienes las llaves en tu habitación?

—No, pero están cerca de allí —respondí, sonando risueña a propósito—. Podemos jugar al escondite. Cuando vea que te estás aproximando a las llaves diré «caliente, caliente».

Blake extendió el brazo nuevamente cuando un taxi avanzó por la avenida, pero, por tercera vez consecutiva, ya estaba ocupado. Después, se volvió bruscamente hacia mí. Tenía las pupilas ligeramente dilatadas.

—En cualquier otro momento hubiese apreciado la palabra «caliente» pronunciada por ti, pero, por si no lo has notado, esta noche no estoy de humor.

—¡Pues te jodes! —grité, sorprendiendo tanto a Blake como a mí misma por mi reacción—. Recuerda que tú comenzaste esta rivalidad... ¡estúpida! Ahora, atente a las consecuencias. ¿Pensabas que me quedaría de brazos cruzados, dejando que me humillases?

Él frunció el ceño.

—¿Sufres algún tipo de enajenación mental? Empezaste tú, saboteándome.

Me guardé mi respuesta cuando un taxi se detuvo frente a nosotros. Blake entró primero en el asiento trasero y lo seguí sin rechistar.

—¿Adónde quieren ir? —preguntó el taxista. Rondaría la cincuentena y se mostró serio al tiempo que ponía el contador automático a cero.

Blake me señaló con desgana.

—Pregúnteselo a la señorita cleptómana.

Me aclaré la garganta antes de hablar, avergonzada.

—Hacia la residencia C —dije—, pero pare antes de llegar a la primera manzana de la avenida principal.

—De acuerdo.

El taxista puso el intermitente e instantes después se incorporó a la circulación, conduciendo con cuidado y a un ritmo más lento de lo normal.

Me relajé, apoyando la espalda sobre el respaldo del asiento y mirando por la ventanilla del coche. Me había librado por los pelos. Estaba segura de que si Blake habría averiguado que tenía la flor en mi escritorio, no solo lo habría utilizado para burlarse de mí, sino que habría podido sacar conclusiones erróneas. No había quemado la flor porque, sencillamente, olía bien. Y era bonita. Me gustaban las cosas bonitas, sí.

Saqué el paquete de M&M y cogí un caramelo azul, justo cuando el taxi dobló a la derecha, provocando que el paquete se me escapase de las manos, cayendo bajo los pies de Blake. Él me miró alzando una ceja.

—¿Esperas que lo recoja?

—No te molestes.

Dejé el bolso a un lado, tras quitarme el cinturón de seguridad, y me incliné hasta que mi cabeza se perdió bajo el asiento. Noté cómo Blake se sobresaltó súbitamente cuando mi mano rozó su pierna e intenté tantear con los dedos el suelo del vehículo.

—Léane, cariño, espera hasta que lleguemos a casa —dijo Blake, alzando la voz para que el conductor pudiese oírlo—. No necesitamos espectadores para pasarlo bien.

Encontré el paquete de caramelos y volví a mi asiento. Intenté arreglarme el cabello peinándomelo con la punta de los dedos, mientras advertía que el taxista me dirigía una mirada de enfado a través del espejo retrovisor. Me giré hacia Blake, confundida, y entonces entendí lo que él había insinuado al encontrarse mi rostro casi entre sus piernas.

Respiré hondo, intentando sofocar el rubor que encendía mis mejillas. Pensé en aclararle al taxista que solo buscaba unos caramelos... ahí abajo, pero finalmente decidí no empeorar más la situación.

Le di un codazo a Blake.

—¿No decías que no estabas para juegos?

—Me lo has puesto en bandeja. —Sonrió—. O en perspectiva desde aquí arriba, como prefieras.

Le dediqué una mueca de asco como toda respuesta.

Cuando llegamos a nuestro destino, el ala este de la universidad, que era paralela a la residencia, Blake pagó el importe del taxi y ambos bajamos, tras despedirnos de un conductor todavía malhumorado por ciertas insinuaciones.

Él se cruzó de brazos en medio de la calle.

—¿Dónde están las llaves?

★ 14 ★

Blake

Léane tragó saliva despacio. Estaba nerviosa, de modo que presentí que el destino de mis llaves era más peliagudo de lo que pensé en un primer momento.

Sacudió algunos mechones rubios ondulados hacia atrás, con la mano derecha y gesto de aparente despreocupación, antes de imitar mi postura y cruzarse también de brazos.

—¿No piensas pedirme perdón?

—Es obvio que no.

—Entonces, ¿qué se supone que gano a cambio? —protestó—. ¿Te quito las llaves y luego te las devuelvo?, ¿así de fácil?

—Exacto, respuesta correcta. —Sonreí con satisfacción—. Te has ganado una palmadita en la espalda.

Léane se llevó una mano a los labios en actitud meditativa, se mantuvo durante un largo minuto en silencio y finalmente comenzó a mirarme de reojo como si fuese un bicho raro.

—Te propongo una tregua definitiva —dijo—. Ya estoy harta de tener que enfrentarme a ti, empieza a ser repetitivo. Y debo centrarme en el concurso, no tengo tiempo para bromas.

Su oferta me pilló por sorpresa.

Dudé durante un instante, pero luego un atisbo de madurez desconocida en mí me inundó y terminé asintiendo lentamente con la cabeza.

—Hecho.

—Vale, aunque me resulta un poco complicado fiarme de ti. —Podía leer la desconfianza en sus ojos.

Me encogí de hombros.

—Tendrás que arriesgarte.

Léane curvó los labios lentamente hasta que éstos formaron una sonrisa sincera y sus ojos brillaron alegres. Después me pidió que la siguiese y comenzó a caminar hacia el pabellón deportivo de la universidad. La intriga de saber dónde estaban escondidas mis llaves empezaba a carcomerme por dentro. Ella se mostraba extrañamente feliz y andaba con determinación, lo cual, por desgracia, no era buena señal.

Observé el contoneo de sus caderas al caminar y me deleité con la curvatura de su trasero enfundado en aquellos estrechos pantalones vaqueros. Mi mente divagaba a su antojo. Pisé con fuerza el césped por el que caminábamos, molesto por el hecho de desear mirarla.

Cuando llegamos a la puerta del pabellón más alejado del recinto universitario, que pertenecía a la federación de natación, Léane giró el pomo despacio y, extendiendo la mano hacia atrás con firmeza, me indicó que guardase silencio. Ella asomó la cabeza por la ranura de la puerta.

—Richard no está —susurró con alegría—. Vamos, entra —añadió, agarrando la manga de mi chaqueta y tirando de ella.

Léane cerró la puerta por la que acabábamos de colarnos en el pabellón y la estancia se sumió en una oscuridad casi impenetrable. Extendí el brazo derecho, intentando tantear a mi alrededor con el propósito de no tropezar, hasta que mis dedos se toparon con una superficie suave: el suéter de lana de Léane. Distinguí el contorno de su espalda y tracé su silueta hacia abajo con la mano entreabierta hasta notar el tacto de sus vaqueros. Entonces reprimí mi instinto y mantuve la mano quieta.

Tras aquel simple roce, el silencio y la tensión se hicieron más palpables. Si había algo que me inquietaba era desconocer por qué Léane no se apartaba y retiraba bruscamente mi mano.

Me incliné hacia ella, intentando distinguir su rostro en la oscuridad.

—¿Quién es Richard? —pregunté tranquilamente, como si fuese lo más normal que mi mano estuviese acariciando la parte baja de su espalda, casi llegando a la zona del trasero.

Oí su respiración entrecortada antes de que hablase.

—El conserje que hace guardia los fines de semana —explicó—. Es un chico joven, tiene un lío con la compañera de Literatura de Rachel, así que no suele volver por aquí hasta pasadas las tres de la madrugada.

—Qué profesional.

—Sí. —Léane comenzó a caminar y aparté la mano, rompiendo el contacto—. No creo que tarden demasiado en pillarlo saliendo de la residencia una de estas noches. Sus días aquí están contados.

Intenté seguir sus pasos, ahora que mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad del lugar. Caminamos por un pasillo eterno, giramos dos veces a la derecha y finalmente entramos por otra puerta. Olía a humedad y a cloro.

—Ya hemos llegado —dijo.

Léane encendió las luces. Parpadeé confuso por la claridad que me inundó de golpe y, más concretamente, por la visión que se dibujó ante mis ojos. La estancia era casi en su totalidad de color blanco roto, a excepción, claro está, del azul brillante del agua de la inmensa piscina que ocupaba la mayor parte del pabellón. Era el maldito centro de natación y ya me había hecho a la idea de dónde descansaban mis llaves.

—Lo siento mucho. —Me miró con inocencia, mordiéndose el labio inferior de un modo encantador, como si con ello fuese a conseguir evitar las consecuencias—. Las llaves están en el primer carril de la piscina, casi en la esquina —añadió, señalando la superficie del agua.

Si cualquier otra persona me hubiese hecho algo similar, mi enfado habría sido terrible. Pero, extrañamente, Léane siempre motivaba mi lado más travieso, me sentía un poco niño cuando ella estaba cerca. Era una mezcla entre divertido y desquiciante al mismo tiempo.

—No lo sientas, Léane. —Me quité la chaqueta y la dejé sobre el banquillo más cercano; luego me despojé de las zapatillas y el reloj—. No pasa nada, será divertido darme un chapuzón.

Ella no pareció advertir la ironía que guardaban mis palabras.

Disimulé una sonrisa al quitarme la camiseta y esconder el rostro tras ella. Descubrí que Léane me echaba un vistazo y luego apartaba la mirada, avergonzada.

Honestamente, no me molestaba en absoluto que me mirase. Es más, me hubiese gustado poder observarla a ella también. Desnuda, claro. A eso me refería. Siempre había sido de ideas claras. Negro o blanco, frío o calor, dulce o salado, desnuda o vestida... Desnuda, sí.

—Vale. —Respiró tranquila, todavía con la vista fija en el suelo—. Esperaré a que las recojas, si quieres.

—Querrás decir recojamos.

Léane alzó la cabeza de golpe, con los ojos muy abiertos. Di un paso hacia ella y sonreí cuando extendió las manos frente a mí, como si así fuese a lograr detenerme. Tras ver que empezaba a correr hacia la puerta de salida, la cogí a toda prisa y la cargué sobre mi hombro.

Ella pataleó, gritó, suplicó e incluso me arañó la espalda. Estaba fuera de control, pero, cuando comprendió que no había marcha atrás, tiró el bolso al suelo con la intención de salvar sus pertenencias.

Disfrutando del momento y sujetando a Léane con fuerza, salté a la piscina.

Noté la sensación de vacío mientras caíamos y luego frío, mucho frío. Esa piscina no merecía considerarse climatizada.

Sumergido bajo el agua, rodeé su cintura con los brazos, antes de sacar la cabeza para respirar. Léane tosió y parpadeó repetidas veces, a causa del cloro, antes de clavar sus ojos en los míos. Su expresión cauta me hizo sentir extraño, como si fuese la primera vez que me miraba de verdad. De pronto, el silencio a nuestro alrededor se tornó más denso y el agua que ondeaba en la superficie de la piscina se sumió en una falsa calma.

Inconscientemente, dejé de respirar durante unos segundos. Léane no apartó su mirada de mí, mientras mis ojos se recreaban en sus largas pestañas, inundadas de gotas diminutas de agua, recorriendo ávidos las graciosas pecas que rodeaban el contorno de su nariz y descendiendo después hasta concluir en sus labios mojados y entreabiertos, que parecían requerir mi atención.

De pronto, besar esos labios me pareció una buena idea. Es más, joder, probablemente era la mejor idea que había tenido en toda mi vida.

Casi había decidido hacerlo cuando Léane se me adelantó.

Su beso fue primero un roce tímido. Después, me rodeó el cuello con las manos, se pegó más a mí y su boca presionó la mía con fuerza.

La reacción de Léane me dejó tan desorientado que no fui capaz de corresponder a aquel beso. Cerré los ojos y permanecí quieto durante unos segundos, atento a todas las sensaciones que me envolvían y, ante mi nula respuesta, Léane rompió el contacto e intentó alejarse. Ese corto instante de separación logró hacerme despertar de mi letargo. La retuve, acercándola más a mí, y entonces la besé con brusquedad, como si llevase meses deseando aquello, perdiendo el control.

Deslicé lentamente la lengua por el contorno de sus labios y ella entreabrió la boca, permitiendo que nuestras lenguas se rozasen. Mis manos abandonaron su cintura y se

movieron despacio hacia abajo, hasta acariciar su trasero. Jadeé al sentir sus uñas clavándose en mi hombro y me moví en el agua, avanzando hasta que la espalda de Léane chocó contra la pared de la piscina. Presioné mis caderas contra las suyas y Léane emitió un leve gemido al percibir mi excitación.

Nadie había provocado en mí un efecto similar con un simple beso, jamás. Tenerla entre los brazos fue como una explosión de emociones contradictorias que luchaban en mi interior, intentando abrirse paso a trompicones.

Quería ahogarme en ella. Por mucho que la besase, no parecía suficiente y, a pesar de que nuestros cuerpos se presionaban entre sí con desesperación, necesitaba todavía más. Mucho más.

Léane rodeó con sus piernas mis caderas y ante el contacto, aún más próximo, ahogué un gruñido por la cantidad de sensaciones que comenzaban a desbordarme. Sus manos se deslizaron por mi estómago, recorriendo cada tramo de mi piel, sin separar en ningún momento sus labios de los míos. Buscando también tocar su piel, introduje mis dedos bajo el pesado suéter de lana, acaricié su espalda con la palma de la mano y Léane me besó con más intensidad. Recorrí el contorno de sus caderas y me obligué a frenar cuando la punta de mis dedos se deslizó unos centímetros por el interior del borde de sus vaqueros.

Rompí el beso y deslicé mis labios por su cuello, besando, lamiendo y mordiendo su piel a un mismo tiempo. Cuando la oí gemir, haciendo un enorme esfuerzo por apartarme de ella, alcé la cabeza para mirarla.

Léane se perdió en mis ojos. Tenía los labios enrojecidos, pero se inclinó de nuevo para besarme. Disfruté del contacto de su boca sobre la mía, como si fuese la primera caricia de aquella noche, y después me aparté.

—Mírame. —Le rogué en un susurro.

Léane me sostuvo la mirada. Moví la mano por su estómago, acariciando su cuerpo bajo la ropa y deleitándome con el tacto suave de su piel. Sin apartar mis ojos de los suyos, ascendí muy lentamente hasta rozar el contorno de su pecho. Dudé un instante, tras advertir una mezcla de miedo y deseo en su mirada, y finalmente volví a deslizar la mano hacia su estómago y la besé despacio, intentando tranquilizarme.

En mi cabeza solo había un único pensamiento: deseaba quitarle la ropa, tocar cada centímetro de su piel y terminar lo que habíamos empezado. Pero era demasiado

consciente del temor que escondía la mirada de Léane. De modo que respiré hondo y me obligué a mantener la calma.

No sé cuánto tiempo estuvimos sumergidos en la piscina, besándonos una y otra vez; tenía la sensación de que los relojes del mundo se habían congelado y que solo existíamos nosotros. Y me gustó ese pensamiento, esa soledad compartida.

Cuando Léane comenzó a temblar, la obligué a salir del agua. Tiritando, se sentó en un banquillo y se escurrió la ropa con las manos.

Me guardé las llaves en el bolsillo del pantalón, con la esperanza de que tras secarse continuasen funcionando, y me puse la camiseta de manga larga.

—¿Cómo vamos a salir así? Hace muchísimo frío —protestó, abrazándose a sí misma.

—Quítate el suéter, puedes ponerte mi chaqueta.

Léane se removió incómoda en el banquillo, mirándome de soslayo.

—Te espero fuera —añadí muy a mi pesar, tendiéndole la chaqueta.

Cuando Léane salió un minuto después, reprimí el impulso de besarla nuevamente y me esforcé por caminar por el pasillo del edificio casi sin mirarla, hasta que salimos al exterior y, contra todo pronóstico, la abracé intentando protegerla en vano del frío nocturno.

—No puedes coger un taxi con los pantalones empapados —susurró—. Deja que llame a Rachel para ver si ha vuelto a la residencia.

Asentí con la cabeza. Continuamos caminando hacia la residencia al tiempo que Léane hablaba por teléfono, sin dejar de temblar. El viento sacudía las pocas hojas que quedaban en los árboles, silbando entre los edificios de piedra; observé el perímetro de la universidad, advirtiéndome que había pocos estudiantes transitando el lugar a aquellas horas de la noche.

Cuando colgó, sonrió.

—Rachel dice que están viendo una película en tu casa —explicó—. Tardará más de una hora en llegar, ¿quieres quedarte aquí hasta entonces? Tenemos un calefactor en el baño, así podrías secarte... porque no creo que la ropa de ninguna de las tres te vaya bien, como es lógico... y además, tampoco sería de tu gusto y...

—Sí, está bien —la interrumpí, intentando no reír ante su nerviosismo.

Mientras andábamos hacia su habitación, medité sobre lo inquieto que me sentía. No me gustaba esa sensación. Intenté mantener la calma. ¿Qué tenía de raro? Eran cosas que

ocurrían. Cosas no ligadas a sentimientos, sino a puras reacciones químicas. Estímulos, respuestas. Nos habíamos besado y... ya está.

En cuanto entramos en la habitación, Léane cogió ropa del armario y se fue al cuarto de baño para cambiarse. No me senté en ningún sitio, para no mojar nada, y me entretuve observando su escritorio.

Las paredes estaban pintadas de un suave color crema, similar al tono de los muebles de madera. En la pared más grande, frente a las tres camas, reparé en una enorme lámina rectangular que no estaba colgada la primera vez que estuve allí. Era una de las pinturas más simples que había visto en mi vida, pero le otorgaba a la estancia un toque de ensoñación. Se trataba de un fondo azul oscuro, casi negro, donde se distinguían las pinceladas entre las infinitas estrellas brillantes. Y era tan grande que realmente parecía representar el cielo nocturno.

Aparté la vista de la lámina y la posé en el escritorio de Léane, que estaba repleto de libros y apuntes. A pesar de que no parecía haber hueco ni para una sola hoja de papel más, todo estaba pulcramente ordenado, con sus bolígrafos de purpurina bien colocados en un cilindro de metal y las múltiples tonterías de colores correctamente clasificadas a lo largo de la mesa. Seguro que Léane era la típica persona que siempre encontraba lo que estaba buscando y no terminaba pasando horas revolviendo la habitación en busca de... bueno, cualquier cosa. A lo largo de mi existencia, había perdido todo tipo de objetos insólitos.

Fruncí el ceño cuando descubrí que, al fondo, tras el ingente montón de libros, descansaba un vaso de agua con la flor que le había mandado la semana anterior.

No la había quemado. No solo era una pequeña delincuente, sino también una pequeña mentirosa. Claro, ambas peculiaridades formaban parte de un mismo perfil.

Sonreí estúpidamente, hasta que me di cuenta de que un detalle así podía implicar intenciones que no existían en mí, como una relación seria o algo similar. Me sentía atraído por Léane, cada centímetro de su cuerpo había sido creado para provocarme, pero, aparte de una mera atracción física y un interés por el periodismo, no sabíamos absolutamente nada el uno del otro ni teníamos una sola cosa en común.

Me estaba costando toda una vida conocerme, llevaba veintiún años intentándolo constantemente. La idea de conocer a alguien más se me antojaba imposible. Ni siquiera era una opción.

Cuando oí el sonido del secador que provenía del baño, inspeccioné las cosas de Léane con más calma. Revisé lo que había sobre su mesita de noche: pintaúñas de diversos colores, dos piruletas de fresa, una carta y bálsamo labial. Típico de ella: ni un solo objeto útil.

Estuve a punto de abrir los cajones, pero la atenta mirada de varios peluches que reposaban sobre su cama me lo impidió. Parecían observarme de un modo acusador, como si supiesen que era un intruso. Suspiré hondo, sintiéndome estúpido. Me acerqué hasta un estridente oso de color azul –era el que más me inquietaba– y le di la vuelta, como si estuviese castigándolo cara a la pared.

Fue una suerte no haber empezado a abrir los cajones, porque Léane salió del baño justo en el instante en el que acababa de sancionar al oso y, cargada con el calefactor, frunció el ceño.

–¿Qué haces con el peluche?

–Es solo que... no deja de mirarme. –Ella rió–. En serio, es tenebroso, prefiero no tener que enfrentarme a esos ojos tétricos.

Conectó el calefactor, tras colocarlo frente a la cama. Me acerqué y me puse de cuclillas, extendiendo las manos y agradeciendo el calor que comenzaba a emanar del aparato. Léane se sentó detrás de mí, sobre el edredón de colores (todo, absolutamente todo, era de colores). Me rodeó el cuello con los brazos y comenzó a depositar pequeños besos en la línea de mi mandíbula. Cerré los ojos y me concentré en las sensaciones que provocaban sus labios sobre mi piel.

★ 15 ★

Léane

Le besé la línea de la mandíbula despacio, al tiempo que deslizaba las manos por su cabello. Blake inclinó la cabeza hacia atrás para que pudiese llegar mejor a sus labios y percibí el intenso aroma cítrico que lo caracterizaba. Era misteriosamente embaucador. Me pregunté si sería una de esas exóticas fragancias con propiedades afrodisiacas, porque conseguía sepultar bajo tierra mi sentido común. O el poco que me quedaba.

–Deberías afeitarte –le susurré, sonriendo.

Él cambió de postura y se giró, tocándose la cara con ambas manos.

–¿Raspo? Me afeité ayer.

–Un poco.

Me tumbé sobre la cama y extendí los brazos, indicándole que se acercase.

–Mis pantalones siguen mojados.

–No me importa.

Blake se tumbó a mi lado. Con una delicadeza que me sorprendió, me apartó un mechón de cabello que se escurría por el rostro y lo colocó tras mi oreja; después trazó con su dedo índice el contorno de mi cara, recorriendo el puente de la nariz, hasta terminar delineando el contorno de los labios, como si estuviese dibujando sobre mi piel.

–Deberíamos hablar... sobre esto –dijo, en un tono tan bajo que apenas era un susurro. Y de pronto, su mirada era dura y fría.

–¿Vas a soltarme todo el rollo de tus intenciones para que no me enamore de ti? – Sonreí, relajada–. Tranquilo, no pienso hacerlo.

Me observó con atención. Sus ojos verdes, brillantes, analizaban todos mis movimientos, como si intentase ver más allá de lo que estaba mostrándole. Durante ese eterno minuto de silencio, no dejó de acariciarme los labios con el dedo y, cuando logró hacerme estremecer, las comisuras de sus labios se elevaron hacia arriba.

–¿Tan horrible sería?

Reí ante la sola idea de pensarlo.

—Yo no diría horrible, pero sí sería una estupidez. —Mientras hablaba, se mantuvo muy quieto, mirándome fijamente—. Puedes estar tranquilo, no eres exactamente mi tipo.

Él pareció dudar. Apoyé el codo en la cama, sosteniendo mi rostro sobre la palma de la mano. No iba a sentir nada por él. Nunca. Jamás. Blake no era esa persona especial que llevaba años buscando.

No sabía cuándo llegaría mi príncipe azul —y sí, sonaba cursi, pero me importaba un bledo porque estaba realmente convencida de que así sería—; probablemente ese príncipe se hallaba en medio de un atasco o había tropezado con algunas piedras durante el camino... Bien, vale, ¿quién no ha llegado tarde alguna vez a una cita? Se estaba retrasando un poco, pero era totalmente excusable.

Además, no tenía prisa. Afortunadamente, en la senda por la que avanzaba en mi vida, de vez en cuando me encontraba con tipos como Blake —no exactamente tipos que me odiaban, eso no era lo más común, pero sí tenía una de las características más indispensables para formar parte de mi corta lista de ligues: ser idiota—. Yo no tenía la culpa de que oliese tan bien, ni de que tuviese un torso que irremediablemente me apetecía tocar, ni de que su elegante acento inglés fuese impecable y resultase irresistible, ni mucho menos de que usase su encantadora sonrisa a todas horas, como si fuese el comodín del público.

A mi favor, tenía una defensa irrefutable. Y sí, me declaraba totalmente inocente en mi alegato final.

También existía la remota posibilidad de que mi príncipe no estuviese en un atasco, sino que hubiese sufrido un terrible accidente. ¿Y si no llegaba nunca?, ¿qué tenía de malo que me divirtiese durante un tiempo con Blake? Estaba cansada de sufrir. Por primera vez, los sentimientos y las emociones no se materializaban como cuerdas que me apresaban y me balanceaban a su antojo. Era libre. Completamente libre.

Y estaba convencida de que no correría riesgos con Blake. ¿Qué riesgo puede haber cuando tus expectativas se reducen a cero? No tenía nada en común con él, lo cual significaba que era completamente absurdo que llegase a sentir algo por Blake. *Meilleur impossible*.

—Lo que siento es solo... atracción. Discutir es estimulante, ya sabes —expliqué, mostrándole una sonrisa sincera. Había pasado por varias decepciones y, por primera vez, podría controlar la situación sin encadenarme a un sinfín de emociones—. Tú y yo

somos como el agua y el aceite. Si fuésemos químicos, supongo que podríamos experimentar e intentar conseguir juntar ambos elementos, pero, dado que no lo somos, podemos divertirnos observando cómo se mezclan durante unos instantes para luego terminar repeliéndose. Porque no me gustas, Blake. En serio. Sé que te parecerá increíble, pero necesito que lo entiendas; quiero dejar las cosas claras. –Hice una pausa para coger aire, sintiéndome exhausta tras hablar a toda velocidad–. Y bien, ¿qué opinas?

Antes de besarme, Blake susurró:

–Me parece... perfecto.

Sin abandonar su boca, me coloqué sobre él y le sujeté las muñecas sobre el colchón, impidiendo que me tocara. Blake no intentó soltarse, tan solo sonrió de un modo provocativo y me permitió llevar las riendas de la situación. Deslicé la lengua por el lóbulo de su oreja y después por su cuello, hasta que emití una mezcla entre gruñido y jadeo. Moví mi mano hacia su pecho, justo sobre su corazón, y sonreí satisfecha al advertir que latía a un ritmo acelerado.

Reí y me aparté de él, tumbándome a su lado.

Blake habló con los ojos cerrados.

–¿Pretendes volverme loco? –Su voz sonó ronca–. Deberíamos fijar unas reglas. La primera norma es que está prohibido que me incites así, si después pretendes apartarte, ¿queda claro?

Cuando me miró, a pesar de que sonreía divertido, advertí lo mucho que se había oscurecido el verde de sus ojos.

–A eso me refería con no sentirme atada a nada –recalqué–. Contigo puedo hacer cualquier cosa sin plantearme si está bien o no. Es como si estuvieses fuera de mi límite moral.

Blake hundió sus dedos en mi cabello con cuidado, mientras suspiraba pesadamente.

–¿Pasarás aquí la Navidad?

–No. Mis padres han estado ahorrando y me han regalado un billete de avión.

–¿Qué día te marchas?

–El domingo –dije–. Podemos quedar mañana, si quieres.

–Tengo planes. –Se frotó el mentón–. ¿Recuerdas que necesitaba las llaves del coche?

Abracé la almohada con fuerza. Me imaginé a Blake en la piscina, pero no conmigo, sino con otra chica, y noté un tirón de incomodidad en el estómago. La otra noche había aclarado que no tenía novia, ¿cierto? Intenté recordar trazos de la conversación que él

había mantenido por teléfono la semana anterior, pero, después de lo ocurrido aquella noche, todo me resultaba un poco borroso.

—¿Con quién has quedado?

Blake emitió una suave carcajada.

—¿Vas a empezar tan pronto con los celos? —Arqueó una ceja—. Espera un par de días, al menos.

—No, idiota. —Me contuve para no lanzarle el almohadón—. Pero paso de hacer un horario de visitas con el resto de tus amigas para poder quedar contigo.

Él rió con más fuerza, llevándose las manos al estómago. Le di un codazo en las costillas y su risa se evaporó de inmediato. Se presionó con los dedos el costado y frunció el ceño.

—Mañana he quedado con mi hermana, eso es todo.

Me quedé callada, sin saber qué decir.

Debía empezar a plantearme nuevas ideas, como el hecho de no preguntarle habitualmente qué hacía, adónde iba, qué pensaba... ni eran cosas de mi incumbencia, ni me importaban. Solo tenía que relajarme, sonreír y disfrutar del momento sin preocupaciones.

Lo observé, tumbado frente a mí y mirándome orgulloso. Fingí despreocupación.

—¿Tienes una hermana?

—Como he dicho, sí.

—Vale, solo intentaba ser amable y sacar algún tema de conversación —repliqué.

—Ya que te apetece hablar y has comentado el tema antes... —Pareció dudar, pero finalmente continuó hablando—. ¿Tú tienes planeado quedar con otras personas mientras nosotros...? Ya sabes que soy bastante egoísta. No me gusta compartir.

—¡Claro que no! —lo interrumpí, indignada—. No sé qué imagen tienes de mí.

Blake abrió la boca dispuesto a responder, pero luego la cerró y desvió la mirada. Fruncí el ceño, molesta.

—¿Qué ibas a decir?

—Nada. —Sonrió con inocencia.

—Dímelo —exigí, casi sin mover los labios al hablar.

Él se incorporó en la cama, sentándose y apoyando la espalda en el cabezal de madera.

—Solo iba a recordarte que hace una semana tenías novio. Tampoco es que hagas luto, pero no tengo ninguna imagen de ti —dijo, y sonrió tímidamente, como si así fuese a

quitarle importancia a su comentario.

—Recuérdame que no insista cuando no quieras decirme algo —contesté enfadada—. No me gusta lo que estás insinuando. Incluso si cada semana estuviese con una persona diferente, tú, justamente tú, serías el último que tendría derecho a juzgar algo así.

Permaneció pensativo durante unos instantes, después fijó la vista en las pulseras que colgaban de mi muñeca y las contempló con detenimiento como si fuesen sumamente interesantes. Con la punta del dedo índice tocó un pequeño cascabel que colgaba de una de las pulseras y se oyó un leve tintineo. Alzó la mirada hasta encontrar mis ojos.

—¿Con cuántos chicos has estado? —inquirió sin ningún atisbo de vergüenza. A mí me hubiese costado un mundo hacerle una pregunta similar. Pero a él no. Él iba directo al grano, sin preámbulos.

Noté cómo me ardían las mejillas e intenté disimular mi nerviosismo mostrándole una sonrisa. Él no dejó de mirarme. Estaba casi segura de que sus ojos podían penetrar a través de mí, atravesar mi alma y descubrir toda la verdad sobre mi catastrófica vida sexual y sentimental. Tragué saliva despacio.

—¿Y a ti qué te importa?

Se encogió de hombros.

—Simple curiosidad.

Rodeó mi cintura, atrayéndome hacia él, y presionó su boca sobre la mía. Fue un alivio que no insistiese en el asunto; si algo sabía de Blake, a raíz de los últimos meses, era que su testarudez no conocía límites.

Besar a Blake era extrañamente enloquecedor.

No besaba de forma suave o insegura, lo hacía de un modo brusco que lograba hacerme delirar. Podía olvidar todo lo demás si sus labios estaban sobre los míos; era como sumergirme en una burbuja donde solo estábamos nosotros. Cada vez que sus manos rozaban mi piel, conseguía hacerme estremecer. Besar lo era casi un acto impulsivo.

—Creo que debería irme —susurró.

—¿Tan pronto? —intenté besarlo de nuevo y él sonrió, al tiempo que se apartaba.

—Sé que te cuesta asimilar la idea de estar sin mí...

—Y por lo que veo, a ti te es imposible dejar de ser un estúpido.

—Es probable. —Se levantó de la cama y se inclinó hacia mi escritorio, cogiendo algo. Sostuvo entre las manos la flor que me había mandado la semana anterior e hizo girar el

tallo entre los dedos—. ¿Sabes que cada vez que mientes muere un gatito? —Sonrió de lado—. Tendré que ir con cuidado, ahora que sé que no solo eres cleptómana sino también una pequeña mentirosa. ¿Qué más secretos escondes, Léane?

Le arrebaté la flor de las manos y la lancé a la papelera de mala gana. Para no variar, Blake estaba agotando mi paciencia. Yo no tenía la culpa de que los pétalos azules fuesen tan bonitos, me encantaba ese color.

—¿No habías dicho que te ibas? Ya estás tardando.

Cogí el paquete de caramelos de la mesita de noche y me llevé una bolita amarilla a la boca. Blake observó atentamente cada uno de mis movimientos, sin apartar la vista de mis labios. Cuando terminé de comerme el caramelo, se inclinó y me besó. Y fue un beso raro, extrañamente casto, pero firme al mismo tiempo.

—Nos vemos en un par de semanas —dijo, antes de salir de la habitación.

Clavé los ojos en la puerta por la que acababa de marcharse y miré ensimismada la superficie de madera durante casi cinco minutos.

Me resultaba complicado diseccionar el cúmulo de emociones contradictorias que me inundaban. Todavía estaba sorprendida por mi reacción en la piscina. Lo había besado. Era la primera vez que hacía algo así, siempre esperaba que la otra persona diese el primer paso.

No lo había meditado, había sido un impulso.

Cuando contemplé los labios mojados y entreabiertos de Blake, la idea de besarlos se dibujó en mi mente y se convirtió casi en una necesidad. Había algo en él que me atraía intensamente; desde su mirada provocadora hasta sus gestos indulgentes. Me hacía vibrar. Lograba despertar en mí una actitud diferente, me sentía más fuerte y segura cuando estaba con Blake, como si por su culpa fluyese todo el carácter que no sabía mostrar ante los demás. Era liberador.

★ 16 ★

Blake

El sábado, casi a la hora de comer, recogí a Emma en la puerta de la casa de su amiga Sam, donde se había quedado a dormir la noche anterior. Se acomodó en el asiento del copiloto y me sonrió; parecía feliz.

Nos dirigimos hacia su restaurante preferido, un local situado en medio de una carretera bastante transitada, donde solían comer transportistas y turistas que pasaban por allí. Lo habíamos descubierto dos años atrás, cuando, regresando a casa tras un día de compras en Londres, tuvimos que parar porque Emma necesitaba ir al servicio. La comida no era especialmente buena, pero, por razones desconocidas, a mi hermana la fascinaba.

Al llegar al restaurante, nos acomodamos en una de las pocas mesas que quedaban libres. Emma se quitó la chaqueta, dejando al descubierto un suéter blanco repleto de flecos azules, seguramente cosidos por ella misma, que se sacudían al compás de sus movimientos. Si algo caracterizaba a mi hermana era su gran fascinación por la moda. Le encantaba crear sus propios diseños o modificar prendas que compraba.

Tosí con la intención de romper el silencio tras sentarnos a la mesa, uno frente al otro.

—¿Cómo van las clases?, ¿estás estudiando?

—Sí, lo normal. —Acarició con el dedo índice unas letras talladas sobre la superficie de madera de la mesa.

—Recuerda que necesitas conseguir una nota alta para entrar en la universidad.

—Lo sé, Blake. —Dejó de prestarle atención a la mesa y alzó la cabeza para mirarme—. Confía en mí. Sé que mis notas no son brillantes, pero solo he suspendido una y estoy esforzándome.

Asentí con la cabeza, aceptando sus palabras. Después suspiré e intenté sonreír.

—Espero que no te distraigas con... chicos, ni con nada, durante el último trimestre. Tú concéntrate en lo importante, ¿de acuerdo?

Emma rió y algunos mechones de cabello ondulado y negro ocultaron su rostro, hasta que ella los apartó con la mano sin mucha delicadeza.

—¿De qué te ríes? —le pregunté.

—De ti. —Soltó una nueva carcajada—. Blake, ya no tengo doce años.

Me removí incómodo en la silla y, justo antes de que pudiese responder, la camarera se acercó a nuestra mesa, portando un bloc de notas en las manos.

—¿Qué van a tomar? —preguntó, sin demasiada simpatía.

—El menú del día —respondió Emma sin dudar—. Para beber, agua.

—Perfecto —dijo ella, tras apuntar el pedido en la libreta. Luego se giró hacia mí—. ¿Y usted, caballero?

—Lo mismo que ella —decidí finalmente, tras ojear la carta sin mucho ánimo.

—Bien. —Me quitó la carta de las manos bruscamente—. Ahora les traigo las bebidas.

Suspiré sonoramente, dándole a entender mi desagrado por el trato recibido. Crucé las manos sobre la mesa, mientras Emma tecleaba en su móvil escribiendo un mensaje de texto.

—¿Qué pretendías decir antes, Emma? —le pregunté, inclinándome hacia delante hasta terminar hablando en susurros—. ¿Has hecho... cosas... con algún chico?

—¡Blake! —exclamó alzando la voz y levantando la vista del móvil—. No he hecho nada. Pero, si fuese el caso, no te lo contaría, ¡eres mi hermano!

Escondí las manos bajo la mesa. Acababa de invadirme tal rabia, tras pensar en que algún chico rozase siquiera a mi hermana, que intenté que no descubriese mis puños apretados. Necesitaba romper algo. No sé, la mesa tal vez. Esa madera no parecía demasiado dura.

—Emma, esto no es un juego —dije, e intenté relajar la mandíbula—. Si haces... algo, tienes que usar protección. Siempre. Y además, eres demasiado... joven, pequeña y frágil.

Conseguí captar finalmente su atención. Dejó el móvil a un lado y me miró frunciendo el ceño. En apariencia, mi hermana era como una adorable muñeca de porcelana. Pero, cuando se enfadaba, se transformaba en un aterrador dragón que expulsaba fuego por la boca. Y si no te apartabas a tiempo, podía quemarte. Afortunadamente, sabía bien tantearla y llevarla a mi terreno sin asumir grandes riesgos.

—¿Vamos a tener ese tipo de charla?

—Sí. —Respiré hondo y conté hasta cinco antes de hablar de nuevo—. Usar protección es algo básico, Emma.

—Ya lo sé, no soy estúpida.

—Sí eres estúpida —la corregí—. Si fueses lista no perderías el tiempo con chicos. Los hombres son malos, Emma, muy malos. No confíes en ninguno, te diga lo que te diga —la advertí, hablando despacio y claro, como si me dirigiese a una niña de cinco años.

Ella me miró divertida sin dejar de jugar con un mechón de su cabello, enrollándolo y desenrollándolo entre los dedos.

—Tú eres un chico —puntualizó—, ¿significa eso que no debo confiar en ti?

—¡Yo soy tu hermano! —exclamé airado—. Lo que intento decirte es que los demás chicos tienen intenciones. Intenciones malas. Un tío nunca hace nada sin un objetivo claro y conciso. Y el noventa por ciento de los objetivos masculinos se culminan en una cama. Es así de simple. Aléjate de ellos y punto.

Emma sonrió tímidamente.

—No te preocupes, Blake, el chico que me gusta... es diferente a todos los demás.

Creí que comenzaría a hiperventilar de un momento a otro. Ésa era exactamente la frase que no deseaba oír. Si Emma pensaba que ese chico era «diferente», significaba todo lo contrario. Y era demasiado pequeña... ¿cómo podía no darse cuenta? Cuando la miraba, solo veía a una niña inocente que había leído demasiadas novelas de amor (culpa de mamá, desde luego).

—¡Error! —exclamé, elevando la voz sin pretenderlo—. Te ha manipulado, por eso ahora piensas que él es diferente —le expliqué—. ¿Qué edad tiene?, ¿dónde vive?, ¿cómo se llama? No me des solo el nombre, quiero también los apellidos.

La camarera interrumpió nuestra conversación cuando dejó los platos sobre la mesa con desgana. Me volví hacia ella y le dediqué la mejor de mis sonrisas.

—Gracias —dije—. Precioso colgante, por cierto.

Ella bajó la vista hasta observar su propio cuello, como si no recordase qué colgante llevaba. Después alzó la mirada y sonrió.

—¿Verdad que sí? —Tocó la gargantilla con la punta de los dedos—. Era de mi tatarabuela, es una reliquia familiar.

—Tendrá un gran valor sentimental, entonces.

—Sí, claro. —Sonrió nuevamente y sus ojos desprendieron un atisbo de emoción contenida—. Mi tatarabuelo se lo regaló antes de marcharse a la guerra, como símbolo de

su amor. No lo vendería por nada del mundo.

—Desde luego —asentí—. El dinero nunca podrá comprar los sentimientos.

—Ajá. —Dejó de acariciar el colgante—. ¿Quieren que les traiga un poco de pan? Invita la casa.

—Por supuesto, gracias.

La camarera se alejó, dirigiéndose hacia la barra. Me giré hacia Emma, que había comenzado a cortar en pequeños trozos su filete de carne.

—¿Has visto lo que he hecho? La he manipulado —le expliqué—. Los hombres hacemos eso constantemente, está en nuestra naturaleza, nacemos con ese don. Ahora mismo, no solo hemos conseguido pan gratis por hablar de un colgante que me importa una mierda, sino que, si quisiese, tendría en el bote a esa camarera.

Emma se atragantó con el trozo de carne que acababa de llevarse a la boca. Tragó como pudo, tosió y luego bebió agua.

—¡Esa mujer rondará los cincuenta años!

—¡Solo era un ejemplo, Emma! —repliqué—. Lo que quiero que entiendas es el concepto general.

—Esta conversación es divertida. Me lo estoy pasando bien, en serio, pero creo que es hora de que te tranquilices y empieces a comer. No tienes de qué preocuparte, Blake, no soy estúpida.

Me acerqué mi plato y observé las patatas fritas recalentadas: tenían un aspecto pésimo. El simple hecho de imaginar que un chico pudiese dañar o utilizar a mi hermana me había quitado el hambre. Cuando la camarera se acercó de nuevo, portando la bandeja con pan cortado, lo hizo con una sonrisa. Aproveché para pedirle un bolígrafo.

—Puedes quedártelo —me dijo, entregándome uno de tinta azul.

Le sonreí agradecido y, cuando se marchó, cogí varias servilletas y las coloqué frente a mí, desplazando el plato de comida hacia un lado. Emma me miró alzando una ceja, dubitativa, pero sin dejar de comer.

—Quiero darte unos últimos consejos —le expliqué—. Te prometo que después de esto no volveremos a hablar del asunto.

Comencé a escribir en la servilleta, sin apenas pararme a pensar. Cuando terminé, releí mis anotaciones.

Si un chico te dice lo mucho que le gusta tu ropa, tu peinado, tus pendientes... ¡huye! Está mintiendo. Ningún chico se fija en esos detalles, lo que realmente quiere es que te desprendas de tu peinado, de tus pendientes y, peor todavía, de tu ropa.

Jamás acudas al cine en una primera cita. Si te propone algo así, ¡huye! Cualquier cita digna debe acontecer en lugares luminosos y, por supuesto, debe ser de día.

Si el chico tiene fama de mujeriego, ni te acerques a él, ¡huye! No pienses que puedes cambiarlo o que tiene un trasfondo oculto. Es como es. Y punto.

Si habla con prepotencia e intenta impresionarte, ¡huye! El chico ideal tiene que adorarte por encima de todas las cosas. Piensa siempre que tú debes ser especial para él, pero nunca una más de tantas. Eres única. Créetelo.

Usa protección. Siempre. (Aunque espero que nunca tengas que hacerlo.)

PD: Si en algún momento necesitas huir, recuerda que puedes llamarme a cualquier hora e iré a por ti.

Le tendí a Emma la servilleta, y mientras ella leía en silencio lo que había escrito, pensé en Léane. Definitivamente, incumplía todas y cada una de mis propias normas, a excepción de la última; esa regla siempre la seguía a rajatabla. Lástima que todavía no hubiese tenido ocasión de ponerla a prueba.

Cuando Emma terminó de leer la servilleta, se levantó y rodeó la mesa para acercarse a mí y abrazarme. Entonces sollozó.

—Eh, ¿qué ocurre, Emma? —Le froté la espalda, intentando calmar su llanto.

—Ojalá siempre estuvieses... cuando te necesito, y lo afrontases todo así.

—¿Por qué dices eso? —pregunté—. Siempre estoy, puedes contar conmigo para cualquier cosa.

—Pero con mamá...

Sollozó más fuerte y sentí, de golpe, que me ardía la garganta; como si algo escondido en mi interior quisiese salir. Tragué saliva bruscamente, intentando calmar aquella sensación y retener esos sentimientos en algún lugar profundo. No pensaba dejarlos escapar.

—¿Confías en mí? —le pregunté sin soltarla. Noté su cabello rozando mis labios al hablar y advertí que asentía sobre mi hombro—. Entonces no tienes que preocuparte por nada —dije—. Todo irá bien, lo sé.

Emma se separó de mí y me miró con los ojos muy abiertos, humedecidos por las lágrimas, como si no diese crédito a mis palabras. Exhalé despacio. ¿Por qué no podía creerme? Era la verdad.

Se recompuso instantes después. Sacudió la cabeza, negándose algo a sí misma, y se acomodó nuevamente en su silla.

—Emma... —pronuncié casi en un susurro—, cuando confías plenamente en algo, termina cumpliéndose. Por eso sé lo que va a ocurrir. Estoy convencido de ello.

—¡No tienes ni idea, Blake! —Me miró con lástima—. No es un juego, no se trata de confiar o no, sino de asumir la realidad tal como es. Eres incapaz de aceptar que ciertas cosas se escapan de tu control. Y esto está fuera de tu alcance, por eso te alejas cada vez más. ¿Crees que porque ignores el problema éste deja de existir?

—No entiendo qué es lo que esperas de mí. —La miré inquisitivo y me removí en la silla, incómodo—. ¿Quieres que tire la toalla?, ¿no puedes ser un poco, solo un poco, positiva? ¡Joder, siempre haces lo mismo! Te lanzas de cabeza hacia la peor opción.

—No importa, Blake. —Emma deslizó su mano sobre la mía y observé atentamente nuestros dedos entrelazados sobre la mesa de madera—. Sé que no lo haces a propósito. Y ella también lo sabe.

Fruncí el ceño. ¿Por qué pensaba todo aquello?, ¿por qué quería ver el vaso medio vacío en vez de medio lleno? Carecía de sentido. Nuevamente, comencé a sentir ese calor ascendiendo por mi garganta. Era una sensación asfixiante. Me obligué a pensar en cualquier otra cosa.

—¿Qué quieres que te traiga Santa Claus por Navidades? —le pregunté.

—Ropa. —Sonrió, aunque no parecía realmente feliz—. Y telas variadas que he seleccionado de un catálogo. Ah, también lentejuelas para un nuevo proyecto.

—¿Qué proyecto?

—Mi vestido de graduación —explicó—. ¿No vas a comerte ni siquiera las patatas? —preguntó señalando mi plato, que seguía intacto.

—Todas para ti —dije, deslizando el plato hacia su lado de la mesa—. Eres consciente de que queda un año y medio para tu graduación, ¿verdad?

—Sí. —Engulló una patata y luego habló con la boca llena—. Pero el diseño de ese vestido es muy elaborado y quiero empezarlo cuanto antes.

—No será muy escotado, ¿no? —Alcé una ceja.

Emma intentó no reír, en vano. Cogió una servilleta y comenzó a dibujar el diseño que había ideado. No tenía ni puta idea de vestidos, pero parecía absolutamente asombroso; estaba seguro de que un proyecto así solo podía salir de la pequeña cabecita de mi hermana.

Pasamos el resto de la comida hablando de diversos temas y, cuando terminamos, nos dirigimos a casa. Caminé por el jardín, sintiéndome alicaído; las malas hierbas brotaban sin control, entremezclándose con el césped, que estaba casi seco.

Tiempo atrás, aquel jardín había sido el mejor de toda la urbanización. Mamá era paisajista, ella me había enseñado todo lo que sabía sobre botánica; no solo tenía un gusto increíble sino que, además, lo hacía con amor.

Siempre decía que el secreto de que una planta floreciese mejor que otra residía en el amor que se volcaba en ella. Defendía que, como cualquier ser vivo, necesitaba ser cuidada con esmero.

Ver el jardín en aquel estado me removía las entrañas; era como observar un cementerio de plantas que, tiempo atrás, habían sido abandonadas a su suerte. Aparté la vista de un rosal completamente seco y muerto que todavía se sostenía en alto y entré en casa sin mirar atrás.

Mamá estaba sentada en el sofá, leía un libro y llevaba las gafas puestas. Le brillaron los ojos al verme. Las comisuras de sus labios temblaron al sonreír, y cuando, sin mediar palabra, extendió los brazos reclamándome, me senté a su lado y dejé que me abrazase.

—¡Blake, hijo, tienes buen aspecto! —Posó sus frías manos en mis mejillas.

—Tú sí que estás genial. —Le sonreí. Ella hizo una mueca, tragué saliva y le señalé el libro que había dejado sobre su regazo—. ¿Qué estás leyendo?

Fijó la vista en la portada de la novela y sonrió risueña.

—Es una historia de amor preciosa, Blake. Deberías leerla.

—Quizá lo haga algún día —mentí. Era incapaz de leer sobre algo en lo que no creía.

Me quité la chaqueta, dejándola sobre el brazo del sofá. Inmediatamente, ella comenzó a sacar pequeñas bolitas que habían salido en mi suéter de lana tras varios lavados, mientras con la otra mano intentaba estirar la prenda.

—¿Seguís sin planchar la ropa? —me preguntó.

—Lo intento, mamá, pero casi no tengo tiempo —mentí de nuevo—. Entre los estudios, el concurso...

Ella me miró fijamente y presionó los labios como solo una madre sabe hacerlo, con determinación.

–Siempre hay tiempo, Blake.

–Lo sé, mamá.

–Llevo diciéndotelo toda la vida. Tienes que ser más organizado.

–Te prometo que intentaré planchar más a menudo.

Emma apareció en el comedor, portando un plato repleto de galletas de chocolate con menta, mis preferidas. Se quitó las zapatillas y se sentó en el sillón despreocupadamente. No sé cómo conseguía engullir todo tipo de porquerías sin cesar y no engordar ni un gramo.

–Dale galletas a tu hermano, Emma.

Ella giró levemente la cabeza y me miró por encima del hombro.

–¿Quieres...?

–No, no tengo hambre.

En ese momento sonó el teléfono de mi hermana, emitiendo una pegadiza canción de Rihanna, y ella salió del comedor para atender la llamada, dejando las galletas sobre la mesa.

Mi madre quitó una última bolita de lana de mi suéter y me miró con el ceño fruncido.

–¿No quieres galletas? ¿Qué te ocurre?

–Acabamos de comer, mamá –dije, y luego suspiré–. Y además, Emma ha empezado a hablarme de chicos... –me quejé. Mi madre me revolvió el pelo con cariño, despeinándose.

–Ya es mayorcita. Tienes que dejar que aprenda de sus propios errores, que experimente y viva.

Tragué saliva despacio; aquella última palabra, «viva», se quedó retenida en mi mente más tiempo del adecuado. Negué con la cabeza.

–Es solo una niña –protesté.

Mamá me miró fijamente. Tenía los ojos enrojecidos y le temblaba ligeramente el labio superior. Aparté la vista, incapaz de sostenerle la mirada durante más tiempo.

–Tú también eres solo un niño, Blake –dijo en un susurro apenas audible. Y después me abrazó con fuerza.

–Todo irá bien, mamá.

Cerré los ojos, correspondiendo a su abrazo, y aspiré su aroma. Mi madre siempre había olido a tierra húmeda, a flores diversas... pero ahora no olía a nada.

★ 17 ★
Léane
(París, Francia)

Comenzó a sonar la melodía de mi móvil. Casi sin abrir los ojos, tanteé con las manos la mesita de noche para encontrar el teléfono. Advertí que no estaba en la residencia, sino en casa de mis padres, y que la mesita se hallaba en el lado derecho y no al contrario. Distinguí el nombre de Blake en la pantalla del móvil y descolgué la llamada.

—No puedo dormir —dijo, hablando despacio—. Créeme, lo he intentado, pero no dejo de pensar en el asunto de los caramelos rojos...

Me di la vuelta en la cama, encendí la luz del despertador que había sobre la mesita de noche y descubrí que eran las tres de la madrugada.

—¿Sabes qué hora es? —le pregunté casi en un susurro, ya que no quería despertar a mis padres.

—Sé que es tarde, pero no paro de darle vueltas. ¿Por qué narices no te comes los caramelos rojos? —insistió—. Si me dices la respuesta, creo que lograré dormir.

—Bien por ti, Blake. Yo dudo que pueda volver a dormirme.

Permanecimos ambos en silencio durante un largo minuto. Podía oír su respiración calmada; sentí un leve cosquilleo al recordar su aliento cálido sobre mi piel y me removí incómoda bajo las mantas.

—¿Vas a desvelarme el secreto de los caramelos?

—No, es algo personal —dije—. Y además, es una tontería sin importancia.

—Me encantan las tonterías. Ya sabes, esos pequeños detalles que siempre pasan de largo; creo que esconden la verdadera esencia de una persona.

Medité sus palabras durante unos instantes, antes de incorporarme despacio en la cama e inclinarme para encender la lamparita de noche. Mi habitación se iluminó con una tenue luz anaranjada. Un sinfín de peluches y muñecas de diferentes tamaños me devolvían la mirada desde la estantería de enfrente, justo bajo uno de mis cuadros

preferidos de mamá, donde se entreveía la silueta de una ciudad por la que el espectador pasaba a toda velocidad, de modo que apenas había trazos dispersos de luces y edificios ligeramente distorsionados ante la sensación de movimiento.

—¿Por qué te gustan las plantas? —le pregunté de pronto. Ni siquiera era totalmente consciente de por qué me interesaba saberlo.

—Eso es un modo poco sutil de desviar el tema de conversación.

—Sí, pero también es el modo de demostrarte que a ti tampoco te gusta que nadie se inmiscuya en tus asuntos.

Lo oí suspirar con resignación.

—Hace tiempo, mi madre se dedicaba a la decoración de jardines. He vivido rodeado de plantas, ella me enseñó a cuidarlas —respondió, hablando más rápido de lo normal—. Es relajante. Me gusta la idea de conseguir que algo nazca y luego viva gracias a mí.

Nunca me había planteado la botánica de tal forma. Había supuesto que, para Blake, simbolizaba la forma de tener control sobre algo en concreto, que eso dependiese solamente de él.

Tiempo atrás, habíamos tenido plantas en casa, pero siempre terminaban muriendo. Las regábamos durante los primeros días, mas poco después caían en el olvido; la única que sobrevivió fue un Aloe vera, cuyo extracto mi madre utilizaba a modo de mascarilla, y fue un milagro desencadenado por el hecho de que esa especie apenas necesita agua.

Quise comentarle a Blake que apreciaba el sentido de responsabilidad que mostraba hacia sus plantas, pero finalmente deseché la idea.

—¿Y a qué se dedica tu padre?

Mi pregunta sonó formal, como cuando estás dentro de un ascensor y el vecino del cuarto empieza a comentar el tiempo atmosférico sin demasiado interés.

—Es abogado. Trabaja en Nueva York.

—Debe de ser duro que viva tan lejos...

—No creas, en realidad es un alivio —respondió pareciendo incómodo, y luego habló con brusquedad—. ¿A cuántas preguntas personales debo responder para que desveles el secreto de los caramelos?

Me llevé una mano a la boca, intentando no hacer ruido al reír.

Era divertido descubrir que Blake tenía un punto débil. No saber la respuesta a ciertas cuestiones parecía sacarlo de quicio.

—Déjame interrogarte un poco más —le pedí, y, antes de que pudiese contestar, continué con más preguntas—. ¿Por qué es un alivio que tu padre viva en Nueva York?

Me di la vuelta en la cama y fijé la vista en el techo de la habitación. Observé, sin demasiado interés, las estrellitas fluorescentes que había pegado allí años atrás, cuando era pequeña, y que habían ido perdiendo luminosidad con el paso del tiempo. Tras advertir que Blake parecía estar meditando su respuesta más de lo esperado, comencé a contarlas en silencio.

—Hace tres años, mis padres se divorciaron —dijo al fin—. Él la engañaba.

—Oh, lo siento, no sabía que tus padres estuvieran divorciados.

—No lo sientas, es mejor así.

El tono frío de su voz me hizo sentir incómoda.

Por un lado, no quería seguir indagando en sus asuntos; me sentía como una intrusa que no es bienvenida. Pero, por otra parte, notaba la curiosidad bullendo en mi interior. Blake siempre se me antojaba lejano y demasiado... superficial. Saber más de él era como bucear en un océano desconocido. Y quizá ni siquiera existían esas aguas, quizá solo era un cascarón vacío.

Por alguna razón, me asustaba la idea de que Blake tan solo fuese unos ojos verdes bonitos y una sonrisa seductora, con un gran dominio del sarcasmo y un ego fuera de control.

—¿Cómo es tu familia? —me preguntó tras mi silencio—. ¿Tienes hermanos?

—Mi familia es bastante normal. Mi padre es profesor de Literatura y mamá trabaja en casa, pintando cuadros —contesté—. Y no, soy hija única, aunque reconozco que siempre quise tener una hermana.

Me hubiese gustado decirle que mis padres eran absolutamente increíbles, pero no quise herir sus sentimientos, teniendo en cuenta que acababa de confesarme que sus padres estaban divorciados.

—Hace poco leí una guía de viaje de París... —comenzó a decir—, se comentaba que los apartamentos son diminutos y que las calles de la ciudad apestan. ¿En qué zona vives tú?

Hum. Era difícil contradecirlo.

Los apartamentos eran minúsculos porque era caro poder vivir en una ciudad tan llena de magia, amor, turistas y... suciedad. Teníamos un sistema de limpieza basado en el arrastre por agua que no funcionaba demasiado bien.

La zona donde vivía era bastante antigua. No había ascensor, sino elevadas escaleras interminables, y lo más característico de mi barrio eran las mudanzas.

Cuando un vecino se mudaba, se producía todo un espectáculo. Los muebles y la mayoría de las pertenencias de gran volumen debían introducirse por las ventanas del apartamento. La calle se colapsaba, los ciudadanos se quejaban... en fin, lo típico.

—No vivo demasiado lejos del centro —contesté, sin dar detalles—. ¿Y tú?

—En Romford, a unos ciento veinte kilómetros de Reading.

—Tienes suerte de estar tan cerca de tu familia —respondí, sintiéndome nostálgica a pesar de estar en casa.

—Sí. —Suspiró—. ¿Vas a confesarme lo de los caramelos algún día?

Me di la vuelta en la cama, tumbándome de lado y extendiendo el brazo que tenía libre debajo de la almohada.

—Simplemente odio el color rojo, todo lo que representa —respondí al fin e hice una pausa para bostezar—. Simboliza violencia, muerte, sangre... es horrible. Me causa malas vibraciones.

Blake permaneció unos instantes en silencio, como si estuviese esperando que añadiese algo más. Cuando dedujo que mi explicación había concluido, emitió un bufido de indignación.

—¿Eso es todo?

—Básicamente, sí.

—¿Te he relatado parte de mis memorias por semejante tontería?

—Te avisé de que no tenía importancia —le recordé—. Tú te empeñaste en saberlo, asegurando que la esencia de las personas está en los detalles. Y por cierto, no sé de dónde has sacado esa frase, pero es un tanto cursi.

—¿Sabes que uno de los requisitos más importantes para ser una buena periodista es la objetividad? El color rojo no solo simboliza violencia y derivados —apuntó—, también representa el amor, la pasión, la atracción... —dijo, haciendo hincapié en la última palabra de un modo provocador—. Quizá sí signifique algo que odies el color rojo.

Parecía divertirlo la situación, era como si intentase provocarme.

En realidad siempre había visto el amor de color verde. Raro, pero cierto. El verde simbolizaba la esperanza, la armonía, la vida, la estabilidad, la tranquilidad... todo ello encarnaba mi ideal de una relación.

No quería acción ni una pasión desbordante, lo que verdaderamente siempre había buscado en una relación era calma, confianza, poder ser yo misma y sentirme en paz.

—No tengo nada en contra del romanticismo —aseguré—, pero no me gusta precipitarme, el rojo es como ¡pum!, te desborda de sopetón.

Blake rió con ganas.

Se me antojaba extraño mantener con él una conversación desenfadada. Cuando su risa menguó, se mantuvo en silencio unos instantes antes de hablar de nuevo.

—El rojo simboliza cómo me siento cuando te veo —dijo con un tono ronco, bajando la voz—. Y cuando te toco, te beso o te lamo...

Tragué saliva despacio, notando que mi garganta se estrechaba por momentos y mi respiración se tornaba más audible. Sus palabras provocaron en mí una reacción que desconocía, un deseo intenso. Era sorprendente que lograra hacerme sentir aquello, incluso estando en otro país, a miles de kilómetros de distancia, y teniendo en cuenta que, supuestamente, ni siquiera me caía bien.

Al mismo tiempo, además, me sentía segura, tranquila, con la certeza de que sabía lo que estaba haciendo y que, de algún modo, manejaba las riendas de mi vida sin que nada ni nadie se interpusiese en mis decisiones.

—¿Te ha dado un infarto, o algo así? —me preguntó tras mi silencio, con un toque burlón en la voz.

—Se me había caído el teléfono —mentí, y luego tosí, aclarándome la garganta con nerviosismo—. Será mejor que intentemos dormir, mañana tengo que levantarme temprano para ir a ver a mis tíos...

—Tienes razón. Ya habrá tiempo para descubrir más cosas sobre el color rojo.

¿Por qué tenía esa-maldita-voz-tan-sumamente-seductora?

—Buenas noches —me despedí—. Y Blake, feliz Navidad.

Cuando colgué, alejé el teléfono de mi oreja y descubrí que habíamos hablado durante más de media hora. Dos fenómenos se habían sucedido en ese espacio de tiempo. En primer lugar, el tiempo se me había pasado volando. Y en segundo lugar, aunque no por ello menos importante, no habíamos discutido ni una sola vez. Casi podía considerarse un milagro navideño.

Los siguientes cuatro días fueron agotadores. No recordaba que estar en casa fuese tan estresante. Los días se esfumaron uno tras otro, ya que me vi obligada a visitar a mis tíos por parte de ambas familias, a mi querida abuela –que vivía en las afueras, casi a dos horas de trayecto en coche, en la enorme villa de mi tía Agnès– y a dos primas que se habían independizado durante ese año.

Cuando terminé la ardua tarea de «cumplir el horario de visitas» que exigía mi extensa familia, descubrí que mi madre había organizado una cena en casa con los padres de Lissa. Los compromisos parecían no tener fin.

Había imaginado unas Navidades tranquilas saliendo a pasear por la ciudad, comprando regalos navideños con mi madre o preparando la cena con papá, que era, sin duda, el mejor cocinero del mundo. Por el contrario, apenas había tenido un hueco libre, me sentía como una ejecutiva sumamente ocupada que debía asistir a numerosas reuniones; parecía que estaba en un viaje de negocios y no de placer.

Las únicas horas de calma llegaban al anochecer, cuando hablaba con Blake por teléfono. El primer día me había sorprendido. Y el segundo también. Sin embargo, los siguientes tres días había colocado directamente el móvil bajo la almohada, con la esperanza de que no se hiciese de rogar y llamase rápido. Es más, el penúltimo día de vacaciones, lo llamé yo a media tarde sin ninguna razón concreta.

–¿Ocurre algo? –preguntó en cuanto descolgó la llamada.

Fruncí el ceño. Era toda una suerte que no pudiese verme.

–No, ¿por qué lo preguntas?

–No sé, son las seis de la tarde. Y estás llamándome.

–No lo pillo, Blake. –Me levanté de la cama y me miré en el espejo de mi habitación, evaluando el atuendo que había elegido para la cena de aquella noche con los padres de Lissa–. ¿Intentas decirme que tú puedes llamarme cuando te dé la gana, pero yo no puedo hacer exactamente lo mismo?

–¿Por qué no admites que no podías aguantar hasta esta noche para escuchar mi voz?

–Eres idiota.

Y antes de colgar, oí cómo reía.

Llamó varias veces, pero no lo cogí.

Me convencí a mí misma de que no estaba enfadada. ¿Por qué iba a cabrearme por alguien que me importaba entre poco y nada, aproximadamente?

Lissa vino a casa dos horas antes de que sus padres llegasen. Como en los viejos tiempos, trajo una bolsa enorme de golosinas que había comprado en Barthélemy, una tienda de dulces famosa en la zona, y nos tumbamos en mi cama. Mientras intentaba atrapar con los dedos un osito de frambuesa, ella inspeccionó los pintaúñas que me habían regalado por Navidad.

Llevaba todas las vacaciones sopesando la idea de contarle lo ocurrido con Blake, pero no sabía por dónde empezar, era difícil explicar que hacía unas semanas me apetecía matarlo, pero ahora prefería besarlo... porque había descubierto que era más excitante de lo esperado.

—¿Qué más te han regalado? —me preguntó, levantándose de la cama y abriendo mi armario en busca de ropa nueva.

—Este anillo —dije, extendiendo la mano para que pudiese verlo. Era precioso, de plata, con una pequeña mariposa tallada en la punta—. También unas zapatillas y un suéter, pero lo estrené en cuanto abrí el regalo y ahora está en la lavadora.

Lissa no hizo más comentarios. Supongo que intuía que mi verdadero regalo navideño había sido pasar las vacaciones en casa. Se acomodó de nuevo a mi lado y admiró el anillo con una sonrisa.

—¿Qué te han regalado a ti?

—Lo de siempre, ropa y más ropa, ya sabes que mis padres rebosan originalidad —dijo con ironía—. Ah, y esto —añadió, sacudiéndose el cabello de los hombros y dejando al descubierto un colgante con forma de corazón—. Lo envió Adam.

—Es perfecto. —Rocé con la punta de los dedos el corazón y leí la inscripción de sus nombres tallados sobre el colgante—. Tenéis suerte de haberos encontrado el uno al otro.

—Lo sé. —Sonrió y luego me cogió de la mano—. A ti también te llegará tu momento, ya verás. Y será cuando menos te lo esperes. Lo presiento.

Desvié mi mirada de la de Lissa.

—Hablando de momentos... —Entrelacé los dedos con nerviosismo—. El otro día tuve uno de esos instantes en los que pensé: «¡Eh!, ¿qué demonios me pasa en la cabeza?», pero después sopesé mis opciones y me dije: «Bueno, tampoco está tan mal. Es más, si me dejo guiar solo por el sentido de la vista, el tacto y el olfato está muy bien».

Sonreí con inocencia cuando terminé de hablar.

Lissa inclinó la cabeza hacia un lado, entrecerró los ojos y me observó con atención, como si un extraterrestre me hubiese abducido durante la cena de Navidad.

–¿Se puede saber de qué demonios estás hablando?

–Hablo de la atracción, de la pasión, del color rojo...

–¿Te encuentras bien, Léane?

–Sí. O quizá no, porque el otro día me besé con Blake –confesé finalmente, sintiendo que, si retenía más tiempo esa información, estallaría en mil pedazos.

Al principio Lissa rió; comenzó con un sonido flojo que se fue haciendo más estridente para, segundos después, terminar por extinguirse al advertir que mis palabras no eran una broma.

–Sé que estoy enferma –me excusé, antes de que ella pudiese comenzar a gritar mil improperios–. Es obvio que a mi cerebro le ocurre algo, es la única explicación lógica.

–¿Estáis juntos? –Lissa presionó sus dos dedos índices como representación de nuestra posible unión.

–No, en absoluto –respondí a toda prisa–. Hemos hablado de ello. Es algo meramente físico, nada más. Como ese lío que tú tuviste el año pasado con Gautier.

Lissa meditó la idea durante un largo minuto que se me antojó tremendamente incómodo; me sentía como si tuviese cinco años y mi madre estuviese valorando la posibilidad de castigarme sin salir o concluir el percance manteniéndolo como una simple anécdota.

Cuando sonrió, me sentí más tranquila.

–Mientras no sientas nada por él... –Se llevó un dedo al mentón–. ¿Y qué ocurre con el concurso?

–Sigo queriendo ganar. Supongo que tendré que machacarlo. –Ambas reímos–. A propósito, ya casi he preparado el último reportaje, aunque todavía no tengo demasiado claro si dejar el final así... –Cogí uno de los múltiples papeles que descansaban sobre el escritorio–. Creo que suena demasiado serio y no quiero parecer distante.

–Vale, adelante, ¡me encanta ser tu espectadora número uno! –Señaló con la mano el centro de la habitación, invitándome a recitar el reportaje.

Mientras me levantaba con la hoja en la mano, dado que todavía no me lo había aprendido de memoria, Lissa se acomodó en la cama, reposando la espalda contra la pared. Pasamos la siguiente hora y media comiendo ositos de gominola, revisando el reportaje y valorando unos quinientos finales alternativos. Ninguno de ellos parecía convencernos lo suficiente.

Todavía no habíamos llegado a ningún consenso entre ambas relacionado con el dichoso final, cuando llegaron a casa los padres de Lissa y su hermana pequeña. Durante la cena, estuvimos relatándoles todo lo que habíamos vivido en Inglaterra; tenía la sensación de que contábamos las mismas historias una vez tras otra, pero ni a mis padres ni a los de Lissa parecía importarles. Toda información que pudiésemos darles era siempre insuficiente para ellos.

Si hubo un nombre que se repitió en la cena alrededor de veinte veces fue, sin duda, el del pobre Adam. Los padres de Lissa básicamente me interrogaron sobre él, y lo hicieron con tal intensidad que hasta la policía habría considerado sus métodos poco éticos. Querían saber qué comía, dónde vivía, qué notas había sacado en el último trimestre, cuál era el oficio de sus progenitores y hasta la talla de su pantalón. Apreciaba a los señores Leveque, pero, si me hubiesen pedido que los definiese con una palabra, habría optado por «asfixiantes».

La cena se tornó todavía más tensa cuando el señor Leveque descubrió que mi vuelo de regreso en avión no coincidía con el de Lissa y que, para colmo, aterrizaría en el aeropuerto de Londres. Se empeñó en reservar un billete a primera hora de la mañana para que pudiésemos volver juntas, costase lo que costase.

A mis padres no pareció gustarles la idea pero, a pesar de que estuvieron discutiendo el tema durante gran parte de la velada, terminaron cediendo. Entendía que el señor Leveque lo hacía con la mejor de las intenciones, pero también comprendía que para mi familia era una especie de desprecio a todo el trabajo que habían realizado para poder comprar un billete de avión que ni siquiera llegaría a utilizar.

Cuando finalmente la velada terminó y se marcharon nuestros invitados, mi madre pasó el resto de la noche criticando que se hubiesen empeñado en regalarme el billete de avión. Es más, dijo que durante la cena se había inspirado y que tenía en mente pintar un cuadro bastante macabro que reflejase las diferencias sociales de un modo abstracto. No me preocupaba la actitud de mi madre: sabía que apreciaba a los señores Leveque y que su enfado se habría esfumado antes de que amaneciese.

El sábado por la tarde me despedí de mis padres en el aeropuerto. Hubo lágrimas, eternos abrazos y numerosos sollozos incontrolados. Ya los echaba de menos, incluso antes de subir al avión.

El viaje se tornó interminable, gracias a Lissa.

A pesar de que seguía teniendo ciertas reticencias hacia Blake, no parecía desagradarle lo que había ocurrido entre nosotros. Es más, pasó horas hablando de todos los detalles que había conocido de él mientras estaba en casa de Adam, sacándome de quicio.

Ahora sabía un montón de cosas que, por supuesto, no me importaban, como el hecho de que básicamente solo se alimentaba de pizza, que le gustaban los gatos (¿qué función informativa tenía este dato tan irrelevante?), que su capacidad organizativa era nula o que estaba enganchado a la serie *Breaking Bad* (razón por la cual surgían discusiones cuando Adam y Lissa querían ver la televisión).

Tras bajar del avión, cogimos un taxi para llegar a la residencia. Me dolía muchísimo la cabeza, concretamente en la zona de las sienes. Lissa tan solo subió a la habitación para dejar las maletas, puesto que había quedado con Adam en una cafetería cercana y estaba deseando reunirse con él. Bien por mí, porque necesitaba descansar y dejar de oír el nombre de Blake.

Me puse el pijama –tras el largo día entre aeropuertos no tenía intención de salir, ni tan siquiera para ir a cenar al comedor de la residencia–, cogí una novela que tenía a medias y comencé a devorarla tumbada en la cama. No había nada más relajante en el mundo que leer en soledad y, sobre todo, en silencio.

★ 18 ★

Blake

Recosté la espalda sobre la pared del pasillo y esperé paciente a que se abriese la puerta de enfrente. Miré mi reloj, advirtiéndome que pasaban cinco minutos de la hora prevista. Tenía entendido, gracias a la información que Adam me había proporcionado, que Léane acababa la clase de documentación a las doce del mediodía.

No había visto a Léane desde el comienzo de las vacaciones navideñas.

Cuando la puerta del aula de documentación se abrió, numerosos estudiantes comenzaron a salir por ella, llevando libros en las manos y mochilas colgadas del hombro con despreocupación. Léane no se percató de mi presencia cuando empezó a caminar por el pasillo. La seguí y la obligué a frenar al rodear su cintura con mis brazos. Rocé con los labios el lóbulo de su oreja.

—¿Me has echado de menos? —susurré—. No hace falta que contestes, sé que sí.

Léane se volvió, enfrentándome cara a cara.

—Apenas recordaba tu existencia. ¿Te llamabas Bane o algo así? —bromeó.

Sonreí y la cogí de la mano.

—Ven —le pedí, y comencé a caminar por el pasillo de la universidad, casi arrastrándola a mi paso.

—¿Adónde vamos?

Ignoré su pregunta y avancé hasta llegar al aula donde había dado mi última clase. Sabía que allí no habría nadie hasta las cuatro, cuando empezaba nuevamente el turno de clases. Cerré la puerta en cuanto entramos.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

En vez de responder, la besé.

Presioné mi cuerpo contra el suyo casi con brusquedad. Notaba la tensión de Léane en sus hombros rígidos y sus movimientos poco naturales... pero, transcurridos unos

instantes, comenzó a relajarse. Me rodeó el cuello con las manos y entreabrió los labios permitiendo que nuestras lenguas se rozasen.

La cogí entre mis brazos, alzándola, y la senté sobre uno de los pupitres. Separé sus piernas con la rodilla y me pegué más a ella.

La oscuridad que invadía la clase provocaba que cada caricia se tornase más íntima. Podía oír nuestras respiraciones, agitadas e intercaladas, como si no tuviésemos suficiente aire.

Léane, sentada sobre la mesa, rodeó con sus piernas mi cintura. Rompí el beso para mirarla y le aparté el cabello de la cara.

–Yo sí te he echado de menos –le aseguré.

Y era cierto. Durante las vacaciones había pensado en ella más de lo correcto.

Ante su impenetrable silencio, me arrepentí de las palabras que había pronunciado.

–¿Qué haces esta tarde? –le pregunté.

–Tengo que estudiar. –Se mordió el labio inferior–. ¿Quieres venir a la biblioteca?

–Suenan tentador –respondí irónico–, pero creo que paso.

Cuando intentó bajar de la mesa, la retuve sujetándola de las caderas. Apoyé mi frente sobre la suya.

–¿Y el viernes?

–Tenemos reportaje –me recordó.

–Después del reportaje. –Sonreí–. Así será más interesante.

–¿Más interesante porque tendré que consolarte? –Me hizo a un lado y saltó del pupitre; luego me señaló con un dedo acusador–. Espero que no tengas preparada ninguna treta.

–En absoluto. Que gane el mejor –aseguré–. O sea, yo.

Léane no rió. Me dedicó una mirada traviesa y abandonó la clase con paso decidido.

Cuando se fue, me senté en una de las sillas y permanecí un buen rato en el aula vacía.

El viernes me levanté extrañamente animado. Había preparado concienzudamente el reportaje de esa tarde; el hecho de querer ganar a Léane lograba motivarme como pocas cosas lo hacían. Además, había sido algo nuevo que, durante el periodo navideño, Emma me ayudase en la fase de investigación, porque, antes de saber sobre qué trataba el reportaje, no tenía ni idea de la historia que escondían los jardines Forbury.

Emma tampoco es que fuese un prodigio a la hora de documentarse, pero había leído un montón de papeleo por mí, desechando la información irrelevante y poniéndome las cosas más fáciles. De cualquier modo, nos habíamos divertido bastante, porque misteriosamente, cada vez que ensayaba un reportaje, a Emma le daba por reírse a carcajadas.

Llegué antes que los demás a los jardines Forbury, el lugar donde debíamos realizar el siguiente directo. Los jardines eran uno de los puntos más turísticos de la ciudad, pues el parque daba a la parte exterior de la Abadía de Reading. Caminé por uno de los muchos senderos, hasta llegar a la zona céntrica, donde se alzaba la estatua Maiwand Lion, del escultor George Blackall Simonds. Me senté en uno de los bancos de madera, estirando un brazo sobre el respaldo, y aprecié los vivos colores que lo inundaban todo. Siempre me había gustado ese lugar, los jardines eran tranquilos e irradiaban armonía.

No tardaron demasiado en llegar. A lo lejos, Léane me sonrió. Centré mi mirada en ella, ignorando a todos los demás, y la observé caminar bajo el tenue sol de invierno.

—Acabemos cuanto antes —farfulló Jaden de mala gana al tiempo que dejaba los bártulos en el suelo.

—Sí —clave los ojos en Léane—, tengo cosas importantes que hacer.

En esta ocasión, Mark Dabbent se adelantó y pidió salir en primer lugar. Durante el reportaje, dejó aparcada a un lado su faceta más humorística y no lo hizo nada mal. Pocas bromas se podían hacer con el tema que teníamos que tratar.

Cuando llegó mi turno, busqué a Léane con la mirada. Tenía la certeza de que, tras lo ocurrido entre nosotros, la competición sería limpia. La encontré sentada en un banco de madera, frente a mí, con las manos apoyadas en su regazo y observándome con atención; en cuanto descubrió que la miraba, sonrió tímidamente.

Su sonrisa me tranquilizó de un modo extraño.

Me llevé el micrófono a los labios y comencé cuando Gael me indicó que lo hiciese.

—Queridos amigos, hoy me gustaría presentaros a una amiga muy especial —comencé a decir, desconcertando a los demás concursantes—. Su nombre es Reading y sí, es probable que a muchos os suene, porque es la ciudad donde vivís. Sin embargo, puede que nunca os hayáis parado a conocerla en profundidad y a indagar en ella. —Una vez captada la atención de los espectadores, comencé la pequeña clase de historia—. Me encuentro en los jardines Forbury, como podéis ver a mi espalda. —Estiré la mano hacia un lado, a modo de indicación—. Quizá algunos de vosotros reconozcáis la estatua

Maiwand Lion como uno de los símbolos más emblemáticos de la ciudad. –El león de piedra se alzaba a mi derecha y era gigantesco. Me acerqué y posé una mano sobre la superficie rectangular que lo sostenía–. La estatua fue erigida en 1886 para conmemorar la pérdida de más de 300 oficiales y soldados del Regimiento Real de Berkshire en la batalla de Maiwand. –Bajé ligeramente el tono de voz, intentando mostrar empatía–. Desde la reapertura de los jardines, en mayo de 2005, incontables turistas han pasado por aquí para visitar la obra de George Blackall Simonds, más conocido localmente como el León Forbury.

Me recreé explicando diferentes detalles del parque, como el quiosco de música o la zona del estanque. Estaba relajado. Mientras hablaba, notaba mi cuerpo liviano. Y me gustaba esa sensación.

–Reading no debería ser solo conocida por ser un centro de negocios o una ciudad universitaria, porque entre sus calles se esconden grandes momentos de la historia que merecen ser contados –expliqué–. Los asentamientos en Reading datan del siglo VIII y fue muy importante en la época medieval, gracias a la abadía que estaba aquí mismo y de la que hoy, tras ser bombardeada durante la Segunda Guerra Mundial, tan solo quedan ruinas –aclaré–. Por eso, os animo a que salgáis a recorrer la ciudad, y no me refiero precisamente a recorrer un sinfín de bares y locales de ocio hasta el amanecer –ignoré las risas y seguí hablando como si tal cosa–, sino a darle una oportunidad de verdad. Os recomiendo que visitéis los jardines de Forbury, al igual que la rivera del Támesis, uno de los lugares más apacibles de la ciudad, o Thames Path. Y si pasear no es lo vuestro, siempre podéis descubrir el Reading Museum o disfrutar del cine independiente en el Reading Film Theatre –concluí–. Les ha informado Blake Lekker.

Le tendí el micrófono a Léane cuando terminé y rocé sus dedos a propósito.

–Supera eso –le susurré al oído.

–Hecho –sonrió de un modo encantador–, será fácil.

Enfocó su discurso a las bases históricas del jardín. Era interesante, pero también aburrido. No iba a superarme. A los espectadores les importaba bien poco la vida del rey Enrique I, de eso estaba seguro. Y se enrolló muchísimo, era como una especie de disco rayado que no dejaba de exponer datos y más datos y... en fin, nuevamente datos.

Fruncí el ceño. Estaba seguro de que podría haberlo hecho mucho mejor. No solo el reportaje era un muermo, sino que se había trabado en dos ocasiones, repitiendo la última palabra para enlazar la siguiente frase.

Cuando terminó, caminó hacia donde nos encontrábamos los demás con inseguridad, sin dar pasos firmes. Mark le propinó una (innecesaria) palmadita en la espalda y ella le sonrió. Me incliné para susurrarle al oído.

—¿Qué te ha pasado?

Me miró con recelo, aunque no tenía razones. Ya le había asegurado que la competición sería limpia.

—¿Por qué lo preguntas?

—No ha sido tu mejor día... —tanteé, bajando todavía más la voz, dado que Marlenne acababa de coger el micrófono.

Léane presionó los labios. Parecía incomodarla que hablásemos sobre el concurso.

—Tampoco el tuyo —mintió—. Y no quiero hablar precisamente de esto contigo.

No contesté. Me mantuve en silencio, atento al reportaje de Marlenne, y, en cuanto terminó y Gael y Jaden comenzaron a recoger el equipo, le propuse a Léane que nos marchásemos de allí. Ella se mostró nerviosa mientras subía al coche.

—¿Vamos a tu casa? —me preguntó con cautela.

—No. —Giré las llaves en el contacto, arrancando el coche—. Tengo hambre.

—¿No tenéis comida allí?

—Solo pizza, básicamente —le expliqué—. Me apetece algo diferente.

Japonés. Hacía semanas que deseaba cenar comida japonesa. Ahora el antojo se había vuelto más fuerte. Me pregunté si a Léane le gustaba ese tipo de gastronomía.

Abandonamos el centro de la ciudad y nos dirigimos hacia Berkshire atravesando una carretera concurrida.

—Vas demasiado rápido —protestó Léane por cuarta vez consecutiva. Giré levemente la cabeza para mirarla—. ¡Céntrate en la carretera! —se quejó.

Suspiré hondo. También por cuarta vez. Estaba logrando desquiciarme. Agarré el volante con más fuerza de la necesaria.

—¿Por qué no te duermes hasta que lleguemos? —le propuse—. Creo que así el viaje será más ameno para los dos.

—No tengo la culpa de que no sepas conducir.

—¿Qué sabrás tú? ¡Ni siquiera tienes carnet!

Léane bufó de un modo exagerado. Ignoré sus quejas cuando me incliné hacia ella para sacar un CD de música de la guantera. Lo introduje y comenzó a sonar la canción *Blue Suede Shoes*, de Elvis Presley.

–¿Elvis? –Léane me miró–. Me sorprendes cada día.

–Lo sé.

Se acomodó en el asiento del copiloto, estiró las piernas y pareció relajarse.

–No te imagino cantando esto en la ducha –dijo.

–¿Me imaginas muy a menudo en la ducha?

Aparté la vista de la carretera para mirarla y advertí cómo sus mejillas se encendían levemente. Pero no como otras veces. Parecía menos avergonzada, más segura.

–Era solo un decir.

Fijó la vista en la ventanilla del coche.

Aparqué cerca del restaurante. Tan solo había estado allí en dos ocasiones durante el pasado año; Ryder lo había descubierto durante una de sus salidas. Cuando iba a un japonés, exigía poder ver cómo un japonés preparaba mi comida japonesa. Era genial.

Léane leyó el letrero de la entrada cuando llegamos al restaurante.

–¿Shintori Teppanyaki? –Unas arrugas se dibujaron en el puente de su nariz–. No. Yo no como cosas crudas.

Me molestó su reacción. No es que aquello pudiese considerarse una cita, pero había hecho bastantes kilómetros para llegar hasta Berkshire e indudablemente me había imaginado otra respuesta por su parte. Un poco de emoción no habría estado nada mal.

Intentando no mostrar mi enfado, me encogí de hombros con indiferencia.

–Pues no comas –dije–. Puedes esperar sentada hasta que termine de cenar.

Cuando avancé hacia la entrada, Léane me retuvo sujetándome del brazo. Observé su pequeña mano sobre la tela de mi sudadera; llevaba las uñas pintadas de un amarillo limón que me recordaba al verano, a algo muy vivo.

–Nunca he comido en un japonés –me confesó–. No sé si me gustará o si me dará asco. Y supongo que no podré saberlo hasta que lo pruebe. –Sonrió y presionó ligeramente sus dedos sobre mi brazo–. Entremos. Tengo hambre.

La decoración del restaurante era gris con toques rojos aquí y allá, entre los muebles de estilo minimalista que tenían formas simples y geométricas. Nos acomodamos en una especie de barra bastante ancha, frente a uno de los cocineros que limpiaba la plancha en silencio. Levantó la mirada en cuanto nos sentamos.

Léane observó con atención cada uno de los movimientos que hizo el cocinero. Acerqué más mi silla a la suya hasta que nuestras piernas se rozaron.

—No es como si fueses a probar picante... otra vez. —Sonreí burlón—. Esto es mejor, te lo aseguro. Además, no todo lleva pescado, puedes pedir *sushi* de verduras.

Ella chocó su rodilla contra la mía, a modo de advertencia, pero no contestó. Volvió a centrar la vista en la espátula que el cocinero japonés arrastraba sobre la plancha. Cuando terminó, entrecerró los ojos y nos sonrió.

—¿Qué van a pedir? —preguntó con un marcado acento extranjero.

Abrí la boca dispuesto a responder, pero Léane se me adelantó.

—¿Congeláis todo el pescado? —Se inclinó ligeramente sobre la barra.

Puse los ojos en blanco ante su preocupación por la salmonelosis.

—Sí, señorita.

—De acuerdo... —dijo, pero miro con cierta desconfianza al cocinero. ¿Por qué siempre tenía que ser tan... prudente?—. Probaré algo de *sushi*. No tengo mucha idea, lo dejo a su elección.

—Pónganos a ambos *maki*, *nigiri* e *inari* —dije—. También un *chirashizuhi*.

El cocinero comenzó a trabajar. Cortó el pescado con asombrosa precisión, después lo enrolló con arroz en una hoja de alga *nori* y nos entregó los *maki*, antes de preparar el resto de la cena.

Léane cogió entre sus dedos el *maki* con cara de asco y lo observó durante un largo minuto. Con la paciencia bajo mínimos, le quité el *maki* de las manos y lo acerqué a su boca.

—Muerde —le pedí.

Léane le dio un bocado minúsculo y luego masticó despacio, casi a cámara lenta. Me recreé en el lento movimiento de sus labios y me asusté al descubrir lo mucho que me apetecía besarla.

—No está nada mal... —dijo, sin dejar de mirar su rollito de algas—. Casi no sabe a pescado.

Satisfecho tras su reacción, empecé a cenar. Estaba todo delicioso, especialmente el *chirashizuhi*, un cuenco que contenía arroz con trozos de pescado y algunos ingredientes más que desconocía. Léane no comió demasiado, pero probó todas las variedades de *sushi* y opinó sobre cada una de ellas como si fuese crítica gastronómica.

Una mujer japonesa, que vestía una sobria falda de tubo, se acercó a nuestro silencioso cocinero y le indicó que había otros clientes a la espera. Él se fue hacia la plancha de al lado y escuchó el pedido de una acaramelada pareja. Observé cómo la pierna de ella

colgaba sobre las del chico; en cuanto el cocinero se volvió para preparar la comida, comenzaron a besarse entre sonrisas de complicidad. Léane giró la cabeza para descubrir qué estaba mirando y, cuando vio a la pareja, los bordes de sus labios se alzaron lentamente hasta formar una sonrisa.

—¿Por qué sonríes? —le pregunté.

Me miró confusa.

—No sé, es una escena agradable. —Se apartó el cabello hacia atrás—. ¿Qué tiene de malo?

—Son patéticos. —Entrecerré los ojos—. ¿Es que acaso crees en el amor?

—¡Por supuesto que sí!

Léane cogió los palillos japoneses, que no habíamos usado para cenar, y jugueteó con ellos distraída.

—Entonces, ¿qué haces aquí conmigo? —Me incliné más hacia ella.

Se mordió el labio inferior. Y en ese momento se me antojó frágil y me odié a mí mismo por provocar aquella reacción en Léane.

—Creo en el amor, pero todavía no lo he encontrado. —Clavó sus ojos en los míos—. Sé que llegará en cualquier momento. Mientras tanto, como tú me aconsejaste, me conformo con pasarlo bien y disfrutar del presente.

—¿Cómo es posible que creas en algo tan irreal?

—Por mis padres —contestó—. Ellos se quieren como el primer día.

Me removí incómodo en mi asiento.

—Eso es imposible —afirmé, con más seguridad de la que realmente tenía—. ¿Cuánto tiempo llevan casados?, ¿veinte años..., por ejemplo?

—Algo así.

—¿En serio piensas que a estas alturas no están cansados el uno del otro?

Léane frunció los labios, molesta.

—No es que lo piense, es que lo sé —puntualizó, pero descubrí un leve atisbo de duda en su voz.

Medité sus palabras en silencio. Veinte años... eso era mucho tiempo. Demasiado. Lo ideal sería que los matrimonios tuviesen una fecha de caducidad, como todo lo demás en la vida. Las palabras «para siempre» estaban sobrevaloradas.

Veinte años con alguien eran alrededor de 7.300 días levantándote junto a la misma persona. En horas, la cifra ascendía hasta 175.200. Asustaba. Asustaba de cojones.

Tragué saliva despacio e intenté recomponerme.

Dejé caer una mano sobre su pierna y presioné levemente, ascendiendo por su rodilla hasta la zona del muslo. Advertí cómo Léane se estremecía. Tan solo hacía falta aquello para que el corazón comenzase a latirme a trompicones.

—¿Vamos a mi casa?

Asintió con la cabeza y sus mejillas se encendieron levemente.

Pagué la cuenta del restaurante antes de salir. Durante el camino de vuelta, ninguno de los dos habló. No quise poner música, me gustó ese silencio entre nosotros. Era un silencio «previo»; ambos presentíamos qué iba a ocurrir.

Cogí su mano cuando llegamos a casa y ascendimos sin prisa las escaleras que dirigían hacia mi habitación. Cerré la puerta en cuanto entramos. Los ojos de Léane recorrieron ávidos cada rincón; primero fijó la vista en la cama y luego ascendió la mirada y vislumbró las plantas, el escritorio y las estanterías.

Sin dejar de analizar cada uno de sus movimientos, me quité la chaqueta y la dejé sobre el respaldo de la silla. Léane se giró y me miró de un modo extraño.

—Quizá tengas razón —dijo hablando en voz baja—. No sé si existe el amor. Puede que mis padres solo sigan juntos por mí o por simple comodidad... muchos matrimonios lo hacen.

Se le quebró la voz.

Quise decirle que no era cierto, incluso aunque no creyese en ello. 7.300 días era mucho tiempo, podía significar algo. Tenía que significar algo.

Pero fui incapaz de decir nada. Tan solo la besé.

★ 19 ★

Léane

Entreabrí los labios y nuestras lenguas se rozaron. Respondí a su beso con tal intensidad que hasta él pareció sorprenderse. Lo necesitaba ahora. Solo a él. Solo eso.

El tacto de su piel, el cítrico aroma masculino, su aliento cálido, sus manos explorando mi cuerpo... necesitaba sentir todo aquello. Dejé la mente en blanco y mis movimientos se tornaron impulsivos. Acaricié su estómago y luego alcé lentamente el borde de su camiseta. Él extendió los brazos sin dejar de mirarme, permitiendo que le quitase la ropa. Lo besé de nuevo y rodeé sus hombros con las manos.

Blake presionó más su cuerpo contra el mío hasta que mi espalda chocó contra la estantería y ésta se tambaleó ligeramente. Y durante unos instantes me sentí pequeña frente a él, frente a la intensidad de su mirada, frente a su cuerpo, frente a la atracción que parecía desbordarnos...

Los ojos verdes de Blake se clavaron en los míos, y advertir el deseo que emanaba su mirada me hizo sentir más fuerte. Alcé los brazos, él me despojó del suéter y luego desabrochó el sujetador con una facilidad sorprendente. Me estremecí cuando su mano acarició mis pechos y, todavía más, cuando lo hizo su lengua. Cerré los ojos con fuerza y hundí los dedos en su cabello negro.

No quería que parase. Y necesitaba más.

Desabroché el botón de sus pantalones vaqueros.

Como toda respuesta, Blake me mordió el labio inferior, deslizándose después su lengua por el contorno, haciéndome temblar.

Bajé la mano hasta acariciar su excitación y él gruñó ante el contacto.

Parecía que la temperatura de la habitación había aumentado más de veinte grados. Un calor sofocante se apoderaba de todo mi cuerpo, dejándome sin aliento. Casi con desesperación, como si no pudiese aguardar ni un segundo más, Blake me quitó la poca

ropa que todavía me cubría. Acarició la curvatura de mi espalda, antes de alzarme fácilmente entre sus brazos y permitir que rodease con las piernas su cintura.

Caímos sobre la cama. Y entonces todo se convirtió en una competición de deseo por ver quién tocaba más, quién gemía más, quién besaba más... Solo podía escuchar el sonido de nuestras respiraciones entrecortadas.

Blake rompió el beso para abrir el cajón de la mesita y sacar un preservativo. Ahogué un gemido de anticipación. Cuando abrió el envoltorio, me lo tendió y las comisuras de sus labios se alzaron levemente hasta formar una sonrisa irresistible.

—Soy todo tuyo. —Se inclinó para susurrarme al oído.

Mientras se lo ponía, él no dejó de mirarme fijamente, haciéndome temblar.

Pensé que había llegado «el momento». Deseaba ese momento. Pero Blake frenó. Sus manos ascendieron lentamente por mis piernas hasta terminar entre los muslos y comenzó a acariciarme con cortos movimientos circulares. Advertí que un intenso placer se apoderaba de todos mis sentidos, clavé las uñas en su espalda, intentando aferrarme a algo, y él sonrió. Respirar se tornó una tarea compleja. Gemí y, poco después, todo mi cuerpo vibró.

En cuanto terminé, sin darme tiempo a recobrar el aliento, Blake se introdujo en mí con fuerza. Y fue una sensación indescriptible. Todo volvió a comenzar de nuevo, como si el calor que me ahogaba no fuese a extinguirse jamás. Se movió lento al principio y luego más rápido, más intenso, más profundo. Minutos después, noté cómo su cuerpo se tensaba y jadeó antes de derrumbarse sobre mí y esconder el rostro en mi cuello.

El silencio se apoderó de la habitación. Cerré los ojos con fuerza y volví a abrirlos cuando sentí la mano de Blake apartándome el cabello sudado del rostro. Me miró serio y me perdí en la profundidad de sus ojos.

—Tú ganas. Tienes razón, sí que existe el amor —susurró—. Existe para aquellos que realmente quieren encontrarlo. Puedes aferrarte a ello o darle la espalda.

Tragó saliva despacio, al tiempo que sus dedos rozaron mis labios con delicadeza. Por alguna razón, no podía dejar de mirarlo.

—Si es lo que quieres... lo hallarás tarde o temprano —concluyó.

Mi reacción tras sus palabras me pilló por sorpresa. Lo abracé con fuerza, con muchísima fuerza, y él dejó que lo hiciese.

Me gustó escuchar cómo su corazón latía. Permanecí muy quieta, con la cabeza apoyada en su pecho. Pasó tanto tiempo que creí que se habría dormido, pero, cuando

alcé el rostro para mirarlo, descubrí que seguía despierto, con la vista clavada en el techo blanco de la habitación. Sonrió cuando descubrió que lo observaba.

—¿En qué piensas?

Su sonrisa se tornó más amplia.

—Esa pregunta debería estar prohibida —respondió.

Apoyé un codo sobre el colchón y me separé de él. Blake se acercó más a mí, eliminando la distancia que acababa de crear entre nosotros.

—Pienso que deberías quedarte a dormir —dijo finalmente.

—¿Crees que es una buena idea?

—Solo es una idea. Y no quiero pensar si es buena o mala.

Sonreí como toda respuesta.

Blake se levantó de la cama, abrió el armario y me tendió un pijama azul; el mismo que había usado la noche que dormí en la habitación de Adam. Él comenzó a vestirse.

—Voy a la cocina a ver si cojo algo para comer —dijo.

—¿Todavía tienes hambre? —Alcé una ceja.

—Sí. —Sonrió de un modo provocador y no supe si su hambre guardaba más de un sentido.

En cuanto salió, fijé la vista en el calendario que colgaba al lado de la cama. Todos los días pasados estaban tachados con una cruz y me pregunté con qué fin hacía aquello. Merodeé por la habitación, observando en derredor. Me sentía rara e incluso incómoda cotilleando sus cosas, pero la curiosidad era tan fuerte que aplastaba cualquier otro sentimiento.

Fijé la vista en su estantería y me sorprendió descubrir que no había ninguna novela. La mayoría de los libros eran guías de viaje de diversas colecciones, había ciudades que incluso estaban repetidas; los que quedaban fuera de esa categoría eran manuales o tomos informativos de botánica y astrología.

Blake entró en la habitación y me miró con cierta reticencia durante un instante, pero luego apartó la vista y dejó sobre la mesita de noche un paquete de galletas.

—¿Solo lees guías de viaje? —le pregunté mientras me sentaba junto a él en la cama.

—Sí.

Abrió el paquete de galletas, que eran de chocolate con menta. Me tendió una, pero denegué la oferta con la mano.

—¿Por qué?

—Me gusta viajar mentalmente a otros lugares —respondió—. Es útil conocer de antemano sitios que quiero visitar algún día.

Fijé la vista en la mesita donde reposaba una de las guías. El título era gigantesco y ocupaba casi toda la cubierta: *París*. Él siguió el recorrido de mi mirada y frunció el ceño.

—Sé que no iré a todos ellos —repuso, pareciendo incómodo—. Algunos los leo solo por curiosidad.

Asentí con la cabeza.

—¿Has viajado mucho?

—Sí. —Mordió otra galleta, masticó y tragó—. Antes de que mis padres se divorciasen, solíamos viajar a menudo.

Levanté los pies del suelo frío y los crucé sobre la cama, acomodándome más. Tenía la sensación de que él analizaba cada uno de mis movimientos.

—¿Hace mucho que no ves a tu padre?

Blake ladeó la cabeza de un modo brusco. No me gustó lo que vi en sus ojos; su mirada parecía diferente. Advertí cómo sus dedos se tensaban ligeramente y presionaban la galleta con fuerza.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Me dijiste que vivía en Nueva York —respondí con un hilo de voz.

Él dejó el paquete de galletas a un lado, se levantó de la cama y abrió la ventana de la habitación. Un viento frío penetró en la estancia y me estremecí. Evité mirarme mientras se sentaba de nuevo.

—No tengo relación con él desde hace dos años —dijo, y luego emitió un suspiro—. Por si no lo has notado, no me gusta hablar del tema.

—Lo entiendo.

Blake sonrió aliviado y me estiró hacia él. Nos tapó a ambos con las mantas de la cama y se inclinó para apagar la luz de la habitación. Me abrazó y no quise que se apartara; era agradable sentir su cuerpo junto al mío. Todo estaba en calma. Empecé a notar una sensación de cansancio y, al mismo tiempo, de tranquilidad. Sentí que se me relajaban los párpados hasta casi cerrarse... y entonces Blake habló en un susurro casi inaudible.

—¿Crees que es algo malo? —me preguntó.

—¿A qué te refieres?

Su respuesta tardó en llegar.

—A que no hable con mi padre —dijo—. ¿Piensas que soy peor persona?

Intenté encontrar su mirada en la oscuridad, pero no lo logré. Tanteé con los dedos su rostro y, sin saber por qué, sentí que aquello era más íntimo que todo lo demás.

—No lo sé, Blake —respondí, hablando en voz baja—. No sé qué es lo que ha ocurrido entre vosotros. Pero no eres una mala persona, de eso puedes estar seguro.

Su abrazo se tornó más fuerte. Conforme el sueño lo invadió, él se relajó. Solo entonces, cuando escuché su respiración rítmica y pausada, logré dormirme también.

Durante las siguientes semanas, las citas con Blake se volvieron cada vez más frecuentes. Fue una necesidad lenta. Al principio no sentía ese desasosiego cuando no sabía qué estaba haciendo y no nos veíamos durante unos días; pero poco a poco me encontré a mí misma buscándolo en cada pasillo de la universidad, rememorando una y otra vez los momentos que habíamos pasado juntos, escuchando los planes que Lissa tenía con Adam para intentar averiguar qué haría él... Quería pensar que a Blake le ocurría algo parecido, porque habíamos llegado al inquietante punto de vernos casi todos los días.

Lissa había comenzado a preocuparse más de lo necesario.

—Si sigues así, acabarás quemándote —me advirtió mientras recogíamos la habitación. Tiró una camiseta con desgana sobre la cesta de la colada—. Blake no es lo que tú estás buscando.

—Eso ya lo sé. —Suspiré y guardé los pintaúñas que había dejado desperdigados encima del escritorio—. La cuestión es que ahora mismo no busco nada. Así de simple.

Lissa clavó su mirada en mí, haciéndome sentir incómoda.

—¿Y si ahí fuera está tu media naranja pero no la encuentras porque estás demasiado ocupada con un limón? —me preguntó, antes de lanzar volando un pantalón que cayó directamente sobre la cesta de la ropa sucia.

Reí ante la comparación de Blake con un limón, pero volví a serenarme cuando vi que Lissa hablaba en serio. No sé por qué se preocupaba tanto.

—No lo sé... —Medité indecisa—. Tengo muchas cosas en las que pensar ahora mismo como para preocuparme por una naranja perdida. El concurso... cada vez es más

complicado, ayer estuve unas dos horas investigando para el próximo reportaje y ¿sabes lo que conseguí? Nada, tan solo una hoja en blanco. Estoy bloqueada.

Lissa me miró por encima del hombro, mientras colocaba uno de sus vestidos preferidos en una percha de madera.

—Sabes que puedo echarte una mano, solo tienes que pedírmelo —se ofreció—. Pero eso no tiene nada que ver con lo que estábamos hablando. Bueno, ahora que lo pienso, sí, sí que tiene que ver. Si no quedases con Blake casi todos los días, quizá tendrías más tiempo para preparar los reportajes —dejó caer.

—¡Eh, eso ha sido un golpe bajo! —protesté, poniéndome en pie y dejando a un lado lo que estaba haciendo.

Cerró la puerta del armario, se volvió y se encogió de hombros.

—Solo he dicho la verdad.

—Pues gracias por tu sinceridad —contesté molesta—. Pero sabes que el concurso... lo es todo para mí, de esa beca depende en gran medida mi futuro —le recordé—. Y si quedo con Blake es... no sé, porque me lo paso bien, es divertido, consigue que me olvide de todo lo demás, aunque tan solo sea durante un rato.

—Oye, lo siento, no pretendía decir lo que he dicho. —Se acercó y me abrazó. Respiré hondo y distinguí la colonia de mora que Lissa utilizaba desde que tenía catorce años—. Me preocupa que tu relación con Blake se interponga en tus planes. Imagino que debe de ser difícil competir con alguien a quien le estás cogiendo cariño.

—No le estoy cogiendo cariño —mentí.

Lissa rió y, en cuanto me soltó, ambas proseguimos ordenando la habitación. Cuando terminamos, miré el reloj que descansaba sobre la mesita de noche. Ya eran las ocho. Cogí el móvil y leí el mensaje que me había enviado mi padre:

«Aprendí que no se puede dar marcha atrás, que la esencia de la vida es ir hacia delante. La vida, en realidad, es una calle de sentido único», Agatha Christie.

Lo releí cuatro veces. No sabía cómo lo hacía, pero mi padre siempre me mandaba la frase acertada en el momento exacto en el que la necesitaba. O quizá aquello era como los horóscopos, que de un modo u otro logra que te identifiques al ser todo tan ambiguo.

De cualquier forma, tras meditarlo brevemente, le escribí un mensaje a Blake preguntándole qué hacía. Apenas tardó medio minuto en responderme que estaban en Soho, un local del centro, y me preguntó si pensábamos ir.

«Sí», respondí.

Necesitaba mi dosis de Blake. Era como una adicción sin riesgos. Sabía que, si me lo proponía, podría desengancharme. No más Blake. No más momentos explosivos. No más instantes divertidos. El problema era que todavía no quería dejarlo.

Me vestí cómoda, con vaqueros y zapatillas de deporte.

Otra de las cosas buenas de mi cuestionable relación con Blake era que no me preocupaba qué ponerme cuando quedaba con él. No importaba. Daba igual. No tenía que intentar impresionarlo a todas horas o darle una imagen concreta de mí misma, tan solo debía ser Léane, tranquila y transparente, sin complejos ni problemas.

Decidimos ir caminando hasta Soho, puesto que no estaba demasiado alejado de la residencia. Lissa no hizo ningún comentario más sobre mi relación con Blake y me sentí agradecida por ello. Habló del señor Burdock, el profesor de Literatura, ya que había sacado un seis en su examen y sospechaba que la nota tenía mucho que ver con la manía que él le profesaba desde el comienzo del curso.

—Es imposible, estuve semanas estudiando para el examen —protestó.

—¿Has ido a revisión?

—Se me pasó, olvidé el día que era —farfulló—. Le he pedido por favor que me deje ver el examen, pero se niega en redondo.

Cuando entramos en Soho, avanzó decidida hasta encontrar a Adam. Éste estaba recostado contra la pared, en actitud aburrida, pero sus ojos se iluminaron en cuanto la vio y le dedicó una sonrisa inmensa. Suponía que, aunque mi relación fuese bastante cómoda, debía de ser mucho más gratificante que esa persona especial te esperase siempre con los brazos abiertos. Deseché rápidamente la idea y busqué a Blake con la mirada, intentando distinguir su rostro entre la gente que bailaba y saltaba al ritmo de una música electrónica que no era de mi agrado.

Lo vi al fondo, cerca de Ryder, bailando animado. Una atractiva chica morena reía a su lado y su rostro me resultó familiar; estaba segura de que la había visto anteriormente en la residencia, pero no podía distinguir bien sus rasgos desde lejos. Estuve tentada de irme; ¿quién era yo para interrumpir su divertida velada? Ya había dado un paso atrás cuando observé que Blake dejaba caer sus manos en la cintura de la chica y ésta movía su cuerpo con más ímpetu, siguiendo los acordes de la canción que sonaba, pegándose todo lo posible a Blake.

Sentí que algo se encogía en mi interior. No me gustó esa sensación, pero estaba ahí. Era como un pequeño tirón de incomodidad que empezaba en el estómago y ascendía

lentamente por la garganta.

Ryder me vio y movió la mano en alto, saludándome. Me acerqué hasta él. Durante las visitas –casi diarias– a casa de Blake, había entablado conversación con su amigo en varias ocasiones. Tenía una mentalidad similar a la de un niño de diez años, y por sorprendente que pudiese parecer, dado que pasaba cada noche con una chica distinta, yo vislumbraba en él un toque de inocencia que no tenían los demás. Era como un niño grande. Muy grande, en realidad. Ryder medía bastante más que sus dos compañeros de casa y, para poder vislumbrar el cabello rubio y sus ojos de un azul intenso, tenía que alzar la cabeza varios centímetros.

En cuanto Blake descubrió que había llegado, se apartó de la otra chica, me sonrió y me atrajo hacia él. Eso también me molestó, aunque no supe por qué; estaba segura de que cualquier cosa que Blake hiciese en esos momentos lograría cabrearme.

–Estás preciosa –me dijo–, ¿bailas?

Me miré a mí misma y observé atentamente las zapatillas de deporte y la sudadera roja que llevaba. Mi enfado se tornaba más punzante por momentos.

–¿Es una ironía? –pregunté secamente.

Blake me miró confuso e inclinó la cabeza para hablar por encima del elevado volumen de la música.

–No, lo decía en serio. Me gustas cuando vistes informal –aseguró–. Y todavía más cuando no vistes nada. –Sonrió de un modo encantador y me aparté de él.

Sentía que estaba siendo injusta con Blake.

En las últimas semanas nos habíamos enfadado un sinnúmero de veces, pero siempre era por algo relacionado con el concurso o por tonterías sin importancia. «No son enfados, son discusiones chispeantes», había dicho él. Pero ahora estaba molesta de verdad, casi más conmigo misma por haber notado ese leve atisbo de celos que con Blake.

Hasta el momento, él había cumplido todo lo acordado. Tenía práctica en ese tipo de relaciones. Nada cambiaba en Blake. Era legal, se aferraba a sus promesas.

–¿Te pasa algo? –me preguntó.

–Hace calor aquí –me quejé.

Blake me miró de un modo extraño, con demasiada intensidad. A menudo la idea de que él podía leer mi mente me atormentaba. Sabía que era imposible, pero, aun así, cuando me observaba como si lograra ver más allá de lo que yo quería mostrarle, me intimidaba.

—¿Nos vamos? —preguntó.

Antes de que yo pudiese contestar, Blake me cogió de la mano con firmeza y comenzó a caminar hacia la puerta de salida.

—¿Adónde?

—No lo sé, a cualquier lugar.

No protesté. La oferta de estar con él a solas era demasiado tentadora. No me molestaba cuando salíamos con más amigos —aunque había sido en contadas ocasiones—, pero sentía que no era lo mismo. Él no era el mismo. Se comportaba de un modo diferente ante la gente.

Blake condujo con calma por una carretera donde no había demasiados coches. No recordaba haber estado allí antes. Conforme ascendíamos, nos alejábamos más de la ciudad y las luces que iluminaban Reading se tornaron diminutas, como pequeñas luciérnagas que dejábamos atrás.

Cuando llegamos a «cualquier lugar», apagó el motor del coche.

«Cualquier lugar» era la colina sobre la que nos encontrábamos. No había nada a nuestro alrededor y el silencio de la noche solo era interrumpido por el débil cantar de los grillos. Al salir del coche, noté que la temperatura era más baja que en la ciudad. El frío era tan intenso que resultaba casi punzante.

—¿Dónde estamos?

—No lo sé. —Miró a su alrededor—. No recuerdo cómo se llamaba este sitio.

Lo observé en la oscuridad y escuché su respiración pesada.

—He venido aquí otras veces, por ella. —Abrió el maletero del coche y encendió una linterna.

—¿Ella?

Tirones, tirones y más tirones. Casi náuseas. Dios, ¿de quién demonios estaba hablando Blake? Yo era una persona terrible incapaz de manejar mis propias emociones.

—Ven, quiero enseñártela. —Volvió a cogerme de la mano y comenzó a caminar, aplastando a su paso las briznas de hierbas escarchadas.

—¿Cómo dices?

Blake encendió de nuevo la linterna y la dirigió hacia el suelo. Vislumbré infinidad de pequeñas plantas de color verde oscuro; eran diminutas, pero ¡había tantas...! Me puse de cuclillas para observarlas más de cerca.

—¡Son tréboles! —exclamé.

–Sí. –Tocó con los dedos algunas hojas–. Y esta planta se me resiste, no consigo que viva.

–¿A qué te refieres?

Blake me miró.

–He venido aquí algunas veces –me explicó–. Me he llevado varias de ellas y he intentado trasplantarlas, pero ¡siempre se mueren! ¿Y quién no querría tener un trébol de la suerte en casa?

Él suspiró hondo y las observó con detenimiento, como si no pudiese comprender el enigma que escondían.

–Lo he probado de mil maneras –confesó.

–¿No te has planteado que quizá es una planta que necesita vivir en libertad? –le pregunté–. No sé mucho sobre el tema, pero nunca he visto que se vendan tréboles. Puede que precisamente por eso sea tan especial.

Se quedó unos instantes en silencio, meditando mis palabras. Tocó de nuevo las hojas con la punta de los dedos.

–Casi todos los que hay aquí son de cuatro hojas; el trébol tiene que heredar dos versiones del gen recesivo para que esto ocurra –dijo–. Por eso es poco frecuente encontrar un ejemplar de este tipo. Hay diez mil tréboles de tres hojas por cada uno de cuatro.

–Entonces creo que debería llevarme uno. –Lo arranqué del suelo con cuidado–. Quizá sea verdad que da suerte.

Blake se incorporó cuando yo lo hice y clavó la mirada en el trébol de cuatro hojas que sostenía en la mano.

–¿Sabes lo que significa?

Negué con la cabeza.

–Según la leyenda, cada hoja representa algo –explicó–. La primera es esperanza, la segunda fe, la tercera amor y la cuarta suerte.

Sonreí como una tonta, o quizá también como lo hubiese hecho una niña, y me puse de puntillas para poder besarlo.

★ 20 ★

Blake

Imité su sonrisa, satisfecho tras su reacción. Aprecié que le gustase ese lugar, no sabía por qué, pero era importante para mí. Realmente había ido allí en numerosas ocasiones para llevarme varios tréboles e intentar plantarlos, pero seguía sin lograr hacerlo bien.

Yo quería tener el control. Yo necesitaba que viviese.

Pero Léane tenía razón, quizá deseaban crecer en libertad y no había nada que pudiese hacer para remediarlo.

Presioné mis labios contra los suyos e introduje la mano bajo su sudadera para acariciar su espalda; noté que tenía la piel de gallina y la abracé con más fuerza. Pensé en hacerlo allí mismo, sobre el capó del coche, sin nadie alrededor y bajo el manto de estrellas, pero me contuve. Hacía demasiado frío.

—Vamos dentro —dije.

Subimos al asiento trasero del coche y ella permaneció sentada a un lado. Sonreí, la alcé en brazos y la coloqué a horcajadas sobre mí, antes de besar despacio su cuello. Me separé casi al instante.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté.

Vi cómo Léane dudaba, mordiéndose el labio inferior.

Descubrir eso me asustó. Me asustó el hecho de advertir que comenzaba a conocerla cada vez un poco más. Empezaba a distinguir sus gestos de enfado, los signos que indicaban que algo la preocupaba, la forma que tenía de mover las manos cuando estaba nerviosa. Y no solo eso, sino su manera de actuar en general.

Me fijaba en cómo variaba el color de sus uñas dependiendo de su estado de ánimo e intentaba esforzarme por descubrir qué demonios podía significar el color verde que las cubría en ese mismo instante. Tenía grabada en mi mente la imagen de cómo se sacudía el cabello de la cara constantemente, de su cuerpo desnudo, de la forma en que sonreía tímidamente cuando algo la avergonzaba, del aroma a vainilla que impregnaba su piel...

Era una mala señal que me percatase de los pequeños detalles, porque significaba que habíamos pasado juntos demasiado tiempo. El problema era que demasiado nunca parecía suficiente.

—Cuando te vi en Soho, estabas bailando con una chica... —empezó a decir, pero dejó la frase a medias, incapaz de concluirla.

Exhalé despacio. Andábamos por terrenos pantanosos. Aflojé mi agarre sobre ella.

—¿Eso te ha molestado? —pregunté serio.

—No lo sé..., ha sido extraño. —Se zafó y se sentó a mi lado, clavando la mirada en la ventanilla del coche.

Rocé sus dedos despacio antes de coger su mano.

Una parte de mí quería sonreír. Otra, más oscura y escondida, tan solo deseaba huir.

—Sarah solo es una amiga más del grupo —me excusé, sin saber por qué debía hacerlo exactamente—. No tienes de qué preocuparte.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti?

—No puedes saberlo, pero deberías hacerlo. —Posé los dedos en su barbilla y la obligué a mirarme, girando su rostro—. Tenemos un trato. Estamos bien, ¿no? Tú. Yo. Aquí. No necesito nada más.

Los dedos de Léane tantearon mi mano, ascendieron por los nudillos y recorrieron mi piel con lentitud.

—¿Qué pasaría si necesitase algo más? —me preguntó, y agachó la cabeza, evitando que nuestras miradas se cruzasen.

«Más.» «Algo más.» Se me encogió el estómago. La idea de perderla, si ella llegaba a querer buscar algo diferente que implicase ese «más», se me antojó como hundirme en un vacío infinito. Me había acostumbrado a su presencia, a tenerla para mí solo. Con Léane era todo sencillo. Discutir era divertido, sonreír casi un impulso y desecharla una obligación.

—No lo sé, pero no deberíamos plantearnos esas cosas ahora —logré decir—, quizá más adelante...

Dejé de hablar cuando comenzó a sonar mi móvil y estuve agradecido por la interrupción, porque lo que había estado a punto de decir... no era una opción. Quedaba claro que ese «más» que ella pudiese necesitar no me incluía a mí.

—Blake, ¿puedes venir a recogerme?

Oí a Emma sollozar y cada músculo de mi cuerpo se tensó, manteniéndome alerta.

—¿Dónde estás?, ¿qué ocurre?

Salí del coche y le indiqué a Léane, con la mano, que subiese delante.

—En el centro comercial Water —respondió—. Estoy bien, pero necesito que vengas.

Arranqué el motor del coche antes de colgar.

—Llegaré allí en media hora.

Empecé a descender la colina, conduciendo a más velocidad de la normal. ¡En el centro comercial! ¿Qué narices hacía allí a esas horas? Mamá no la dejaba salir tan tarde. Maldije por dentro, incapaz de encontrar una explicación razonable.

—Tengo que recoger a mi hermana —le dije a Léane, pasados unos segundos—. Necesito que me acompañes. Tardaría mucho más tiempo si te dejase antes en la residencia.

—De acuerdo, no hay problema.

Se mantuvo en silencio durante el resto del trayecto. El camino se me hizo eterno, como si el coche no avanzase lo suficientemente rápido; no veía la hora de llegar y recogerla.

Emma nunca me había necesitado; no en un sentido estricto, al menos. Siempre intentaba apartarme a un lado y valerse por sí misma, como si así fuese a demostrarse que era fuerte e independiente.

Reduje la velocidad cuando llegamos al centro comercial y me detuve cerca de la puerta. En cuanto bajé del coche, la vi sentada en el tercer escalón de la entrada principal. En ese momento no advertí que Léane seguía mis pasos.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—Lo siento, Blake. —Poniéndose en pie, se tapó el rostro con las manos—. Había quedado con un chico... pero no salió bien.

Quise darle un abrazo de consuelo, pero no pude moverme. Estaba anclado en el suelo, intentando contener la rabia que se apoderaba de mí. Notaba los músculos agarrotados por la tensión. Cuando la miraba, solo veía a una niña pequeña e indefensa. No quería que ella creciese o avanzase, ni que tuviese nuevas inquietudes y decidiese explorar cosas nuevas... Deseaba que solo siguiese siendo mi hermana pequeña, para siempre.

Y entonces me di cuenta de que las palabras «para siempre» no estaban sobrevaloradas, como había pensado tiempo atrás. Eran importantes. Quise sumergirme en la seguridad que desprendían.

—¿Mamá te ha dejado salir a estas horas?

—No. —Emma dejó caer las manos para mirarme—. Le mentí. Le dije que estaba en casa de Sam. Por favor, Blake, no le digas nada. No quiero decepcionarla. No ahora.

Permanecí inmóvil. No sabía qué debía decir o hacer, y ser consciente de ello me frustraba todavía más. Léane me rozó el brazo al pasar por mi lado, avanzó con seguridad hacia mi hermana y la abrazó. Sin mediar palabra, di media vuelta y volví a entrar en el coche cerrando la puerta con un sonoro portazo.

En silencio, contemplé la escena. Léane le secaba a Emma las lágrimas, deslizando la punta de los dedos por su rostro, y ella sonreía agradecida, como si ambas fuesen viejas amigas. Me sentía impotente e incapaz de tratar ciertas situaciones difíciles de la manera adecuada. Yo también quería abrazarla y secar sus lágrimas, pero no podía. Joder, qué mierda. Dejé caer la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el respaldo y cerré los ojos con fuerza.

Tras diez largos minutos durante los que estuvieron hablando, ambas entraron en el coche. Emma subió atrás. La observé por el espejo retrovisor, pero ella no alzó la cabeza para mirarme.

—Explicame qué ha ocurrido exactamente con ese chico —le pedí.

—Quedamos para ir al cine. —Habló en voz baja—. Pero cuando estuvimos en la sala... él fue demasiado rápido y propuso cosas que no quería hacer, de modo que me marché de allí.

—¿Qué clase de cosas? —Noté que se me rompía la voz.

Emma tardó en contestar. Se movió con incomodidad en el asiento trasero, tanteando el cinturón con las manos.

—Estábamos besándonos en el cine, como es normal —puntualizó, clavándome una mirada afilada—, pero luego la cosa fue a más y quiso que fuésemos a los servicios para... ya sabes... Por eso me fui y te llamé. —Suspiró—. Yo pensaba que él era diferente...

Sin mediar palabra, bajé del coche de nuevo.

Necesitaba aire.

Me masajee las sienes con los dedos, intentando relajarme.

Durante un leve instante, conforme Emma relataba todo aquello, había dejado de ser yo mismo. Había abandonado mi cuerpo, como un espectro, y me había metido en un cuerpo mucho más oscuro, cruel e irascible. Me esforcé por mantener el control.

Por qué reaccionaba así era un misterio.

Era consciente de que Emma me importaba más que nada en el mundo. Sabía también que era una de las pocas personas que me quedaban, y en cierto momento llegué a pensar que la veía como una especie de propiedad. Una propiedad que era mía y que no quería que nadie más pudiese tocar.

—¿Estás bien? —Léane se apoyó a mi lado, sobre el capó del coche.

—No puedo con... esto. ¡Mírala! —Me giré para ver a mi hermana, sentada en el asiento y observándonos a ambos con cautela—. ¡Es una niña!

—Creo que deberías hablar con ella en otro momento —opinó. Apretó mi mano y el gesto me reconfortó—. Demasiadas emociones para un solo día, tu hermana ha tenido suficiente.

Asentí con la cabeza.

—Me alegra que estés aquí —logré decir.

Montamos de nuevo en el coche y nos dirigimos a casa, en la urbanización de Romford. Léane entabló una conversación sobre moda con mi hermana, le preguntó por sus pantalones, que eran unos vaqueros repletos de frases positivas que había trazado con un rotulador negro. Fue genial que hablasen entre ellas, porque necesitaba tiempo para calmarme.

Faltaba poco para llegar cuando Emma se inclinó en el asiento para acercarse.

—¿Por qué no me habías dicho que conocías a una de las finalistas? —me preguntó en tono de reproche.

Léane se mantuvo en silencio mostrándose incómoda. Yo también lo estaba.

—No era algo importante. —Advertí que Léane se volvía hacia mí y me dirigía una afilada mirada. Tosí, aclarándome la garganta; entre las dos estaban poniéndomelo realmente difícil—. Es decir, pensaba contártelo más adelante.

Joder. Qué complicado.

Ambas se mostraron más o menos satisfechas tras mi respuesta. Respiré hondo.

Me relajé cuando entramos en la urbanización; el aire familiar que desprendía era agradable. Las casas eran similares entre sí y la disposición formaba dos filas perfectas. Me gustaba mucho más que Reading, había pasado grandes momentos en esas calles. Reading no conocía nada de mí, yo era un fantasma para esa ciudad. Romford me había visto crecer, sabía todos mis secretos.

En cuanto estacioné frente a casa, Emma bajó del coche.

Léane me miró dubitativa.

–Espérame aquí –pedí–, vuelvo enseguida.

Me invadió un olor familiar cuando entré en casa. Era un olor dulce y nostálgico. Mamá estaba sentada en el sofá y desvió la mirada del televisor cuando nos vio llegar.

–¿No ibas a dormir en casa de Sam? –le preguntó a Emma.

Con un nudo en la garganta, di un paso al frente. Odiaba mentirle, a pesar de que solía hacerlo, aunque solo fuese por pequeñas cosas sin importancia. Me hacía sentir culpable. Ella ya había escuchado demasiadas mentiras de mi padre.

–Me apetecía quedar con Emma, así que la recogí en casa de Sam hace unas horas y fuimos a cenar –dije, y me inquietó la frialdad de mi voz. Mentía jodidamente bien.

–Sí. –Emma hizo un amago de sonrisa y se frotó las manos–. Ha venido con una amiga, la chica francesa del concurso.

Mamá giró la cabeza y miró hacia la puerta, como si esperase verla allí.

–Está fuera, en el coche –repuse rápidamente, e hice tintinear las llaves en el aire, señalando que debía marcharme.

–¿No la has invitado a pasar? –Mi madre se incorporó con cierta dificultad–. ¿Qué modales son esos, Blake?

Puse los ojos en blanco.

–Mamá, en serio, tengo que irme.

–No seas grosero. –Colocó bien los almohadones rojos que había en el sofá–. Dile que entre. Prepararé té.

Le dirigí a Emma una mirada asesina por haber sacado el tema a relucir y ella se encogió de hombros de un modo similar a como solía hacerlo yo. Maldita sea. Lo último que quería era que Léane se metiese en mi vida todavía más. Y entrar en mi casa, mi casa de verdad, era una intrusión forzada en toda regla.

–Iré a buscarla –se ofreció Emma, terminando con mi paciencia.

★ 21 ★

Léane

Había comenzado a llover. Pequeñas gotas de agua golpeaban enérgicamente contra el parabrisas, provocando que la vista de la calle se volviese borrosa. Todavía me costaba acostumbrarme al tiempo atmosférico que presidía la ciudad, era demasiado gris. Sin embargo, me gustaba ver cómo las gotas de agua se deslizaban sobre el cristal dejando un rastro brillante a su paso y, sobre todo lo demás, agradecía el olor que la lluvia abandonaba tras de sí.

A pesar de que el cristal estaba empañado por el agua y el vaho, distinguí cómo Emma se dirigía hacia el coche con paso decidido; tenía un andar delicado, como si fuese una bailarina de ballet. Físicamente era exactamente igual que Blake, pero todavía más guapa. Sus ojos verdes parecían más vivaces que los de su hermano y el cabello, negro y largo, ondeaba hasta rozarle la cintura. Me indicó que bajase la ventanilla, apoyó las manos en la puerta y sonrió.

—Blake dice que entres.

—¿Blake ha dicho eso? —titubeé. Ella asintió.

—Son órdenes de mi madre, pero viene a ser lo mismo. —Sus labios se curvaron ligeramente hacia arriba—. Blake siempre hace todo lo que mamá le pide.

Los nervios se apoderaron de mí. No estaba segura de querer entrar. Tenía curiosidad... pero no me sentía preparada para algo así. Emma insistió y me quité el cinturón mientras emitía un suspiro de resignación.

Tras traspasar la puerta principal, con las manos sobre la cabeza para intentar en vano no mojarme, advertí que el jardín de la casa estaba abandonado y me pregunté por qué razón nadie se ocupaba de cuidarlo, teniendo en cuenta que la madre de Blake era paisajista y que a él le encantaban las plantas.

En cuanto entramos en la estancia, oí el sonido del televisor. Caminé insegura, siguiendo a Emma hasta llegar al comedor. Blake estaba sentado en el sofá, con la vista

fija en la pantalla y los brazos cruzados sobre el pecho. No estaba entusiasmado por compartir una velada familiar, eso podía asegurarlo.

El comedor era acogedor. Estaba decorado con colores cálidos: marrones, rojos, naranjas, ocres... Posé rápidamente la vista en las estanterías e intenté observar las fotografías que reposaban en el mueble, pero estaba demasiado lejos para poder verlas.

—Léane, cielo —oí que decía una voz suave. Me volví para mirar a la madre de Blake y, en un primer momento, dejé la boca entreabierta por la sorpresa. Fijé la vista en su cabeza; estaba completamente calva. Se distinguía algo de vello, pero era débil y casi imperceptible. A pesar de que era delgada, todo su cuerpo parecía hinchado—. Perdona que no te invitásemos a entrar, Blake no acostumbra traer visitas. —Sonrió y dejó caer las manos sobre mis hombros—. ¿Te gusta el té?

Asentí con la cabeza y después logré responder con normalidad.

—Sí, mucho —dije—. Encantada de conocerla.

—Llámame Claire —respondió.

Sorprendiéndome, se acercó decidida hasta Blake, le arrebató el mando de las manos y apagó el televisor. Él frunció el ceño, pero se levantó del sofá ipso facto sin protestar. Sus ojos se clavaron en los míos y me estremecí.

—¿Puedes echarle un ojo al lavabo del baño? Se atascó esta mañana —le pidió Claire.

—De acuerdo. —Blake subió las escaleras arrastrando los pies hasta desaparecer en el piso superior. Su madre me miró sonriente.

—Este hijo mío... —Suspiró—. Espero que no sea siempre tan maleducado. Ahora que está fuera, no puedo reñirle lo suficiente.

—No lo es —dije con demasiado ímpetu.

Claire sonrió de lado con satisfacción y me pidió que la siguiese a la cocina. Emma comentó que iba a cambiarse de ropa y, cuando advertí que me había quedado a solas con la madre de Blake, empecé a sudar. En pleno invierno, sí.

Cuando caí en la cuenta de que la observaba sin ningún recato, clavé la mirada en el suelo. Me pregunté por qué Blake nunca me había hablado de su madre. Y más concretamente, del cáncer que sufría.

De pronto, Blake se me antojó tremendamente lejano, como si estuviésemos separados por kilómetros y mares de distancia. ¿Cómo podía confiar tan poco en mí, después de todo el tiempo que habíamos pasado juntos?

Deseé meterme en la mente de Blake. Quería ser cómplice de lo que sentía, de lo que le dolía, de lo que pensaba, de lo que nunca decía... Anhelaba que me dejase entrar, pero él nunca permitiría eso.

Claire cogió un pañuelo que colgaba de la puerta de la cocina y se lo ató en la cabeza de un modo elegante. Era de color marrón y tenía un precioso bordado dorado. Nuevamente, me di cuenta de que la miraba con demasiada atención y bajé la cabeza, abochornada.

—Así está mejor —dijo, y luego sonrió. Tenía una sonrisa preciosa—. Blake no te había hablado de mí ni de la enfermedad, ¿verdad?

Incapaz de murmurar ninguna palabra, negué con la cabeza.

—No te preocupes. En realidad, él no habla de esto con nadie. Ni siquiera conmigo.

Suspiró con cierta desolación mientras cogía una olla tetera y la llenaba de agua fría. Después la calentó a fuego máximo.

—¿Cómo puede no hablar contigo? —le pregunté, incapaz de contener mi frustración.

Claire se apoyó en la encimera de la cocina antes de mirarme.

—Él piensa que todo irá bien —explicó—. Pero estoy muriéndome. Blake no puede aceptar eso. —Repiqueteó con los dedos sobre la encimera y le echó un vistazo a la olla tetera—. No me malinterpretes, quiero a mi hijo tal como es, pero debe afrontar las situaciones difíciles que presenta la vida y pensar en los demás antes que en él mismo.

Desvié la mirada y observé cómo el agua hervía. Me sentía así por dentro. Hirviendo a fuego rápido. Por un lado, no creía posible estar manteniendo esa conversación con la madre de Blake, en su cocina, mientras preparaba el típico té inglés. Por otra parte, me sobrecogía saber que él podía llegar a ser tan egoísta.

—Cuando sabes que vas a morir, necesitas hacer ciertas cosas —continuó diciendo la madre de Blake, implacable—; desde gestiones bancarias hasta hablar con tu familia sobre el rumbo que tomarán sus vidas cuando te marches.

Me sorprendió su forma de hablar de la muerte.

Nunca había meditado con calma sobre lo que implicaba la «muerte», pero algo en mí lo asociaba con la palabra «vacío». Jamás me paré a pensar en qué ocurriría si mis padres muriesen, seguramente porque la idea se me antojaba casi absurda, como si ellos tuvieran que estar siempre a mi lado, por obligación. No podía concebirlo de otro modo.

Claire no le tenía miedo a la muerte, de eso estaba segura. Pero sí parecía temer no poder irse en paz, y me pregunté por qué Blake no le concedía ese último deseo.

—Lo entiendo —dije con un hilo de voz.

Ella me miró agradecida, antes de girarse y poner cucharadas de té en la olla. Observé con atención cómo vertía el té en cuatro pequeñas tazas.

—¿Te gusta suave? —preguntó, y yo asentí con la cabeza—. Entonces déjalo reposar solo tres o cuatro minutos —comentó tranquilamente, como si la conversación anterior hubiese sido solo un espejismo. Intenté coger una de las tazas, pero ella se negó—. Ya las llevo yo al comedor. Sube y avisa a Blake de que el té está listo.

Desvié la mirada hasta posarla en la puerta de la cocina.

—¿Subir...?

—Sí, date prisa o el té estará demasiado fuerte. —Claire me dio un empujoncito a modo de impulso—. El baño es la primera puerta a la derecha —añadió, antes de salir de la estancia portando una bandeja con las cuatro tazas.

La seguí y observé la escalera en silencio. Subir a la segunda planta era como dar un paso más allá. Y no estaba segura de querer hacerlo.

Respiré hondo antes de empezar a ascender por la escalera. La planta superior estaba sumida en la oscuridad, a excepción de la iluminada rendija que provenía de la puerta del servicio. Avancé hasta allí y golpeé con los nudillos la superficie de madera.

—¡Entra! —gritó Blake.

Cuando abrí la puerta, lo encontré tumbado bajo el lavabo, boca arriba, trabajando con un destornillador. Alzó levemente la cabeza para mirarme y me pareció que reprimía una mueca de fastidio.

—No sabía que eras tú —dijo. El tono de su voz guardaba una ligera acusación—. ¿Puedes ayudarme? Necesito que sujetes esta pieza —me pidió, señalando un semicilindro que conectaba con la parte inferior.

—Claro.

Me arrodillé a su lado y sujeté con la mano la pieza indicada. Blake presionó los cuatro tornillos que la sujetaban. En cuanto terminó, lanzó el destornillador sobre la caja de herramientas y se incorporó. Me acerqué hacia él, dejando una prudente distancia entre nosotros.

—Entiendo que estés molesto —comenté—. Tampoco entraba en mis planes esta visita.

Accionó el grifo del agua y se agachó para comprobar que todo funcionaba correctamente. Después me miró y su expresión se suavizó.

—No pasa nada. No tienes la culpa.

Abrió la puerta del servicio y esperó hasta que salí. Bajamos las escaleras en silencio y regresamos al comedor. Tanto Emma como su madre habían terminado de beberse el té. Creí que Claire haría algún comentario por la tardanza, pero no dijo nada. Me senté en el hueco que quedaba libre, al lado de Blake.

–Hemos visto tus reportajes, Léane –comenzó a decir la madre de Blake–. Lo haces realmente bien. Nos gustó especialmente el del cambio climático, ¿verdad que sí, Emma?

–¡Sí! –Ella sonrió con entusiasmo–. ¡También mereces ganar!

Blake tosió tras tomar un trago de té y dejó la taza sobre la mesa con más ímpetu del necesario.

–Gracias –farfulló–, por la parte que me toca.

Emma puso los ojos en blanco.

–Queremos que ganes tú –le explicó su madre hablando despacio, como si Blake tuviese ocho años–, pero eso no significa que no pueda gustarnos cómo lo hace otro concursante. Sería genial que pudiese haber dos ganadores.

–¿Y por qué no seis ganadores? Así la competición sería todavía más interesante –ironizó Blake.

Claire desvió la mirada hacia su hijo y frunció los labios.

–En casa siempre te hemos enseñado que lo importante es participar. Ganar es algo secundario –le recordó.

–Por supuesto, mamá. –Blake asintió con la cabeza y noté que sus dedos se posaban sobre mi cintura y presionaban ligeramente–. Léane opina lo mismo, ¿verdad? –Se giró para mirarme y advertí un brillo de diversión en sus ojos.

–Sí, claro. –Sonreí con inocencia.

Me bebí lo que quedaba del té de un solo trago y, en cuanto terminé, Claire se levantó y comenzó a recoger, colocando las tazas sobre la bandeja de metal.

–¿Te ayudo? –le pregunté poniéndome en pie.

–No –respondió tajante.

Desvié la mirada hacia el mueble del comedor y observé la fotografía más cercana. Blake aparentaba unos diez años y sostenía a su hermana pequeña en brazos. Apenas había cambiado; una sonrisa traviesa, que me resultó familiar, cruzaba su rostro.

–Blake era muy guapo de pequeño. –Claire volvió a dejar la bandeja sobre la mesa y se inclinó para coger la fotografía. Me avergonzó que descubriese lo que estaba mirando.

—¿Ahora ya no lo soy?

Su madre lo ignoró y me dio la fotografía para que pudiese verla más de cerca.

—Emma y él siempre estaban juntos —continuó hablando, y pareció sumirse en sus propios recuerdos.

Blake clavó sus ojos en la fotografía y una expresión extraña cruzó su rostro. Mientras su madre volvía a colocar aquella imagen repleta de vivencias sobre el escritorio, dejé caer la mano sobre la rodilla de él y presioné ligeramente, como si un simple apretón pudiese lograr apaciguar los pensamientos que parecían invadirlo. Blake observó atentamente mi mano durante unos segundos y luego negó con la cabeza.

—Se está haciendo tarde —miró su reloj de reojo—, deberíamos irnos.

—Todavía es temprano. —Emma balanceó los pies sobre el brazo del sofá y le dirigió una sonrisa risueña a su hermano.

—Sí —opinó Claire, tras regresar al comedor—. ¿Le has enseñado tu habitación, Blake?

—No. Quizá otro día.

Me puse en pie cuando Blake también lo hizo.

—No dejes pasar la oportunidad. —Su madre alzó un dedo—. Siempre te digo que pienses en el momento presente porque no sabes qué puede ocurrir cualquier otro...

—No sigas, mamá. —Advertí que contenía la respiración cuando interrumpió las palabras de Claire. Después me miró con cierta frialdad—. ¿Te apetece ver mi cuarto de juegos? Bien. Subamos.

Posó las manos en mi espalda y me empujó suavemente hacia las escaleras. No hablé mientras recorriamos el pasillo de la planta superior y me mantuve quieta cuando él abrió una de las puertas y me invitó a entrar en su habitación.

A pesar de la incomodidad del momento, no pude evitar observar cada rincón con curiosidad. Era una habitación amplia, sin demasiados muebles y ordenada (probablemente porque él no vivía allí para poder convertirla en un caos). Sobre la cama había varias estanterías con libros, juguetes y recuerdos que no supe descifrar. Inclinado hacia la ventana, como si quisiese escapar de allí, reposaba un telescopio de tamaño considerable. Y más allá del cristal del ventanal, la lluvia caía sin descanso.

Nos observamos en silencio durante unos instantes hasta que mi mirada se deslizó por el divertido edredón que cubría la cama. El hombre araña parecía sonreír, con los ojos ligeramente desenfocados cubriendo la almohada.

—Así que... Spiderman, ¿eh?

–¿No te gusta? –Blake relajó los hombros y se sentó sobre el grueso edredón, observando el dibujo que lo cubría.

–Yo era más de Batman.

–¿En serio? –Frunció el ceño, como si estuviésemos hablando de un tema realmente importante—. Batman ni siquiera es un superhéroe. No tiene ningún poder.

–Puede volar.

–¿Quién lo dice?

Sus ojos verdes desprendieron un brillo infantil y de pronto me sentí tranquila. Olvidé incluso que estábamos en su habitación, la de verdad, y su sonrisa me contagió.

–Solo es rico. No puede volar, la capa la lleva de adorno –detalló.

–Spiderman tampoco puede volar.

Blake me miró incrédulo. Evité reírme y caminé por la habitación hasta el telescopio que reposaba sobre el trípode. Deslicé los dedos por la superficie de hierro.

–No existe comparación alguna entre ambos –se quejó, mientras se levantaba de la cama—. ¿Qué importa que Spiderman no pueda volar? Su cuerpo fabrica tela de araña, Léane, ¿se puede pedir más?

–Si pudieras pedir un deseo, ¿sería eso?, ¿fabricar tela de araña?

–Es posible. –Intentó no reír al tiempo que se acomodaba en la silla, tras el telescopio. Sus manos rodearon mi cintura y me sentó sobre sus piernas.

–¿Qué estás haciendo?

Lo miré por encima del hombro y me estremecí al sentir su aliento cálido en mi nuca.

–¿Quieres ver las estrellas? –susurró en mi oído, y, sin esperar respuesta por mi parte, levantó la mira del telescopio y se inclinó hacia el objetivo. Esperé pacientemente mientras él ajustaba la lente—. Ven. Mira ahora.

Con cuidado de no mover el telescopio, me acerqué y cerré un ojo para ver mejor. El cielo era negro, completamente negro, y en el centro un punto brillaba con fuerza, variaba la luminosidad como si fuese el latir de un corazón, y se apagaba levemente para volver a encenderse de golpe.

–¿Qué te parece? –Apoyó su barbilla en mi hombro.

–No está mal –reconocí, sin dejar de mirar la palpitante estrella—, aunque no es muy diferente a como se ve sin telescopio.

–Es verdad. Pero ¿sabes por qué es más interesante que ver cualquier otra cosa?

–Dímelo tú. –Volví la cabeza hasta encontrar un reflejo de sus ojos.

—Porque podrías estar viendo el pasado —dijo—. ¿Sabías que algunas de las estrellas que ves en el cielo dejaron de existir hace años? Solo ocurre con las más lejanas. La distancia se mide en años luz y esa luz tarda años, siglos, en llegar a la tierra. —Hizo una pausa—. Por eso es posible estar viendo la luz que emitieron estrellas que ya no existen.

Permanecí en silencio observando aquella ventana al pasado. Sentí cómo los dedos de Blake me rozaban el cuello y se deslizaban lentamente hasta mi hombro. Fue una caricia tan delicada que llegué a preguntarme si realmente había sucedido o era producto de mi imaginación.

—Enséñame más cosas.

—¿Buscamos a Júpiter? —Miré su cabello negro cuando se inclinó—. Seguro que está por aquí cerca.

Júpiter era increíble. Rodeado de tres lunas perfectas, parecía un dibujo en lo alto del cielo, coloreado con un tono pálido que tenía matices y rayas que surcaban la superficie. Me sentí diminuta frente a la inmensidad del universo, sentada sobre las piernas de Blake, con sus brazos rodeando mi cintura y un silencio sobrecogedor envolviéndonos.

No sé cuánto tiempo estuvimos allí, sin decirnos ni una sola palabra, pero era relajante observar el titilar de las estrellas mientras sentía su respiración pausada en el cuello. Llovía. Llovía sin cesar. Si fijaba la vista en la luz que desprendían las farolas de la calle, podía distinguir cómo las gotas de lluvia caían ladeadas, arrastradas por el viento, para terminar precipitándose bruscamente sobre el suelo.

Estaba tan relajada que me sobresalté cuando la puerta de la habitación se abrió. Abandoné rápidamente las piernas de Blake, poniéndome en pie.

—Solo quería despedirme. —Emma nos miró pícaro y advertí que contenía una sonrisa—. Me voy a la cama. Tengo muchísimo sueño. Ha sido un día de locos.

Blake se levantó manteniendo el ceño fruncido.

—¿Un día de locos? —repitió—. Esto no termina aquí, Emma. Tenemos una conversación pendiente, no vas a librarte.

Su hermana puso los ojos en blanco.

—Solo ha sido un pequeño error, he aprendido la lección —se quejó—. Pero, si quieres que la semana que viene sigamos hablando sobre condones, de acuerdo, lo haremos.

Emma desapareció por el pasillo arrastrando los pies y dejando a su hermano con la boca abierta. Llevaba puestas unas adorables zapatillas rosas, pomposas y enormes.

Bajamos al comedor para despedirnos de Claire, que, en esa ocasión, no intentó impedir nuestra marcha.

–Espero que vuelvas pronto por aquí –me dijo–. Si me avisáis con tiempo, prepararé unas galletas de mantequilla deliciosas.

–Claro, será un placer.

Blake depositó un corto beso en la frente de Claire y, antes de que pudiese escapar, ella lo retuvo entre sus brazos sin dejar de sonreír.

–Plancha la ropa, Blake. Prométemelo. Y estudia mucho.

Él emitió un suspiro de fastidio.

–Te lo prometo, mamá.

–Bien. Id con cuidado. –Nos abrió la puerta y salimos–. ¡No corras con el coche, Blake! –gritó, casi cuando ya estábamos montando en el vehículo.

El golpeteo de la lluvia contra los cristales retumbaba en el interior del coche. Me puse el cinturón de seguridad mientras él arrancaba el motor y, tras apenas cinco minutos de trayecto, dejamos atrás las acogedoras calles de la urbanización y el paisaje cambió radicalmente. En medio de una oscuridad tan solo resquebrajada por la luz de los faros del coche, se extendía una carretera recta, aburrida y monótona. Alrededor solo había inmensos campos en estado de abandono.

–¿Que te ha parecido la velada?

Blake no me miró y supe que le había costado un mundo formular esa pregunta.

–Bien. Perfecta. –Me esforcé por sonreír–. ¿Qué suponías?

Silencio, seguido de más silencio.

–Si en realidad lo preguntas por tu madre... –Tragué saliva antes de proseguir–. Reconozco que me ha sorprendido, no me lo esperaba, pero a mí no me molesta que me hable de ello.

–¿Qué te hable de qué, exactamente?

Sus dedos se cerraron sobre el volante con fuerza, pero no apartó la vista de la carretera.

–Ya lo sabes, Blake. –Lo miré de reojo y suspiré–. ¿Por qué nunca me habías dicho que estaba... enferma?

Una risa amarga escapó de sus labios y, por primera vez durante todo el trayecto, sus ojos encontraron los míos.

—¿Por qué iba a decírtelo, Léane?, ¿acaso te importa? Creo que ambos sabemos que la respuesta es no.

—¿Cómo puedes pensar eso? —protesté, enfadada—. Me contaste, en cambio, que no te hablabas con tu padre, ¿verdad?

—¿Eso qué tiene que ver?, ¿adónde quieres llegar?

—Te escuché. Y si te escuché fue porque me importaba. —Alcé las manos, sintiéndome frustrada, y las bajé instantes después—. ¿Sabes?, da igual que no me lo dijese, eso es lo de menos. Simplemente... creo que estás siendo un poco egoísta... con tu familia. Quizá deberías replantearte las cosas e intentar ver la situación desde otra perspectiva.

Apoyé el codo en la ventanilla del coche y me llevé una mano a la boca, como si así fuese a conseguir callarme a mí misma. No quería seguir hablando, no quería inmiscuirme en asuntos que no me concernían, pero había sido casi inevitable decir algo al respecto. Y además me molestaba advertir lo mucho que Blake me importaba.

El coche abandonó la carretera y se desvió hacia el arcén, adentrándose en uno de los campos. Frenó con un golpe seco y el cinturón pareció congelarse cuando me balanceé hacia delante. El ruido del motor del coche se extinguió.

—¡¿Estás juzgándome?! —exclamó, alzando la voz—. ¿Quién te crees que eres? ¿Pasas cinco minutos con mi familia y ya piensas que sabes una mierda de mi vida, incluso para decirme cómo demonios debo comportarme?

—Solo pretendía ayudar —me defendí—. Pensé que quizá podías necesitar apoyo o un pequeño empujón para enfrentarte a tus problemas.

—¿De qué estás hablando?

—De tu madre, Blake. —Entrelacé las manos con cierto nerviosismo—. Está muriéndose y yo no entien...

—¡Joder, no vuelvas a decir eso! —gritó fuera de sí. Su mano se cerró sobre mi muñeca y me sujetó con fuerza, como si temiese que fuese a escapar—. ¡Es mi madre, Léane! ¿Es que no te das cuenta?

—Lo siento —susurré—. Pero ella me lo ha dicho... —insistí sin poder evitarlo.

—¡Mi madre no se está muriendo! —La frialdad de sus ojos me asustó y me encogí en el asiento—. No sabes nada. Ésta es la tercera recaída que tiene, ya hemos pasado por esto muchas otras veces. Nada ha cambiado.

El silencio nos invadió durante unos tensos segundos, y después Blake abrió la puerta del coche para salir e intenté retenerlo agarrando su chaqueta.

—¡Espera!, ¿adónde vas? ¡Está lloviendo!

La puerta del coche se cerró con un golpe seco. Respiré hondo. Una, dos, tres, cuatro... hasta cinco veces. Era una bocazas y me había entrometido demasiado. Me arrepentía de no haberme mantenido callada, ¿qué pensaba ganar con ello? Era obvio que si su madre no había logrado hablar con él, mucho menos iba a conseguir hacerlo yo.

Finalmente, mientras exhalaba un largo suspiro, salí del coche.

Me estremecí cuando me salpicaron las primeras gotas de agua. Encontré a Blake en la parte trasera del coche, con la espalda apoyada sobre el maletero, manteniéndose de brazos cruzados con la vista fija en el cielo. Llovía tanto que, cuando logré llegar hasta él y entrelazar sus dedos con los míos, ya estaba completamente empapada.

★ 22 ★

Blake

Bajé la vista hasta encontrar nuestras manos entrelazadas e intenté distinguir, en la oscuridad, cómo nuestros dedos parecían encajar a la perfección unos con otros, acoplándose en los huecos, piel con piel.

–Siento haberte gritado. –Estiré su mano, atrayéndola hacia mí, hasta que su cuerpo chocó suavemente contra el mío–. No volvamos a hablar de este tema.

–De acuerdo.

Su voz fue apenas un susurro casi silenciado por el sonido de la lluvia. Incliné la cabeza para besarla; tenía los labios mojados y entreabiertos. En realidad, tenía unos labios perfectos. Siempre. Pero aquel beso lo sentí distante y frío a pesar de la calidez de su boca sobre la mía.

En cuanto entramos de nuevo en el coche, encendí la calefacción y recorrimos todo el trayecto en silencio. No puse música, no quise interrumpir el sonido de la lluvia. Era un repiqueteo constante de agua cayendo, golpeando contra el cristal una vez tras otra... similar al ruido que invadía mi mente, repetitivo e insistente hasta terminar inundándolo todo a su paso.

No volví a mirarla hasta que entramos en Reading.

–¿Te quedas a dormir?

Léane pareció dudar y mantuvo la vista fija en el cinturón de seguridad mientras lo retorció entre los dedos.

–Mañana quiero levantarme temprano para ir a la biblioteca a estudiar.

Frené frente a un semáforo en rojo.

–Puedo llevarte por la mañana a la biblioteca.

Se mordió el labio inferior con la vista fija en la ventanilla, instantes antes de girarse y tropezar con mi mirada.

—Vale.

Bajó del coche en cuanto estacioné a un par de metros de la puerta de casa. Observé en silencio cómo abría la verja de la entrada con familiaridad y ascendía los dos escalones hasta pararse de cara a la puerta.

Mientras la miraba, en medio del silencio de la noche, seguía escuchando su voz penetrante e insistente retumbando en mi cabeza, buscando algún hueco donde quedarse. «Está muriéndose...»

Léane se volvió en ese momento y sonrió. Una sonrisa tímida, pero sincera. Respiré hondo, antes de avanzar hacia ella y abrir la puerta de casa.

No sabía cómo ocurría o a qué se debía, pero, cuando estábamos juntos, el tiempo parecía avanzar más deprisa. Las manecillas del reloj que reposaba sobre la mesita de noche se ponían de acuerdo para romper la barrera del tiempo y correr a su antojo.

—¿A qué hora quieres ir mañana a la biblioteca? —le pregunté, mientras ella se acomodaba en la cama tras vestirse con el pijama. Su propio pijama, lo cual era jodidamente preocupante. Había pasado tantas noches en esa habitación durante el último mes que, finalmente, propuso dejar aquí una muda de cama. Lo alarmante fue que, cuando me lo preguntó, me pareció una buena idea.

El pijama era bastante veraniego. Unos pantalones cortos, blancos, con un estampado de cursis corazoncitos rosas y una camiseta de tirantes a conjunto. Quise pensar que la única razón por la que había aceptado que ese pijama formase parte de mi armario era porque me gustaba verla con poca ropa.

Léane se recogió el cabello en una coleta alta y después se tapó con el edredón hasta la barbilla. Me pregunté por qué usaba un pijama de verano si siempre tenía frío; solía quitarme la manta en mitad de la noche y se enroscaba en ella como una oruga. Quizá se lo ponía para provocarme, puede que todo fuese una estrategia bien planteada. Funcionaba.

—¿Qué guía estás leyendo ahora? —Se inclinó para coger el libro que descansaba sobre la mesita de noche—. *Roma de cerca*. —Leyó el título y frunció el ceño.

—¿No te gusta?

Se encogió de hombros. Me tumbé a su lado y ella extendió la mano y la deslizó lentamente por la línea de la mandíbula hasta ascender y tocar mis labios.

—Me encantaría ir a Islandia —dijo, tras fijar la vista en la estantería donde reposaban las demás guías de viaje.

—¿Islandia? No está mal.

En realidad estaba más que bien. Era uno de mis lugares preferidos. Lo había visitado cuando apenas tenía trece años. Mi padre había organizado el viaje en verano, dándonos una sorpresa, y todavía podía recordar la cara de felicidad de mi madre cuando él, utilizándonos como compinches, le había vendado los ojos hasta llegar al aeropuerto. Seguía siendo un misterio para mí averiguar por qué la había engañado si tanto parecía quererla. Suponía que el amor, a veces, era relativo o que, aunque no pudiese comprenderlo, había diferentes formas de amor. Lo cual no quitaba que él lo hubiese destrozado todo.

Dejé de pensar en mi padre cuando Léane apoyó su cabeza en el hueco de mi clavícula y sentí su respiración cálida en el cuello.

—¿Sabes cómo son los cementerios en Islandia?

—¿Los cementerios? —Rió—. Pues... no.

Su mano se perdió bajo mi camiseta y sus dedos comenzaron a trazar suavemente círculos en mi piel. Cuando hacía eso, conseguía relajarme.

—Es como si fuese Navidad. Las tumbas están adornadas con un montón de luces de colores... y en cada lápida acostumbran poner la profesión del difunto. Los cementerios no parecen lugares solitarios y tristes, sino un sitio de reunión luminoso y alegre.

—Suenan bien, aunque es raro. —Alzó ligeramente la cabeza para mirarme—. A mí me gustaría ver una aurora boreal.

Sus dedos se deslizaron lentamente hasta traspasar el borde del pantalón y me estremecí. Mis manos sujetaron su cintura con fuerza y pegué más su cuerpo al mío.

—También podríamos bañarnos en la laguna Azul... —añadí, y mi voz sonó más ronca de lo normal. Léane colocó una pierna entre las mías.

—¿Podríamos? —repitió, destacando el sentido plural de la palabra.

—En el supuesto caso de que estuviésemos ahora mismo en Islandia —expliqué, intentando reparar mi error.

Ella sonrió y se movió hasta tumbarse sobre mí.

–E iríamos a ver ballenas. –Me mordisqueó la barbilla antes de besarme. Cerré los ojos con fuerza.

–... en Húsavík. Es el mejor sitio para ver ballenas –añadí, y le quité con facilidad la camiseta de tirantes, antes de recorrer su espalda con las manos. Me obligué a no desesperarme por hacerla mía en aquel mismo instante y disfrutar del tacto de su piel.

–También quería pasear por las calles, ver las típicas casitas de colores... –prosiguió.

Se frotó contra mí de un modo provocador y gruñí con impaciencia. Me moví a un lado y me di la vuelta consiguiendo situarme sobre ella. Hablé mientras terminaba de desnudarla.

–¿Sabes? Me encantaría seguir imaginando qué haríamos si estuviésemos en Islandia. –Tras lanzar a un lado los pantalones cortos de su pijama, empecé a despojarme de mi ropa y Léane sonrió–. Quizá en otro momento retomemos esa conversación, porque en apenas un minuto vamos a estar demasiado ocupados para poder hablar.

Casi no le dio tiempo a decir nada más. Tras colocarme un preservativo, me hundí en ella con fuerza; sin preliminares, sin juegos. No dejé de besarla, me gustaba sentir su aliento cálido en mis labios cuando gemía y jadeaba. Advertí que la hacía mía con cierta posesividad, y busqué sus ojos dulces antes de terminar y sentir la explosión de placer que se adueñaba de nosotros.

Permanecemos quietos durante unos instantes. Finalmente, me aparté a un lado y la abracé rodeando su cintura con un brazo.

Observé ensimismado la curvatura de sus caderas e hice el recorrido que éstas marcaban con los dedos, mientras notaba cómo la piel de Léane se estremecía ante la caricia. Una extraña inquietud, que anteriormente ya había hecho acto de presencia, comenzó a invadirme.

Medité, medité mil veces y llegué a la clara conclusión de que debía mantener la boca cerrada. Pero la curiosidad era más fuerte. Necesitaba saberlo, lo había necesitado desde el instante en el que había probado sus labios. No era la primera vez que quería preguntarle aquello. Es más, en realidad ya lo había hecho tiempo atrás.

–¿Léane?

–¿Sí? –Se dio la vuelta en la cama y me miró. Tenía las mejillas ligeramente sonrojadas y quise posar mi mano sobre ellas y sentir el calor que irradiaban.

–Probablemente vas a mandarme a la mierda, pero... ¿con cuántos chicos has estado?

Al principio pestañeó, confundida. Después, cuando asimiló mi pregunta, me dirigió una mirada de enfado y se incorporó. Buscó su ropa interior por los alrededores de la cama y comenzó a vestirse.

—¿Y a ti qué te importa?

—Dijiste exactamente lo mismo cuando te lo pregunté por primera vez —repliqué, y también yo comencé a ponerme la camiseta.

—¡Es que no entiendo a qué viene eso! Y menos después de acabar de... ¡ya sabes!

—Es el momento perfecto porque es exactamente cuando me pregunto quién más te habrá tocado —dije alzando la voz, incapaz de controlar la frustración que me invadía.

Terminó de vestirse y se sentó en el borde de la cama, con los pies colgando y balanceándose ligeramente sin llegar a tocar el suelo. Me miró de reojo.

—¿Y tú...?

—Yo, ¿qué? —Alcé una ceja, sin comprender.

—¿Cuántas relaciones has tenido? —preguntó casi en un susurro, como si la avergonzase decirlo en voz alta.

—Bastantes.

Léane frunció el ceño.

—«Bastantes» no es una cifra.

—Lo sé. —Clavé mis ojos en ella e intenté, en vano, mantener la boca cerrada—. Pero no pago a ningún contable para que me lleve las cuentas.

Cuando me miró abrió mucho los ojos, pero luego se recompuso y su rostro se tornó impasible. Sabía que había sido un capullo, pero me cabreaba que no quisiese hablar de aquello, ¿qué demonios pretendía esconder?

—¿Sabes? Eso mismo me ocurre a mí. —Chasqueó la lengua—. Creo que mi respuesta también es «bastantes». —Me sonrió. Una sonrisa tensa e irascible—. Quizá deberíamos buscar juntos un contable. Será lo mejor. Reconozco que es difícil llevar la cuenta cuando se tratan cifras tan elevadas.

Me obligué a relajar la mandíbula y los puños que mantenía fuertemente apretados, hasta el punto de que mis nudillos empezaron a tornarse de un color blanquecino. No me gustaron los pensamientos que empezaron a invadirme; imágenes difusas se sucedieron por mi mente y, para mi sorpresa, me sentí totalmente descolocado.

Cuando advertí que Léane tenía los ojos brillantes, como si fuese a llorar de un momento a otro, intenté calmar la rabia y la incomodidad que se adueñaban de mi

sentido común. Me acerqué a ella, rodeé sus hombros con un brazo y la impulsé hacia mí, hasta que su cabeza descansó contra mi pecho.

—Soy imbécil. No quería decir eso. —Suspiré—. No necesitaría un contable para recordar con cuántas chicas he estado, era solo una broma.

—Una broma un poco denigrante —añadió ella, y, por el tono de su voz, constaté que estaba bastante enfadada. Y aunque, efectivamente, «bastante» no era una cifra, podría haber jurado que del uno al diez su cabreo se situaba, al menos, en un ocho y medio.

—Sí, a pesar de que tú has seguido con la broma —le reproché.

Asintió, con la cabeza todavía sobre mi pecho.

—Así que... —me mordí el labio inferior, pensativo— dejémoslo en... «bastantes» y no volvamos a hablar del tema. No quiero volver a pensarlo. —Deslicé una mano por su pelo y después enrollé entre mis dedos un mechón de cabello rubio—. ¿Quieres que traiga algo de comer?, ¿tienes sueño?

—Me apetecen caramelos. —Se levantó y buscó en su bolso el paquete de M&M que solía llevar—, ¿quieres?

Asentí y, sin necesidad de que dijese nada, comencé a comerme todas las bolitas rojas que encontré. Léane sonrió satisfecha, agradeciéndome el gesto en silencio.

—Aunque participe en la causa de exterminar todos los caramelos rojos, te repito que saben igual que los demás. Desperdicias dinero y, además, ¿tan horrible crees de verdad que es este color?

Sostuve entre los dedos una de las pequeñas bolitas rojas. Léane miró el caramelo ensimismada durante unos instantes y después fijó la vista en mí. Una mirada penetrante e intensa que no supe qué significaba.

Abrió la boca para hablar, la cerró y a continuación volvió a abrirla.

—Te he mentado —dijo finalmente—. Yo no he estado con «bastantes». Y en ningún caso necesitaría un contable para llevar las cuentas. —Dejó de mirarme, como si la avergonzase hacerlo—. En realidad solo estuve con una persona. Tú eres el número dos. Fácil recordar la cifra, ¿no crees?

Sus palabras fueron como una especie de bálsamo mágico y, a pesar de sentir cierta culpa por ello, me invadió una fuerte sensación de alivio.

—¿El segundo? —Cuando volví a hablar, lo hice todavía con cierta incredulidad—. No lo entiendo. ¿El primero fue... Nathan?, ¿ese idiota?

Joder, mi cabeza parecía fuera de control. Las emociones burbujeaban en mi interior intentando abrirse paso, a pesar de que no quería dejarlas salir. Qué mierda, algo estaba fallando en esa complicada ecuación. No era yo mismo, era otra persona muy distinta la que estaba adueñándose de mi ser.

—Ya sabes que no. —Frunció el ceño—. Y en realidad... preferiría no hablar de ese primer chico que estuvo en mi vida.

—¿Por qué?

—Es obvio. Me hizo daño... aunque no fuese su intención. —Fijó la vista en el suelo de la habitación—. No quería decírtelo, no me gusta hablar de este tema. Todavía me crea cierta... inseguridad.

Le quité la bolsa de caramelos de las manos y la dejé sobre la mesita de noche.

—¿Inseguridad en qué sentido?

—En mí, en toda yo. —Suspiró hondo—. Bien, te lo contaré, pero prométeme que no te reirás ni creerás que es algo gracioso. Porque para mí no lo fue a pesar de que, en su momento, a mucha gente del instituto se lo pareció.

Entrelacé mis dedos con los suyos y presioné su mano.

—Te lo juro. —Léane me miró dubitativa—. De verdad. Juro que no me reiré.

★ 23 ★

Léane

Me debatí interiormente. No estaba segura de querer contarle lo que había ocurrido con Benoît o, mejor dicho, por qué razón él decidió poner fin a nuestra relación. Seguía sin culparlo por ello, pero las burlas que se sucedieron en el instituto tras aquello me afectaron más de lo esperado.

Blake se inclinó y depositó un beso dulce y suave en mis labios.

—Confía en mí.

Observé su mirada sincera bajo las negras pestañas que acentuaban el verde de sus ojos.

—Vale. —Me aparté algunos mechones que habían escapado de la coleta y se escurrían por mi rostro—. Benoît siempre fue mi mejor amigo, íbamos juntos a todas partes desde muy pequeños. Cuando tenía dieciséis años, empecé a verlo como algo más...

—¿Benoît? —me interrumpió Blake, y frunció el ceño—. ¿Qué tipo de nombre es ése?

—Tampoco es tan horrible. —Sonreí, algo más tranquila por el tono distendido de la conversación—. El caso, como te decía, es que empezó a gustarme. Y supuestamente, a él le ocurrió lo mismo conmigo. Comenzamos a salir y estuvimos juntos nueve meses y once días.

Blake pestañeó sorprendido.

—¿Nueve meses y once días?, ¿llevabas la cuenta?

—Sí, lo hacía. —Me mordí el labio inferior, entre pensativa y avergonzada—. Era mi primer novio y cada día que pasaba con él para mí era importante.

Blake mantuvo su mirada tensa en mí, pero no hizo ningún comentario al respecto, de modo que continué hablando.

—Siempre había deseado tener un novio que, además, fuese un buen amigo. Todo parecía ir bien, pero un día me comentó que teníamos que hablar. —Me froté las manos

nerviosa—. Me dijo que era una chica fantástica y que siempre sería mi mejor amigo, pero que estaba enamorado de otra persona.

—¿En serio? —Blake abrió la boca sorprendido y agradecí que estuviese escuchándome con interés.

—Sí, pero eso no era lo peor —proseguí—. La otra persona de la que estaba enamorado no era... no era... una mujer —dije finalmente—. Benoît era gay.

Un silencio aplastante reinó en la habitación durante el siguiente minuto. Finalmente, Blake lo rompió cuando emitió una fuerte carcajada y yo escondí la cara entre las manos, arrepintiéndome de haberle contado ese hecho de mi pasado.

—Te odio, Blake, ¡en serio! —Lo empujé, apartándolo a un lado—. Sabía que no lo entenderías; la insensibilidad es uno de los efectos secundarios que tiene ser un idiota.

Al levantarme de la cama, Blake presionó mi muñeca entre sus dedos y, estirándome del brazo, me obligó a sentarme sobre su regazo. Bufé, molesta.

—Eh, no te enfades, pequeña. —Lo miré, confundida ante el tono dulce de su voz a pesar de que seguía sonriendo—. No me reía por lo que te ocurrió.

—¿Y qué te hacía tanta gracia, si puede saberse?

—Me reía de tu inseguridad. —Frunció el entrecejo—. Es estúpido que lo que pasó con ese tipo pueda hacer que tengas dudas sobre ti misma.

Negué con la cabeza.

—¿En serio?, ¿sabes lo que es que tu supuesto ex novio aparezca semanas después en el instituto cogido de la mano de otro chico? ¡Quería morirme, Blake! —exclamé—. La gente se reía. Es más, algunas chicas incluso afirmaron que, gracias a mi nula sensualidad, había decidido cambiar de acera. ¡Como si yo tuviese la culpa de algo así!

Blake me tumbó en la cama y apoyó el rostro en su mano para mirarme desde arriba. Su otra mano acunó mi mejilla y la sonrisa desapareció de su cara. Eso fue suficiente para que continuase hablando. Hablando sin parar, como si llevase años deseando desprenderme de todo aquello.

—Benoît no tuvo la culpa. Todavía somos amigos o, bueno, más bien viejos conocidos que se saludan si se cruzan por la calle. —Exhalé despacio—. Y después, por si aquello no fuese suficiente, ocurre lo de Nathan. ¿Por qué en todas mis relaciones la gente termina enterándose de lo que ha pasado, como si fuese un espectáculo? Es una humillación pública. Solo pido... un poco de privacidad, nada más.

Blake se mantuvo en silencio hasta que terminé de hablar. Deslizó sus dedos por mi rostro, ascendiendo hasta mi frente y terminando por acariciar mis labios con la punta de los dedos.

–Eres preciosa –susurró, y me estremecí ante sus palabras–. En serio, Léane, no me gusta decir estas cosas, pero lo eres.

–¿Por qué no te gusta decirlo? –pregunté en un susurro.

–Porque prefiero guardarme esos pensamientos para mí solo. –Sonrió tímidamente y eso me sorprendió.

–Tan egoísta como siempre, Blake. –Rodeé su cuello con mis manos.

–Sí. –Rozó con sus labios los míos–. Pero, en serio, no te sientas insegura. Eres mejor que cualquier otra chica. Más lista, más guapa, más dulce y más desquiciante que ninguna. Te lo aseguro.

–Gracias, Blake.

Nos tumbamos en la cama y él nos tapó a ambos con la manta. Apagó la luz de la habitación antes de encender la lamparita de noche y cogió su móvil.

–¿A qué hora quieres ir a la biblioteca?

–No lo sé, temprano. Elige tú la hora.

–Bien, entonces no será tan temprano –dijo mientras configuraba la alarma en el teléfono.

Sintiéndome tremendamente cansada, acepté su decisión. Bostecé y me acurruqué más entre las mantas. Un minuto después, Blake dejó el móvil sobre la mesita de noche y me miró.

–Por curiosidad, ¿cuánto tiempo llevamos nosotros juntos? En meses y en días –preguntó.

–No lo sé. –Lo miré dubitativa.

–¿No lo has contado?

–No.

–¿Por qué?

–Porque, hasta ahora, no sabía que nosotros estábamos juntos –respondí, usando un tono más tajante de lo esperado. En realidad, estaba nerviosa; podía sentir mi corazón bombear con fuerza, desenfrenado. Por un momento, deseé que fuese verdad, que realmente estuviésemos juntos, que Blake dijese de pronto: «Ah, sí, es verdad, había olvidado comentarte que quiero que seas mi novia».

—Cierto. —Blake asintió lentamente con la cabeza, sin dejar de mirarme intensamente, haciéndome temblar—. Y no lo estamos, ¿verdad? —Su mirada se tornó fría y presionó los labios hasta convertirlos en una fina línea—. Haces bien en no contar los días. Es una gilipollez.

Volver a reencontrarme con el lado más imbécil de Blake no fue la mejor forma de poner punto final al arrollador día que ambos habíamos vivido, pero no hubo nada más que pudiese hacer. Él apagó la luz de la lámpara de noche y se acomodó en la cama sin rozarme siquiera. Tras unos minutos en silencio, en medio de la oscuridad, rompí la inusual distancia que Blake había impuesto entre nosotros y apoyé la cabeza en su hombro. Lo oí suspirar y, a pesar de que no rodeó mi cintura con sus brazos ni me apretó contra él como solía hacer, tampoco se apartó.

A la mañana siguiente, bostecé y me acurruqué junto a Blake antes de abrir los ojos. No me hizo falta mirar a través de la ventana para comprobar que seguía lloviendo. La furia de la tormenta se había apaciguado dando paso a una tierna llovizna. Podía escuchar el sonido del agua cayendo mientras continuaba envuelta entre las cálidas mantas. Blake emitió un gruñido ronco ante mis movimientos y me estrechó con más fuerza contra su cuerpo, impidiendo que intentase levantarme. Aspiré, deleitándome con el excitante aroma cítrico que Blake desprendía.

Me hubiese gustado quedarme todo el día en la cama, aprisionada entre sus posesivos brazos, pero tenía la clara intención de estudiar ese fin de semana. Ya llevaba semanas atrasando numerosos trabajos a causa de la adictiva e innegable necesidad de pasar más tiempo con Blake.

—Tengo que levantarme.

—No.

—Lo siento, pero... me prometiste que me llevarías a la biblioteca. —Alcé la cabeza intentando ver la hora que marcaba el reloj. No lo conseguí—. Nos hemos dormido. Seguro que es tarde.

—No —repitió tajante.

Me removí con más ímpetu intentando zafarme de sus brazos. Advertí cómo los labios de Blake esbozaban una sonrisa divertida contra mi sien y eso me molestó todavía más;

le estiré de la mano con todas mis fuerzas, pero sus dedos parecían adheridos al contorno de mi cintura.

—No vas a escapar —susurró con voz ronca, antes de impulsarse, conseguir que ambos girásemos y posicionarse sobre mí.

Sonrió, con los ojos entrecerrados, y me deslizó la lengua por el cuello hasta terminar mordisqueándome con delicadeza el lóbulo de la oreja, haciéndome estremecer. Noté cómo se me aceleraba la respiración, pero, a pesar de la tentadora oferta matinal de Blake, volví a tomar conciencia de lo tarde que debía de ser. Se me ocurrió una idea poco probable y aproveché su momento de debilidad para llevarla a cabo. Acaricié con las manos su espalda y descendí hasta situarlas cerca de su cintura. Le hice cosquillas. Y funcionó. En cuanto mis dedos presionaron su piel, Blake comenzó a sacudirse entre risas y se hizo a un lado. Me incorporé en la cama y él, todavía tumbado y con un brazo tras la cabeza, sonrió risueño y me acarició el cabello con la punta de los dedos sin dejar de mirarme.

—Vale, has ganado. —Su mirada verde desprendió un brillo juguetón—. Tú te lo pierdes. Podrías haber pasado el mejor día de tu vida aquí conmigo, pero si prefieres ir a la biblioteca...

Lo miré de reojo mientras bostezaba, todavía sentada en la cama, sintiéndome algo adormilada e intentando reestructurar mis ideas.

—Sé que no es el mejor plan, pero tengo que estudiar —expliqué—. Necesito conservar la beca de este año, al menos. Y estas últimas semanas han sido muy poco productivas.

—¿Estudias con una beca?

—¡Claro que sí! —Reí sin demasiada alegría—. ¿Cómo crees que conseguí venir aquí a estudiar? La universidad no es algo que vayan regalando por ahí.

Me levanté, cogí los vaqueros que había dejado doblados sobre la silla la noche anterior y, antes de quitarme los pantalones cortos del pijama, le di la espalda a Blake. Seguía tumbado en la cama, en actitud despreocupada, con la vista fija en mí como si acabase de descubrir mi existencia y no pudiese apartar sus ojos de cada centímetro de mi cuerpo.

—¿Puedes dejar de mirarme? —le pedí, avergonzada. Salté a la pata coja intentando meter la pierna en la otra pernera del pantalón.

Lo oí suspirar.

—Todavía no puedo entender lo que me dijiste anoche...

—¿El qué? —Me abroché el botón de los vaqueros con cierta dificultad y, tras desprenderme de la camiseta, todavía dándole la espalda, giré la cabeza para mirarlo por encima del hombro—. ¿Acaso no piensas vestirme?

—Que no eras sexy. —Elevó la comisura de sus labios mostrándome una sonrisa que me quitó la respiración—. Y sí, me gustaría vestirme, pero estoy demasiado ocupado mirándote. Nunca digo que no a un espectáculo gratuito.

—¡Dios, Blake! —Puse los ojos en blanco—. ¡No hace falta que intentes... halagarme! Es algo interior, ¿entiendes?, lo solucionaré algún día por mi cuenta.

—No lo entiendes. —Blake negó con la cabeza, se levantó y abrió el armario—. Sé que solo tú puedes superar tus inseguridades. Si te digo que eres sexy es porque lo creo y porque me apetece decírtelo. —Me mostró una tímida sonrisa—. ¿Ves? No siempre soy tan egoísta, a veces comparto cosas.

Le lancé un almohadón, pero no pude evitar sonreír.

Cuando saqué el móvil del bolso descubrí que eran casi las nueve y media, mucho más tarde de lo que había planeado. Desayunamos a toda prisa (especialmente yo, ya que Blake tardó casi diez minutos en untar una dichosa tostada) y finalmente nos pusimos en marcha hacia la residencia (después de que lo arrastrase para salir de la casa). Al llegar, Blake no estacionó el coche en doble fila, sino que continuó circulando por los alrededores.

—¿Adónde vamos? —pregunté insegura.

—Intento aparcar.

—No es necesario. —Fruncí el ceño, extrañada—. Déjame en la puerta, como siempre.

Noté que Blake tensaba la mandíbula.

—Yo también tengo que estudiar.

Pestañee y lo miré con incredulidad. Cuando encontró un sitio libre, aparcó en batería mirando hacia atrás, sin hacer uso de los espejos retrovisores. Apagó el motor del coche y nos sumergimos en un silencio incómodo.

—¿Vas a venir a la biblioteca?, ¿conmigo? —le pregunté.

—Sí. —Me mostró una sonrisa inocente—. ¿Por qué te sorprende tanto?

Respiré hondo, advirtiendo el dulce aroma a frambuesa que procedía del ambientador del coche. Sus ojos habían adquirido un brillo extraño que me mantenía alerta. Por primera vez, sentí que me miraba con suavidad, casi con un toque de dulzura.

–Te he preguntado varias veces si me acompañabas a la biblioteca y siempre has dicho «pff, paso» –expliqué, intentando imitar su voz y el modo en el que arrastraba las palabras al hablar. Lo miré de arriba abajo–. Además, ni siquiera llevas libros.

Sonrió mientras salía del coche e imité sus movimientos. Comenzamos a caminar hacia el campus de la universidad.

–Tú tampoco.

–Pensaba recogerlos de la residencia. –Permanecí un largo minuto en silencio y, tras comprobar que él no decía nada, proseguí hablando–. ¿Cómo piensas estudiar sin libros?

–Las bibliotecas son esos lugares que huelen a humedad y que están repletos de estanterías. Y esas estanterías sirven para guardar libros, ¿no? –Con prepotencia, alzó una ceja, sin dejar de caminar. Ante el balanceo del movimiento al andar, su mano rozó la mía. Me estremecí y una parte de mí, una parte muy muy escondida, anheló que entrásemos en el campus cogiéndonos de la mano. Por supuesto, eso no ocurrió.

–Me encanta cuando me deleitas con tu inteligencia –respondí molesta, y caminé a un ritmo más rápido.

Tras coger los libros de la residencia y convencer a Blake de que no podíamos quedarnos allí –afortunadamente, Rachel estaba durmiendo, lo cual fue de gran ayuda para disuadirlo–, entramos en la biblioteca. Enseñamos el carnet de alumnos de la universidad en recepción y ascendimos hasta la segunda planta, ya que, a esas horas tardías, la primera solía estar totalmente ocupada. Avanzamos hacia una zona del fondo y nos acomodamos en una mesa amplia donde había cuatro sillas.

Esperaba que Blake se sentase enfrente, pero decidió acomodarse a mi lado. Y, para más inri, hizo chirriar la silla cuando la arrastró para acercarse todavía más. Me llevé un dedo a los labios y le dirigí una mirada de reproche.

–No hagas ruido.

–Lo siento. –Descubrí que reprimía las ganas de reír.

Saqué los libros de la mochila, así como también varias libretas de apuntes, y los esparcí sobre la mesa. Comencé después a organizar el desastre de anotaciones por materias. Suspiré hondo tras advertir que Blake se mantenía quieto, mirándome en silencio. Había acercado tanto su silla a la mía que, si apoyaba las manos sobre la mesa como solía hacer, mi codo se toparía con él. No era la posición más cómoda para estudiar.

★ 24 ★

Blake

Cuando se concentraba, Léane fruncía el ceño.

En realidad, solía hacerlo a todas horas.

Recordaba lo mucho que ese gesto me había molestado meses atrás. Sin embargo, ahora se me antojaba como su marca personal. No parecía enfadada, sino reflexiva, relajada, ausente en su propio mundo...

Me recliné sobre la silla, apoyándome en el incómodo respaldo y reprimiendo un suspiro de resignación. No tenía muy claro qué narices hacía allí, malgastando un apacible día festivo en el interior de una biblioteca. Pero la idea de pasar el sábado en casa solo —o lo que es lo mismo, sin Léane— había sido un estímulo suficiente para empujarme a pisar ese sitio.

Observé en derredor con cierta incomodidad. Era un lugar claustrofóbico. Apenas entraba luz por las pocas cristalerías que recorrían la estancia y, a causa de ello, todas las luces estaban encendidas a pesar de que eran las diez y pico de la mañana. Inmensas hileras de estanterías, construidas en madera oscura, se alzaban por todas partes formando un laberinto de libros y polvo. Arrugando la nariz con cierto desagrado, ignoré a los alumnos que estudiaban manteniendo la cabeza gacha absortos en sus libros, y me centré en Léane.

Sacudía hojas de apuntes aquí y allá, como si estuviese intentando buscar algo concreto que no llegaba a encontrar. Giraba libros, colocándolos boca abajo, y pequeños trozos de papel con garabatos caían y se balanceaban hasta posarse en la mesa.

Me acerqué a su oído, tratando de no hacer ruido.

—¿Qué estás buscando?

—Me faltan apuntes. —Se mordió el labio inferior, pensativa, y luego me miró—. Soy la típica idiota que se ha pasado el curso dejando apuntes a media clase. Algunos los devuelven después de fotocopiarlos, pero otros...

–Quizá pueda echarle una mano. No tengo una gran memoria, pero algo recordaré de primero –observé el libro donde se leía *Principios de economía*–, aunque elegí otras optativas menos... soporíferas.

Léane torció el gesto.

–No te ofendas, pero realmente me sorprende que estés en tercer curso.

Me rasqué el mentón, pensativo.

–Aunque no lo creas, estudio –le aseguré–. Que no lo haga en una biblioteca no significa que no pueda hacerlo en mi casa. Además, tampoco me salto tantas clases, y se me quedan rápido las cosas. Soy así de listo e increíble. –Le dediqué una sonrisa deslumbrante y ella rió por lo bajo.

–¿No acabas de decir que tienes mala memoria?

–Sí. Retengo los datos tan solo durante el tiempo necesario. –Le quité el libro más cercano y lo coloqué en medio de los dos, para que ambos pudiésemos verlo–. Leamos y, si no entiendes algo, podemos discutirlo entre los dos.

–Qué gran solución. –Puso los ojos en blanco.

–Sé que te apasiona discutir. No lo niegues.

Léane comenzó a leer el texto e intenté hacerlo también.

«Proporciona el contenido ético y el modo de actuar. Procede del *estado de padre* y principalmente del *padre protector o nutricio*...» Bostecé y me esforcé arduamente por no dormirme sentado. Imaginé lo feliz que estaría si me hubiese quedado en la cama, cobijado bajo las mantas, con todo el sábado por delante y Léane a mi lado... hum... sonaba tentador. «En ello actúa el *patrón o programa*, que dan la instrucción, el modo de actuación, y proceden de la activación del *estado de padre*.»

Observé el largo cabello rubio que se escurría por su espalda, hasta casi rozarle la cintura. Era brillante y suave, muy suave. Quizá podía pasar desapercibido, porque no era un rubio platino deslumbrante, sino un tono más oscuro.

Me llevé una mano a la cabeza con consternación, preguntándome qué cojones hacía allí, fijándome en el pelo de Léane como si no hubiese nada más interesante en el mundo.

«... es el elemento que lucha contra todos los otros *materiales del guión* y principalmente rompe con los *mandos del guión*. Procede de la activación del *estado de niño*.» A decir verdad, no recordaba haber leído ese texto en mi vida; los planetas debían de haberse alineado dos años atrás para conseguir que aprobase el examen.

Incapaz de resistir durante más tiempo sumergirme en ese tostón, escabullí una mano bajo la mesa y tantee el borde de la silla de Léane, ascendiendo poco a poco hasta rozar su rodilla. Noté cómo se sobresaltaba, poniéndose tensa, con la espalda recta. Seguí leyendo el libro de texto impasible e ignorando la mirada asesina que me dedicó.

«... introduce *sorpresa* en la vida y en el origen de la noticia periodística.» Ascendí despacio, acariciándole la pierna por encima del pantalón vaquero y disfrutando por cómo se estremecía ante la sutil caricia. Cuando mis dedos avanzaron hacia el interior de sus muslos, se removió en la silla antes de inclinarse hacia mí.

—¿Qué-estás-haciendo? —siseó furiosa. Sin embargo, a pesar de su aparente enfado, podía advertir el deseo en su mirada. En mi defensa, comentar que mi mano seguía exactamente en el mismo lugar porque ella no había intentado apartarla.

—¿Cuál es tu problema? —Le sonreí con inocencia, como si no supiese de lo que estaba hablando. Señalé el libro con la cabeza—. Concéntrate o acabarás suspendiendo.

—Blake, en serio, ¡para!

—¿Realmente es lo que quieres? —le susurré al oído.

—Sí, claro que sí. —Miró a su alrededor avergonzada, como si pensase que alguien podría estar mirándonos.

—No te creo. —Mis dedos reptaron hábiles hasta hundirse en la cinturilla de los vaqueros y Léane pareció sofocarse, se le sonrojaron las mejillas y su respiración dejó de ser pausada—. Nadie nos está mirando. Tranquila.

—¡No! —exclamó más alto de lo adecuado—. ¡Estamos en una biblioteca, Blake!

—Claro, por eso mismo es más divertido.

Me dio un codazo, haciéndome a un lado. Reí. Ella también lo hizo. Aproveché el momento para introducir una mano bajo su suéter y acariciar la suave piel de su espalda, hasta que recordé su venganza matinal y presioné los dedos bajo su cintura, haciéndole cosquillas. Léane se llevó una mano a la boca para no gritar, mientras se contorsionaba entre mis brazos.

—¡Para, por favor! —Cerró los ojos sin dejar de reír—. ¡Te lo ruego, Blake!

Intentó alejar mis manos y, cuando descubrió que no tenía la suficiente fuerza para lograrlo, cogió el aburrido libro de texto de la mesa y, justo cuando me aparté, dejó caer el pesado volumen sobre mi mano, exactamente encima del dedo meñique, que mantenía ligeramente curvado hacia abajo, y después se deslizó hasta el suelo.

Pude oír perfectamente el crujido que emitió el dedo al doblarse.

Ella también lo oyó porque, tras el impacto, se quedó paralizada, manteniendo los ojos muy abiertos mientras miraba mi mano.

Respiré profundamente, sin apartar la vista del dedo meñique, que ahora se mostraba enrojecido y curvado hacia el lado derecho de un modo antinatural. Clavé la mirada en Léane.

—¿Acabas de... romperme un dedo?

Intenté ignorar el dolor que comenzaba a invadirme. Un dolor seco, agudo.

—¡Dios mío, Blake! ¡Ha sido sin querer! —Se lanzó sobre mi cuello, abrazándome y sorprendiéndome—. ¡Vamos, levántate! Iremos al hospital... ¡no sabes cuánto lo siento!

Apreté la mandíbula, convenciéndome de que el dolor era solo mental. Solo eso. Si lograba dominar mi cerebro, la intensa quemazón desaparecería. Seguro.

Observé cómo Léane comenzaba a recoger los libros para empezar a guardarlos, después, en su mochila rosa. Volví a fijar la vista en el dedo meñique: la imagen que ofrecía era cada vez más desagradable y grotesca; el color rojo se acentuaba más y continuaba ladeado en una posición extraña. Quise moverlo, pero no estaba seguro de qué pasaría si lo hiciese y las palabras de Léane interrumpieron mis intenciones.

—¡Ni se te ocurra moverlo! —exclamó. Tras colgarse la mochila al hombro, se inclinó hacia mí y acunó mi rostro entre sus manos, dejándome totalmente desconcertado. No por el gesto en sí, sino por su mirada cálida y preocupada. Sacudí la cabeza, rompiendo el extraño momento, y me levanté.

—Quédate aquí estudiando. —Suspiré hondo y me palmeé el bolsillo del pantalón vaquero, cerciorándome de que llevaba las llaves del coche—. No es nada importante, me acercaré en un momento al hospital y, si quieres, te recojo cuando vuelva.

—¿Te has vuelto loco? ¡Voy contigo!

Asió mi brazo con decisión y comenzó a caminar hacia las escaleras para bajar a la primera planta. El dedo comenzaba a dolerme lo suficiente como para no intentar siquiera detenerla. Cuando montamos en el coche, lo observé con más detenimiento y aprecié la hinchazón, que casi duplicaba el tamaño del meñique.

Adam llamó justo antes de que intentase arrancar el motor. Tanto él como Lissa acababan de levantarse y se preguntaban si nos apetecería ir a desayunar a Mandey, una conocida zumería del centro especializada en refrescos de todos los sabores imaginables. Denegué la oferta, tras explicarle lo que había sucedido. De todos modos, era un incordio que siempre intentasen hacer planes con nosotros, como si fuésemos pareja;

llevaban semanas insistiendo y, hasta el momento, habíamos rehusado todo tipo de variadas propuestas.

—¿Crees que podrás conducir? —me preguntó Léane dubitativa cuando colgué.

—¿Existe otra alternativa?

—Sí. Un taxi, quizá.

—¿Hasta Romford? —Negué con la cabeza y giré la llave con mucho cuidado, intentando que nada me rozase el dedo—. Mi hospital es privado y está allí. No es una urgencia tan grave como para acudir a otro.

Durante el trayecto en coche, Léane se mantuvo quieta emitiendo desesperantes suspiros de vez en cuando, mirándome de reojo con preocupación y pidiéndome en repetidas ocasiones que evaluase el nivel de dolor valorándolo del uno al diez.

Y joder, era un diez, a pesar de que a Léane preferí decirle «cinco».

El hospital de Romford se situaba en un extremo de la ciudad, a unos veinte minutos de distancia de la urbanización donde vivía mi familia. Unas escaleras de color blanco conducían al interior del enorme edificio. En cuanto entramos, percibí ese olor. Un olor típico de hospital, que recordaba la ausencia, la enfermedad y la miseria. Si había algo que odiaba en este mundo con todas mis fuerzas era, sin lugar a dudas, estar en el interior de un hospital.

Me desagradaban las estancias blancas, sin personalidad, sin fuerza. El olor a desinfectante, los rostros impertérritos de los trabajadores del hospital, que deseaban que acabase la jornada laboral para regresar a sus cálidos hogares, las interminables horas en desquiciantes salas de espera...

Con Léane pisándome los talones, e intentando no mirar demasiado a mi alrededor, me acerqué al mostrador principal y, después de que una chica me tomase los datos, me pidieron que esperase en una sala cercana a que el doctor me llamase.

Emití un largo suspiro cuando me dejé caer sobre la silla. Léane se acomodó a mi lado y posó una de sus pequeñas manos en mi pierna; llevaba las uñas pintadas de un alegre color naranja.

—¿Estás bien?

—Sí —contesté secamente.

Frente a nosotros, una mujer retorció entre las manos un papel, y podía apreciarse a leguas el nerviosismo que se apoderaba de ella. Tres asientos más allá, una pareja de ancianos esperaba con paciencia su turno; el hombre portaba un elegante bastón que

temblaba bajo el alocado pulso de su mano. A nuestra derecha, un bebé lloraba desconsolado a pesar de que su madre lo mecía con cariño mientras le susurraba palabras de aliento. Otras tantas personas paseaban sus miradas por la sala o permanecían quietas con la vista fija en el suelo. Si algo se oía en la estancia era, sin duda, suspiros. Suspiros de preocupación, suspiros de nerviosismo, suspiros de impaciencia, suspiros de pesar...

—¿Estás enfadado porque... te he roto el dedo? —Aparté la vista de todas aquellas personas anónimas y la miré cuando habló; la culpabilidad se leía en sus ojos—. Ha sido un accidente, no lo he hecho a propósito.

Intenté sonreír, a pesar de la ansiedad que empezaba a sentir. Recordar la cantidad de veces que había estado ahí, en ese mismo hospital, en esa misma sala de espera... no era agradable.

—¿No he vivido ya esto? Creo que no es la primera vez que te disculpas por atacarme sin proponértelo. Es posible que inconscientemente quieras matarme.

Léane emitió una dulce risa y me cogió de la mano ilesa, entrelazando sus dedos con los míos. Intenté relajarme. Imaginé que estábamos en otro lugar. En Cualquier lugar.

Hubiese sido un perfecto plan de fin de semana y, todavía mejor, para pasar un día caluroso. Era un lugar idílico para el verano, para tumbarse sobre cientos —miles, quizá— de tréboles de la suerte y dejarse envolver por el aroma a tierra húmeda, a briznas de hierba cubiertas de rocío, a vida.

—No estás enfadado conmigo —aseguró Léane, hablando en susurros—. Estás mal porque estamos en un hospital y odias este lugar.

Abrí los ojos de golpe, alejándome rápidamente de aquel prado repleto de tréboles y enfrentándome de nuevo a la realidad. Recé para que se callase y no volviese a tocar ese tema, tal como habíamos acordado la noche anterior, pero cuando la miré y vi su mirada sincera y repleta de ternura me dio un vuelco el corazón. Léane acababa de traspasar una puerta importante en mi interior y no estaba seguro de querer alejarla y continuar solo el resto del camino.

—Sí.

Me sorprendió mi propia respuesta.

—Supongo que aquí es donde viene tu madre...

—Sí. —Exhalé aire despacio.

Sus dedos presionaron con más fuerza los míos.

—No tienes por qué aparentar que no te importa.

Me volví bruscamente hacia ella.

—¿Es eso lo que piensas? —Noté cómo se me tensaba la mandíbula—. Me importa. No sabes cuánto. Ella y mi hermana son lo más importante que tengo. Lo único que tengo, en realidad.

—¿Les has dicho eso a ellas? —inquirió.

Léane usaba un tono dulce al hablar y, a pesar de lo incómodo de la conversación, su aparente preocupación por mí y por mi familia, de un modo desinteresado, calmaba la ira que sentía en ese momento.

—No, pero lo saben. No es necesario que lo diga.

—A veces, eso no es suficiente —opinó—. Que quieras a alguien no significa que a esa persona no vaya a gustarle escuchar todos los días, mañana tras mañana, lo mucho que la quieres. —Respiró hondo y apartó su mirada de mí para posarla en el frío suelo del hospital—. Decir «te quiero» implica pronunciar tan solo dos palabras, no cuesta nada y para la persona que lo escucha puede suponer algo inmenso.

Hubo un tenso momento de silencio y, durante unos segundos, no quise añadir nada más. Pero, finalmente, tras bucear en sus ojos repletos de anhelo, decidí romperlo.

—Decir «te quiero» no implica pronunciar tan solo dos palabras. Implica mucho más. Implica pérdida e inseguridad.

—Y curiosamente, también encuentros y seguridad —repuso sin apartar su mirada de mí.

★ 25 ★

Léane

Nos retamos con la mirada durante un eterno minuto que parecía no llegar a su fin. Finalmente, cuando oímos una voz femenina pidiéndole a Blake que fuese a la consulta, la tensión se disipó y ambos nos levantamos y comenzamos a caminar hacia el lugar que nos indicó una de las enfermeras, a pesar de que Blake parecía conocer bien el edificio.

–Puedes esperarme aquí –me dijo, segundos antes de que su mano girase la manivela de la consulta del médico.

–No. Te acompaño.

Ignoré la molesta mirada que me dirigió y me colé tras él, cerrando la puerta después de entrar. El doctor se levantó de su mesa de trabajo y saludó a Blake con afectación, tras indicarle que se sentase en la camilla. Llevaba el cabello castaño peinado con la raya al lado y una larga bata blanca cubría su vestimenta. Inspeccionó con delicadeza el dedo de Blake desde diferentes ángulos, antes de preguntar:

–¿Cómo te lo has hecho?

Advertí el disfrute de Blake ante la cuestión y cómo la comisura de sus labios se curvaba lentamente mostrando una sonrisa divertida. Me alivió que volviese a ser el de siempre.

–Dejó caer sobre mi mano un libro de varios kilos. –Me señaló con la mano ilesa–. Y ya van varios asaltos, doctor.

El hombre me miró distraídamente por encima del hombro y, tras descubrir la mueca que le hacía a Blake, sonrió también.

–Todas las parejas discuten, pero no es aconsejable lanzarse libros –me advirtió jocoso.

Puse los ojos en blanco.

—No discutíamos. Él me estaba haciendo... me estaba haciendo... —Negué con la cabeza, incapaz de continuar. ¿Qué iba a decir?, ¿que me estaba haciendo... cosquillas? No sonaba lo suficientemente amenazante como para fracturarle un dedo a alguien—. Fue un accidente, doctor.

Quise añadir «Y no somos pareja», pero no creí apropiado hacerlo partícipe de nuestra relación sentimental. O sexual. O lo que demonios fuese.

—Bien... —Ladeó la cabeza tras tocarle la zona del tendón, y el dolor que le provocó pudo palparse en el rostro de Blake. Tuve ganas de gritarle que dejase de hacerle daño, y me sentí tremendamente estúpida por ello—. Te pondremos una tablilla y tendrás que llevar el dedo inmovilizado durante un tiempo.

—Fantástico —murmuró Blake con ironía—. ¿Eso significa que no podré escribir durante unas semanas?, ¿ni hacer exámenes?, ¿podría hacerme un justificante para la universidad donde se diga que estoy convaleciente?

El doctor rió mientras comenzaba a sacar vendas y otros artefactos de uno de los cajones.

—No tan rápido, chico. Puedes escribir. Tu letra no será perfecta, pero seguro que logras que sea legible.

Blake lo miró con fastidio, pero no dijo nada más.

Entre muecas de dolor que intentaba disimular bastante mal, el doctor le colocó la tablilla, inmovilizándole el dedo meñique, antes de ajustarlo todo con la venda. En cuanto terminó, y tras solicitarle de nuevo ciertos datos, le pidió que volviese en dos semanas a su consulta con cita previa.

Respiré aliviada cuando todo terminó y salimos de la consulta. Mientras nos acercábamos hacia la puerta de salida a paso rápido, Blake se inclinó para susurrarme al oído.

—No sé si podré ducharme con esto puesto —dijo—. Quizá necesite tu ayuda.

—Quizá necesites también un psicólogo.

Ambos reímos. Nos colamos en la puerta giratoria del hospital y, en cuanto salimos, el aire frío chocó contra mi rostro y me revolvió el cabello. Justo en ese instante, mientras me apartaba algunos mechones de pelo de la cara, me topé con la alarmada mirada de Claire.

No estaba sola. Un hombre alto, fornido y de penetrantes ojos verdes la acompañaba. Hubiese podido ser cualquiera, pero el parecido era de tal calibre que supe sin dudar que

se trataba del padre de Blake.

Un silencio sepulcral se adueñó de la escena. A nuestro alrededor, numerosas personas entraban, salían del hospital y paseaban por los alrededores, pero apenas era consciente de ellas. La tensión y la ira de Blake parecían inundarlo todo a su paso. Advertí que Claire tenía los ojos excesivamente brillantes, como si fuese a llorar, y una mueca de desesperación se apoderó de su rostro cuando el padre de Blake habló, con una voz ronca y fuerte, similar a la de su hijo.

—Blake, déjame explicarte...

—Cállate.

Ni siquiera alzó la voz cuando lo interrumpió, tan solo fue un siseo, pero sus afiladas palabras implicaban tal determinación que su padre no intentó hablar de nuevo. Después, como si él no estuviese allí siquiera, se giró hacia su madre.

—¿Qué demonios haces con él? ¿Desde cuándo está aquí, en Inglaterra?

Claire se llevó una mano al pecho; al principio pareció afligida, pero rápidamente su rostro se tornó enfadado, casi más que el de Blake.

—Tu padre y yo somos adultos, nos conocemos desde que éramos niños y, aunque te cueste aceptarlo, nos une una amistad. —Me asombró el tono definido de su voz—. Se mudó a Inglaterra hace meses. Si hubieses accedido a hablar conmigo, afrontando los problemas, habrías estado al tanto de todo lo que está sucediendo.

El padre de Blake, que imponía un profundo respeto vestido con un elegante traje de chaqueta a juego con su refinada mirada, apoyó una mano en el hombro de Claire y le frotó el brazo con cariño.

—Tranquila, no te alteres, el chico necesita un tiempo...

—Robert, ha tenido mucho tiempo —le reprochó Claire, que después, como si su enfado se disipase de repente, fijó la vista en el dedo de Blake y se llevó una mano al pecho—. ¿Qué te ha ocurrido?

Advertí que Blake respiraba con cierta dificultad y, aunque deseaba fundirme entre las sombras y desaparecer de aquel lugar con toda mi alma, di un paso al frente para acercarme más a él con la esperanza de que pudiese notar mi proximidad y no sentirse tan solo.

—Nada —contestó secamente—. ¿Emma lo sabe?

Claire se acercó a él, con la vista todavía fija en la mano de su hijo, pero Blake dio un paso atrás, rechazando su atención.

—¿Sabe que él está aquí? —repitió, actuando de nuevo como si su padre, que parecía verdaderamente dolido por su desprecio, no estuviese allí.

—Claro que sí, Blake.

Él presionó los labios formando una fina línea antes de comenzar a descender los escalones de la puerta principal del hospital y abandonar el lugar sin siquiera despedirse de su familia. Me quedé quieta, sin saber qué debía hacer, a pesar de que en mi fuero interno lo único que deseaba era seguirlo allá donde fuese. Incluso aunque se equivocase. Incluso aunque estuviese cometiendo el peor error de su vida.

La mirada de Claire se suavizó en cuanto sus ojos chocaron con los míos.

—Robert, ésta es Léane, la chica de Blake —me presentó.

Él avanzó hasta mí y sacudió mi mano con firmeza, provocándome un escalofrío. Si fuese mi padre, no me atrevería a enfrentarle. Parecía tan seguro de sí mismo que me sentí diminuta junto a él. Me abstuve de corregir a Claire, explicándole que yo no era «la chica» de su hijo.

—Encantado de conocerte. —Sonrió, mostrándome una blanca hilera de dientes—. Espero que podamos vernos en otra ocasión. Quizá en una situación más apacible, si mi hijo lo permite, ¿qué opinas?

Sonreí, algo más tranquila. Al parecer, Blake y su padre también compartían un peculiar sentido del humor.

—Me encantaría. —Tras el saludo, me froté las manos con nerviosismo sobre el pantalón vaquero; estaba sudando—. Creo que debería irme, Blake se preguntará dónde estoy...

—Déjame decirte que, para su desgracia, Blake sabe bien dónde estás ahora mismo. —Su sonrisa se tornó todavía más amplia y su ex mujer lo regañó, dándole un sutil codazo—. Pero sí, ve con él, será lo mejor.

Asentí con la cabeza, todavía cohibida, y me despedí antes de bajar los escalones hacia la acera. Su madre se volvió en el último momento y me miró suplicante.

—Haz que entre en razón, Léane. —Le tembló el labio inferior—. Y cuida de él, por favor.

Caminé enfadada dando grandes y sonoras zancadas, hasta el lugar donde horas atrás Blake había aparcado el coche. Esperaba que no se hubiese marchado. No sería capaz de

hacer algo así, ¿verdad? Me di más prisa, temerosa de que me hubiese abandonado en medio de Romford. No es que no confiase en él, pero no era nada tranquilizador saber que se trataba de la persona más impredecible que había tenido el placer de conocer.

No solo estaba cabreada con Blake. Que lo estaba. Y mucho. Pero, aparte de su reprochable actitud hacia su padre, me molestaban las últimas palabras que Claire había dicho. «Haz que entre en razón, Léane. Y cuida de él, por favor.» ¡Como si estuviese en mi mano!, ¡como si fuese mi obligación!, ¡como si yo pudiese hacer algo, siquiera! Blake era totalmente hermético y, aunque al principio eso no había sido de mi agrado, me había acostumbrado a su forma de ser y, contra todo pronóstico, había aprendido a valorarlo tal como era. Me gustaba que no compartiese su interior a la primera de cambio, que se abriese poco a poco, que sus miradas fuesen adquiriendo progresivamente un toque diferente... Entendía el sufrimiento que estaba causando a su familia, pero, aunque estuviese cometiendo ciertos errores, ¿quién era yo para inmiscuirme en sus asuntos?

Por desgracia, no era nadie. Y «nadie» era una palabra horrible.

Giré la última calle y, afortunadamente, comprobé que el coche seguía donde lo habíamos dejado. Cuando me acerqué, descubrí que Blake no estaba en el interior. Suspiré de un modo dramático y, tapándome la cara con las manos, apoyé la espalda en el lateral del coche.

No pasó más de un minuto hasta que oí una ronca voz a mi espalda.

—Te lo he pedido de chocolate. —Se situó frente a mí y me tendió un batido tamaño gigante—. Chocolate con leche —puntualizó, mostrándome un amago de sonrisa.

Me tranquilicé al instante, correspondiendo a su sonrisa y aceptando el batido.

—Veo que tu memoria no está tan mal.

—Solo para algunas cosas. —Depositó un fugaz beso en mi mejilla, dejándome desconcertada, antes de abrir la puerta del copiloto y sujetarla mientras entraba. Me costaba un mundo comprender cómo funcionaba su cerebro. ¿De qué dependía exactamente que estuviese cabreado o alegre?, ¿por qué tenía esos cambios de actitud tan repentinos? No lograba pillarle el truco.

No hablamos durante el camino de regreso. Agradecí el silencio entre nosotros. No era un silencio incómodo. Tan solo eso, silencio, sin más. Disfruté del batido mientras miraba distraída el paisaje por la ventanilla.

—¿Puedes creerlo...? —Me giré sobresaltada cuando oí su voz. Blake negó, moviendo la cabeza de un lado a otro, sin apartar la vista de la carretera—. Mi padre lleva meses en Inglaterra y tanto mi madre como mi hermana lo sabían. —Chasqueó la lengua—. No puede ser cierto. Tiene que ser una jodida broma.

No dije nada y, pasados unos segundos de silencio, él continuó hablando.

—¿Y por qué está aquí?, ¿qué cojones hace en Romford? —Golpeó el volante con la palma de la mano y después me miró de lado—. ¿Qué opinas, Léane?

Entreabrí los labios, sin saber qué responder a su cuestión; estaba demasiado sorprendida por su reacción, por el hecho de que me preguntase mi opinión sobre la situación. Dudé, pero finalmente le dije lo que realmente pensaba.

—Es obvio que está aquí por tu madre. Creo que ella le importa de verdad. Quizá no como pareja, pero... tienen hijos en común, se conocen desde hace muchos años y Claire necesita un apoyo. —Solté todo el aire que estaba conteniendo—. ¿Por qué te niegas a escuchar lo que tenga que decirte tu padre? No pierdes nada.

—Pierdo mi orgullo —siseó entre dientes.

—El orgullo está sobrevalorado —puntalicé—. Hay otras cosas mucho más importantes.

Blake asintió con la cabeza sin mirarme y no volvió a decir nada durante el resto del viaje. Media hora más tarde, estacionó cerca de la puerta de mi residencia, ya que le había dicho que debía adelantar varios trabajos tras la fallida mañana de estudio y, antes de que pudiese abrir la puerta, volvió a hablar, con el coche todavía en marcha.

—¿Qué pasaría si perdieses esa beca que tienes? —preguntó sin venir a cuento.

Arqueeé una ceja.

—No lo sé, pero ten por seguro que no ocurrirá —afirmé—. De cualquier modo, solo cubre el sesenta por ciento de los gastos, razón por la cual ahora participo en un concurso, ¿recuerdas? —Me obligué a sonreír. Últimamente, me sentía muy incómoda cuando salía el tema del concurso estando Blake delante. Era como una especie de cuenta atrás, sabía que en algún momento uno de los dos sería descalificado y, en cierto modo, temía que eso consiguiese alejarnos... ahora que cada vez estábamos más cerca. Me había acostumbrado a que formase parte de mi vida.

Blake me observó pensativo. Encontré la manecilla del coche, tanteando con los dedos el lateral de la puerta, pero, antes de que pudiese intentar marcharme de nuevo, su voz retumbó en el interior del vehículo, entremezclándose con la vibración que éste producía al estar todavía el motor encendido.

–¿Por eso participas en el concurso?, ¿por el dinero?

Nos miramos en silencio durante unos instantes.

–No exactamente. La idea de pasar un mes haciendo prácticas en esa cadena... es genial, sé que no es algo que se consiga todos los días –aclaré, sintiéndome un poco incómoda–. Pero ¿qué utilidad tendría si ni siquiera puedo pagar los siguientes cursos de la universidad?

Se mantuvo en silencio. Evité mirarlo durante unos instantes. Para él era fácil. No parecía tener ninguna preocupación económica. Tenía un coche propio y podía permitirse el lujo de alquilar una casa. Y no una casa cualquiera, como los pisos minúsculos de estudiantes que anunciaban con carteles clavados en el corcho de la universidad, sino una de dos plantas y numerosas estancias, con un pequeño jardín incluido.

Suspiré hondo.

–No importa, tú no lo entenderías –concluí.

Abrí la puerta y Blake se inclinó y me cogió de la mano antes de que pudiese escapar.

–Sí que lo entiendo.

Me perdí en el verde de sus ojos durante lo que pareció una eternidad y finalmente salí del vehículo. En cuanto alcancé a poner un pie en la acera, me volví y contemplé cómo su coche se alejaba circulando por la carretera, hasta que giró a la derecha y desapareció de mi campo de visión.

Cuando subí a la habitación, me encontré con Lissa y Rachel, que estaban pintándose las uñas. Emitiendo un suspiro de cansancio, me cambié de ropa para ponerme cómoda y me dejé caer sobre la cama de Lissa, a su lado. Alcé la cabeza y observé cómo Rachel le realizaba la manicura; tenía un pulso envidiable.

–¿Qué es eso de que le has roto el dedo a Blake? –preguntó Lissa, frunciendo el ceño y mordisqueando una barrita de chocolate con avellanas–. ¿Es una excusa para no salir nunca con nosotros?

–¡Claro que no! Es verídico, pero ha sido sin querer. –Sonreí, desenrosqué el tapón de un pintaúñas marrón que llevaba siglos sin usar y olí el horrible aroma que desprendía–. Uf, qué desastre. –Volví a ponerle el tapón y lo lancé a la papelera.

–Jo, me gustaba ese color.

Rachel miró nostálgica la papelera, meditando si debía volver a coger el pintaúñas.

–Estaba casi seco, pero iré esta semana a comprar algunos. Acompáñame si quieres, la mejor tienda es la del centro. –Abracé la almohada con fuerza y sonreí–. Interminables hileras de pintaúñas de todos los colores. El paraíso.

Lissa revolvió la multitud de potingues que guardaba en el neceser, cogió un bote de crema hidratante y lo estrujó hasta que la palma de su mano se llenó de la cremosa sustancia blanquecina. Sin antes preguntarnos, esparció un poco tanto por la cara de Rachel como por la mía.

–Tenéis la piel seca –explicó, encogiéndose de hombros mientras ella misma se masajeaba el rostro cubierto de crema–. Por cierto, Léane, esta mañana mi madre me ha propuesto que Adam vaya a casa en verano, durante una semana.

–¿A casa... Francia? –tartamudeé sorprendida.

–Sí. –Emitió un largo suspiro–. Papá quiere asegurarse de que no es un asesino en serie en potencia. Ha dicho, palabras textuales: «Nunca sabes si puedes estar durmiendo con el enemigo». Entonces, por supuesto, le he contestado que yo jamás he dormido con Adam.

Las tres reímos al unísono.

–Claro, estáis siempre demasiado ocupados haciendo otras cosas como para dormir –añadió Rachel.

–Exacto, pero eso he preferido omitírselo. Mi padre ha cumplido ya los cincuenta y tres años y no me gustaría que sufriese un infarto. Lo hago por su bien. Algún día me lo agradecerá.

Terminé de extenderme la crema por el rostro, sin poder dejar de reír. Imaginar al señor Leveque sabiendo que su hija dormía –entre otras muchas cosas– con un chico era tan preocupante como si un meteorito amenazase con destruir la Tierra esa misma noche.

–¿Y se lo has comentado a Adam? –preguntó Rachel.

–Sí. –Sonrió satisfecha–. Ha aceptado. Es más, está encantado.

–¡Genial! –exclamé, realmente emocionada por lo bien que parecía ir su relación.

Agarré la bolsa de caramelos y me quité las zapatillas para tumbarme completamente sobre la cama. Cuando fui a coger una bolita y advertí que ya no quedaba ninguna de color rojo, sonreí como una tonta recordando a Blake.

–¡Por cierto! –Lissa me dio un suave manotazo en el brazo–. ¿Por qué no invitas a Blake? Sería genial que también pudiese venir en verano. Y a tus padres les encantaría.

Serían todo amabilidad y cariño hacia él, no como los míos, que seguro que intentan matar a Adam mientras duerme o le envenenan la comida.

Puse los ojos en blanco.

—Porque no es mi novio. No somos nada. Ya lo sabes —insistí, cansada de hablar del mismo tema una vez tras otra.

Rachel me miró dubitativa.

—Lleváis más de un mes comportándoos como cualquier otra pareja. —Se quitó una goma del pelo de la muñeca y comenzó a recogerse el largo cabello castaño—. Además, estáis todos los días juntos, sois incluso empalagosos.

—Sí, ¡Rachel tiene razón! —Lissa se cruzó de brazos—. Sé que al principio pensábamos que Blake era imbécil, pero creo que le gustas de verdad, Léane.

Arrugué la nariz, molesta.

No es que no me gustase lo que estaban diciendo. Es más, a menudo me encontraba a mí misma fantaseando con la idea de que éramos algo más, pero Blake era imprevisible y no estaba dispuesta a crearme falsas esperanzas.

Había comenzado esa especie de relación con él con la certeza de que por fin podía ser yo misma, sin preocupaciones, sin pensar en cada momento qué decir o qué omitir, sin sentir que debía dar una imagen determinada. Simplemente Léane, sin adornos ni florituras.

Sin embargo, también me había encontrado con «simplemente Blake», y lo peor era que, contra todo pronóstico, me gustaba.

Nos reíamos juntos sin parar, lo pasábamos bien a todas horas. Me encantaba hablar con él, de cualquier cosa, fuese lo que fuese; el sonido ronco de su voz me relajaba y, por suerte, siempre teníamos algo que decirnos. Y además, era agradablemente impulsivo, me sorprendía en todo momento, lograba que me sintiese segura de mí misma cuando estaba a su lado y la idea de que nuestra relación pudiese tener un final provocaba que me temblase el corazón.

No, no quería planteármelo siquiera. Era mejor vivir y disfrutar del presente.

—Por lo que veo, te estás volviendo tan imbécil como él. Ahora sí que estáis hechos el uno para el otro —farfulló Lissa, y después chasqueó los dedos frente a mi rostro—. ¡Léane, despierta! ¿En qué estás pensando?

—Seguramente en Blake a lomos de un caballo blanco, sin camisa, diciéndole: «Léane, cástate conmigo. Tengamos ocho hijos. Hazme el hombre más feliz del mundo» —bromeó

Rachel.

Tanto ella como Lissa rieron a carcajadas, especialmente cuando fruncí el ceño y emití un suspiro exasperado. Mientras seguían divirtiéndose a mi costa, tiradas sobre la cama, me levanté y cogí una toalla del armario.

–Bien, reíos todo lo que queráis, pero no tiene ninguna gracia –puntualicé–. Me voy a la ducha. Podéis seguir con vuestras tonterías; tengo muchas cosas que hacer, como estudiar y acabar de preparar el reportaje del viernes.

Me encaminé hacia la ducha dando grandes zancadas, para que advirtiesen lo enfadada que estaba. Sin embargo, cuando cerré la puerta del servicio y puse el pestillo, permití que una pequeña sonrisa se adueñase de mis labios.

Cogí el móvil para poner algo de música y descubrí que acababa de llegarme otro mensaje de mi padre.

«Aprendemos a amar no cuando encontramos a la persona perfecta, sino cuando llegamos a ver de manera perfecta a una persona imperfecta», Sam Keen.

Dejé de respirar durante unos instantes. Me senté en el suelo del baño, sosteniendo todavía el móvil en las manos, y finalmente marqué el número de casa.

–Hola, cariño –respondió mi madre–. ¿Qué tal ha ido el día?

–Bien. –Cerré los ojos con fuerza–. Solo quería deciros que os quiero. A los dos. Os quiero mucho.

–Nosotros también te queremos, Léane –aseguró con voz dulce–. Pero, cielo, ¿te ocurre algo? Sea lo que sea, sabes que puedes contármelo.

Curvé los labios en una pequeña sonrisa.

–No, mamá. Todo va bien. –Respiré hondo–. Solo... creo que no os lo digo lo suficiente. Y si algún día, no sé, os pasase algo a vosotros o a mí... me gustaría que supieseis lo mucho que os quiero.

–No sabes cuánto me alegra oír eso, pero, cariño, estás asustándome.

Reí, sintiéndome más tranquila.

–No te preocupes, tan solo tengo un día nostálgico. Os echo de menos.

Hubo un silencio en la línea antes de que oyese un sollozo.

–¿Estás llorando, mamá?

–Sí, hoy ha sido un día inspirador y, ya sabes, las emociones se me ponen a flor de piel. –Emitió una risita nerviosa–. Nosotros también te echamos de menos, Léane. Y te queremos más que a nada en este mundo.

★ 26 ★

Blake

Ryder consiguió caerle en gracia a una señora mayor, tras asegurarle que su peinado le daba un parecido a Sharon Stone, y ésta nos dejó pasar en la cola del supermercado, a pesar de que llevábamos varias pizzas, donuts de chocolate y refrescos suficientes como para terminar sufriendo una sobredosis de azúcar.

Bostecé mientras continuaba escuchando a mi espalda cómo Ryder halagaba a aquella amable y bienintencionada mujer, que, por supuesto, no se asemejaba en nada a Sharon Stone, más allá de que era humana y, por tanto, formaban parte de la misma especie.

Al hombre que tenía delante se le cayó al suelo una de las barritas energéticas que llevaba. Se agachó para recogerla y, cuando volvió a alzarse, me sonrió.

Owen Gabsen ni siquiera era capaz de pasar inadvertido en el supermercado. Vestía una americana de un color amarillo chillón capaz de dejar ciego a cualquiera que osase cruzarse en su camino.

—Eh, colega —me saludó, sin dejar de sonreír. Amortizaba bien los blanqueamientos dentales, eso seguro—. ¿Cómo va todo?

—Bien. Aquí, comprando —recalqué lo evidente, alzando una mano y mostrándole la pizza que sostenía. Ladeé la cabeza, oteando a la cajera y preguntándome por qué demonios iba tan lenta. Seguro que no le pagaban comisión.

No tenía ninguna razón de peso por la cual odiar a Owen Gabsen, sencillamente me daba mala espina y me desagradaban sus métodos y su forma de dirigir el programa que presentaba. Era como si todo él fuese excesivamente superficial.

—¡Hostia! —Ryder me hizo a un lado y le estrechó la mano a Owen—. ¡Qué pasada, tío! Me alegra conocerte. Eres igualito que en la tele.

—Fíjate, qué cosa más rara —mascullé entre dientes, y, por suerte, ninguno de los dos me prestó atención.

Owen estaba demasiado ocupado atendiendo a su nuevo fan y Ryder... bueno, era Ryder, simplemente. Avanzamos un paso más en la cola.

—¿Qué opinas de mi amigo? —Apoyó una mano en mi hombro—. Es el candidato perfecto, ¿verdad?

El famoso presentador rió ante la poca sutileza de Ryder y, después, sorprendiéndome, asintió con la cabeza.

—Estoy de acuerdo contigo. Sería el ganador ideal. —Me miró. Fue una mirada rara, como si intentase encontrar algo concreto—. De hecho, Blake, me recuerdas mucho a mí cuando tenía tu edad —añadió.

Me removí incómodo, cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro, y le eché un nuevo vistazo a la cajera, meditando sobre si pedir una hoja de reclamaciones al terminar la compra para protestar por la pasmosa lentitud.

Después, sintiéndome extrañamente acorralado sin saber por qué, me enfrenté a Owen Gabsen.

—¿No deberían los jueces ser un poco más... imparciales? —le pregunté molesto.

Él emitió una estúpida carcajada, y Ryder, sacándome de mis casillas, lo imitó. Por el contrario, yo permanecí serio, mirándolos a ambos.

—Cada cual tiene sus preferencias. —Owen me guiñó un ojo—. Deberías sentirte orgulloso de parecerte a mí. Eso significa que te irán bien las cosas, créeme. Sé cómo funciona el mundillo de la televisión.

Nos miramos fijamente durante unos instantes hasta que, por suerte, le tocó el turno y se dio la vuelta.

Permanecí en silencio, observando cómo coqueteaba con la cajera, instantes antes de que ésta le tendiese el ticket de compra. No me parecía en nada a él. En nada.

De mal humor, dejé caer las pizzas que sujetaba sobre la cinta de la caja y esperé impaciente a que Owen acabase de intentar ligar con la trabajadora del supermercado. No veía la hora de poder salir de allí y escapar... a cualquier lugar. Inspiré hondo, recordando el momento en el que habíamos estado ambos, Léane y yo, frente a miles de tréboles de la suerte, en medio de la oscuridad y el silencio de la noche, ajenos al resto del mundo.

—Bueno, chico, te deseo mucha suerte —se despidió finalmente Owen, y, por segunda vez consecutiva, me guiñó un ojo—. ¡Aunque no la necesitas!

Asentí con la cabeza, concentrándome en el pitido que producía el aparato que leía los códigos de barras cada vez que un producto pasaba por la caja.

—¡Eres un crack! —gritó Ryder cuando el presentador ya se había alejado varios metros, dirigiéndose hacia la puerta de salida.

Pagué la cuenta, metí la comida en la bolsa de papel y, cuando ya casi me había hecho a la idea de que tendría que pasar el resto de mi vida retenido en aquel supermercado, conseguimos salir de allí.

Caminamos en silencio, andando más rápido de lo habitual, hasta que ladeé la cabeza para mirar a Ryder. No podía dejar de pensar en las palabras que había dicho aquel idiota.

—¿Por qué demonios ha dicho eso? —pregunté irritado—. Nosotros no nos parecemos en nada... ¿acaso tengo pinta de ser tan estúpido como él?

Ryder frunció el ceño, como si no estuviese entendiéndome, y antes de hablar le dio una calada al cigarro que sostenía entre los dedos.

—Pero ¿qué dices? ¡Owen es la hostia! —exclamó—. Los dos sois divertidos e independientes y os va la marcha. ¿Y has visto con qué facilidad ha ligado con la cajera? —Rió y me dio una palmadita en la espalda—. Mira, sé que ahora te traes algo con Léane, pero, créeme, se te pasará. Y cuando eso ocurra, y además te hagas famoso, será increíble.

Dejé de caminar en seco y fijé la vista en la calzada.

—¿Y si no quiero que se me pase?

—Ahora mismo no te sigo colega.

—No sé... Puede que esté bien así. —Hice una pausa—. Con ella.

En un primer momento, Ryder abrió los ojos sorprendido, pero unos segundos después su rostro se suavizó y, antes de proseguir caminando en silencio hacia casa, asintió levemente con la cabeza, perdido en sus propios pensamientos.

Una semana más tarde, me encontraba en la cocina, con la mirada clavada en el reloj que colgaba de la pared blanca, al lado del ventanal.

Eran las seis en punto.

Exactamente la hora a la que empezaban los reportajes en directo. La única nota discordante, en una situación aparentemente normal, era que no estaba en el centro de la

ciudad junto a los otros tres participantes, sino en la cocina de casa. Y a pesar de que tenía el ordenador enfrente, descansando sobre la mesa, era incapaz de abrirlo. Tampoco me hacía falta ver el reportaje de Léane para saber que se clasificaría para la fase final. Cualquier persona con dos dedos de frente podía prever algo así.

Suspiré, manteniendo la mirada fija en la ventana de la cocina y observando cómo la fina cortina grisácea se balanceaba al compás del viento; producía un movimiento hipnótico.

No estaba realmente seguro de por qué razón el lunes, a primera hora de la mañana, había contactado con la organización del concurso para explicar tranquilamente que no me interesaba seguir participando. ¿Lo había hecho por Léane?

Era una realidad. Me había retirado.

Y contra todo pronóstico, me importaba una mierda.

Durante las últimas semanas mil pensamientos habían inundado mi mente, pero ninguno de ellos tenía relación con el concurso. Había pensado en Emma, en Léane... e incluso en mi padre. Pero, sobre todo lo demás, había reflexionado sobre mi madre y la oscuridad que se cernía a su alrededor y que yo no ayudaba a disipar.

Había sido extrañamente doloroso advertir que ni ella ni Emma confiaban en mí. Saber que mi padre llevaba meses viviendo en Inglaterra y que ninguna de las dos hubiese querido decírmelo... provocaba que me plantease qué horrible imagen tenían de mí.

Me sobresalté cuando Lissa entró en la cocina canturreando distraída. Cuando descubrió mi presencia, me miró con los ojos muy abiertos. Llevaba unos pantalones de chándal que le venían enormes, a juego con una camiseta de Adam.

—¿Qué estás... haciendo aquí? —Frunció el ceño, confusa—. El concurso... Acaban de terminar los reportajes. Tú, tú no...

Crucé las manos sobre la mesa y me encogí de hombros como toda respuesta. Lissa se sentó frente a mí y me escrutó con la mirada.

—¿Has abandonado el concurso? —preguntó retóricamente—. ¿Lo has hecho por Léane?

—¡Joder, claro que no! —protesté—. ¿Crees que soy una hermanita de la caridad o algo así?

Me levanté molesto y cogí un refresco de la nevera. Apoyé la cadera contra el mármol de la cocina, incapaz de sentarme frente a Lissa. No tenía ni una pizca de confianza con

ella como para tener que responder a sus preguntas; ni siquiera ser la mejor amiga de Léane le daba derecho a ello. Tras suspirar sonoramente, le di un trago al refresco.

—En parte sí lo has hecho por ella. —Giró el torso hacia mí, sin levantarse de la silla—. Te gusta. Y te gusta de verdad, no solo para pasar el rato.

—No me interesaba el concurso, era solo un pasatiempo para matar las horas de aburrimiento —mentí—. Y el dinero de la beca me da igual. Además, paso de ganar y tener que estar un mes en un plató sirviendo cafés. Conozco formas mejores de aprovechar el verano.

Sorprendiéndome, Lissa emitió una brusca carcajada.

La chica estaba jodidamente loca. Puse los ojos en blanco. Adam siempre elegía a lo mejorcito del campus.

—¿Qué cojones te hace tanta gracia? —le pregunté. Empezaba a cabrearme.

—Tu actitud. —Fingió que se limpiaba una lágrima inexistente a causa de la risa—. Se te da genial fingir ser el típico tío idiota y superficial al que no le preocupa nada ni nadie. Es divertido ver cómo intentas serlo... aunque sea todo un fracaso, claro está.

Presioné los labios con fuerza.

Lissa siempre conseguía sacarme de mis casillas de un modo u otro.

—¿Por qué no das media vuelta y vuelves a la cama con Adam? —siseé, furioso—. Quizá él pueda aliviar tus frustraciones. Tendré que comentarle algunos trucos para que se esfuerce más, no pareces satisfecha.

La silla de la cocina se precipitó hacia atrás cuando Lissa se levantó como un huracán. Me mostró una falsa sonrisa. Definitivamente, estaba loca.

—Bien. Si es lo que quieres, sigue siendo un imbécil. —Se encogió de hombros—. Pero supongo que sabrás que Léane no va a esperar toda la vida. Es más, últimamente hay un montón de chicos interesantes que revolotean a su alrededor como moscas. El concurso le ha dado cierta popularidad.

Lissa casi escupió las últimas palabras. Cuando asimilé lo que había dicho, sentí que se me disparaban las pulsaciones. Antes de que ella saliese de la cocina, logré hablar de nuevo, aunque las palabras salieron roncas y forzadas de mi garganta.

—¡Eh, espera!

—¿Sí? —Alzó una ceja, manteniendo los brazos cruzados y arqueando la espalda para apoyarse en el marco de la puerta.

Permanecí unos instantes en silencio, sin saber muy bien cómo formular la pregunta que tenía en la punta de los labios sin sonar demasiado evidente. Finalmente, mandé a la mierda la discreción.

—¿Léane está quedando con otros tíos?

Lissa sonrió con satisfacción.

—Todavía no —dijo, provocándome una fuerte sensación de alivio—. Pero no creo que tarde demasiado. Vas listo si crees que te esperará eternamente.

Extendí los brazos a los lados, frustrado.

—¿Y por qué iba a querer esperar algo de mí?, ¿cómo puedes estar tan segura de que ella siente algo... algo...?

Miré embobado la pared, con la boca entreabierta, incapaz de finalizar la frase.

—¿... siente algo por ti? —terminó Lissa. Para mi desgracia, parecía divertirla tremendamente la situación—. La conozco. Soy su mejor amiga. Y, a diferencia de ti, no estoy ciega.

Respiré hondo.

La idea de tener algo serio con Léane... era extrañamente tentadora.

Pero también acojonaba. Mucho.

—¿Hay algo más que necesites saber para que dejes de mirarte el ombligo durante el resto de tu vida? —me preguntó con ironía—. Ciertamente, tenías razón, Adam me está esperando en la cama para hacer cosas mucho más interesantes que perder el tiempo hablando contigo.

La miré en silencio, sintiéndome estúpido. Mil pensamientos inconexos zumbaban por mi mente. Tenía el cerebro entumecido, casi parecía que estuviese sufriendo resaca. Me sentía fuera de lugar, como si una nave extraterrestre acabase de depositarme sobre la faz de la tierra y no tuviese demasiado claro qué hacer o hacia dónde ir. ¿Cuál era la dirección correcta? Es decir, necesitaba un jodido mapa.

—¿Sabes planchar? —pregunté finalmente.

Lissa me miró confusa mientras se rascaba la mejilla derecha.

—¿Puedes repetirme la pregunta?

—¡Vamos, ya lo has oído! —Incapaz de terminarme el refresco, volví a dejarlo dentro de la nevera—. Necesito planchar. Quizá puedas echarme una mano.

—¿Me estás pidiendo ayuda?

—Supongo que sí.

Lissa me miró de arriba abajo, como si fuese una agente policial y estuviese evaluando si estaba limpio. Finalmente, tras un análisis completo, sonrió. Por primera vez desde que nos conocíamos, la sonrisa era sincera y extrañamente cálida.

–Espera aquí. Avisaré a Adam.

Y sin más, salió a toda velocidad de la cocina.

Apoyé los brazos sobre el alféizar de la ventana y vislumbré el exterior, el césped ligeramente seco y el muro que marcaba el final de la propiedad. El cielo, completamente gris, estaba cubierto de nubarrones de un peligroso color negruzco con pinceladas moradas. No presagiaba una tarde apacible.

Acepté que Léane había conseguido hacerse un hueco en mi vida. No sabía cómo ni cuándo había ocurrido, pero era un hecho irrevocable y se materializaba como la tormenta que, en apenas unas horas, provocaría que el cielo temblase.

–¿Para qué quieres planchar?

La voz de Adam me sacó de mis pensamientos.

–Son cosas mías –contesté, esquivando su pregunta–. Pero quiero hacerlo –insistí.

Tenía previsto ir a casa para hablar con Emma y mamá y, por primera vez, estaba empeñado en que ésta no me echase la bronca por no planchar e intentase alisar en vano las arrugas de la ropa. Lo haría bien. Ésa era la idea que me había perseguido durante la última semana, tras el encontronazo en el hospital. Tenía que hacer las cosas bien. Y además, no quería tener nada, absolutamente nada, en común con Owen Gabsen. La mera idea de parecerme a él en lo más mínimo me revolvía el estómago. Yo no podía estar tan... tan vacío.

–Vale, sacaré la plancha.

–No sé ni dónde está –admití, sonriendo.

–Creo que la guardamos en el cuarto de los trastos –dijo Adam. Después bostezó y fue en su busca.

Planchar era jodidamente difícil.

Ahora ya sabía por qué nunca lo había intentado.

Era un proceso lento, sofocante e inútil. Sin duda, estaba sobrevalorado.

A decir verdad, ni Lissa ni Adam tenían claro cómo debía hacerse. Llevábamos casi media hora enfrascados en la tarea, leyendo el ininteligible manual que habíamos encontrado en la caja y haciendo diversas pruebas con dudosos resultados.

Oí el brusco sonido de la puerta al cerrarse cuando Ryder llegó a casa. Entró en la cocina, lanzó la chaqueta volando sobre la mesa sin ningún tipo de preocupación y nos miró a los tres con el ceño fruncido.

—¿Qué cojones estáis haciendo, tíos?

—No me considero propiamente un tío —se quejó Lissa.

Ryder la ignoró y avanzó hacia nosotros. Le dio un pequeño empujón a Adam para apartarlo de la tabla de madera y a mí me arrebató la plancha de las manos.

—No tenéis ni idea. —Tocó algunos botones del artefacto, abrió una tapa y se acercó al grifo para llenar un compartimento de agua. Después, señaló la tabla de planchar donde estaba mi camiseta—. Para empezar, la ropa se estira.

Con manos ágiles, colocó adecuadamente la camiseta sobre la mullida superficie.

—En segundo lugar, si la ropa está llena de arrugas como es el caso, hay que ayudarse del vapor de agua. Así es más fácil planchar —añadió, presionando un botón y consiguiendo que una nube caliente de humo y agua saliese de la plancha—. Y en tercer lugar, no dejes demasiado tiempo la plancha sobre el mismo sitio o la ropa se quemará. Las costuras, los cuellos y los bordes se hacen por separado y con cuidado.

Rápidamente, planchó la camiseta hasta dejarla impecable. Después, tras depositar el aparato a un lado en posición vertical, dobló la camiseta con una maestría propia de un jodido dependiente de ropa que hiciese aquello durante ocho horas al día.

Los tres nos habíamos quedado mudos.

Estaba completamente seguro de que ninguno hubiese apostado ni un solo céntimo a que el pirado de Ryder sabía hacer algo semejante.

—¿Quién demonios te ha enseñado...? —comencé a preguntar.

Ryder se sentó sobre la mesa de la cocina y se encendió un cigarro con parsimonia.

—Mi abuela —contestó secamente—. ¡Y joder, Blake, tendrías que ver cómo lo hace ella! Es la reina de las tareas del hogar.

Alzó las manos y, manteniendo el cigarrillo firmemente apretado entre los labios, se estiró, haciendo crujir su espalda.

—¿Y por qué nunca haces nada de todo esto? —preguntó Lissa, todavía incrédula—. Eres desordenado y en mi vida te he visto llevar nada planchado.

—Que sepa hacerlo no significa que quiera hacerlo. —Le sonrió burlón—. Por cierto, esta noche Jack celebra su cumpleaños, ¡va a ser cojonudo!, ¿quién se apunta?

—Ni siquiera sé quién es Jack. —Lissa bufó—. Y hacen *Pretty Woman* en la televisión.

—¿Y a quién le importa ver cómo una puta se acuesta con un viejo rico? ¡Vamos, venid, no seáis muermos!

Llamaron a la puerta y Adam fue a abrir.

Hasta a mí me impresionaba el lenguaje de Ryder. Sin duda, siempre decía lo primero que se le pasaba por la cabeza. Eso también tenía su parte positiva, ya que no conocía a nadie más sincero que él. Le palmeé la espalda con cariño.

—Seguramente cenaré en casa con la familia y llegaré tarde.

—¡Da igual, ven cuando acabes!

—Otro día, quizá. —Suspiré.

Ryder se levantó con cara de fastidio.

—Joder, ¿os he enseñado a planchar! Me debéis una —se quejó—, ¿por qué ya nadie quiere salir a divertirse un rato?

—Yo sí que quiero —contestó una voz dulce a mi espalda.

Me giré y los ojos de Léane chocaron con los míos. Tenía los hombros en tensión, pero aun así sonreía y era difícil advertir a simple vista lo enfadada que estaba. Desgraciadamente, a esas alturas conocía tan bien cada uno de sus gestos que podría haberme dado cuenta a varios kilómetros de distancia del cabreo que se adueñaba de ella. Estaba a punto de estallar. Era como una bomba atómica en manos de un niño de dos años.

Ryder le sonrió.

—Vale, perfecto pues. —Me miró—. ¿A qué hora crees que terminará la cena y podréis venir?

Frustrado, iba a aceptar la invitación, cuando Léane me interrumpió antes siquiera de que pudiese pronunciar una sola palabra.

—Yo no he dicho que vaya a ir con él —puntualizó—. Y según he escuchado al entrar, no tiene pensado acudir. Así que, Ryder, ¿dónde es la fiesta y a qué hora empieza?

La tensión en la cocina empezaba a palparse. Lissa miró dubitativa a su amiga y finalmente arrastró a Adam fuera de allí, dejándonos a los tres solos. Nos retamos con la mirada, mientras Ryder parecía preso de la confusión.

—¿Podemos hablar unos minutos a solas? —le pregunté a Léane, intentando sonar indulgente.

—Sí, aunque no tengo mucho tiempo —farfulló mientras comenzaba a caminar hacia el comedor y se limpiaba una uña sin mucho interés.

Cuando estuvimos a solas, la cogí del brazo, pero ella se zafó rápidamente.

—¿Qué estás haciendo? —hablé en susurros.

—No, ésa no es la pregunta correcta —matizó—. La cuestión adecuada es: ¿por qué he sido la última persona en enterarse de que habías abandonado el concurso? Gael me ha dicho que los organizadores se lo dijeron el lunes. ¿Cómo es posible que hayamos quedado todos los días de esta semana y hayas sido incapaz de decirme lo que habías hecho?

Me llevé una mano a la cabeza, sacudiéndome el pelo.

—No lo sé, no creí que fuese algo importante —contesté, y luego me sentí irritado al rememorar la conversación que había mantenido con Lissa en la cocina—. ¿Y cuándo pensabas decirme tú que tienes pensado salir con otros tíos? Tenemos un trato, supongo que debería estar al tanto de cuándo termina.

—¿De qué estás hablando?

—Joder. —Me controlé para no alzar la voz—. Sé que hay varios que van detrás de ti y que no piensas esperar toda la vida para pasar al siguiente o no sé qué mierda. ¿Qué opinas tú de eso?, ¿pensabas decírmelo?

Léane negó con la cabeza, manteniendo la boca entreabierta, haciéndose la sorprendida. Era rastrero cómo estaba distorsionando la conversación que había mantenido con Lissa, pero me molestaba que ella hubiese puesto fecha de caducidad a lo nuestro cuando, por mi parte, ni siquiera me lo había planteado. Cerré los ojos con fuerza durante unos instantes. Era como un jodido ultimátum. Y no, no me gustaba la idea de que nadie me presionase.

—Te repito que no sé de qué estás hablando o qué te habrás fumado esta tarde —dijo, casi gritando y respirando entrecortadamente—. Pero me molesta que no confíes en mí. Jamás me cuentas nada, ni siquiera como haría un simple amigo, ¿es tanto pedir?, ¿es que no te importo absolutamente nada?

Nos miramos fijamente, en silencio, durante un eterno minuto.

—¿Piensas ir de fiesta esta noche con Ryder?

Léane me fulminó con la mirada, a pesar de que tenía los ojos ligeramente brillantes, como si estuviese a punto de llorar.

—Sí, me apetece divertirme. Tal vez hasta conozca a alguien a quien de verdad le importe —respondió con firmeza—. ¿Por qué?, ¿acaso te molesta?

—No —respondí, perdiendo el control—, me trae sin cuidado. Por mí, como si no vuelves nunca por aquí.

Con el corazón latiéndome desbocado, di media vuelta y salí de casa dando un sonoro portazo. Y sin saber por qué, empecé a correr.

Corrí a toda velocidad por las calles de la ciudad, sin parar, sin mirar atrás.

A cada paso que daba, dejaba atrás todos los problemas que parecían perseguirme. No me importó el sudor que comenzaba a escurrirse por mi frente, ni la sensación de asfixia, ni el escozor de la garganta o el hecho de que se me hubiesen disparado las pulsaciones. Solo quería seguir corriendo. Nada más. La ciudad se distorsionaba a mi alrededor, no era capaz de ver nada ni a nadie, como si un velo me cubriese los ojos, tan solo me concentraba en el firme impacto de las pisadas contra el suelo.

No sé cuánto tiempo estuve corriendo, pero, cuando advertí que no podría huir de los problemas, frené en seco. No podía librarme. Era imposible. Principalmente, porque acababa de descubrir que yo era el problema que estaba intentando dejar atrás. Y da igual lo rápido que seas, es jodidamente difícil escapar de uno mismo.

Me incliné hasta apoyar las manos en las piernas, sobre las rodillas, e intenté respirar con normalidad. El corazón me latía acelerado, como si fuese a salirse del pecho de un momento a otro. Me sequé el sudor de la frente con la manga de la camiseta y permanecí quieto, manteniendo los ojos cerrados, hasta que logré tranquilizarme.

Yo era el maldito problema.

De todo. De absolutamente todo.

El último comentario de Léane me había afectado tanto que todavía me preguntaba cómo unas simples palabras podían doler de un modo semejante. Después, presa del pánico, me había comportado como el imbécil que era. Y de nuevo, huir había sido mi opción número uno.

«Por mí, como si no vuelves nunca por aquí.»

Suspiré, consciente de que, si no volvía, tendría que ir a buscarla. Estar sin Léane había dejado de ser una opción posible. Ya no quería correr en dirección contraria. Quería correr con ella a mi lado, al compás de sus pasos. No importaba cuántos rodeos diésemos o cuántas piedras encontrásemos en el camino, siempre y cuando lo hiciésemos juntos.

Y ahora lo comprendía. Había dejado el concurso por muchos motivos, pero sobre todo por Léane. Ella necesitaba el premio más que yo. Ganar tenía ahora otro significado

para mí.

Cuando regresé a casa, comprobé que Léane se había marchado. Subí las escaleras a trompicones e irrumpí en la habitación de Ryder. Dejó de rebuscar en su armario y se giró, mirándome cohibido.

—No la pagues conmigo, Blake.

Era lo que realmente quería hacer: desahogarme con él. Me contuve y respiré hondo antes de hablar. No sé qué finalidad tenían exactamente los libros de filosofía zen que, de vez en cuando, hojeaba. Lo que sí tenía claro era que conmigo no funcionaban.

—¿Habéis quedado al final?

—Sí. La fiesta es en Oceans —dijo, y recordé la primera noche que la había visto allí, tras el casting del concurso—. Le he dicho que la recogería en la residencia, pensé que no querías que fuese sola.

—¿Con la moto? —presioné los labios con fuerza.

—¿Cómo quieres que lo haga si no?

Saqué mis llaves del pantalón vaquero y se las lancé.

—Llévala en coche. Dame tus llaves, cogeré la moto para ir a casa —le pedí, extendiendo la mano hacia él—. Y conduce con cuidado.

—Oye, no te preocupes, solo vamos a salir un rato por ahí. —Poniendo los ojos en blanco, me dio las llaves de la moto—. Puedes estar tranquilo. Cuidaré de ella.

Clavé mi mirada en él.

—Ya sabes cómo son Jack y esos idiotas. No dejes que se acerquen a ella —le exigí—. Iré allí en cuanto termine de cenar.

★ 27 ★

Léane

Me contuve para no llorar delante de todo el mundo mientras regresaba en autobús a la residencia. El vibrante ruido del enorme vehículo acallaba mis pensamientos. Me froté los ojos, procurando mantenerme serena.

Todo había terminado. Todo.

Jamás había visto que el verde de sus ojos se tornase tan intenso como cuando dijo que no volviese. Y a pesar de que lo había provocado antes de llegar a ese fatídico final, seguía sintiéndome cabreada porque tenía buenas razones por las que estarlo.

Me había sentido ridícula en el centro, cuando, tras ver que Blake no llegaba, le había preguntado a Gael qué ocurría. Había cancelado su participación en el concurso el lunes. Hacía cuatro días. De los cuales, dos de ellos, había dormido en su cama, a su lado. Y no había sido capaz de decírmelo.

Ya ni siquiera quería que fuésemos una pareja normal, como todas las demás; me hubiese conformado con que me tratase como a una simple amiga. Pero ni a eso llegaba. Cada cosa que había descubierto de Blake había sido por pura casualidad, no porque él quisiese compartirlo conmigo.

Supe que debería haber puesto fin a esa situación mucho antes.

Antes de que su rostro me persiguiese durante veinticuatro horas al día. Antes de que me importase tanto. Antes de que sus palabras empezasen a llenarme por dentro. Antes de que su presencia se me antojase irreemplazable. Antes de todo eso.

Cuando llegué a la habitación de la residencia, Rachel estaba tumbada en su cama mirando el ordenador portátil.

—Todavía no han dado los resultados —me dijo, refiriéndose al concurso—, pero has estado estupenda.

—Gracias. Imagino que tardarán un poco en anunciar los finalistas.

Me quité la chaqueta roja y la guardé con cuidado en el armario. Rachel parecía evaluar cada uno de mis movimientos. Se mordió el labio inferior antes de hablar.

—No me dijiste que Blake había dejado el concurso.

—Porque no lo sabía —contesté secamente.

—¿Estás bien, Léane?

—Sí. —Suspiré hondo, dispuesta a no derrumbarme—. ¿Quieres que veamos una película?

Rachel se hizo a un lado en la cama para dejarme espacio. Me quité las zapatillas antes de sentarme a su lado. Sin mediar palabra, metió el DVD de *El diario de Noa* en el reproductor y contemplamos con cierta envidia el maravilloso romance que se desarrollaba ante nuestros ojos. Teniendo en cuenta mi estado emocional, habría sido mucho más inteligente ver algo como *La matanza de Texas* o *Destino final*.

Ya habíamos visto más de la mitad de la película cuando cogí mi paquete de caramelos. Observé atentamente el interior, repleto de bolitas verdes, azules, amarillas, naranjas y marrones. No había ninguna bolita roja. Ninguna.

Recordé que Blake se las había comido todas la noche anterior y, por alguna estúpida razón, empecé a llorar. Y sabía que esta vez no podría parar la angustia que comenzaba en la boca del estómago y se extendía por todo mi cuerpo, porque ya no quedaban caramelos rojos; habían desaparecido todos.

Rachel me abrazó en silencio y agradecí el contacto de su cuerpo junto al mío. Saber que no estaba sola fue un consuelo.

—Tranquila, Léane —susurró, mientras me acariciaba el pelo con delicadeza—. Sea lo que sea, se arreglará.

—Ya no quedan bolitas rojas —gemí.

Dos horas después, tras darme una ducha, logré tranquilizarme. Más o menos. Había dejado que el agua cayese sobre mí durante más de media hora, hasta tener la piel arrugada. Era relajante. El golpeteo del agua calmaba las emociones.

Cuando salí de la ducha, me tomé mi tiempo para desenredarme el cabello, peinándolo con cuidado e intentando reconocer el rostro que me devolvía la mirada a través del espejo. Parecía realmente abatida. Y no me gustaba verme de nuevo en ese estado.

Siempre acababa quemándome; por mucho que intentase evitar situaciones dolorosas, al final caía en ellas.

La puerta del servicio se abrió de golpe y Rachel entró dando saltitos y aplaudiendo animada.

—¡Estás clasificada, Léane!, ¡acaban de salir los resultados!

Acepté su enorme abrazo y su alegría me contagió lo suficiente como para que acabase sonriendo. Era importante. El concurso era importante, debía seguir recordándomelo a mí misma. Realmente necesitaba esa beca.

—¿Quién es el otro finalista?

—Mark. —Posó sus manos en mis hombros—. Pero no te preocupes, estoy segura de que la semana que viene serás la justa vencedora. ¡Qué bien! ¿No estás contenta?

—¡Sí, claro que sí!

Asentí con la cabeza y me escurrí el cabello mojado en el lavabo.

—Es más, estoy tan contenta que esta noche pienso salir —dije—. ¿Te apuntas?

Rachel mostró una pequeña sonrisa.

—Me encantaría, pero no puedo. —Su rostro se tornó misterioso—. Tengo una cita.

—¿Y quién es el afortunado?

—Alec. —Suspiró risueña.

—¿El chico de Literatura que siempre lleva unos auriculares rojos?

—Sí, ese chico.

A pesar de que tan solo deseaba decirle «Aléjate de él y de todos los demás hombres del planeta Tierra», me mordí la lengua y sonreí más ampliamente. No era justo que contagiase mi frustración a Rachel, no todas tenían tan mala suerte como yo. Lissa era un claro ejemplo de ello.

—¡Es genial! —exclamé, intentando no sonar forzada—. Deja que escarbemos juntas en tu armario. Vas a estar impresionante. Quiero que, cuando te vea, olvide hasta su propio nombre.

Rachel rió como una chiquilla.

Pasar la tarde viendo como Rachel se probaba diferentes modelos y desfilaba por la habitación logró que pudiese apartar todo lo que sentía a un lado. Ella estaba realmente espléndida y no dejaba de tararear canciones de David Bowie.

Lissa me envió un mensaje de texto, pidiéndome que fuese a cenar con ella y Adam a una conocida hamburguesería, pero denegué la oferta.

Al principio, cuando Ryder había preguntado si alguien quería salir con él de fiesta, solo había aceptado la petición para molestar a Blake, ya que él no pensaba hacerlo y no tenía intención de que pasásemos ni una sola noche más juntos, cobijados en su habitación, teniendo en cuenta que no había ningún nexo de confianza o unión entre nosotros, tal como él se empeñaba en demostrarme constantemente.

Al finalizar el reportaje, había cogido directamente el autobús hacia su casa, dispuesta a pedirle explicaciones. Era consciente de que no hubiese servido para nada. Es imposible abrir una caja fuerte si nadie te da la clave, a menos que lo hagas a la fuerza. Blake era una caja fuerte con una seguridad envidiable. Y no, no tenía la clave. Él no quería dármela.

Cuando Rachel se marchó a su cita, bajé al comedor de la residencia y cené en silencio, sola, sentada a una mesa apartada e intentando olvidar los caramelos rojos que ya no tenía y la imagen de Blake.

Curiosamente, el repetitivo e insípido puré de patatas me supo mucho peor que otras veces. Como apunte personal, la comida inglesa dejaba mucho que desear.

A mi alrededor, los estudiantes reían y hablaban casi a gritos, pero estaba tan ensimismada en mis propios pensamientos que apenas era consciente de que el mundo continuaba su firme paso hacia delante, impasible ante los sucesos que a mí me hacían retroceder de nuevo.

Parecía moverme por pura inercia cuando subí de nuevo a la habitación y me puse un vestido azul de un solo tirante, con un fruncido a la altura de la cintura. Como las noches seguían siendo frías, me cobijé bajo un abrigo a media altura de color blanco.

Me sentí extrañamente nerviosa mientras esperaba en la esquina más cercana a la puerta principal de la universidad, pero me relajé en cuanto distinguí a Ryder en la acera de enfrente, alzando una mano.

Había venido en el coche de Blake.

Un intenso deseo de verlo de nuevo me sobrecogió y, mientras cruzaba la calle, escudriñé el interior del vehículo, pero tan solo estaba Ryder.

Me sonrió cuando me senté en el asiento del copiloto. Llevaba el cabello rubio despeinado, pero de un modo previamente planificado, y sus ojos azules eran tan claros

que se apreciaba el color a pesar de la oscuridad. Nos invadió un silencio incómodo cuando se incorporó a la carretera.

—¿Por qué te ha dejado Blake el coche? —le pregunté, al tiempo que me abrochaba el cinturón de seguridad.

Ryder no apartó la mirada de la carretera cuando me contestó.

—No quería que te llevase en la moto. Puede ser más peligroso, supongo.

—¿Ahora finge que le preocupo?

No pude terminar de chasquear los dedos porque el coche frenó de golpe y me sujeté a la manija de la puerta. Ryder bajó la ventanilla y agitó una mano en el aire, mirando al otro conductor, que había estado a punto de saltarse un stop.

—¡Eh, gilipollas! ¡Estás jodidamente ciego, imbécil de mierda!

Cuando retomamos el camino, no pude evitar reír.

—No sabía que fueses capaz de pronunciar tantos insultos en una sola frase.

—Es un don. —Ryder sonrió animado—. Pero, sobre lo que estábamos hablando antes, sí, Blake sí que se preocupa por ti. Siempre lo ha hecho.

Bufé, molesta.

—Oye, Ryder, tan solo quiero pasarlo bien. Quizá bailar o escuchar algún chiste estúpido. No hace falta que intentes convencerme de lo fantástico que es Blake. Entiendo que es tu amigo.

—Yo solo digo la verdad. Es lo que pienso. Lo has cazado —aseguró—. Pero tienes razón, va siendo hora de pasar un buen rato. Olvida todo lo que sabes sobre esas tristes reuniones entre amigos que tú llamas fiestas, esta noche aprenderás del maestro.

Y dicho aquello, encendió la radio y subió el volumen al máximo.

★ 28 ★

Blake

—No sabes cuánto me alegro de que hayas entrado en razón —me susurró mi madre al oído, sin dejar de abrazarme con fuerza—. Te necesito, Blake. Necesito que estés a mi lado.

—Lo sé. Y lo siento, mamá. —Noté, por primera vez en mucho tiempo, que me escocían los ojos—. Lo siento muchísimo.

Un nudo comenzó a formarse en mi garganta, al tiempo que me daba un vuelco el estómago. Era sobrecogedor. No recordaba haber notado anteriormente una sensación semejante en el interior del pecho. El corazón me latía a trompicones y todo parecía tan intenso... como si el mundo fuese a extinguirse en ese mismo instante.

Tiempo atrás, me había preguntado qué se sentía al llorar. Ahora podía decir que era extraño, sumamente extraño, como si las emociones se precipitasen fuera de mí, desbordándome, vaciándome por dentro.

Antes de que pudiese derramar una sola lágrima, mi madre extendió sus dedos suavemente por la comisura de mis ojos y le agradecí el gesto en silencio.

—No debería ser así. —Alcé la mano, sintiéndome torpe e inseguro, y la deslicé por su cabeza, apreciando el suave tacto del vello que quedaba—. No quiero que te marches. Tú no.

—Blake, todos nos vamos algún día, antes o después. —Me sonrió con dulzura—. He disfrutado de una vida perfecta que no cambiaría por nada del mundo. Tengo dos hijos maravillosos. Tu padre me hizo feliz durante muchos años, a pesar de sus equivocaciones. Mis amigas, las pocas que lo son de verdad, han estado a mi lado en todo momento. Y me labré un futuro en algo que me apasionaba, cada día iba al trabajo con una enorme sonrisa. ¿Qué más hubiese podido desear?

—Vivir —respondí, todavía enfadado con el mundo.

–Ya he vivido, Blake. –Acogió mi mano entre las suyas–. Algunas personas fallecen a los noventa años sin tener la mitad de las cosas que Dios me ha dado a mí.

Me dije que, si Dios realmente existiese, ella no estaría contando los días que le quedaban. Según me había explicado detalladamente, si bien en otras recaídas los médicos habían visto posibilidades, en esta ocasión incluso habían interrumpido el tratamiento. Desde hacía unas semanas, tan solo le proporcionaban calmantes para el dolor.

–La semana que viene haremos las gestiones que están pendientes –murmuré, y aparté los ojos de ella, incapaz de mirarla más tiempo.

–Gracias, Blake. –Me besó la mejilla–. Pero no hablemos más del tema. Quiero saberlo todo de ti. Cuéntame, ¿cómo está Léane?, ¿vendrá pronto? El martes compré harina para hacer las galletas de mantequilla que le prometí.

–Mamá...

Mi mirada suplicante, pidiéndole que dejase a un lado esa conversación, provocó que se llevase una mano al pecho y frunciese el ceño.

–¿Qué has hecho ahora, hijo?

–Nada. –Me llevé los dedos al puente de la nariz, cerré los ojos y presioné con fuerza–. No he hecho absolutamente nada, de verdad.

Mi madre ladeó la cabeza, mirándome incrédula.

–¡Está bien! –Respiré hondo–. Nos dijimos cosas poco agradables. No tiene importancia.

–¿Y tuvo que ver con el hecho de que abandonases el concurso?

–No, ocurrió después –aclaré, a pesar de que sí había sido el desencadenante principal de la discusión.

–¿Lo has dejado por ella?

–Lo he hecho por ti, mamá –dije sin que fuera del todo cierto–. Es estúpido que pierda el tiempo en algo así, cuando tú me necesitas. He sido un idiota.

–No eres idiota, Blake. No vuelvas a decir eso –exigí, alzando levemente un dedo–. Pero, por mucho que digas, sé que también lo has hecho por esa chica. Solo me falta saber por qué.

Me crucé de brazos, molesto, recostándome contra el respaldo del sofá y estirando las piernas hasta casi tocar la mesita del centro.

—Necesita esa beca, según tengo entendido —mascullé—. Creo que es la primera vez que hago algo desinteresado y solo he conseguido joderlo todo.

—Blake, no digas palabrotas —me riñó, como si todavía fuese un niño pequeño, e intenté no reír—. Cuéntamelo todo. Quiero saber qué te ocurre, no me gusta verte mal. Quizá pueda ayudarte.

Dudé durante unos instantes, pero, cuando abrí la boca, no pude parar.

Y era extraño estar hablando con mi madre como lo hacía años atrás, abriéndome, permitiéndole entrar en mi vida sin mantener un sinfín de puertas cerradas.

Le conté el problema que tenía con los caramelos rojos, lo electrizante que era discutir con ella al principio, la lucha de papel y agua que tuvimos en el lavabo del restaurante francés (detalle por el cual me llevé una pequeña bronca de mamá), la noche que se quedó en casa tras el engaño de Nathan, lo frustrante que fue que me robase las llaves, la sensación de tranquilidad que sentía cuando ella estaba a mi lado, lo mucho que le gustaba Islandia, el hecho de que ella había sido quien me había roto el dedo, su afición por llevar las uñas pintadas de mil colores diferentes... Todo. Absolutamente todo.

Y cuando no quedó nada que decir, me sentí mucho mejor.

—¿Y bien? —La miré, nervioso—. Di algo, mamá. Lo que sea.

Sonrió risueña.

—Estás enamorado.

—Si dices algo que no sea una chorrada, todavía mejor.

—Lo digo en serio, Blake. —Me estremecí ante el agradable sonido de su risa—. Vamos, ve a buscarla.

Cuando nos levantamos del sofá, ella me empujó delicadamente, dándome pequeños toquecitos en la espalda.

—Debería despedirme de Emma —dije, con la vista fija en la escalera, ya que se había ido a su habitación para dejarnos hablar a solas.

—No te preocupes, ya te despedirás otro día. —Abrió la puerta y la sostuvo con firmeza invitándome a salir. A decir verdad, casi estaba echándome de casa.

—Vendré mañana.

—Cariño, no hace falta. —Sacudió una mano en el aire con despreocupación.

—Quiero hacerlo —le aseguré, y, cuando crucé el umbral de la puerta, miré a mi alrededor antes de alzar de nuevo la cabeza hacia ella—. Tengo cosas que hacer aquí.

—¿Cosas?, ¿qué cosas? —preguntó.

–Cosas. –Me encogí de hombros y sonreí–. Es una sorpresa.

Me abrazó con fuerza.

–Suerte, Blake –dijo, antes de mirarme de arriba abajo–. Y gracias por planchar esa camiseta, cariño. Está impecable. Yo no lo habría hecho mejor.

Sonreí nostálgico cuando cerró la puerta, pero rápidamente mi rostro volvió a tornarse serio cuando recordé dónde estaba Léane. La idea de que un montón de tíos estuviesen rondando a su alrededor me provocaba ganas de romper algo, cualquier cosa que encontrase en mi camino. Si hubiese tenido tan solo un atisbo de seguridad, no me habría sentido tan nervioso. Pero, sin duda, la escasa seguridad que existía entre nosotros la había aplastado aquella misma tarde, tras pedirle que no volviese.

Agradecí haberle dejado el coche a Ryder, porque el viento frío de la noche lograba despejarme, a pesar de que el camino se me hizo eterno, especialmente al tener que sujetar mal la manivela a causa de la tablilla que todavía llevaba en el dedo meñique.

Dejé la moto en la puerta de la discoteca y me quité el casco mientras caminaba hacia el interior. Tras pagar la entrada, me sumergí en un mar de gente, luces dispersas y un extraño olor a humedad que parecía invadirlo todo.

A pesar de que el local no era demasiado grande, me estaba costando encontrar a Léane; no había rastro de ella. Divisé el cabello rubio de Ryder a lo lejos, ya que por su altura destacaba entre la multitud, y me acerqué a él a trompicones, haciéndome un hueco entre la multitud. Lo sujeté por los hombros cuando logré alcanzarlo.

–¿Dónde está Léane?

–¡Eh, Blake, cómo me alegro de verte, tío! –exclamó animado.

Entrecerré los ojos, armándome de paciencia.

–Te lo repetiré una vez más: ¿dónde está Léane?

Ryder miró a su alrededor, alhelado, como si hubiese perdido unas llaves o algo de poco valor. Tocó el hombro de Jack y éste se giró.

–¿Has visto a Léane? –le preguntó, casi balbuceando.

La sonrisa de Jack me disgustó más de lo razonablemente normal.

–¿La chica del vestido azul? –Le dio un trago a su bebida, a pesar de que parecía incluso más ido que Ryder–. Si estuviese por aquí cerca ya estaría pegado a ella. Hace rato que no la veo.

Me abalancé sobre él, incapaz de controlar las ganas que tenía de desfigurarle un poco la cara, pero Ryder se interpuso en mi camino recobrando algún atisbo de lucidez. Me sujetó por los hombros y me empujó hacia atrás con brusquedad. Jack fue lo suficientemente inteligente como para marcharse de allí a toda velocidad y esconderse con habilidad entre el gentío.

—Eh, tranquilízate. Ha bebido, no le hagas caso —logró decir—. Seguro que Léane estará por aquí cerca. Vamos a buscarla.

Presioné los labios con fuerza y Ryder se estremeció cuando sus ojos se toparon con los míos.

—Te pedí que cuidases de ella, joder. Y ni siquiera sabes cuidar de ti mismo.

Di media vuelta, ignorando lo dolido que Ryder parecía, e intenté encontrar a Léane. Caminé de un lado a otro, barriendo la pista. Había un montón de chicas rubias, un montón de chicas de su misma estatura, un montón de chicas con malditos vestidos azules; pero ninguna era ella.

Finalmente, estaba casi a punto de ir a la residencia en su busca, cuando la vi en la barra, con los antebrazos apoyados sobre la superficie de madera y la cabeza inclinada hacia atrás mientras se reía de las palabras que un imbécil le estaba susurrando al oído, acercándose más de lo estrictamente necesario.

La cogí del brazo, obligándola a girarse hacia mí. Pareció sorprenderse cuando me vio.

—Tenemos que hablar.

Ella permaneció unos instantes en silencio, evaluándome, antes de romper a reír. Sin miramientos, aparté de un empujón al chico que estaba a su lado y ocupé su sitio. Mi paciencia se había reducido a cero.

Léane estaba completamente borracha.

Iba a matar a Ryder.

Le quité el vaso que sostenía entre los dedos y, sujetándola con firmeza de la muñeca, la arrastré a mi paso.

—¿Qué estás... qué estás haciendo? —protestó entre gemidos, como si fuese una cría.

Cuando encontré de nuevo a Ryder, le pedí las llaves del coche y se tambaleó ligeramente al dejarlas con torpeza sobre la palma de mi mano.

—Dame las de la moto —exigió.

—No puedes secuestrarme —oí que balbuceaba Léane a mi espalda.

—¿Te has vuelto loco? No vas a conducir, coge un jodido taxi. —Suspiré, ignorando el monólogo ininteligible de Léane y centrándome en Ryder—. ¿Llevas dinero encima?

No le di tiempo a contestar. Saqué unos billetes del bolsillo del pantalón y se los tendí, antes de salir de aquel lugar sin soltar a Léane, que se retorció entre mis manos de un modo casi cómico.

Afortunadamente, encontré el coche tres calles más atrás por mi propia cuenta, ya que ella fue incapaz de recordar dónde habían aparcado. Joder. Ryder iba a tener que vérselas conmigo y no sería agradable, de eso estaba seguro.

Me relajé cuando, a mitad de trayecto, advertí que se había dormido.

Al aparcar cerca de la residencia, apagué el motor y, sumido en el silencio que reinaba, me tomé unos instantes para observarla mientras dormía. Era increíble, en todos los sentidos. Deslicé la punta de los dedos por su rostro, acariciando su piel, y ni siquiera se inmutó. Estaba totalmente sumida en un sueño inquebrantable.

Hice un esfuerzo sobrehumano llevándola en brazos hasta la residencia. De vez en cuando abría los ojos e intentaba decir algo —algo que yo no lograba comprender—, e instantes después volvía a cerrarlos. Cuando crucé el umbral de la residencia y recordé que su habitación estaba en la segunda planta, supe que cargarla hasta ahí sería imposible. El dedo meñique me dolía horrores.

—Léane, despierta —susurré, acunando su mejilla.

Ella entreabrió los ojos, pero no parecía enfocar la mirada hacia ningún lugar concreto.

—Vamos, ya casi hemos llegado. —La dejé en el suelo y se tambaleó torpemente, pero conseguí cogerla antes de que cayese—. Apóyate en mí.

La sostuve entre los brazos mientras subíamos las escaleras, como si fuese una muñeca de trapo. Cada escalón parecía un mundo, tardamos una eternidad.

—¿Por qué estás aquí? —me preguntó en un susurro—. No te necesito.

—¿Preferirías que te hubiese dejado en la discoteca con ese desconocido?

—Quizá a él le hubiese importado —se quejó, con la cabeza apoyada en la pared, mientras yo intentaba abrir la puerta de la habitación.

—No vuelvas a decir eso. —La ayudé a entrar y después la tumbé sobre la cama con cuidado—. No hay nadie a quien le importes más que a mí.

Los ojos enrojecidos de Léane, a causa del alcohol, se tornaron acuosos. Sin dejar de mirarme, tumbada boca arriba, comenzó a sollozar. Se tapó la cara con las manos e

intenté apartarlas de allí, pues no quería que se escondiese de mí.

—No llores, por favor —le rogué, con un hilo de voz.

Traté de calmar la ansiedad que me invadía. Cuando supe que aquello sería imposible mientras Léane continuase llorando, me incliné hacia ella y la abracé en silencio. Tal como había empezado a llorar de golpe, dejó de hacerlo. Sus manos me rodearon el cuello, estrechándome con fuerza. Me concentré en el sonido de su respiración, que, poco a poco, se volvió más rítmica y lenta, al compás de los apacibles latidos de su corazón.

—Tengo sueño... —susurró, tan bajito que era casi ininteligible.

—Lo sé.

Me acerqué al armario y rebusqué en el interior hasta dar con un pijama. Cuando volví a inclinarme hacia ella, buscando la cremallera del vestido, se removió incómoda.

—No, no, no —intentó apartarme—. No vas a desnudarme.

—¿Por qué no? —Fruncí el ceño—. Dormirás más cómoda. Necesitas descansar.

Léane cruzó las manos sobre el pecho en ademán protector.

—No quiero que me veas desnuda —gimió, con los ojos entrecerrados por el agotamiento.

Ignorando su petición, la incliné hacia un lado y, cuando encontré la cremallera, la bajé hasta que la parte de atrás del vestido se abrió completamente.

—No digas tonterías —dije, al tiempo que se lo quitaba, y ella comenzó a reír cuando rocé la sensible zona de su cintura, haciéndole cosquillas—. Te he visto mil veces desnuda.

Con cuidado y evitando la tentación de tocarla como realmente deseaba, terminé de ponerle el pijama y la tapé con el grueso edredón. Respiré hondo mientras colocaba la silla del escritorio frente a su cama y me sentaba. Apoyé los codos en las rodillas y la miré.

—¿Estás enfadado? —me preguntó, hecha un ovillo entre las mantas.

—Un poco —le acaricié la frente con los dedos—. No me gusta verte así.

—No me encuentro bien.

—Ya lo sé, Léane. —Suspiré—. Duérmete. Mañana estarás mejor, te lo prometo.

★ 29 ★

Léane

El conejo blanco me perseguía allá donde fuese. Daba igual cuánto corriese, él siempre me alcanzaba y no dejaba de repetir «Vamos, Léane, ¡salta a la madriguera de una vez por todas!». Corrí con todas mis fuerzas atravesando el continente entero, pero no había escapatoria posible. Finalmente, sintiéndome exhausta, caí de rodillas al suelo. Estaba en mitad de un desierto, tenía la garganta seca y una sensación incómoda ascendía por la boca de mi estómago...

Abrí los ojos de golpe e intenté distinguir lo que había a mi alrededor, pero tuve que volver a cerrarlos. La cabeza me daba vueltas y me dolía horrores el lado izquierdo.

—¿Estás bien, Léane?

Al distinguir la voz de Blake en medio de la oscuridad, extendí un brazo para encontrarlo a tientas y sus dedos atraparon rápidamente los míos. Negué con la cabeza, en respuesta a su pregunta.

—¿Qué te pasa?

—Voy... creo que... voy a vomitar —conseguí decir finalmente.

Lo oí suspirar hondo y luego mi cuerpo se movió cuando me levantó. Entreabrí los ojos cuando llegamos al servicio, a pesar de lo mucho que me molestaba la intensa luz que desprendían los focos; era cegadora, casi dañina.

Sentí el suelo bajo mis rodillas cuando Blake me colocó delicadamente frente al retrete. En cualquier otro momento, el hecho de que él me viese en ese estado y en esa situación me habría horrorizado; pero me encontraba tan tremendamente mal que ni siquiera me paré a pensarlo más de dos segundos antes de empezar a vomitar.

—Vale, tranquila. —Me sujetó por la cintura, temiendo que no pudiese sostenerme por mí misma, mientras me apartaba el cabello de la cara con la otra mano—. Ya está.

Tras ayudarme a enjuagarme la boca en el lavabo, me llevó de nuevo hasta la cama y colocó bien las sábanas y mantas a mi alrededor. Agradecida, traté de mostrarle una

sonrisa que terminó siendo apenas una mueca.

–Yo siempre pensaba que el amor... era... –Intenté encontrar las palabras que quería decir, pero me costaba pensar–. Creía que era de color verde.

Blake me miró en silencio, atento, inmóvil.

Su rostro me pareció tan perfecto en aquellos momentos que, de no ser porque apenas conseguía moverme sin que la habitación empezase a dar vueltas a mi alrededor, me habría abalanzado sobre él para abrazarlo y no soltarlo nunca jamás.

–Y a ti siempre te vi rojo. –Sentía la boca espesa al hablar–. Ahora ya no sé... no sé...

Blake se inclinó hacia mí cuando permanecí en silencio, incapaz de decir nada más. Su mano acunó mi mejilla con delicadeza y me recreé en el tacto ligeramente áspero de su piel sobre la mía.

–¿Qué es lo que no sabes? –me preguntó. Su voz sonó ronca en mis oídos.

–No sé nada.

Blake se apartó de mí suspirando y se recostó sobre el respaldo de la silla.

–Hablares cuando estés mejor.

–No sé si volveré a recuperarme. Todo da vueltas –gemí, dolorida por los pinchazos que sentía en las sienes.

–Por experiencia, te aseguro que sí.

Las comisuras de sus labios se alzaron cuando me mostró un amago de sonrisa. Presioné la cabeza sobre la mullida almohada, intentando calmar el dolor. No quería dormirme. Deseaba permanecer despierta para poder seguir mirándole. Él tampoco apartaba sus ojos de mí y eso me reconfortaba. Muy a mi pesar, mis párpados fueron cerrándose lentamente conforme volvían a rodearme los brazos de Morfeo.

A pesar de que la luz que entraba por la ventana era escasa, me resultaba muy molesta. Me removí incómoda en la cama y, cuando me incorporé, sentí que me dolían músculos que hasta ese momento no sabía que existían. Todo. Cada célula de mi cuerpo parecía resentida por los acontecimientos de la noche anterior, pero, afortunadamente, la habitación había dejado de dar vueltas.

Estaba sola. No había nadie más en la estancia.

Me pregunté si realmente Blake me había llevado hasta allí la noche anterior, o si todo era fruto de mi imaginación y deliraba.

Me metí en la ducha a toda velocidad y rememoré las últimas horas. Ryder se había vuelto loco en cuanto habíamos entrado en aquel local. Me había presentado a tanta gente que tan solo recordaba un desfile de personas sin rostro y un montón de diferentes copas de colores que alguien iba depositando sobre mi mano. Nada más. Después, me transportaba de un modo mágico hasta las escaleras de la residencia, donde Blake me había ayudado a subir...

Era real.

Y tenía que hablar con él cuanto antes.

Necesitaba explicarle lo que sentía. No importaba si me rechazaba o si él admitía no profesarme esos mismos sentimientos. Daba igual. Quería darle la llave de mi caja fuerte, independientemente de si decidía guardarla como su bien más preciado o tirarla a la basura. No podía seguir pendiendo de un hilo. Estaba dispuesta a correr el riesgo. Era todo o nada.

—¡Léane, te hemos traído el desayuno! —oí gritar a Lissa tras la puerta del baño.

—¡Gracias! Ahora mismo salgo.

Me vestí cómoda, con unas mallas y la chaqueta de un chándal que hacía siglos que no usaba, y sonreí cuando me topé con mis dos compañeras de habitación, que me miraban expectantes.

—¿Y bien...? —Lissa alzó una ceja de un modo bastante cómico.

—¿Qué pasa?

Rachel rió tontamente. Las miré extrañadas, mientras abría uno de los típicos paquetes plastificados de galletas que daban en el comedor de la residencia como acompañamiento del desayuno.

—Sé que Blake estuvo aquí anoche —puntualizó mi mejor amiga—. Cuéntamelo todo.

—¡Puagh! ¿Cómo pueden estar tan malas? —pregunté, con la vista fija en la repugnante galleta.

—La verdad es que sí. —Rachel miró sin mucho ánimo su ración, luego alzó la cabeza y sonrió—. ¿Por qué no vamos a la crepería del centro? Me encantan las crepes de chocolate con frambuesa. Mataría por una de esas.

—¡Sí! —aplaudí, emocionada por su propuesta.

—¡Solo si nos cuentas todo, absolutamente todo, lo que ocurrió ayer! —exigió Lissa.

—Hecho. Tampoco tengo mucho que decir. —Me encogí de hombros.

—Doy fe de ello. Estaba como una cuba cuando llegué —aseguró Rachel.

A pesar de que quedaba a media hora de distancia, decidimos ir al centro caminando. El cielo seguía nublado, pero se entreveían débiles rayos de sol que luchaban fervientemente por hacerse un hueco en la encapotada cúpula de Reading. Por desgracia, sabía que no lo conseguían hasta bien entrado el verano.

Sin embargo, a pesar del frío que todavía se alzaba protagonista, era agradable percibir los indicios de la primavera. La ciudad estaba cubierta de jardines, cuyo verdor comenzaba a avivarse lentamente, en contraste con las grisáceas calles y los rojizos edificios de ladrillo.

Casi toda la zona del centro era peatonal y resultaba placentero pasear libremente por las calles. Todavía nos faltaban unos metros para llegar a la crepería más famosa de la ciudad, cuando distinguí el delicioso aroma de la masa recién hecha.

Nos sentamos ante una acogedora mesa de madera. El local era tan estupendo como los manjares que servían. Las paredes estaban pintadas de diferentes tonos de color rosa, desde el fucsia hasta el rosa palo. Las servilletas tenían un bonito diseño a rayas de colores pastel, a juego con la cubertería, y encima de la barra, en la zona de la derecha, había un enorme y precioso tiovivo que giraba sin cesar.

Sonreí mientras colgaba el bolso en el respaldo de la silla.

Pedimos una crepe cada una.

—¿Ya habéis hablado entre vosotros? —me preguntó Lissa. Tamborileó con los dedos sobre la mesa, impaciente, poniéndome nerviosa.

—No, apenas nos dijimos nada. —Me encogí de hombros y atacué la crepe en cuanto el camarero sirvió el plato—. ¿Por qué te interesa tanto? Estás muy rara.

No parecía ella misma. Con cierta inquietud, comenzó a doblar la bonita servilleta, formando un cuadrado tras otro. Después, tras emitir un interminable suspiro, clavó su penetrante mirada en mí y pude apreciar un atisbo de duda en sus ojos.

—Yo sí que hablé con él. Y le dije, en resumen, que debía darse prisa —confesó—. Le advertí que tenía competencia, ¡y es cierto! Hay muchos chicos interesantes con los que podrías salir si él sigue sin valorarte lo suficiente.

Sintiéndome estúpida, permanecí en silencio con la boca entreabierta, asimilando sus palabras. Tiré la crepe sobre el plato y me limpié los restos de azúcar de los dedos sacudiendo las manos.

Por fin comprendía a qué se refería Blake cuando habíamos discutido. Y para colmo, había hecho más hincapié en la mentira de Lissa al decirle a gritos que pretendía encontrar a una persona a la que sí le importase lo suficiente.

—¿Puedes evaluar lo enfadada que estás del uno al diez? —me pidió Lissa, sacando a relucir el Método de medición que utilizábamos cuando éramos pequeñas.

—¡Diez! —exclamé—. ¿Por qué le dijiste algo así?

—¡Podría ser cierto! —se defendió.

—Pero ¡no lo es! —Sacudí una mano en alto—. Incluso, aunque las cosas entre nosotros no terminasen bien, no me iría en busca de otro. ¿Por qué haría algo así? No necesito a un tío en mi vida para ser feliz. En todo caso, solo a él. —Bajé el tono de voz, perdiéndome en mis propias cavilaciones—. ¿Le has hecho creer que barajo diferentes opciones para sustituirlo? Es horrible. Encima, ayer por la noche le dije algo similar... pero ¡no iba en serio! Estaba enfadada. Y cuando me enfado, se me nubla la mente y... no sé por qué tuve la necesidad de hacerle daño de algún modo...

—¡Lo siento! —Lissa frunció el ceño, molesta—. Solo intentaba darle un pequeño empujoncito. Eres mi amiga, sé que te gusta, nos conocemos desde que llevábamos pañales.

—¡Yo no me meto en tu relación! —repliqué, exaltada—. Que seas mi mejor amiga no te da derecho a inmiscuirte.

Antes de que Lissa pudiese contestar, Rachel extendió los brazos sobre la mesa y nos miró a ambas.

—¡Ya basta!, ¡parad de discutir! —exigió—. Es una tontería. Lissa ha cometido un error, pero lo hizo con buena intención —dijo, mirándome—. Y ahora que lo sabes, puedes hablar con Blake y solucionarlo fácilmente.

La mirada triste de mi mejor amiga provocó que asintiese con la cabeza sin pensármelo dos veces. Lentamente, Lissa estiró una mano hasta tocar la mía y estreché sus dedos con fuerza. Sonreí débilmente.

—Siento haberte gritado. Es la resaca, todavía me dura.

Ella rió y sus ojos, redondos y azules, volvieron a cobrar vida.

—Yo siento haberme convertido en una alcahueta.

Rachel nos miró a las dos satisfecha, le dio un mordisco a su crepe y habló con la boca repleta de masa y frambuesa líquida.

—Y ahora, si no os importa, voy a relataros punto por punto cómo fue mi desastrosa cita con Alec —musitó, sin perder su sonrisa habitual.

★ 30 ★

Blake

Hundí con un golpe duro la pala en la tierra seca y comencé a removerla con fuerza, intentando romper los enormes grumos que se habían formado a causa de la falta de agua. Cuando terminé de agitar la tierra de toda la jardinera que cubría un lado entero del jardín, abrí la enorme bolsa de abono que había comprado y empecé a esparcirlo por encima, con la esperanza de que aquello fuese suficiente para conseguir que sobre aquel montón de tierra seca volviese a surgir vida.

Mientras amanecía y el cielo se tornaba de un agradable color anaranjado, fui arrancando todas las malas hierbas que encontré, así como las plantas secas que todavía se sostenían en pie a pesar de que no quedaba ni un resquicio de vida en ellas.

El sol casi coronaba ya lo alto del cielo cuando oí unos pasos a mi espalda.

Mi madre y Emma me miraban sorprendidas.

Mi hermana sonrió, al tiempo que mamá se llevaba una mano al pecho.

—Pensábamos que algún animal estaba escarbando en el jardín... —dijo. Podía notar la emoción que se adueñaba de su voz—. ¿Qué estás haciendo, Blake?

—Lo que ves. —Señalé con la pala a mi alrededor—. Arreglar el jardín. Está hecho un desastre. Alguien tiene que hacerlo, ¿no?

Emma pasó por mi lado dando pequeños saltitos de alegría y se entretuvo observando todos mis progresos.

—¡Qué bien!, ¡es una idea genial! —exclamó ilusionada, antes de que sus manos me rodeasen por detrás, abrazándome.

Permanecí muy quieto, incapaz de respirar. No podía recordar la última vez que había oído aquel deje de orgullo en la voz de mi hermana. Cerré los ojos con fuerza.

—¿A qué hora has llegado? —Mi madre alzó la muñeca para mirar su reloj—. ¿Has desayunado?

Negué con la cabeza.

Ni siquiera había dormido.

En cuanto Rachel había llegado a la habitación y le había hecho prometer que cuidaría de Léane, me había marchado de allí con la clara idea de regresar a casa para arreglar el desastroso jardín.

Mamá sonrió.

—Os dejo a solas. —Nos miró a ambos con dulzura—. Iré a preparar el desayuno.

En cuanto volvió a entrar en la casa, Emma me abrazó de nuevo, esta vez con más fuerza.

—¡Me alegra tanto que hayas entrado en razón, Blake! —gimió—. Me he sentido muy sola durante todos estos meses... no vuelvas a hacer algo así nunca, por favor.

—Lo siento. De corazón. —Suspiré y acuné su mejilla con delicadeza—. No volveré a marcharme nunca. Te lo prometo. Siempre estaré para ti.

Advertí cómo le temblaba el labio superior e, instantes después, se enjugó una lágrima con fuerza, impidiendo que resbalase por su rostro.

—No hagas eso. No llores. Por favor...

—Lamento haberte escondido que papá estaba en la ciudad desde hace meses. —Se tapó la cara con las manos e intenté apartarlas de su rostro con cuidado—. Quería decírtelo, pero no sabía cómo te lo tomarías. Temíamos que te volvieses loco. —Rió torpemente entre lágrimas.

Emití un largo suspiro. El asunto con mi padre continuaba siendo para mí un camino repleto de obstáculos. Comencé a remover la tierra de nuevo, en silencio. Emma cogió una pala más pequeña e imitó mis movimientos. Pasados unos minutos de calma, volví a hablar.

—Puedo entenderlo, Emma —reconocí, muy a mi pesar. Arranqué con fuerza un pequeño matorral seco, lanzándolo después a un lado—. ¿Dónde está ahora?

Ella se mordió el labio inferior con indecisión.

—Se aloja en el hotel Sea —respondió casi en un murmullo—, aunque viene aquí a menudo. Ya sabes, se queda a cenar o a comer. El otro día me ayudó a limpiar la casa, para que mamá no tuviese que hacerlo. —El tono de su voz se fue tornando más seguro—. También es él quien la lleva al hospital, así no tenemos que coger un taxi.

Respiré hondo. Tenía que seguir haciéndolo. Lo de respirar era un requisito para eso de seguir viviendo. Sí.

–Te echa de menos, Blake –dijo, hablando alto y claro. Después se levantó, tiró también la pala al suelo y comenzó a sacudirse los pantalones rosas del pijama, intentando quitarse los restos de tierra–. Ya sabes, siempre fuiste su preferido.

–No digas chorradas. –Hundí la herramienta en el suelo con más fuerza.

–Es cierto. Lo sabes. –Suspiró–. Vosotros siempre estabais juntos. Veíais partidos de fútbol, os ibais a pescar los fines de semana... te llevaba a todas partes. Papá nunca tuvo ese tipo de unión conmigo.

–Eras más pequeña, Emma –expliqué, clavando mis ojos en ella–. Ésa es la única razón, ¿entiendes? Luego llegó el divorcio, él se fue y todo cambió, ya lo sabes.

Mientras mi hermana me miraba dubitativa, me esforcé por olvidar todos los momentos junto a mi padre que me inundaron de golpe. Por muy idílica que hubiese sido nuestra relación, ¿qué importaba a esas alturas? Nada volvería a ser nunca igual que antes.

Cuando mi madre salió y nos avisó de que el desayuno estaba listo, ambos dejamos a un lado nuestros recuerdos antes de entrar en casa.

La siguiente semana fue apenas un espejismo. Estuve ocupado entre clases, idas y venidas a casa de mi madre y en la tarea que me había impuesto a mí mismo: arreglar el jardín.

Sabía lo feliz que la hacía con ese simple detalle. Mamá sonreía cuando me miraba a través de la ventana de la cocina mientras trabajaba en el jardín. De vez en cuando, sacaba una silla y se sentaba a mi lado, observando atentamente todo lo que hacía y aconsejándome sobre ciertos detalles.

Visité con mi hermana varios viveros por las tardes, tras recogerla en el instituto, y compramos numerosas plantas de diversos tamaños y colores, que, poco a poco, fuimos colocando en el jardín hasta que éste comenzó a coger forma. Ya no parecía abandonado.

No supe nada de Léane hasta el martes. Me atemorizaba dar el primer paso, no sabía qué debía hacer ni cómo comenzar la conversación que tantas veces había recreado en mi cabeza durante los últimos días. En el mensaje que me mandó, decía:

«Gracias por llevarme a la residencia la otra noche. No sé qué me pasó. Lo siento. ¿Podemos vernos? Creo que necesitamos hablar.»

A lo cual fui capaz de contestar:

«No tienes nada que agradecerme. Ahora concéntrate en el reportaje del viernes. Puedes hacerlo. Hablaremos pronto, estaré allí para ver cómo consigues esa beca».

Cuando llegó el viernes, ella todavía no había contestado a mi último mensaje. Probablemente había sido una mala idea no acudir en su busca en el mismo instante en que me había preguntado si podíamos vernos, pero no me había sentido preparado para ser sincero con Léane. Reconocer todo lo que me hacía sentir era como saltar al vacío. Y no quería hacerlo hasta que todos los frentes que me acechaban estuviesen cerrados.

Acudí a casa por la mañana, a pesar de que tenía clase. Mi madre me pidió que fuese a hablar con ella. Ya habíamos hecho todas las gestiones pertinentes a lo largo de esa semana. Habíamos cambiado el titular del seguro de la casa, de la cuenta bancaria y de mil asuntos de papeleos más. No recordaba qué más cosas faltaban por solucionar.

Me invitó a sentarme a la mesa cuando entré en casa y preparó té.

—¿Ocurre algo? —pregunté.

—No, no tengo noticias nuevas. —Sonrió—. El médico dice que estoy asimilando bien los calmantes.

Asentí incómodo.

—Me alegro.

—Tengo que darte unas cosas, Blake —comentó—. Sé que esta tarde acaba el concurso. Imagino que irás a ver a Léane, ¿no?

—Supongo que sí —reconocí, antes de darle un trago largo al té.

Mi madre se levantó y se acercó al mueble del comedor. Abrió una de las puertas de madera y sacó una caja pequeña y ligeramente rectangular, junto a un sobre blanco. Se sentó a la mesa y me tendió la caja, que estaba envuelta con papel de regalo rojo.

—La compré hace años —explicó—. La primera vez que me diagnosticaron cáncer. Recuerdo que cuando salí del hospital sentía... sentía como si estuviese flotando, como si fuese otra persona y nada de aquello pudiese ser real. Entonces, todavía sin ser yo misma, pasé por el escaparate de una tienda y la vi. Casi de un modo mágico, una frase se adueñó de mi mente... y me hice prometer que la cumpliría a rajatabla hasta el fin de mis días. Por eso nunca me dejé llevar por la tristeza. Tenía muy claro en qué dirección debía ir.

Nos quedamos unos instantes en silencio mientras intentaba entender qué quería decirme exactamente. Antes de que pudiese preguntar, ella deslizó la caja por la superficie de madera de la mesa hasta dejarla frente a mí.

–Quiero que te la quedes tú –dijo–. Ábrela.

Comencé a romper lentamente el papel rojo hasta descubrir una caja de color negro, de aspecto antiguo.

Abrí el cierre de seguridad y deslicé la tapa hacia arriba para ver qué había dentro.

Era una brújula.

Una brújula que parecía tener muchos años de antigüedad.

Los bordes, de color dorado, estaban ligeramente envejecidos. Y, bajo el cristal que la cubría, las agujas que marcaban las direcciones se balanceaban ligeramente ante el movimiento de mi mano.

–Dale la vuelta –me pidió mi madre.

Giré lentamente la delicada brújula y descubrí que en la chapa dorada de la parte trasera había una inscripción:

«Nunca pierdas el norte.»

Respiré hondo, intentando coger aire.

–Sé que puede parecer una tontería –mamá me miró dubitativa y se removió incómoda en su silla–, pero, a veces, las personas nos sentimos perdidas. No puedes dejarte arrastrar, Blake, tienes que seguir siempre hacia delante, caminando en la dirección correcta, independientemente de lo que pase.

Le mostré una pequeña sonrisa, todavía sobrecogido por un sinfín de emociones.

–No es ninguna tontería, mamá. –Estiré la mano para tocar sus dedos–. Es el mejor regalo que me han hecho nunca. Gracias.

Se limpió una lágrima, presa de la emoción, antes de sacudir los brazos en alto.

–¡No más momentos tristes! –exclamó, medio riendo, medio llorando. La miré con adoración, conmovido ante todas las cosas buenas que ella representaba–. El otro regalo es mucho más agradable, te lo aseguro.

Extendió el sobre blanco frente a mí. Lo abrí con delicadeza y miré en su interior. Automáticamente lo cerré y fruncí el ceño.

–¿Te has vuelto completamente loca?

–No. –Sonrió ampliamente–. Yo nunca pierdo el norte.

Faltaban tres horas para que diese comienzo el final del concurso.

Arranqué el motor del coche y me dispuse a regresar a Reading a toda velocidad.

Por alguna extraña razón, de pronto, necesitaba verla. Necesitaba ver cómo ganaba, cómo conseguía tocar con la punta de los dedos sus sueños. Quería estar a su lado en ese preciso instante y, sobre todo, deseaba que ella supiese que me tenía, que se había convertido en el centro de mi vida, sobre el que giraban todas las demás cosas. Era mi brújula particular.

Estaba convencido de que todo lo bueno que había hecho en las últimas semanas había sido gracias a Léane. Incluso aunque ella no fuese plenamente consciente de ello. De algún modo, su presencia lograba apaciguar mi lado más oscuro y sacaba a relucir lo mejor de mí.

Avancé por la calle principal de Romford, sumido en mis pensamientos, y frené en seco cuando el semáforo se puso en rojo. Suspiré. Mis dedos tamborilearon sobre el volante. Alcé la mirada y después la posé en la acera de la calle de la derecha. Y allí, como si fuese un fantasma aparecido de la nada, leí el cartel donde rezaba: Hotel Sea.

Maldije entre dientes.

No es que no supiese dónde estaba, conocía al dedillo cada tramo de la ciudad donde había crecido. Había pasado mil veces por esa carretera, cada vez que volvía a Reading, pero nunca ese nombre había adquirido el valor que ahora tenía. Por desgracia, en esos momentos era plenamente consciente de quién era uno de los clientes que ocuparía con toda seguridad la suite principal. Fue como si viese por primera vez la elegante entrada de aquel hotel.

Con resignación, como si los músculos de mi cuerpo no respondiesen a las verdaderas órdenes que emitía mi cerebro, giré en la siguiente calle y aparqué en el primer sitio que vi, a pesar de que era un carril de autobús.

Casi corrí hacia la puerta del hotel, como si verlo fuese una necesidad.

No el hecho de verlo en sí, sino la urgente sensación de que quería acabar con todo de una vez por todas. Ponerle el punto final a nuestra historia.

No estaba seguro de si podría aguantar las ganas de darle un puñetazo en cuanto me topase con él. Tendría que intentar resistir la tentación.

Tras persistir un poco, asegurándole que era el hijo de su cliente, la recepcionista accedió a darme el número de la habitación donde se alojaba. Subí por las escaleras hasta la cuarta planta, incapaz de esperar a que llegase el ascensor. Al llamar, aporreé la puerta con los nudillos.

Dejé de respirar cuando abrió.

Reconocí la sorpresa en los ojos de mi padre. En cuanto reaccionó, asimilando que me tenía frente a él, se hizo a un lado para invitarme a entrar.

Efectivamente, era la suite del hotel. La estancia estaba dividida en dos zonas, a la derecha se alzaba el dormitorio coronado por una enorme cama y a la izquierda se extendía una zona de descanso con varios sofás y una mesa que estaba repleta de papeles, junto al ordenador portátil.

—Qué grata sorpresa, hijo. —Mi padre sonrió y, durante unos instantes, oí el brillo de sus ojos verdes, que tanto se parecían a los míos—. Siéntate. ¿Quieres tomar algo? Puedo pedir en recepción que traigan...

—No, no hace falta —lo interrumpí.

Me dejé caer en el sofá, irritado, sin saber realmente qué quería decirle o por qué había ido a visitarlo. ¿Cuál era mi intención? Ahora que lo tenía tan cerca, no estaba seguro.

Cogió una lata de cerveza de la pequeña nevera de la habitación y le dio un trago largo antes de acomodarse a mi lado. Señaló el televisor, donde emitían un partido de fútbol.

—Está jugando la selección inglesa contra Brasil —comentó—. El árbitro está comprado. Ha pitado un penalti inexistente en contra. Siempre igual.

No contesté. Observé en silencio el partido. La selección estaba jugando bien, tenía la posesión absoluta del balón, pero había que tener en cuenta que en Brasil estaban varios de los mejores jugadores del mundo. El árbitro pitó una falta injusta en contra, el jugador inglés comenzó a protestar y finalmente le sacó una tarjeta amarilla. Bufé con indignación.

—¿Ves? Te lo dije —corroboró mi padre.

Lo miré de reojo y asentí lentamente con la cabeza.

—Bueno, de todos modos, tan solo es la fase de clasificación —añadió, y después le dio otro trago a su cerveza—. A ver si este año tenemos más suerte.

Era extraño volver a ver un partido de fútbol con mi padre, sentados uno al lado del otro, con la vista fija en el televisor, como si no llevásemos dos largos años sin dirigirnos la palabra.

—¿Qué tal te va con esa chica? Parecía simpática.

Me giré despacio y nos miramos fijamente durante unos segundos. Flotaba tal tensión en el ambiente que me pregunté si sería posible que la habitación estallase en llamas de un momento a otro.

–Bien –contesté secamente.

–Mientes igual que tu padre. Es decir, horriblemente mal.

Ese comentario no tenía ni puta gracia.

Lo último que podía tranquilizarme en ese instante era que me comparase con él.

–Perfecto, porque no aspiro a ser un mentiroso como tú. No es uno de mis propósitos.

Mi padre suspiró hondo y dejó la cerveza sobre la mesa con un golpe seco. Me miró y, por primera vez en mi vida, encontré un resquicio de arrepentimiento y angustia asomando en sus ojos.

–¿Qué tengo que hacer para que me perdones, Blake?

Me levanté del sofá, incapaz de continuar allí sentado plácidamente, como si no ocurriese nada. Me pasé las manos por el cabello, intentando pensar con rapidez.

–Cometí errores. Todos lo hacemos –dijo, poniéndose también en pie–. Mi relación con tu madre nunca tendría que haberse convertido en un obstáculo entre nosotros. Entendía que pudieses estar enfadado conmigo, pero pensé que con el tiempo... llegarías a perdonarme. La vida no es dos más dos, es algo mucho más complicado que no siempre se ajusta a lo que queremos.

Fui caminando lentamente hacia la puerta. Sin saber por qué, necesitaba salir de allí. Tenía que marcharme. Rocé el pomo de la puerta con los dedos y me detuve cuando volvió a hablar.

–Blake, yo siempre te perdonaría, hicieses lo que hicieses. No me importan los errores que puedas llegar a cometer. Eres mi hijo. Vas a serlo siempre. Nunca te daré la espalda. Y quiero que lo sepas y no lo olvides.

Me di la vuelta, sin llegar a abrir la puerta, mirándolo de nuevo.

–¿Vas a quedarte? –pregunté.

–Alguien tiene que hacerse cargo de tu hermana cuando... –Dejó la frase inacabada, pero ambos entendimos perfectamente a lo que se refería–. Abriré aquí un nuevo bufete de abogados. Ya he conseguido algunos socios.

–Nos veremos pronto, entonces.

–Sí, siempre que tú quieras.

Asentí con la cabeza.

–Tengo que irme. Llego tarde.

Mi padre sostuvo la puerta cuando salí.

–¿Crees que podríamos quedar algún día para comer? –preguntó, hablando en voz baja y utilizando un tono extraño en comparación con la seguridad y firmeza que solían desprender sus palabras.

Algo se removió en mi interior.

–Podríamos. –Asentí lentamente con la cabeza–. Sí, supongo que sí.

★ 31 ★

Léane

Era plenamente consciente de que la decisión de Blake había sido la más sensata.

Yo también debería haberme retirado del concurso, cuando todavía estaba a tiempo.

Lamentablemente, era demasiado tarde.

El último reportaje se realizaba en pleno corazón de la universidad. Exactamente, en los jardines que coronaban la entrada principal. El equipo había sido montado con antelación, y los jueces –que decidían el ganador final, arrebatándole todo el poder al público– estaban acomodados a un lado sentados en confortables sillas blancas que habían colocado específicamente para ellos y que formaban una rigurosa línea recta. Owen Gabsen sonreía feliz mientras firmaba autógrafos sin cesar. Porque no, no estábamos solos. Una enorme cantidad de gente se había reunido en los alrededores para ver el concurso en directo. A los primeros curiosos los siguieron muchos estudiantes que se presentaron allí emocionados por el hecho de poder ver al famoso presentador en directo. Para mi desgracia, la noticia se fue extendiendo a través de un boca a boca frenético por todo el campus hasta conseguir congregarse allí a un montón de personas. Apenas podía tragar saliva, mi garganta estaba totalmente cerrada. Solo quedaban veinte minutos para que diese comienzo el final del concurso.

Lissa me sacudió con fuerza. Lo único positivo de aquella aglomeración de gente era que mis amigos también estaban allí.

–Mantente serena. No te desconcentres. Respira hondo –me ordenó.

–No puedo hacerlo.

–Sí puedes –me animó Adam, que estaba al lado de Lissa–. Ya sabes, imagínate que están todos desnudos. Dicen que eso siempre funciona.

–¿Funciona en qué sentido?, ¿en ponerme más nerviosa?

Tanto Ryder como Rachel rieron tras Adam. Les dirigí a ambos una mirada asesina, a pesar de que el comentario que les hacía gracia había salido de mis propios labios. Cualquier cosa lograba desquiciarme. Solo deseaba largarme de allí corriendo y dejar plantados a los organizadores, a los jueces, a todo el equipo y al público. Estilo novia a la fuga, pero en la variante «concurstante a la fuga». El plan era tentador.

Desgraciadamente, había tanta gente a mi alrededor que ni siquiera hubiese conseguido fugarme de haberlo intentado. Un mar de manos, pies, brazos y cabezas parecía ocuparlo todo a mi alrededor, quitándome el aire.

Para más inri, era incapaz de apartar la mirada de toda esa gente –por más que Lissa me obligase a no hacerlo para que no me pusiese más nerviosa–, porque no podía evitar querer encontrarlo a él. A Blake. A la única persona que realmente deseaba que estuviese allí en ese preciso instante.

Desvié la mirada hacia Ryder y Adam, mientras Rachel me colocaba bien el pelo.

–¿Ha dicho algo Blake sobre... si pensaba... venir? –pregunté, notando cómo me ardían las mejillas.

–Esta semana apenas ha estado en casa... –comenzó a decir Adam.

–Vendrá. Claro que vendrá –lo cortó Ryder rápidamente.

Le sonreí, algo más tranquila. A pesar de la catastrófica noche del sábado en la discoteca Oceans, había terminado cogiéndole cariño a Ryder. Aunque aparentaba todo lo contrario, tenía un toque infantil que lo hacía especial. Y además, adoraba a Blake como pocas personas podrían llegar a hacerlo. Era un amigo leal.

Mark Dabbent hablaba con el público, a unos metros de distancia de nosotros. Parecía extrañamente calmado, lo cual lograba ponerme más nerviosa. Inhalé despacio y después me concentré en mis piernas, con el firme propósito de que dejarasen de temblarme. Me sentía como una muñeca hecha de plastilina.

Cuando Owen Gabsen se levantó de su silla, el público enmudeció de golpe, casi como si estuviesen hechizados por su presencia. Lissa me dio unas palmaditas en la espalda, antes de alejarse unos metros, consciente de que el reportaje final estaba a punto de comenzar.

–Queridos amigos, me enorgullece estar hoy aquí presente, en esta universidad que tantas satisfacciones me ha dado –comenzó a decir, acercando en exceso el micrófono a sus labios. Se paseó con placidez por el mullido suelo recubierto de césped–. Tanto la organización del concurso como los directivos de la cadena estamos sumamente

agradecidos a la Universidad de Reading por su firme colaboración con este gran proyecto educativo que, cada cuatro años, nos descubre nuevos talentos del mundo periodístico.

El público aplaudió entusiasmado, como si todo lo que Owen decía no fuese una mera actuación previamente ensayada.

Me esforcé por no vomitar. No en sí por las palabras del presentador, sino por los nervios que bullían en mi estómago haciéndome temblar.

—Sin más dilación, va a dar comienzo la final de la convocatoria de este año. Espero de todo corazón que disfruten del espectáculo. Estad atentos porque, como ya sabéis, solo uno de los dos finalistas se alzará con la victoria. —Estúpidamente, guiñó un ojo hacia el público—. Y ahora os presento al jurado encargado de decidir al ganador: ¡Eva Lasen, Fred Gilder, Alice Kellen y, por supuesto, Owen Gabsen! —concluyó, señalándose a sí mismo, como si existiese la remota posibilidad de que alguien no le pusiese cara a ese nombre—. ¡Suerte a los dos finalistas!

Más y más aplausos.

¿Valoración del uno al diez en cuanto a probabilidades de vomitar? Rozando el nueve.

La jueza Eva Lasen sustituyó al presentador. Cuando cogió el micrófono, se volvió levemente para mirarnos a ambos. Llevaba puestas unas graciosas gafas de color rosa chicle que alzó con delicadeza, deslizando el dedo índice sobre el puente de su nariz.

Esperé con ansiedad a que dijese el tema a tratar en el reportaje, ya que, siendo la final, reservaban esa sorpresa. De ese modo se aseguraban de que no se pudiese preparar el texto con antelación, para evaluar a conciencia el nivel de improvisación de los concursantes. No estaba segura de poder desenvolverme demasiado bien en ese ámbito.

—El tema a tratar en el reportaje será «el aprendizaje». No se requiere que la objetividad sea un factor obligatorio, pero se valorará la profundidad del enfoque, así como evitar los habituales errores de vocabulario o pronunciación que suelen surgir a la hora de improvisar. —Sonrió a todos los asistentes—. Y la primera en dar comienzo al reportaje, por orden alfabético del apellido, será Léane Bouvier.

Lo primero que pensé, en medio de aquella marabunta de gente, por estúpido que pareciese, fue que la decisión no era justa. O, mejor dicho, la organización. Mark iba a tener más tiempo para meditar su reportaje, exactamente los minutos que durase el mío.

El segundo pensamiento que nubló mi mente mientras avanzaba a paso lento hacia el centro del parque también fue estúpido: Blake no estaba allí. Blake no había venido. A

Blake no le importaba lo suficiente. La idea de que aquello fuese cierto logró quebrarme por dentro. Cada paso que daba se me antojaba más pesado e imposible.

La mujer me tendió el micrófono y advertí cómo Gael me guiñaba un ojo, dándome ánimos.

Tras unos cuantos aplausos más, el público volvió a guardar silencio.

Empecé a temblar. Tenía la mente completamente en blanco.

Cero ideas. Cero palabras que decir. Me había quedado muda.

—Yo siempre pensé... pensé... —repetí la palabra, incapaz de encontrar las que la seguían, cometiendo el primer error— siempre pensé que el aprendizaje consistía en memorizar un montón de definiciones y... eh... datos que venían escritos en los libros...

Temblando como una hoja de papel, alcé la mirada al frente tras advertir que había permanecido durante todo el tiempo con la vista clavada en el suelo, concentrada en las briznas de hierba que se sacudían al compás del viento.

Y entonces lo vi.

Cuando encontré el verde de sus ojos, más brillante que nunca, sentí que el corazón volvía a latirme con fuerza. Blake sonrió. Me sonrió solo a mí, en realidad. Y fue como si la palabra «aprendizaje» cobrase un nuevo sentido en mi mente. Las piezas, en mi cabeza, comenzaron a encajar unas con otras rápidamente y apenas tuve que buscar las palabras adecuadas, pues casi parecía que ellas acudían a mi encuentro.

—Muchas personas miden el aprendizaje en función de los títulos académicos conseguidos o de los exámenes aprobados. Es más, yo era una de esas personas. Creía, estaba convencida, de que sacar un diez era la prueba fehaciente de lo mucho que había aprendido. —Respiré hondo. No aparté mi mirada del perfecto rostro de Blake en ningún instante. No me importó si ese detalle podía restar puntos al reportaje. Lo necesitaba—. Sin embargo, las vivencias de este año lejos de casa, cursando mis estudios en la Universidad de Reading, me han hecho darme cuenta de que no hay ningún modo posible de medir el aprendizaje. Existen muchas formas de aprender y una de ellas es a través de los libros. Pero, sin duda, la más importante se adquiere gracias a las experiencias que la vida nos ofrece.

Hice una pausa y tragué saliva, notando que me faltaba el aire.

—¿Acaso hay libros que te preparen para no echar de menos a tus padres cuando te encuentras tan lejos de la casa donde has crecido?, ¿existen libros que nos enseñen a conservar una amistad o a cómo comportarse cuando en el camino de la vida vas

encontrando nuevos amigos? –Por primera vez, desvié mi mirada de Blake para centrarla en la esquina donde mis amigos, tanto Lissa como aquellos que se habían ido incorporando al club, me miraban emocionados—. Y si el aprendizaje no es vida y experiencias, ¿alguno de vosotros puede decirme dónde conseguir un manual de instrucciones que me explique todos los secretos del amor? –Gran parte del público rió ante mi comentario, pero apenas los vi, pues mis ojos volvían a estar fijos en Blake—. Este año he aprendido que es necesario cometer errores para saber rectificar. He aprendido que todo el mundo, incluso aquellas personas que consideramos enemigas, nos enseña valiosas lecciones que deberíamos tener más en cuenta. He aprendido que es importante mantener la mente abierta, porque nunca sabes qué puedes descubrir tras cada amanecer. He aprendido a valerme por mí misma. Y sobre todo lo demás, he aprendido que el color rojo no es tan horrible como siempre creí. El color rojo simboliza la pasión que volcamos en todo aquello que verdaderamente nos importa. Y estoy convencida de que la pasión y el hecho de estar dispuestos a aprender nuevas cosas cada día son dos de los aspectos más importantes de la vida.

Me sorprendí cuando el público comenzó a aplaudir. Cerré los ojos con fuerza, cogiendo aire de golpe, incrédula ante las palabras que acababa de pronunciar. No estaba segura de que el jurado buscara una especie de artículo de opinión sentimental... pero había sido incapaz de parar, incluso a sabiendas de que me estaba extendiendo en cuanto a la media de tiempo que solíamos utilizar para cada reportaje.

Quería decir todo aquello.

Necesitaba expresar cómo me había sentido a lo largo de aquel curso, lejos de casa, conociendo a gente nueva, pendiendo de un hilo invisible en el difícil camino del amor. ¿Cómo iba a aprender a reaccionar ante todas aquellas emociones?

Me habían enseñado a estudiar. Debía leer el texto despacio, concentrada y entendiéndolo. Después, procedía el subrayado del mismo y, más tarde, la redacción de mis propios esquemas para que a la hora de repasar todo fuese más sencillo y claro.

Por el contrario, mis padres nunca se habían sentado a mi lado, a la mesa del comedor, para explicarme cómo debía trabajar mis relaciones de amistad o cómo tenía que ser una historia de amor, indicándome los pasos adecuados a seguir. No. Aquellos secretos, que representaban para mí las cosas importantes de la vida, se los guardaban para sí mismos, con la esperanza de que yo escribiese mi propio manual de instrucciones. Entendí que no existía una forma buena de hacer las cosas, sino múltiples caminos que derivaban en

infinitos senderos. Y nadie excepto yo misma podía decidir qué bifurcación tomar en cada momento.

Apenas presté atención al reportaje de Mark. Estaba demasiado ocupada intentando poner en orden mis pensamientos, al tiempo que miraba a Blake. Supe que Mark había finalizado cuando el público aplaudió nuevamente.

El jurado indicó que necesitaba unos minutos para deliberar la decisión y varios estudiantes pitaron con indignación, aunque no llegué a averiguar por qué lo hacían.

Había dejado de temblar.

Fuese cual fuese el resultado, estaba satisfecha conmigo misma. Era una sensación tan agradable que no podía ser descrita con palabras.

Mientras esperaba el resultado, varios estudiantes que estaban cerca me felicitaron por el reportaje. Sonreí cuando descubrí a Lissa abriéndose paso entre el gentío casi a codazos. Se apartó el cabello de la cara cuando logró alcanzarme.

—Ha sido... genial. —Su sonrisa no podía ser más amplia—. Estoy orgullosa de ti, Léane.

La abracé, contenta de que se hubiese acercado. Tenía los nervios a flor de piel.

Cuando Owen Gabsen se levantó de su asiento, con el micrófono en las manos, intenté encontrar de nuevo a Blake entre la multitud, pero no conseguí dar con él. ¿Dónde se había metido?

—Señores, señoras... —comenzó Owen con una sonrisilla pícar—. Tras mucho deliberar, puesto que como han podido comprobar el nivel de esta convocatoria ha estado más reñido que nunca, el jurado ha tomado una decisión. —Hizo una pausa y fijó la vista en el papel que llevaba en la mano derecha, como si no fuese plenamente consciente de quién había sido elegido. Ahugué un gemido, presa de la desesperación—. Y este jurado, formado por grandes profesionales del sector, ha decidido por votación unánime que quien merece ser justo ganador es...

Silencio y más silencio.

—... ¡Léane Bouvier!

Abandoné mi cuerpo y, durante unos instantes, creí verdaderamente que estaba flotando.

No era cierto.

No podía ser cierto.

El público rugió emocionado con silbidos de alegría y aplausos desacompañados. Un montón de brazos me rodearon, apresándome cálidamente. Estaba demasiado patidifusa como para distinguir quién era quién; todavía no salía de mi asombro. Me dejé llevar, aceptando todo tipo de felicitaciones, incluida la de Mark.

Minutos después, los miembros del jurado se acercaron hasta donde me encontraba para darme la enhorabuena. Uno a uno, me especificaron lo mucho que les había gustado conocer mi opinión sobre la palabra «aprendizaje», asegurándome que esperaban con ganas que me incorporase al equipo durante el mes de verano.

Poco a poco, el público fue dispersándose. Algunos alumnos se quedaron rezagados hablando, mientras que otros se acomodaron en el césped, tumbados plácidamente con la intención de aprovechar lo que quedaba de la tarde del viernes.

—¡Ha sido tan genial! —Rachel dio saltitos a mi alrededor.

—Cojonudo, Léane. —Ryder apoyó la mano en mi hombro—. Tenemos que celebrarlo a lo grande. Será la mejor fiesta de la historia.

—¿Crees que a Blake le parecerá una buena idea después de lo que ocurrió la otra noche? —se burló Adam.

Iba a contestar que no importaba lo que él pensase, ya que ni siquiera estaba allí, pero una inconfundible voz profunda y ronca me lo impidió.

—La mejor fiesta de la historia será tu funeral como no cierres esa boca que tienes.

Me di la vuelta de golpe, tropezando con mis propios pies como si fuese imbécil. Blake apartó la vista de Ryder cuando me sujetó con fuerza, impidiéndome caer. Aguanté la respiración. No podía dejar de mirarlo. Era como si un imán me impulsase hacia él con fuerza; me contuve para no acariciar con el dedo índice, despacio, la línea de su perfecta mandíbula.

Un montón de libélulas se instalaron en la boca de mi estómago, aleteando como locas, intentando escapar. Fue como si nos mirásemos por primera vez en mucho tiempo, redescubriéndonos a nosotros mismos. Me sobresalté cuando los dedos de Blake rozaron suavemente los míos. Me había quedado tan embobada mirándolo que, hasta ese momento, no había advertido que nuestros amigos se habían alejado y estábamos a solas.

En silencio, Blake levantó mi mano y observó ensimismado mis uñas, que estaban pintadas de un brillante e inconfundible color rojo. Era tan intenso que casi podría haberse visto a varios kilómetros de distancia. Esperaba que aquel pequeño gesto fuese suficiente para que entendiese todo lo que no podía decirle con meras palabras.

Delicadamente, como si pudiese romperse ante su contacto, deslizó la punta de sus dedos por la uña de mi índice.

—Creí que te habías marchado —dije al fin, esforzándome por mantenerme serena.

Inclinó ligeramente la cabeza para mirarme.

—¿Y adónde podría haber ido sin ti?

El corazón comenzó a latirme tan rápido que estaba segura de que no solo Blake, sino todo el campus, estaría oyendo los atropellados martilleos que se agolpaban en mi pecho. Era un concierto gratuito de emociones.

—Léane... sé que no soy perfecto...

—Para mí lo eres —lo interrumpí, incapaz de contenerme.

La comisura de sus labios se alzó levemente.

—También sé que piensas que soy de color rojo —dio un paso al frente, hasta que nuestros cuerpos se rozaron—, pero, si me dejas intentarlo, voy a demostrarte que puedo ser del color que tú quieras que sea. ¿Quieres que mañana me despierte verde? Puedo hacerlo. En realidad, la palabra no es «puedo», sino «quiero». Quiero hacerlo, Léane.

Abrí la boca dispuesta a hablar, pero Blake me lo impidió, colocando un dedo sobre mis labios.

—Siento haber sido un idiota.

Le aparté la mano, incapaz de permanecer callada durante más tiempo.

—¡No eres idiota! Odio que tengas tan mala imagen de ti y no sepas ver todo... todo lo bueno que hay en ti.—Casi estaba gritando—. ¿Por qué piensas eso?

—Porque, si no fuese un completo idiota, habría reconocido hace mucho tiempo que te quiero —dijo, casi susurrando. Se inclinó y sus labios rozaron los míos, pero, antes de que pudiese besarlo, se alejó unos centímetros—. Te quiero a ti. Toda tú. Te quiero en mi vida. Quiero tus colores, tus enfados, tus locuras, el sonido de tu risa... lo quiero todo de ti.

Por primera vez, Blake logró silenciarme con sus palabras.

La emoción que sentía era mucho más intensa que la que había experimentado cuando anunciaron que había ganado el concurso, o que me aceptaban en aquella universidad, o cualquier otra vivencia de la que hubiese sido partícipe. Nada podía compararse con el efecto que habían causado en mí las palabras de Blake.

—¿Qué me dices?, ¿lo quieres tú todo de mí? —preguntó con un hilo de voz.

—Sí.

—¿En serio? —Me miró dubitativo, nunca lo había visto tan indefenso—. Todo significa lo bueno, lo malo... no quiero esconderme más. Necesito que puedas coger de mí lo que tú desees, sin secretos.

—Sí. —Respiré hondo—. Sí a ti. Sí a todo.

Las grandes manos de Blake acogieron mi rostro y sus labios presionaron los míos con fuerza, casi con desesperación. Y poco a poco, cuando pareció desprenderse de todos sus miedos, el beso se tornó más suave, más dulce.

Deslizó la lengua por mi labio inferior, haciéndome delirar. Gemí y advertí que él sonreía satisfecho, antes de abrazarme con más fuerza, hasta el punto de que empecé a preguntarme dónde empezaba mi cuerpo y dónde terminaba el suyo. Descubrí entonces que, a pesar de todas nuestras diferencias, encajábamos de un modo perfecto, como si fuésemos dos piezas de un complicado puzzle que al fin se habían unido entre sí.

Protesté cuando Blake rompió el contacto y sacó un sobre del bolsillo de sus vaqueros.

—Es una sorpresa. —Me lo tendió, sin dejar de sonreír—. Un regalo de mi madre.

Fruncí el ceño, incapaz de descubrir qué podría esconderse en aquel sobre. Lo abrí lentamente y saqué dos papeles alargados que tenían una textura acartonada.

Eran dos billetes de avión.

¿Destino? Islandia.

Lo miré incrédula.

—¿Qué opinas?, ¿te parece apetecible?

Sonrió provocador y su mano se deslizó lentamente por mi trasero. Me gustaba el Blake juguetón, a pesar de que era casi una tortura, teniendo en cuenta que estábamos en un lugar público en aquel momento.

—¿Cuándo...? —Giré el billete, intentando contener la emoción—. ¿En qué fecha sale el vuelo...?

Blake comenzó a depositar pequeños y húmedos besos en mi cuello, ascendiendo lentamente hasta mordisquear el lóbulo de mi oreja. Finalmente, me susurró al oído:

—¿Qué importa? —preguntó con voz ronca, haciéndome temblar—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

★ Epílogo ★

(Seis meses después)

Un manto negro se cernía sobre ellos, aislándolos del resto del mundo. Tan solo el crujir de sus pisadas al caminar lograba romper el inquietante silencio que reinaba a las afueras de Reikiavik. En cuanto habían dejado atrás la ciudad, intentando alejarse de la ligera neblina que allí cubría el cielo, se habían visto transportados a lo que parecía ser el fin del mundo.

—¿Nos hemos perdido? —preguntó Léane en voz baja, casi susurrando—. Y no te atrevas a mentirme.

Blake sonrió. Afortunadamente, la joven no pudo vislumbrar lo mucho que a él lo divertía su incertidumbre, ya que la oscuridad lo invadía todo a su paso.

—¿Blake...? —insistió.

Sin dejar de caminar, él presionó con más fuerza la mano de Léane.

—No nos hemos perdido, pequeña. Confía en mí.

—Odio confiar en ti —farfulló, y sus pisadas se volvieron más sonoras, en un vano intento por demostrar su incomodidad.

Hacía más de veinte minutos que habían dejado atrás la ciudad, con la esperanza de poder llegar a ver alguna aurora boreal. Desde que el avión había aterrizado en Islandia, Blake se había empeñado en poder vislumbrar ese extraño fenómeno que se sucedía en el cielo casi de un modo mágico. Y Léane había disfrutado enormemente al descubrir que ese chico entusiasta que se empeñaba en poner su vida patas arriba por fin había regresado.

No había sido fácil para él aceptar la muerte de su madre.

Claire los había abandonado el 7 de agosto. Y a pesar de que le había hecho prometer a Blake que sonreiría todos los días incluso aunque ella no estuviese ahí para poder verlo, a él le estaba costando cumplir su promesa.

Cuando se decidieron a utilizar, a finales de septiembre, los billetes de avión que Claire les había regalado, Léane no esperaba que ésa fuese la clave para que Blake volviese a recuperar la alegría que había dejado atrás. Había sido un soplo de aire fresco para él.

Mientras seguían caminando, Léane se arrimó más a su novio, permitiendo que él rodease con un brazo su cintura, atrayéndola más hacia sí.

¿Por qué no iba a confiar en él?, se preguntó. Al fin y al cabo, no le había fallado ni una sola vez. Seis meses atrás, Blake le había prometido que no volvería a esconderse más, que se mostraría tal como era.

Lo había cumplido.

Le permitió entrar en su vida, en su familia, en todo aquello que a él le importaba. Y además, durante el mes que Léane había hecho las prácticas en la cadena Princett, Blake se convirtió en su fan número uno; a pesar de que tan solo en una ocasión salió de refilón en la televisión y fue por error. Cuando le llevaba un café con canela a una de las redactoras del programa, la cámara inmortalizó su perfil sin percatarse de ello.

—¿Qué te parece este sitio?

Blake dejó de caminar.

Léane miró a su alrededor, intentando distinguir algo en medio de la oscuridad. Tan solo logró descubrir los frondosos árboles que se sacudían a lo lejos movidos por el gélido viento.

—Si significa dejar de caminar, me parece perfecto.

Blake sonrió y, sin mediar una palabra más, se tumbó sobre el helado suelo. Emitiendo un suspiro de satisfacción, cruzó los brazos tras la cabeza y contempló en silencio el maravilloso cielo de Islandia.

Léane lo imitó, acomodándose a su lado. A pesar de que llevaban ropa térmica y especial para aguantar las bajas temperaturas, no estaba segura de que eso fuese suficiente. Con cada respiración, ondulaciones de vaho se escapaban de sus labios.

—Ven, no apoyes la cabeza en el suelo.

Blake la incorporó ligeramente, hasta acomodar el rostro de la joven sobre su pecho. Después la abrazó con fuerza, procurando darle calor con su cuerpo. En medio de la oscuridad, en un lugar que bien podrían haber bautizado como La Nada, Blake cerró los ojos cuando el cabello de Léane rozó su mejilla y un inconfundible olor a vainilla inundó todos sus sentidos.

No podía explicarlo con palabras, pero era plenamente consciente de que jamás se cansaría de ese aroma. Si tenía a Léane con él, la vida adquiriría otro color. Los matices se tornaban más vibrantes, más luminosos e intensos. Ella pintaba los trazos de felicidad que él, en ocasiones, no sabía cómo dibujar. Y ahora, por primera vez en su vida, estaba convencido de que jamás perdería el norte.

—¿Crees que veremos alguna aurora boreal? —preguntó Léane.

—Seguro que sí. —Le dio un beso en la frente—. Tan solo tenemos que esperar...

Permanecieron en silencio durante un largo rato, relajados, tan solo escuchando el pausado sonido de sus respiraciones. Léane se acomodó mejor sobre el pecho de Blake; escuchar el rítmico sonido del latir de su corazón siempre lograba apaciguar todos sus temores. Era la melodía más perfecta del mundo.

—¿En qué estás pensando? —preguntó en un susurro.

—En ti. En mí. Y en que quiero que el cielo sea de color verde.

—Verde... —Los labios de Léane dibujaron una tímida sonrisa.

Casi como si el cielo hubiese estado escuchándolos a escondidas, pequeñas ondulaciones de un intenso color verde comenzaron a deslizarse lentamente sobre la cúpula. Blake se sobresaltó de golpe y ambos se incorporaron rápidamente sin apartar los ojos del cielo.

Parecía un fenómeno mágico e inexplicable, como si no pudiese ser real. Solo que, contra toda lógica, sí era cierto.

Los bucles que comenzaban a formarse parecían estar hechos de humo y el color verde era tan sumamente vivaz que, por momentos, también aparecían matices de un amarillo brillante. Léane llegó a pensar, aunque sonase estúpido, que de un momento a otro una nave espacial alienígena aparecería en lo alto del cielo.

Blake la abrazó por detrás, descansando la cabeza en su cuello, sin poder dejar de admirar aquel maravilloso espectáculo que parecía estar aconteciendo exclusivamente para ellos.

Pasó un buen rato hasta que, tal como de súbito había aparecido la aurora boreal, ésta volviese a marcharse como si nunca hubiese estado allí.

Cuando la oscuridad se cernió de nuevo sobre ellos, Blake buscó a tientas los labios de Léane, trazando su rostro con la punta de los dedos, hasta que finalmente sus bocas se encontraron. Ella ahogó un gemido, aturdida por la pasión que escondía aquel beso. Tras separarse, ambos sonrieron.

–Volvamos al hotel antes de que acabemos congelados –propuso Blake, cogiéndola de la mano y comenzando a caminar en la dirección correcta.

–¿Y adónde iremos mañana? –Léane dio un saltito a su alrededor, sintiéndose feliz y animada–. ¿A ver ballenas?, ¿a conocer mejor la ciudad?, ¿visitaremos unas aguas termales?

El cálido sonido de la risa de Blake pareció disipar el intenso frío durante unos instantes.

–No lo sé, Léane. Decídelo tú. –Presionó su mano con fuerza–. Podemos hacer lo que queramos. Podemos ir a cualquier lugar.

★ Agradecimientos ★

Son muchas las personas que han pasado por mi vida y han logrado influirme de un modo u otro con experiencias e irrepetibles momentos, pero, como imagino que se darán por aludidas, iré directamente al grano, nombrando a todos aquellos que han participado activamente en el proceso creativo de esta novela.

A mi familia, por el entusiasmo, los ánimos y, sobre todo, por inculcarme el hábito de la lectura. Gracias por todos los regalos con forma rectangular (¡mi tía sabe bien de qué hablo!) y por los incontables libros que me leísteis antes de ir a dormir. Todo habría sido muy diferente si no fuese por vosotros.

Mención especial a mi madre, siempre dispuesta a leer cualquier cosa que he escrito. Gracias por confiar en mí desde el principio. Lamento que, por ello, tuvieses que sortear obstáculos poco agradables, como bolsas de plástico ancestrales o textos casi ilegibles.

A Eva y Dani (¡donut, turrón!). Muchas gracias por vuestra amistad. Es una suerte tener unos lectores tan majos y simpáticos. No, ahora en serio, os agradezco de corazón todas las correcciones y los consejos; sin vuestra ayuda seguiría atascada en un bucle infinito. Gracias por las miles de conversaciones, por las risas, por las reflexiones y por seguir ahí. Ah, y, por supuesto, por el fantástico título, que se le ocurrió a Dani, ¡ya sabes que me encanta!

A todos los lectores anónimos que le dieron una oportunidad antes de que su publicación en papel fuese una realidad.

A mi editora, Miriam, que decidió apostar por *Llévame a cualquier lugar*. Si ahora mismo tienes esta novela en tus manos, es sin duda gracias a ella. Y además, no sé qué habría hecho sin esas correcciones tan bien estructuradas, ¡estaba totalmente en blanco! ¡Gracias!

A mis adorables felinos, que me dan calor en invierno y me agobian en verano. Y a *Lusa*, por morderme cada vez que me ve y hacerme reflexionar sobre la suerte que tengo en casa.

Pero, sobre todo, gracias a ti, pequeño. Una vez me dijiste: «Me gusta compartir mi vida contigo». Te digo lo mismo. Y no es fácil, no es algo que se pueda afirmar a la ligera; es una vida, no hay nada más importante. Eres el punto de apoyo al que me aferro cuando el resto del mundo parece girar en dirección contraria; consigues que no me sienta perdida, porque siempre estás a mi lado, dispuesto a dejarte encontrar. Y lo hago. Desde el día que te conocí. No cambies nunca. Lo quiero todo de ti, incluidos tus errores. Eres la única persona con la que iría a cualquier lugar...

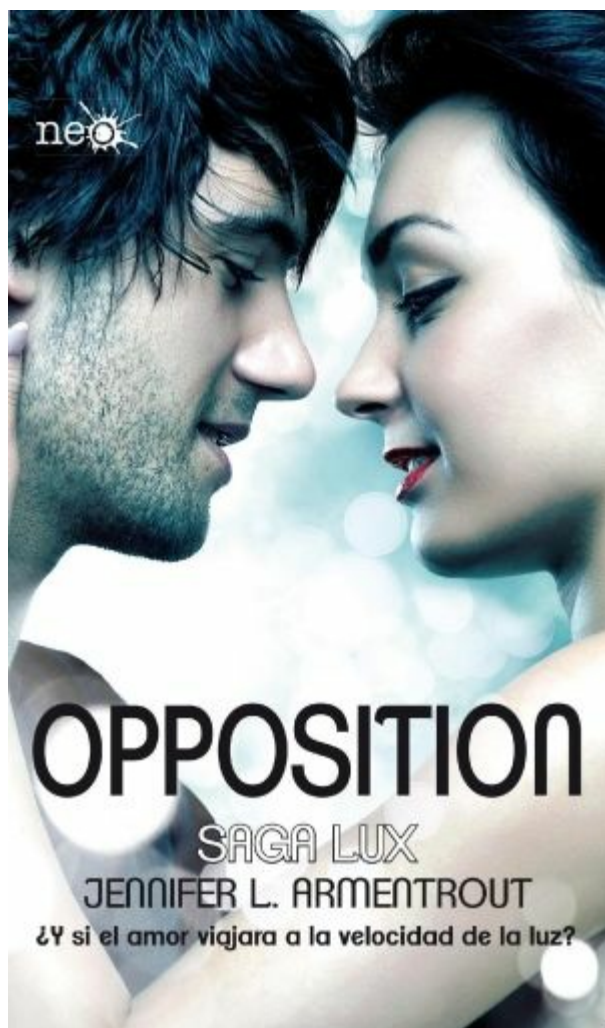
Tu opinión es importante.

Por favor, haznos llegar tus comentarios a través de nuestra web y nuestras redes sociales:

[**www.plataformaneo.com**](http://www.plataformaneo.com)

[**www.facebook.com/plataformaneo**](https://www.facebook.com/plataformaneo)

[**@plataformaneo**](#)



Opposition

L. Armentrout, Jennifer

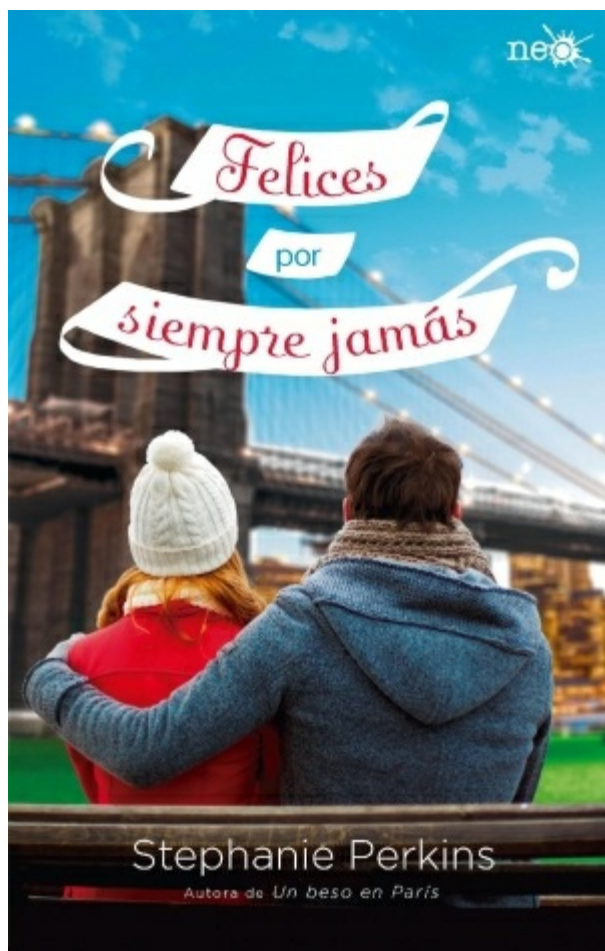
9788416256334

376 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El mundo ha cambiado desde la noche en que llegaron los Luxen. Katy no puede creer que Daemon haya dado la bienvenida a los de su raza, que amenazaban con destruir hasta al último humano e híbrido de la Tierra. Pero las líneas entre el bien y el mal han quedado borrosas, y el amor se ha convertido en una emoción que podría destruirla, que podría destruirlos a todos. Daemon hará lo que haga falta por salvar a aquellos que ama, aunque esto implique la traición. Para sobrevivir a la invasión deberán crear alianzas inesperadas, pero cuando se vuelva imposible distinguir entre amigos y enemigos, ambos podrían perderlo todo. La guerra ha llegado a la Tierra. Y, sea cual sea el resultado, el futuro jamás será el mismo para aquellos que sobrevivan. SAGA LUX #5

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Felices por siempre jamás

Perkins, Stephanie

9788416256099

400 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Enamorarse en la ciudad más romántica del mundo es fácil para la soñadora Isla Martin y el enigmático artista Josh Wasserstein. Pero a medida que avanza el último curso en la School of America de París, Isla y Josh se ven obligados a afrontar la desgarradora realidad, porque, quizá, su historia no acabe con un «felices por siempre jamás». ¿Seguirán juntos cuando los días en el instituto se acaben? ¿Será su amor más fuerte que la distancia? Su romance se convertirá en un apasionante viaje por Nueva York, París y Barcelona, acompañados de sus amigos Anna, Étienne, Lola y Cricket.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Al final de la calle 118

Cortés, Clara

9788416429196

354 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Vivir al final de la calle 118 no es fácil.

La madre de Valeria y Raven las abandonó hace años sin dar explicaciones y ambas han tenido que aprender a ganarse la vida. Mientras Valeria tiene un insignificante trabajo como modelo, su hermana patea la ciudad en busca de hombres a los que seducir para pagar el alquiler a cambio de sus servicios. Valeria pensaba que todo seguiría así para siempre... hasta que escucha la música de aquel chico al final de la calle, junto a su casa, y sus miradas se cruzan.

Desde ese momento, una serie de curiosas coincidencias llevará a los personajes de esta novela a cambiar sus vidas como nunca se hubieran imaginado.

«La escritura de Clara Cortés posee la humanidad desbordante de Salinger.»

Luis Alberto de Cuenca

«Clara Cortés es una de las voces más potentes y evocadoras que he descubierto jamás en un escritor de su edad. Su primera novela me hace intuir en ella la fuerza de una nueva Joyce Carol Oates.»

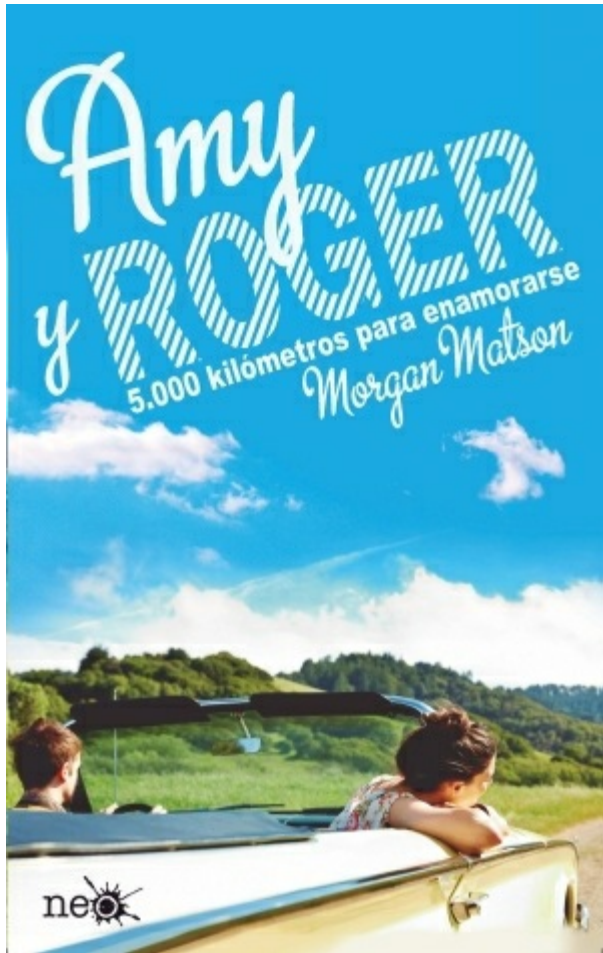
Francesc Miralles

«La autora no describe el mundo: lo crea con sus propias manos. Te arrastra sin remedio y cuando quieres darte cuenta no tienes escapatoria. Si esta es la voz de

una nueva generación, merece la pena absolutamente oírla.»

Victoria Álvarez

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Amy y Roger

Matson, Morgan

9788416096589

400 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Amy no quiere que llegue el verano. Su madre ha decidido mudarse al otro extremo de los Estados Unidos, y ahora Amy tiene que llevar el coche de California a Connecticut. El problema es que, desde la muerte de su padre en un accidente de tráfico, no se siente capaz de ponerse al volante. Y aquí entra Roger, un amigo de la infancia que también debe viajar al otro lado del país, y que carga con sus propios problemas. A medida que avanza, ambos descubrirán que las personas que menos esperas pueden convertirse en las más importantes y que a veces es necesario dar algunos rodeos para llegar a casa.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Obsidian

Armentrout, Jennifer L.

9788415750826

448 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cuando nos mudamos a Virginia Occidental, justo antes del último curso de instituto, creía que me esperaba una vida aburrida, en la que ni siquiera tendría internet para actualizar mi blog literario. Entonces conocí a mi vecino, Daemon. Alto, guapo, con unos ojos verdes impresionantes... y también insufrible, arrogante y malcriado. Pero eso no es todo. Cuando un desconocido me atacó, Daemon usó sus poderes para salvarme y después me confesó que no es de nuestro planeta. Sí, lo habéis leído bien. Mi vecino es un alienígena sexy e inaguantable. Resulta que, además, él y su hermana tienen una galaxia de enemigos que quieren robar sus poderes. Y, por si fuera poco, ahora mi vida corre peligro por el simple hecho de vivir junto a ellos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Portada	2
Créditos	3
Índice	4
Dedicatoria	5
Capítulo 1	6
Capítulo 2	18
Capítulo 3	29
Capítulo 4	42
Capítulo 5	52
Capítulo 6	62
Capítulo 7	72
Capítulo 8	79
Capítulo 9	87
Capítulo 10	95
Capítulo 11	106
Capítulo 12	121
Capítulo 13	129
Capítulo 14	138
Capítulo 15	146
Capítulo 16	152
Capítulo 17	161
Capítulo 18	171
Capítulo 19	180
Capítulo 20	190
Capítulo 21	196
Capítulo 22	207
Capítulo 23	214
Capítulo 24	221
Capítulo 25	228

Capítulo 26	238
Capítulo 27	250
Capítulo 28	255
Capítulo 29	262
Capítulo 30	268
Capítulo 31	277
Epílogo	286
Agradecimientos	290
Colofón	292